



BALDUR VON  
SCHIRACH



YO CREI

EN

HITLER



# ÍNDICE

ÍNDICE DE  
FOTOGRAFÍAS.....  
..... 4

SEPTIEMBRE 1965  
.....  
..... 5

## 16

II  
.....  
..... 10

III 16

IV 18

V 26

VI 29

VII 31

VIII

.....  
..... 35

IX

.....  
..... 39

X 43

XI 45

XII

.....  
..... 47

XIII 51

XIV 53

XV 55

XVI

.....  
..... 57

XVII 60

XVIII

.....  
..... 62

XIX

.....  
..... 64

XX

.....  
..... 68

XXI

.....  
..... 69

XXII 71

XXIII

.....  
..... 78

XXIV 80

XXV 85

XXVI

.....  
..... 87

XXVII 88

XXVIII

.....  
..... 90

XXIX

.....  
..... 94

XXX

.....  
..... 96

XXXI

.....  
..... 98

XXXII 101

XXXIII

.....  
..... 104

XXXIV

.....  
..... 108

XXXV

.....  
..... 113

XXXVI 116

XXXVII

.....  
..... 122

XXXVIII 125

XXXIX 128

XL.....

..... 130

XLI.....

..... 134



# ÍNDICE DE FOTOGRAFÍAS

- ILUSTRACIÓN 1. HITLER RODEADO DE SUS COMPAÑEROS DE LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1932.....  
..... 21
- ILUSTRACIÓN 2. LA FAMOSA «CASA PARDA», EN MUNICH, SEDE DEL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA.....  
..... 22
- ILUSTRACIÓN 3. EL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA CELEBRA LA CONQUISTA DEL PODER DURANTE LA NOCHE DEL 30 DE ENERO DE 1933..... 28
- ILUSTRACIÓN 4. VON SCHIRACH, EN SU DISCURSO A LAS JUVENTUDES HITLERIANAS EN EL CONGRESO DE NUREMBERG, DETRÁS HITLER Y HESS..... 28
- ILUSTRACIÓN 5. HITLER SEGUIDO DE VON SCHIRACH, PASA REVISTA A LAS JUVENTUDES HITLERIANAS DURANTE EL CONGRESO DE NUREMBERG.....  
..... 52
- ILUSTRACIÓN 6. HITLER SALUDA LA MULTITUD CONGREGADA EN EL ESTADIO DE NUREMBERG, EN EL ASIENTO TRASERO HESS Y VON SCHIRACH.....  
52
- ILUSTRACIÓN 7. VON SCHIRACH DURANTE SU VISITA A LA ESCUELA NAVAL..... 59
- ILUSTRACIÓN 8. VON SCHIRACH RODEADO DE LAS JUVENTUDES HITLERIANAS..... 59
- ILUSTRACIÓN 9. VON SCHIRACH, GOBERNADOR DE VIENA..... 89
- ILUSTRACIÓN 10. ROBERT, RICHARD Y KLAUS, LOS HIJOS DE VON SCHIRACH..... 89
- ILUSTRACIÓN 11. HITLER, SALUDANDO A VARIOS MIEMBROS DE LAS JUVENTUDES HITLERIANAS EN UNA AUDIENCIA EN LA

CANCILLERÍA.....	
.....	95
• ILUSTRACIÓN 12. EVA BRAUN, JUNTO A HITLER, EN UNA RECEPCIÓN CELEBRADA EN EL «BERGHOF».....	95
• ILUSTRACIÓN 13. EL PROCESO DE NUREMBERG.....	120
• ILUSTRACIÓN 14. GALERÍA DE LA CÁRCEL DE SPANDAU, EN CUYAS CELDAS CUMPLIERON SUS CONDENAS LOS JERARCAS ALEMANES.....	121
• ILUSTRACIÓN 15. PUERTA DE LA CÁRCEL DE SPANDAU.....	129
• ILUSTRACIÓN 16. VON SCHIRACH EN EL PATIO DE SPANDAU.....	129



## *Septiembre 1965*

Me encuentro en una habitación del Hospital Militar de Berlín-Spandau con los ojos vendados. Hace seis horas han vuelto a operarme, por segunda vez en esta ocasión, el ojo izquierdo. Estoy casi ciego del derecho. Un enfermero británico me coloca un cigarrillo en la boca, lo enciende y me deja solo. Oigo luego cómo se abre la puerta lentamente y una voz masculina pregunta:

—¿Le molesta que me sienta un rato con usted?

Claro que no me molesta. Es un policía militar británico, de unos veinte años de edad. Inquiero a mi vez dónde se encuentra acantonado.

—En Westfalia. Pero ahora me han separado de mi grupo y he venido en avión hasta aquí para vigilarle.

Me cuenta cosas sobre su servicio. Yo le pregunto sobre sus impresiones en Alemania. Pero en plena conversación, parece vacilar y baja la voz.

—*Sir*, si no le molesta, quisiera preguntarle algo que me preocupa desde hace tiempo: ¿qué clase de hombre fue ese Hitler? Tuvo que haber sido un gran hombre, pues ilusionó a millones de alemanes, les dio trabajo y les construyó autopistas. Luego, en cambio, hizo ajusticiar a otros millones. No lo comprendo.

Me sentí emocionado. Durante veinte años había tenido el convencimiento de que en caso de que sobreviviera al encarcelamiento, mis propios hijos me harían aquella pregunta. Durante veinte años había ido escribiendo en mi celda recuerdos y pensamientos destinados a contestarla; recuerdos y pensamientos que cada catorce días eran puntualmente recogidos y quemados. Y he aquí que aquel joven inglés, nacido después de la guerra, me hacía la presentada pregunta. Aquel inglés que era miembro de una generación para la que el nombre de Hitler no correspondía a ningún hecho vivido, sino que representaba una pura referencia histórica.

Traté de explicarle el fenómeno Hitler desde el principio. Cómo conocí a Hitler cuando yo había cumplido los diecisiete años, cómo me convertí en uno de sus seguidores de tal manera que a los veintiuno era jefe de los estudiantes nacionalsocialistas, y a los veinticuatro, de las Juventudes del Reich y el más joven miembro del Reichstag. Hablamos así durante dos horas, hasta que estuvo perfectamente informado.

Soy el único superviviente de los jerarcas nacionalsocialistas que conocieron a Hitler en la primera época y estuvieron próximos a él. Por ello me propuse entonces informar sobre cómo llegué a las filas de Hitler, cómo le obedecimos y cómo perdimos el Reich alemán.



# I

Nací en 1907, en la casa señalada con el número 17 de la Blucherstrasse, en el sudoeste de Berlín. En las cercanías está situado el cuartel de los Coraceros de la Guardia, donde mi padre era teniente coronel primero y fue nombrado finalmente jefe de escuadrón. Un año después de mi nacimiento nos trasladamos a Weimar. Mi padre había pedido su retiro como coronel de escuadrón y le fue encomendada la dirección del "Hoftheater" de Weimar<sup>[1]</sup>, que más tarde se convertiría en el Teatro Nacional Alemán.

Cuando tenía cinco años, mi padre decidió que mi alemán era teniente coronel, primero, y fue nombrado finalmente jefe de escuela.

Que hablara casi enteramente en inglés, se debía a la historia un tanto aventurera de nuestra familia. Mi bisabuelo, Karl Benedikt von Schirach, juez danés en Lauenburg, había emigrado en 1855 a América. Mi abuelo, Friedrich Karl von Schirach, luchó en la guerra civil americana como mayor del ejército nordista y perdió en la batalla de Bull-Run una pierna. Cuando fue asesinado el presidente Lincoln, mi abuelo hizo guardia de honor al féretro, con su pierna de corcho. Aquella pierna debió ser una obra maravillosa de la ortopedia, pues mi abuelo no se perdió, tras la guerra civil, ninguno de los grandes bailes que se dieron en Filadelfia. En uno de ellos se enamoró de una muchacha perteneciente a una de las más antiguas familias de la región, Elisabeth Baily Norris. El clan Norris era propietario entonces de una conocida fábrica que había tenido decisiva importancia para Lincoln en la lucha de los Estados del Norte contra los del Sur. Tras la fundación del Reich, en 1871 regresó mi abuelo a Alemania con su joven esposa, viviendo primeramente en Kiel, donde nació mi padre, Karl Baily Norris von Schirach, y estableciéndose más tarde en Lubeck. Hasta su ingreso en el ejército prusiano, mi padre fue ciudadano americano. Transformado en un joven oficial visitó a los parientes del otro lado del Atlántico y se casó en Filadelfia con una americana que también era miembro del clan Norris, Emma Middleton Lynah Tillou, mi

madre. Murió en julio de 1944, al estrellarse un avión alemán en Wiesbaden.

Como la mayor parte de las americanas, mi madre se encontraba muy a gusto en Berlín. La colonia estadounidense en la capital del Reich estaba muy considerada por el Kaiser y Guillermo II departía frecuentemente en inglés con mi madre. A pesar de que ella hablaba un fluido alemán, apenas había recepción en que no se conversara en su idioma materno con la joven esposa americana del oficial prusiano.

Mi madre experimentó, acaso por ello, mucha nostalgia de Berlín. Weimar le parecía limitado y provinciano. Le resultó muy difícil acostumbrarse a los usos y costumbres de aquella sociedad y detestaba su rígido ceremonial.

Se cuenta al respecto una anécdota ocurrida durante una recepción en el Palacio de Weimar. El gran duque Guillermo Ernesto, todavía joven y siempre apasionado cazador, se hallaba en conversación en medio del salón con otros cazadores. Según el protocolo, nadie podía tomar asiento antes de que Su Serenísima se hubiese acomodado. Mi madre, la más joven de todas las asistentes, consideró aquello ofensivo, cogió una silla y se sentó.

A su alrededor se volvieron las cabezas, hubo rumores y una general sorpresa. Aquello llamó la atención del gran duque, quien se apresuró a acercarse a mi madre, besarle la mano y disculparse por no haber tenido en cuenta la presencia de las damas.

Como gentilhomme de cámara del gran duque, mi padre se veía obligado a vestir el traje cortesano en los acontecimientos oficiales: estaba compuesto por una levita verde oscura ribeteada de oro, espadín, calzón corto y bicornio. A uno de los faldones de la levita iba prendida la llave dorada signo de su cargo. No le gustaba que le viéramos con semejante atavío, y por ello, mi hermano Karl, que me llevaba siete años, y yo, acostumbrábamos a salir al vestíbulo cuando lo vestía. Escuchaba de mal humor nuestras observaciones. *"He looks just like the porter of the hotel Elephant"*, decía yo (se parece al portero del hotel "Elephant"), y Karl añadía: *"No, he looks*

*like the man in front of Kastans Panoptikum, in Berlín*" (No, más bien al cancerbero del "Kastan's Panoptikum", de Berlín).

A los diez años ingresé en el "Pedagogium" de Hexenberg, en Bad Berka, Turingia. Era un internado para muchachos, donde me hicieron responsable de la clase denominada "La incubadora". Así se llamaba, en efecto, el dormitorio de los más jóvenes.

La vida en aquel colegio era de una sencillez espartana. Los dormitorios carecían de calefacción. Cada mañana de invierno teníamos que romper el hielo de nuestros lavabos, y, como responsable, por ser el mayor de la clase, tenía que cuidar que mis pequeños camaradas se lavaran de la cabeza a los pies a pesar de sus gritos de protesta y el castañeteo de sus dientes. Como signo de mi cargo me entregaron la llave del dormitorio, que por cierto conservé hasta el final de la guerra. Aquella posesión fue para mí la señal de que había dejado de ser un niño para convertirme en un muchacho con sus propias responsabilidades. Porque sobre el sentido de responsabilidad se basaba, en efecto, todo el sistema educativo de la escuela.

Cuando por vez primera hice el recorrido de Hexenberg a Bad Berka con el fin de efectuar la compra de provisiones, me sentía igual que un rey. Vestíamos nuestro uniforme escolar: pantalones cortos de cuero, chaquetillas azules y una boina escarlata. Los muchachos del pueblo reaccionaban a la vista de aquella boina como los toros ante un capote. Tan pronto como nuestro carruaje aparecía por las esquinas del pueblo, volaban las primeras piedras. Hacer las compras a galope y regresar bajo la lluvia de proyectiles representaba así para nosotros una estupenda aventura.

A decir verdad, nos preocupaba entonces muy poco conocer las razones de aquel odio de los muchachos del pueblo a nuestras boinas rojas. Quizá fuera solamente un impulso pendenciero. Quizá se fundamentara en que la mayoría de los alumnos del colegio pertenecíamos a otra clase social. No había entonces escuelas populares para todos, y las "altas" admitían solamente a las clases dirigentes.

Entre las "altas" se contaba la de Bad Berka, que por otra parte era una institución excelente. Nuestro sistema educativo alemán ha adolecido desde siempre del defecto de transmitir tan sólo ciencia pura. No ha habido entre nosotros una educación de carácter y ciudadanía, como en las escuelas inglesas, americanas y francesas.

Creo que precisamente por este carácter mismo de nuestras escuelas existían en Alemania, ya a finales del siglo, intensos movimientos juveniles, como por ejemplo los "Wandervogel" [2] [3]. La juventud se creaba así sus propias formas de vida que tanto la escuela como la casa paterna se negaban a darles. A aquellos movimientos juveniles debimos también algunos ejemplares internados alemanes como Hexenberg. En ellos se ponía de manifiesto todo el espíritu de iniciativa de los jóvenes. Los alumnos tuteaban al director y no existía protocolo entre maestros y jóvenes. Los mayores ejercitaban por su parte, y desde muy temprano, la responsabilidad hacia los más jóvenes. No cabe duda alguna de que en Hexenberg recibí la más decisiva formación de mi existencia.

Viví allí el derrumbamiento del Imperio, en 1918. Desde el Hexenberg se contempla una gran extensión de la región de Turingia. Desde hacía bastantes días, algo flotaba en el aire. Nuestro director, Endemann, había salido precipitadamente la noche anterior a aquel 9 de noviembre, hacia Weimar. Nadie parecía tener muchas ganas de trabajar, ni siquiera los maestros. Por la mañana salió como cada día el carruaje para efectuar las compras en Bad Berka. Los muchachos regresaron con una palabra en la boca: ¡Revolución!

La palabra excitó considerablemente mi fantasía. Pregunté el cómo y el porqué, pues quería saberlo todo. Me dijeron, entre otras cosas, que Alemania tenía una nueva bandera. Sus colores eran negro, rojo y oro. Me dirigí corriendo al cuarto de costura, donde un par de solteronas remendaban sábanas y camisas, y les pedí que me confeccionaran inmediatamente la nueva enseña.

Cuando la tuve en mis manos, subí al tejado de la casa e icé los nuevos colores. Desde una distancia de kilómetros era posible

verlos. En Hexenberg había estallado la revolución. También vio la bandera el director Endemann al regresar aquella tarde de Weimar. A lo largo de todo el camino no quitó los ojos de los colores que flotaban sobre su casa, y cuando salimos a recibirle, gritó desde bastante distancia:

—¿Quién ha hecho eso?

Me adelanté:

—Yo he izado la nueva bandera. Ha estallado la revolución...

Las lágrimas asomaron a sus ojos:

—¿Sabes lo que me has hecho? ¿Sabes acaso lo que es una revolución? En Weimar ha tomado el gobierno un consejo de obreros y soldados. Han destronado hoy a nuestro gran duque y destituido a tu padre. Durante cuatro años, nuestros soldados han luchado bajo la bandera negra, blanca y roja por todos; también por ti. Y ahora sobre mi casa, sobre nuestra escuela, esa nueva bandera...

Me sentí absolutamente avergonzado. Sin decir una sola palabra volví a subir al tejado y la arrié. Así terminó mi primer intento de ser un "revolucionario".

Ocho meses más tarde, en julio de 1919, la apacible ciudad de Weimar parecía una mezcla de campamento y mercado. En el "Hoftheater" celebraba sus sesiones la Asamblea Nacional encargada de redactar la nueva constitución republicana del Reich. Todos los hoteles estaban repletos. En casa de mis padres se alojaba un diputado. Pero a mí no me interesaba en absoluto la política que hacían aquellos caballeros vestidos de oscuro. Durante los fines de semana, cuando volvía a casa desde la escuela, me atraían mucho más los soldados que ocupaban la ciudad para proteger la Asamblea Nacional.

Algunas calles estaban interceptadas con alambradas. En otras, podía leerse avisos como el siguiente: "Se disparará contra todo el que cruce." Se veían ametralladoras y cañones, así como soldados con las carabinas al hombro. Nos dejaban que subiéramos a las cureñas de los cañones, nos mostraban las ametralladoras, nos regalaban cargadores vacíos y mientras maldecían a los "viejos

chochos" del "Hoftheater", hacían chistes sobre "Friedrich, el provisional". Se referían a Friedrich Ebert, a quien la Asamblea Nacional había elegido jefe de Estado provisional y luego, primer presidente de la República. A ojos de los soldados, todo ello no era más que una especie de cómico aquelarre con el que estaban dispuestos a acabar un día.

En el resto de la región de Turingia dominaba todavía el Consejo Socialista formado en los días de la revolución. Así es que cada domingo por la noche regresaba yo desde el enclave puesto bajo la bandera negra, rojo y oro, al dominio socialista que abarcaba también Hexenberg, aunque hasta el internado no hubieran llegado las fuerzas del gobierno rojo.

Con todo, en Bad Berka se hallaba acantonada una unidad de caballería de la "Volkswehr" y jinetes con brazales rojos sobre los uniformes grises hacían ejercicios en los campos de los alrededores. Mis condiscípulos y yo les espiábamos ocultos entre la maleza. Según la época del año, les hostigábamos con bolas de nieve, piedras o estiércol. En algunas ocasiones conseguimos que se espantaran los caballos y una vez la montura

### YO CREÍ EN HITLER 13

desbocada derribó a su jinete. Lo celebramos con intensos gritos de júbilo y nos sentimos orgullosos como unos vencedores.

De esta manera, un muchacho en sus tres cuartas partes norteamericano fue formándose en un nacionalista alemán. Pero en este sentido, el hecho verdaderamente decisivo para mí fue un acontecimiento trágico ocurrido en nuestra familia.

Sucedió en octubre de 1919. Sentado en una clase del colegio, hacía mis deberes escolares cuando apareció el director Endemann y me rogó que le acompañara a su despacho. Con gran sorpresa mía me aguardaba allá la señora Junghans, ama de llaves de mis padres, completamente enlutada y con los ojos llorosos. Me dijo que había ido a buscarme para acompañarme en mi regreso a Weimar, pero sin decirme la razón. Una vez en casa, supe lo ocurrido. Karl había muerto; mi hermano Karl, siete años mayor que yo.

Karl era a la sazón estudiante de filosofía en el internado de Rossleben, en Turingia, institución cultural de confesión evangélica. En la escuela aparecía calificado como "primus omnium" alumno de mucho talento cuyo interés primordial se inclinaba hacia la zoología. Aunque en realidad, Karl tenía talento para todo, ya que con idéntica perfección escribía versos en alemán, inglés y griego. Pero a pesar de aquella vocación poética y una extraordinaria inclinación hacia las ciencias naturales, su objetivo era sólo uno: quería ser oficial. Poco antes del derrumbamiento del Imperio había ingresado como alférez aspirante en el regimiento de Dragones de la Guardia de Badén, en Karlsruhe, y estaba previsto que regresaría allá después de graduarse.

Pero las cosas tomaron un sesgo completamente distinto. Los acontecimientos políticos se sucedieron: el derrumbamiento de los frentes en noviembre de 1918; la huida del Kaiser a Holanda; la abdicación de los príncipes. Siguió un período de agitación en todo el país: fundación del Partido Comunista de Alemania; asesinato por parte de oficiales radicales de derecha de los líderes socialistas de izquierda, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; nombramiento del socialdemócrata Friedrich Ebert como primer presidente del Reich. En nuestra ciudad, Weimar, y en el mismo teatro que nuestro padre había dirigido durante diez años, fue aceptado el dictado de Versalles por la Asamblea Nacional. Ante Scapa Flow se hundió a sí misma la flota antes de entregarse a los vencedores, heroico gesto que causó gran impresión en las jóvenes y tensas conciencias patrióticas.

Mi hermano Karl se suicidó en Rossleben.

En su carta de despedida escribió que no quería sobrevivir a la desgracia de Alemania. Hoy día se denominaría esta decisión un complejo de culpabilidad. Pero lo cierto es que entonces el estado anímico que podía llevar a tan desesperado gesto, se hallaba muy extendido entre los compañeros de edad similar a la suya.

Toda una juventud se había estado preparando durante los años de guerra con la única finalidad de entrar en campaña. Y de pronto, aquella perspectiva se había esfumado completamente. Mi hermano

no vio otra salida que la muerte. Otros prosiguieron la lucha en el interior de Alemania, aprovechando las oportunidades que les dieron los acontecimientos revolucionarios de los años 1919 a 1923. Más tarde encontré entre los mandos del NSDAP y las S.A. a muchos de aquellos frustrados combatientes.

Con la muerte de Karl perdí algo más que un hermano. Era para mí un ejemplo en el que me inspiraba constantemente, y así, con mis doce años, creí que mi deber era ocupar su lugar. Recogí, pues, aquella herencia que me obligaba a profesar ante todo un amor excepcional a mi patria.

El día 20 de julio de 1924 oí que decían: "Su Excelencia, el general Ludendorff revistará por la tarde a las organizaciones paramilitares en el aeródromo." Fue una noticia excitante para mí, pues desde hacía un año era miembro de una de aquellas agrupaciones. Íbamos ataviados con chaquetones grises, "breeches", y nos cubríamos con gorras de esquí de lona también gris. Se las llamaba "gorras hitlerianas" desde el 9 de noviembre de 1923, fecha en que un hombre llamado Adolfo Hitler había marchado al frente de unas columnas así uniformadas sobre la "Feldherrnhalle" de Munich. Hitler estaba desde entonces encarcelado en la fortaleza de Landsberg y su partido había sido prohibido en Baviera. Pero el general Ludendorff, que le había acompañado en aquella acción, seguía en libertad. Era el protector de todas las organizaciones paramilitares y algo así como el jefe supremo de aquella especie de ejército secreto alemán del que todos nos sentíamos formar parte.

Ludendorff había ido a alojarse, durante su estancia en Weimar, a casa de unos vecinos. Vivía, en efecto, con nuestro pariente, el almirante Von Levetzow, que fue durante la época de Hitler, presidente de la policía de Berlín. A través de la valla del jardín vi al barón entregado a diversas conversaciones, siempre erguido como un palo dentro de su traje negro de paisano. Era como un mito, como la encarnación de un genio estratégico casi sobrenatural, que había estado a punto de obtener la victoria en 1918, de no haber asestado la retaguardia su traicionera puñalada en la espalda al

frente combatiente. Así al menos lo había oído por mi parte de labios de los oficiales de la "Reichswehr" <sup>[4]</sup> que, vestidos de paisano, nos instruían los fines de semana en el campo.

Formamos en el aeródromo de Weimar, no más grande que un campo de fútbol de dimensiones algo mayores que las usuales. Se detuvo un automóvil. "¡Vista a la derecha!" El barón descendió del vehículo. Nos pusimos firmes.

Solamente unos brevísimos instantes me fue dado contemplar el rostro de Ludendorff. Era más bien una máscara, dominada por un rotundo y cuadrado doble mentón y unos labios delgados e inmóviles. Nos miró unos instantes y con tanta rapidez como había llegado volvió a alejarse en su automóvil.

¿Aquello era todo? Ni un discurso, ni tan siquiera una breve salutación. "¡Rompan filas!", ordenaron. Nos precipitamos detrás de uno de los oficiales que había acompañado a Ludendorff y nos enteramos de que Su Excelencia había encontrado poco militar nuestro aspecto y criticado la cantidad de "hombres" que al ponerse firmes habían rozado con la palma de las manos la costura de sus pantalones.

El militar mítico no había encontrado otra cosa que decir a aquella juventud. Para eso nos desgastábamos los tacones haciendo marchas y nos enfrentábamos con los comunistas en las asambleas obreras. Por eso se había dejado matar mi camarada Garscha en una marcha sobre Arnstadt. A juicio de Ludendorff, no éramos más que una pandilla de indisciplinados.

Tras aquella decepción, me consideré curado para siempre de mi veneración por la figura que hasta entonces había sido para mí más que la llegendaria, casi mítica.



## //

Un año más tarde — era en marzo de 1925 — me preguntó el doctor Hans Severus Ziegler, un joven catedrático de literatura y conocido de mi padre, cuando ambos nos hallábamos en el círculo artístico:

—¿Me acompaña a la estación? Tengo que encargar una habitación para Hitler.

Había ingresado en el Partido Nacionalsocialista antes del "Hitlerputsch" . Hacia cuatro meses que habían puesto en libertad a Hitler, encarcelado como se sabe en la fortaleza de Landsberg, y el 27 de febrero había procedido a fundar de nuevo el partido en Munich. El doctor Ziegler había sido nombrado *gauleiter* [5] [6] interino para Turingia. Prácticamente el "Gau" existía tan sólo sobre el papel. Los pocos partidarios que Hitler había conseguido en Weimar antes de su *putsch* de Munich, estaban apartados hacía tiempo de la organización. En Baviera y en casi todos los otros "Land", tenía prohibición de hablar. Sin embargo, en Turingia, donde dos diputados nacionalsocialistas apoyaban la leve mayoría gubernamental, le estaba permitido pronunciar discursos. Por ello acudía Hitler a Weimar.

Los gastos de su estancia tenía que sufragarlos el "Gau" de Turingia, es decir, en la práctica el propio doctor Ziegler. Por ello no buscamos la habitación en los hoteles "Erbprinz" o "Elephant", sino que nos dirigimos al de tercera, "Germania", ante la estación, donde una habitación para una sola persona — Hitler había anunciado que llegaba con un acompañamiento de cuatro hombres — costaba cinco marcos. Demasiado dinero para nosotros.

El doctor Ziegler preguntó si el hotel disponía de una sala de reuniones.

—Sí — respondió la hotelera —. ¿Con o sin consumición? Sin consumición cuesta treinta marcos.

Alquilamos el salón, que no era en rigor más que una gran habitación posterior donde apenas unas cincuenta personas podían

acomodarse en las mesas. Claro que el doctor Ziegler no contaba con semejante concurrencia. Había invitado especialmente a los condecorados y "glorias nacionales". Como en Weimar no había todavía S.A., rogó a nuestro destacamento para-militar que asegurara la protección de la sala. Así es que me integré a sus filas y estuve puntualmente en el "Germania". Y entonces llegó Hitler. Tengo que confesar que al principio no reparé en él. De pronto apareció un automóvil, como hasta entonces solamente había visto en fotografías, un "Mercedes Kompressor", de dieciséis caballos, con ruedas de radios brillantes. Era el último grito. Me sentía tan fascinado que no presté apenas atención a los hombres que descendían de aquella maravilla. Hay que considerar que yo tenía entonces dieciséis años y era el orgulloso propietario de una motocicleta marca "Brennabor".

El salón estaba enteramente lleno. La mayoría de los presentes tenían una taza de café ante sí. No hubo ceremonial alguno con "calles" de S.A., banderas y música de marchas, como después fue usual. Todo se desarrolló de acuerdo con unos formalismos "de paisano", por decir así.

El doctor Ziegler presentó al orador:

—¡Habla Adolfo Hitler!

Me parece estar viéndolo todavía ante mí, con su traje azul y su corbata negra. De estatura media, delgado, con el cabello oscuro, todavía peinado hacia atrás. La mayor parte de los asistentes había acudido menos por convicción que por curiosidad de ver al hombre cuyo *putsch* en Munich había sido conjurado en dieciséis horas. A los ojos de muchos de los presentes, el *putsch* no representaba precisamente una buena recomendación alguna, sino más bien motivo para mostrarse desconfiados.

No recuerdo ninguna particularidad de aquel discurso de Hitler. Sé tan sólo que presté especial atención al tono de su voz. Era un tono completamente diferente al que entonces se escuchaba en boca de maestros, sacerdotes, oficiales o políticos, pues era profundo y áspero. Parecía resonar como las notas de un violoncelo.

Su acento, que considerábamos austríaco — en realidad era de la Baja Baviera — sonaba allá, en la Alemania central, extraño, y su misma singularidad llamaba la atención. Habló sobre el tratado de Versalles y se adentró profundamente en las referencias históricas. Con toda seguridad había pronunciado muchas veces aquel mismo discurso. Pero a mí sigue pareciéndome todavía transcurridos cuarenta y dos años, tras una guerra mundial y una veintena de cárcel sobre la espalda, como el más vigoroso que oí jamás de Hitler. Al principio habló en un tono bajo, muy lentamente, como si meditara. Yo no tenía entonces idea alguna sobre los problemas de un orador de masas. No sabía lo penosos y difíciles que pueden ser para un orador esos primeros minutos. No sabía que no solamente se apodera uno del auditorio con palabras, sino también con la mirada, hasta caldearlo. Primero se ganan a unos cuantos, luego a otros, y finalmente, a toda la concurrencia.

Los cincuenta habitantes de Weimar que se hallaban presentes, no resultaron fácil auditorio para Hitler. Yo fui, sin duda, el primero que le comprendió tanto por sus miradas como por sus palabras. Pero jamás me hubiera atrevido a manifestar mi aprobación entre tantas gentes de mayor edad. Así es que permanecí sentado y como embelesado.

Una cosa me chocó de aquel discurso. Estábamos entonces ante un período de elecciones presidenciales. Los nacionalsocialistas habían designado a Ludendorff como su propio candidato. El 29 de marzo tenían que celebrarse las elecciones, pero el orador apenas aludió a aquel acontecimiento político. Mucho más de supe la razón: Hitler había aceptado la candidatura del general Ludendorff, a pesar de estar convencido de antemano del fracaso de la misma. Efectivamente, en las elecciones del 29 de marzo de 1925 obtuvo Ludendorff solamente 300.000 votos, es decir, únicamente el 1,1 por ciento. Como ninguno de los candidatos consiguió la mayoría absoluta en la primera convocatoria, hubo una segunda. Los partidos de la derecha preconizaron a Hindenburg. Y Hitler, que sabía exactamente la enemistad que dividía a los dos mariscales de la guerra mundial, se inclinó por éste. Ello significó la

muerte política de Ludendorff, con lo que Hitler quedó reconocido como primer personaje del sector radical de las derechas.

Pero entonces no comprendía tales jugadas de ajedrez de la política y me maravilló que Ludendorff apenas fuera aludido por Hitler.

Al final de su discurso, su tono se hizo patético. Los cincuenta habitantes de Weimar, al principio tan escépticos, parecían entusiasmados. Los del servicio del orden efectuamos una colecta. Creo recordar que conseguimos reunir los setenta y cinco marcos que precisábamos y éste fue el resultado del primer discurso de Hitler en Weimar.

Pero para mí, aquella primera reunión no había finalizado todavía. El doctor Ziegler me dijo que tenía prevista una conversación con Hitler en su domicilio y me preguntó si en unión de mis camaradas quería asumir la protección de la casa. Acepté, tanto por la importancia de la misión como porque además deseaba aprovechar la ocasión para volver a contemplar el fabuloso "Mercedes". Desgraciadamente, Hitler y el doctor Ziegler llegaron a pie.

Hice la guardia en unión de mi amigo Hans Donndorf, entonces meritorio en el "Banco Alemán". También él estaba entusiasmado por el discurso de Hitler. Veinte años más tarde, en marzo de 1945, volvimos a vernos. Fue durante las luchas finales en torno a la capital austríaca, en un *bunker* bajo el "Hofburg." Hans Donndorf era teniente de un regimiento "Gran Alemania" y yo, comisario del Reich. Y el hombre a quien ambos habíamos visto veinte años antes en Weimar como el preconizado salvador de Alemania se encontraba en aquellos momentos en su *bunker* bajo la Cancillería del Reich, en espera todavía de un milagro...

La conversación de Hitler con el doctor Ziegler duró aproximadamente una hora. Luego apareció en la puerta. Llevaba un chaquetón gris y en la mano un sombrero de fieltro.

El doctor Ziegler le presentó a los dos centinelas que aseguraban la protección de la casa. Hitler nos estrechó largamente

la mano mientras nos miraba con fijeza. Por primera vez me encontraba directamente ante él.

Aquello provocó en mí uno de mis frecuentes momentos de inspiración lírico-patriótica; corrí a casa y compuse uno de los innumerables versos malos que acostumbraba:

*Sois  
muchos  
millares tras  
de mí y vos  
sois yo y yo  
soy vos.*

*No he tenido pensamiento alguno  
que no hubiera alentado en vuestro corazón.  
Y formo palabras,  
pues no sé de  
nadie que no esté  
unánime con  
vuestra voluntad.  
Pues yo soy vos y  
vos sois yo.  
Y todos creemos que Alemania está en vos.*

Desgraciadamente, enseñé aquellos versos al doctor Ziegler y él los publicó en su pequeño periódico *El Nationalsocialista*. En Alemania se imprimían además de aquella, otras varias publicaciones de idéntico signo, por lo que unas semanas más tarde recibí una carta procedente de Munich. Un cierto Rudolf Hess me escribía: "El señor Hitler ha leído su poema en el periódico del "Gau" y le remite con su agradecimiento, una fotografía personalmente dedicada."

La fotografía era obra del fotógrafo de Munich Heinrich Hoffmann, que luego se convertiría en mi padre político. En ella aparecía Hitler como yo le conocía — con traje azul — y podía leerse esta dedicatoria: "Suyo: Adolfo Hitler".

Con gran orgullo coloqué la foto en un marco de plata sobre mi mesa de escritorio. A partir de aquel momento, mi devoción por aquel hombre se hizo entusiasta, aunque mis padres no dejaran de bromear sobre ello cuando yo derivaba la conversación hacia el tema político. Cosa que ocurría por cierto con gran frecuencia.

Para ser miembro del NSDAP había que tener cumplidos los dieciocho años. Era tanta mi impaciencia que apenas pude esperar la fecha de mi cumpleaños, el 9 de mayo de 1925. Por la mañana me dirigí a la sede del Partido, rellené mi solicitud y cuatro semanas más tarde tenía en mis manos el carnet con sus cubiertas de color rojo oscuro.

Abrumaba al doctor Ziegler con preguntas sobre Hitler. Quería saber cómo era en las conversaciones

particulares, qué leía y cuáles eran sus poetas, compositores y pintores preferidos.

Con mi curiosidad iba a experimentar una considerable desilusión. El día del discurso, el doctor Ziegler había acompañado a Hitler en un recorrido a través de Weimar. Fueron, como es natural, a la casa de Goethe. Quedó especialmente admirado ante las sencillas alcobas, que parecían no corresponder a la imagen de un cortesano rico y mimado por la vida que se había hecho de Goethe. Reprochaba también a éste que durante las guerras napoleónicas se hubiera definido como un cosmopolita y dicho a los combatientes por la libertad: "Solamente podéis sacudir sus cadenas, pues el hombre es demasiado grande para vosotros."

El doctor Ziegler no daba crédito a sus oídos cuando Hitler le dijo en tono confidencial:

—Dietrich Eckart ha escrito versos tan hermosos como los de Goethe.

Aquella confidencia representó un golpe para mí. Sabía que el escritor muniqués Dietrich Eckart, también editor de la revista antisemita y antirrepublicana *Auf gut deutsch* <sup>7</sup> había influenciado el pensamiento de Hitler en los primeros años del movimiento y también que le había otorgado igualmente alguna ayuda financiera. Resultaba comprensible para mí que Hitler tuviera en alto grado la memoria de aquel hombre fallecido poco después del *putsch* de Munich. Pero llegar al punto de comparar a Dietrich Eckart con Goethe me parecía una blasfemia.

Aprendí a conocer así muy pronto uno de los rasgos característicos de Hitler y que Bismarck había ya calificado como la peor condición del joven Guillermo II: "Dificultad en efectuar las valoraciones." Esta falta de sentido para las palabras y las dimensiones fue acentuándose cada vez más, conforme fueron también aumentando sus triunfos.

Por lo que a mí respecta, he de confesar que me fue posible sobreponerme a aquella primera desilusión. Mi entusiasmo por el héroe político era demasiado inmenso para no perdonarle una pequeña falta. Me hallaba, por tanto, libre de cualquier actitud crítica

al emprender, en verano de 1925, la lectura del primer tomo de la obra de Hitler.

Sabía por el doctor Ziegler, que Hitler había escrito un libro durante su permanencia en la cárcel. En el periódico del "Gau" apareció un día un anuncio del *Mein Kampf* y aquella misma mañana se lo encargué directamente a la editorial Enher, de Munich. Remití el precio de doce marcos por adelantado para evitar así cualquier retraso en el envío.

Leí las trescientas ochenta páginas del *Mein Kampf* de un tirón, durante una sola noche. La trayectoria vital del hijo del aduanero austríaco que quería ser pintor, a quien la Academia de Arte de Viena rechazó, y luego conoció como obrero temporero las privaciones y la miseria del proletariado, era la trayectoria de aquel hombre cuya fotografía aparecía sobre mi mesa enmarcada en plata. El voluntario en los combates de Flandes de 1914, condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, el herido por los gases e internado en el Hospital de Pasewalker, que ante la revolución de noviembre de 1918, había decidido seguir la carrera política, era aquel hombre cuya voz inconfundible resonaba todavía en mis oídos.

Cuarenta y dos años después, sé que Hitler retocó esencialmente su cuadro biográfico. Pero aunque hubiera sabido entonces que durante su juventud nunca tuvo que sufrir gran miseria, aunque hubiera sabido entonces que nunca había sido obrero manual, sino que ganaba su vida pintando acuarelas baratas de paisajes ciudadanos, mi entusiasmo por Hitler no habría variado en lo más mínimo. Él era el soldado desconocido condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. Y aquello era lo que contaba para mí.

Y contaba, además, el contenido político del volumen. Devoré prácticamente lo escrito por Hitler sobre política mundial y economía, sobre parlamentarismo y revolución, sobre arios y judíos. El libro de Hitler se convirtió así en mi evangelio. Hoy sé lo que realmente era: el programa de la catástrofe alemana.

El libro de Hitler, con su tirada de doscientos treinta mil ejemplares, resultó un auténtico "best seller". Pero lo cierto es que no recuerdo haber leído entonces una sola referencia verdaderamente crítica en la prensa alemana. Ciertamente que la *Wettbühne* y el *Tagebuch* atacaban violentamente a Hitler. Pero estas publicaciones eran a su vez rechazadas de antemano por los círculos de derechas, que no las leían jamás. En cambio, entre todas aquellas personalidades que hubieran debido velar por la formación de los extensos núcleos juveniles situados a la derecha, ni una sola expresó su prevención ante el libro: ni un general, ni un solo empresario, ni un solo magistrado, profesor o sacerdote, se manifestaron abiertamente.

Muy pronto reapareció Adolfo Hitler en Weimar. Era otro Hitler completamente diferente. En el otoño de 1925 se representó en el Teatro Nacional de Weimar *El anillo de los Nibelungos*, de Wagner. Como antiguo intendente general, mi padre tenía derecho a sus localidades. Así es que de nuevo me entregué sorprendido a la fascinación y a la violencia del mago de Bayreuth, pese a que mi corazón se hallaba ya más próximo a Bach, Mozart, Haydn, Schubert y Tchaikowsky.

Fue durante el prelude de *Las Varrías*. En una fila anterior de la nuestra descubrí al doctor Ziegler y a Hitler a su lado. Se lo hice notar a mi padre.

—El hombre sabe cómo vestirse — me comentó.

Reparé entonces en que Hitler llevaba un "smoking". Aquel detalle no me pareció tan significativo como a mi <sup>[7]</sup> padre, pues desde mis dieciséis años lo consideraba como normal, tratándose de representaciones nocturnas. Que también un nacionalsocialista y líder obrero se sometiera a aquella etiqueta no me causó, por tanto, especial sorpresa.

Durante el descanso, el doctor Ziegler efectuó las presentaciones:

—El señor Hitler; el intendente general, Von Schirach... Al hijo ya le conoce usted...

Hitler se acordaba efectivamente de mí, o por lo menos así lo aparentó.

Mi padre preguntó a Hitler si le gustaba la representación, pues como residente en Munich debía estar acostumbrado a otra modalidad en la interpretación.

Por unos instantes temí que mi ídolo hiciera otra vez una comparación semejante a la efectuada entre Goethe y Dietrich Eckart.

Por fortuna, no fue así y su papel no fue ridículo ante mi padre, sino todo lo contrario: la respuesta de Hitler pareció complacerle. Dijo que encontraba la representación bastante buena y efectuó algunas reflexiones que delataban al experto. Comparó *Las Valkiñas* de Weimar con las representaciones a que había asistido de joven en Viena y dio nombres de directores de orquesta y cantantes. Todo aquello contribuyó a que mi padre, que hasta entonces se había mostrado siempre bastante receloso hacia Hitler, pareciera franquearse:

—Venga mañana a tomar el té con nosotros — dijo al oírse el segundo timbre —. La señora Von Schirach se alegrará.

Ante aquella inesperada invitación quedé enmudecido por la sorpresa.

Me hallaba en el vestíbulo de nuestra casa cuando Hitler llegó la tarde siguiente. Le acompañaba un hombre joven y muy alto, que se presentó como su secretario: era Rudolf Hess.

Vi cómo Hitler ofrecía flores a mi madre y besaba su mano.

Llevaba otro traje azul con corbata negra. Tras echar una breve mirada a su alrededor, se interesó por los muebles Imperio que procedían del ajuar de mi familia materna americana. Los contempló y manifestó su admiración de una manera discreta, como si no se atreviera a preguntar detalles sobre lo que constituía algo nuevo para él. Parecía haberse dejado ganar por el ambiente de la casa y escuchaba atentamente, sin interrumpir a sus interlocutores una sola vez. Resultó, en suma, una reunión agradable

Por lo que recuerdo, se habló solamente de temas artísticos. La pequeña conversación operística de la noche anterior se amplió considerablemente y cuando Hitler se hubo marchado, mi padre exclamó:

—En toda mi vida me he encontrado con un profano que entienda tanto de música, sobre todo de Ricardo Wagner, como tu Hitler.

Pero mucho más importante resultó para mí el juicio de mi madre:

—*How well he behaves* (Qué educado parece). — Y luego añadió algo que me halagó bastante más —: *At last a Germán patriot*. (Por fin, un patriota alemán).

Sé que estos recuerdos despertarán ahora extrañeza y quizás se hagan algunas consideraciones sobre la relatividad de tales juicios. Porque la semblanza que actualmente se hace de Hitler es muy diferente: un tipo vulgar, tanto en el aspecto como en el trato, con la fascinación afectada y barata de un violinista de café suburbial; un burgués enloquecido y una especie de monomaniaco furioso.

Resulta comprensible que se haya difundido la imagen de este Hitler. Pero lo cierto es que se trata de una imagen falsa y siniestra. ¿Cómo fue posible que un pueblo tan poseído de una cultura propia, siguiera a semejante espantajo? Eso se pregunta la actual juventud y posiblemente se preguntarán las generaciones venideras.

Yo también he visto al Hitler vociferante en situaciones que hoy no puedo recordar sin estremecerme. Pero fue en una época en que su fortuna había cambiado ya. El Hitler afortunado, que seducía tanto a las masas como a los individuos, tanto a los seres primarios como a los formados, a los alemanes como a los extranjeros, era el otro Hitler. Era un Hitler discreto, conversador, afable, y eterno admirador de las mujeres hermosas.

A esta faceta de su carácter tuvo que agradecer grandes éxitos, y resulta por tanto más sorprendente todavía que ninguno de sus biógrafos se haya detenido a analizar hasta ahora tanto los orígenes de semejante faceta como sus motivaciones.

En los primeros años de su acción política, cuando su nombre apenas era conocido en Munich, Hitler frecuentaba ya familias que representaban algo en la sociedad y la vida cultural. En 1920 fue admitido en los salones del fabricante de pianos berlinés Bechstein, y poco después se le abrieron las puertas de los mundialmente conocidos editores de Munich, Bruckmann y Hanfstaengl. Con anterioridad al *putsch* de Munich de 1923 había trabado estrecha amistad con Siegfried y Winifred Wagner, en Bayreuth. Durante mi estancia en Spandau me pregunté frecuentemente la razón de que aquellos patricios tan exclusivistas hubieran abierto sus casas al agitador de las cervecerías munitiquesas. A mi entender, sólo cabe una respuesta: las gentes que componían aquellas capas sociales se habían visto profundamente perturbadas por la guerra y la derrota. Los príncipes, cabezas de aquella sociedad, habían abdicado sin que una sola mano se levantara en su defensa. Por doquier se producían en Alemania subversiones comunistas que hacían temer un cataclismo radical como el que acababa de sacudir a la vieja Rusia. Al miedo al bolchevismo se unía el temor a un posible "ocaso de Occidente". La burguesía creía ver acercarse el día en que las iglesias de Alemania se convertirían en establos, en que serían saqueados los museos y echadas al fuego las últimas sonatas de Mozart. En este estado de crisis, no es extraño que buscaran un salvador.

De pronto, apareció en Munich un hombre cuyos discursos fascinaban a las masas, un orador como no lo había habido en toda la historia alemana. Este hombre conciliaba, además, dos conceptos que hasta entonces habían aparecido tan antagónicos como el fuego y el agua: nacionalismo y socialismo. Aquello vino a resultar para muchos algo así como una fórmula mágica. El hombre había sido, además, cabo en las filas militares y estaba condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. A su alrededor, habían muerto muchos combatientes sin nombre y sin familia. Francia tenía enterrado a su Soldado Desconocido bajo el Arco del Triunfo. En Alemania aparecía viviente y como un mensajero de la revolución nacional. Todo aquello resultaba tan fascinante para las masas de

las cervecerías como para la alta burguesía de los salones. Se agitaban alrededor de aquel Hitler. En las grandes familias eran sobre todo las mujeres quienes mayor curiosidad experimentaban hacia el nuevo y singular personaje. A ellas no se les ocultaba la impresión que sus espaciosas viviendas, sus tesoros de arte y sus formas de vida, le causaban. Era aquel un mundo nuevo para el hijo del aduanero austríaco, que en Viena y en Munich había vivido en pisos de soltero y habitaciones amuebladas baratas y luego, durante cuatro años, en cuarteles y trincheras.

Yo mismo, que habité posteriormente en casa Bruckmann, en la Leopoldstrasse, de Munich, pude escuchar de labios de la dueña de aquella mansión muchas particularidades sobre la primera época en que Hitler vivió en la capital bávara. La señora Elsa Bruckmann, de soltera princesa Cantacuzeno, tenía entonces casi setenta años, pero seguía siendo una belleza morena, poseedora de una gran cultura y un extraordinario temperamento. Me explicó cómo invitó a Hitler por vez primera a una cena en el íntimo círculo de familia y cómo se comportó el advenedizo en aquel mundo completamente extraño para él.

Así, cuando aparecían en la mesa manjares que no conocía — langostas o alcachofas — decía con desenvoltura: "Querida señora, enséñeme, por favor, cómo se come este plato." Hizo también que le instruyera sobre la manera de besar la mano a una dama. La señora Bruckmann le ilustró igualmente en la manera de vestir. Después de su licenciamiento, Hitler poseía tan solo un deslucido uniforme y un traje de paisano que databa de su época vienesa. Fue la señora Bruckmann quien le aconsejó que se hiciera trajes azules y los llevara con camisa blanca y corbata negra. Atuendo, éste, que se convirtió en su favorito.

Pero la señora Bruckmann no fue la única amistad maternal que le dio consejos y de la que recibió influencia. Otra dama, la señora Elena Bechstein, le convenció para que se encargara un "smoking" y unos zapatos de charol. Fue el mismo "smoking", sin duda, que sorprendió tan gratamente a mi padre a raíz de su primer encuentro con Hitler.

La tarde en que tomó el té en nuestra casa, Hitler conversó muy poco conmigo. Me preguntó qué quería ser. Me faltaba entonces año y medio para obtener el grado de bachiller, y así se lo dije. Añadí que luego seguiría, sin duda, estudiando. Me dijo:

—Cuando estudie, venga a verme a Munich.

Aquellas palabras decidieron mi vida futura. Durante mucho tiempo había alentado en mí la idea de ser músico. Desde los cinco años tocaba el piano y a los quince, había comenzado la carrera en la Escuela Superior de Weimar. Pero no era lo que podía calificarse de un buen alumno. De carácter propicio al ensueño, componía cuando tenía tiempo, algunos versos, como estas líneas que datan de mi primera juventud:

*Unos están  
gruesos de  
tanto devorar Y  
cultivan  
estados  
extranjeros,  
Tienen casa, hogar y lecho,  
Los otros son soldados.  
Unos se han hecho poderosos,  
Los otros  
descansan  
en Flandes.  
¿Son  
iguales para  
el sol de  
Dios Unos y  
otros?*

Versificaba con gran placer. Pero no en balde era hijo de un intendente y director de ópera, que había aprendido a exigir la más alta calidad a las expresiones artísticas y en primer lugar, a las suyas propias. Así es que supe comprender que nada excepcional concurría en mí. Perteneecía al término medio y con ello tenía que darme por satisfecho.

De pronto, la visita de Hitler a la casa paterna me mostró el camino: la política. Aquello no quería decir que aspirara en convertirme en un simple funcionario. Lo hacía prohibitivo la circunstancia de que la organización del Partido Nacionalsocialista no se distinguía precisamente por sus grandes medios como lo demostraba la propia sede provincial de Weimar. Ésta se limitaba a una planta baja situada en uno de los barrios donde los locales eran más baratos. En los escaparates, un par de libros y folletos, y en el interior un mostrador, una estantería y un par de mesas destinadas al *gauleiter* doctor Arthur Dinter, que sólo aparecía de vez en cuando, y el encargado del despacho, Fritz Sauckel, con quien me sentaría veinte años más tarde en el banquillo de los acusados, en Nuremberg.

Allá era donde se hacía efectiva la cotización mensual del partido: 0'80 marcos. Allá iba yo a buscar las octavillas que los camaradas repartíamos en las calles o echábamos, subiendo y bajando incansablemente las escaleras, por todos los buzones de Weimar. El partido contaba entonces en toda Alemania con cuarenta mil miembros apenas. De haber existido la fórmula del cinco por ciento, como actualmente en la República Federal, no habría tenido representación en el Reichstag ni en los Parlamentos de los "Laender", con excepción de Baviera.

A pesar de todo, yo tenía la absoluta convicción de que Hitler llegaría en alguna ocasión al poder. Necesitaría entonces colaboradores que compartieran enteramente sus puntos de vista, su concepción del mundo. Dadas las relaciones extensas que tenían mis padres y los estrechos vínculos de parentesco que nos unían a varias familias angloamericanas, pensaba de vez en cuando que mi camino estaría entonces en la diplomacia. Pero luego, al considerarlo mejor, creía que mi deber era llegar a ser redactor para contribuir así a la difusión de la doctrina nacionalsocialista.

Pero ninguno de tales proyectos había tomado forma concreta cuando obtuve el grado, en Pascua de 1927. Decidí estudiar germanística, lengua inglesa e historia del arte, ya que aquellas eran mis asignaturas favoritas. Mi ulterior destino lo dejaba en manos del

tiempo y solamente estaba decidido a una cosa: trasladarme a Munich porque allí estaba Hitler.

Antes me había propuesto tomar una decisión, que fue por cierto la primera a que me obligó el nacionalsocialismo. Fue la separación de mi antigua liga juvenil. En aquellas ligas, que entonces se contaban a centenares, predominaba el distanciamiento hacia todo lo que fuera un partido y una política partidista. Los objetivos de aquellas asociaciones eran unánimes en casi todas: luchar para que Alemania recobrar su conciencia y volviera a tener un peso decisivo en el mundo. Ninguna sabía exactamente cómo podría conseguirse aquello, pero un solo convencimiento era general: que no se lograría jamás a través de un partido.

Por tal causa, cuando me identifiqué como miembro de Hitler, consideraron mis camaradas que aquello era una especie de traición. Y me pusieron ante la disyuntiva: ellos o el partido hitleriano.

Para mí sólo cabía una respuesta: Hitler. Así es que ingresé en las S.A. arrastrando conmigo a dos amigos.



### III

En julio de 1926, largas columnas formadas tras las banderas con la cruz gamada marcharon a través de Weimar procedentes de la estación. En las calles resonaban músicas y marchas hasta entonces nunca escuchadas en la ciudad de Goethe. Un solo grito se oía: "¡Alemania, despierta!" Constantemente llegaban nuevos trenes especiales y columnas de camiones: bávaros con camisas blancas y pantalones de cuero y también bastantes grupos luciendo el nuevo uniforme nacionalsocialista: la camisa parda. Todos acudían a Weimar para asistir al segundo congreso nacional del NSDAP, que era el primero desde su nueva fundación en el año 1925.

En el cuartel general dominaba la inquietud. Hitler iba recibiendo, conjuntamente con los *gauleiter*, los informes que le llegaban sobre la concentración. Temía que no se consiguiera llenar la "Markplatz" el día siguiente, tal como estaba previsto. El objetivo no era otro que llenar la entera ciudad con el signo de la cruz gamada. De esta manera, tanto los asistentes a la concentración como los restantes habitantes, tendrían la conciencia de que la era del Tercer Reich había comenzado.

¿Pero de dónde sacar las masas necesarias? De los inmediatos "Gau" pertenecientes a la Alemania central y septentrional se reclamó la presencia de cuantos pudieran llevar una cruz gamada y pagarse los gastos del desplazamiento. Sin embargo, los efectivos así reunidos no bastaban. Solamente había reservas disponibles en las tradicionales ciudadelas del movimiento hitleriano, Baviera y Franconia. Fueron movilizadas telefónicamente al caer la noche y trenes especiales procedentes de Munich y Nuremberg acarrearón los refuerzos.

Lleno de pasión, ejercía mis misiones como miembro de las S.A. desplazándome con mi motocicleta entre la estación y la ciudad, desde un lugar de concentración a otro, organizando un refugio para pernoctar con un par de balas de paja o concertando una audiencia a unas cuantas admiradoras de Adolfo Hitler. En mi oído sonaban

todos los dialectos alemanes y aquella experiencia vivida de la diversidad de mi patria me hacía sentir alegre y dichoso. Era un sentimiento idéntico al experimentado también por los jóvenes gimnastas en sus concentraciones, por los "Wandervögel" o los exploradores, las juventudes socialistas o los grupos juveniles que militaban bajo las diferentes obediencias de tipo nacionalista. Muchos partidos, ligas y asociaciones que organizaban entonces congresos y marchas, conseguían con facilidad la movilización en número similar o superior al de los nacionalsocialistas. Pero nosotros estábamos convencidos de una cosa: que ninguna otra organización tenía como jefe a un orador y propagandista tan genial como Adolfo Hitler.

El acto principal del Congreso del partido se celebró en el Teatro Nacional. Allá viví por primera vez el ritual nacionalsocialista de jura de la bandera. Unos quinientos abanderados formaron un semicírculo en el escenario. Delante de los abanderados de las secciones se colocaron cuatro estandartes cuadrados con la cruz gamada y coronados por águilas plateadas. Hitler había escogido personalmente aquellos distintivos para los que le sirvieron de modelo tanto las banderas parroquiales católicas como las águilas de las legiones romanas y, sobre todo, los estandartes fascistas. "Estandarte" se denominaba igualmente la unidad de las S.A. cuyos efectivos y organización eran similares a las de un regimiento.

La iniciación solemne del acto estuvo constituida por la entrada de la "bandera de sangre". Aquella bandera encabezó el nueve de noviembre de 1923 la columna que tras el fracasado *putsch* se dirigió hacia el "Feldherrnhalle" de Munich para encontrar allí un final sangriento. Venía a representar algo así como el elemento sacralizado del movimiento. Hitler confió su custodia a las S.S. (Secciones de Defensa) recién creadas. La ceremonia de jurar las banderas y estandartes de las unidades de la S.A. tenía un momento culminante que consistía en rozar, por parte de Hitler, los nuevos distintivos con la "bandera de sangre". Para los jóvenes que éramos entonces nosotros, aquel acto tenía un carácter sagrado y

en tales momentos, Adolfo Hitler nos parecía bastante más que un mero político.

No llevaba uniforme todavía, sino una especie de atuendo militarizado: chaquetón gris, cinturón de cuero, correa, "breeches", calcetines grises hasta la rodilla y zapatos de cazador. A ello había que añadir un sombrero gris de fieltro. Las restantes jerarquías aparecían de paisano, en su mayoría con trajes oscuros y muchos con camisa de anticuados cuellos de pajarita. Con estos atuendos burgueses tomaban también parte en los desfiles, al frente de las columnas uniformadas.

Aquel domingo, Hitler hizo entrega en el Teatro Nacional de ocho nuevos estandartes. Hubo así un total de doce, de los que siete correspondían a Baviera y uno respectivamente a Wurtemberg, Badén, Turingia, Sajonia y Berlín. Ello demostraba la fuerza del elemento bávaro y alemán del sur en el nacionalsocialismo.

Un incidente algo penoso para nosotros, los nacionalsocialistas de Weimar, ocurrió durante la concentración de masas celebrada por la tarde en la "Marktplatz". Habló Julius Streicher, el *gauleiter* de Nuremberg, y su discurso fue un torrente de amenazas e insultos antisemitas. Algunos ciudadanos de Weimar no dejaron de manifestar su desaprobación ante aquellas palabras. Y así, en las ventanas del Ayuntamiento, desde donde contemplaban el inusitado espectáculo el burgomaestre y los concejales, se produjo un movimiento de retroceso. Streicher se dio cuenta de ello y, dirigiéndose hacia allá, gritó:

—¡No cierren la ventana, señores! También ustedes necesitan saber estas verdades. Como ya decía Disraeli, primer ministro inglés: "El problema de las razas es la clave de la historia." Se lo dice a ustedes Julius Streicher.

En idéntico tono se expresó nuestro *gauleiter* de Turingia, doctor Dinter. Dinter había ya provocado en 1918 algún escándalo con su novela titulada *El pecado contra la sangre*. Era la historia de un matrimonio mixto germano- judío, trágicamente malogrado por causa de la incompatibilidad entre las dos razas y las dos sangres.

En 1926, el libro alcanzó una edición de casi doscientos cincuenta mil ejemplares y fue leído por millones de personas.

Dinter era un gigante con un cráneo poderoso y cuadrado. Exteriormente, recordaba un poco a Martin Lutero, y la verdad era que se consideraba a sí mismo como una especie de Lutero del siglo XX. En ciento noventa y siete tesis había resumido un nuevo evangelio llamado "cristianismo espiritual". Acostumbraba a frecuentar, en unión de sus partidarios, sesiones espiritistas, en las que les enseñaba el arte de comunicarse con los espíritus de los difuntos mediante movimientos de una mesa y golpes que eran transmisión de señales.

Éste era el *gauleiter* de Hitler en Turingia. Tanto él como Streicher aspiraban hacer del "cristianismo espiritual" una nueva religión. Hitler parecía estar de acuerdo: "Doy el máximo valor al hecho de que nuestro partido cierre la grieta que desgarró a nuestro pueblo — había dicho —. Protestantes y católicos pueden sentirse unidos en esta doctrina."

Pero su entusiasmo pasó pronto y, un año más tarde, destituyó a Dinter del cargo. Su sucesor fue el antiguo marino y obrero Fritz Sauckel. Igual que Streicher, fue condenado a muerte en 1946, en Nuremberg, y ejecutado más tarde.

Mi fe juvenil no podía verse afectada entonces por semejantes delirios, que a mis ojos venían a resultar solamente algo así como defectos exteriores de estética. En definitiva, el nacionalsocialismo era, para mí, Hitler, la camaradería de quienes pensaban como yo y también la unión de altos y bajos, de pobres y ricos.

Se ha hablado y escrito mucho sobre los antiguos nazis. Se han dicho y escrito cosas ciertas y cosas falsas. En la actualidad, se ha hecho creencia general que formaban una especie de selección negativa compuesta por pequeños burgueses que trataban de compensar su complejo de inferioridad con una presunta superioridad nacionalista y de raza. Aunque algo hubiera de ello, no es toda la verdad. Viene a ser ésta, así, otra de esas verdades a medias que imposibilitan el auténtico análisis de Hitler y el nacionalsocialismo.



## IV

En 1927 me inscribí como estudiante de lengua y literatura germánicas en la Universidad Luis Maximiliano, de Munich. Alquilé un cuarto de estudiante en la Franz-Josef-Strasse, en el barrio de Schwabing, y durante ocho cursos estudié con un celo variable, pues la actividad del partido me llevaba mucho tiempo y me exigía una gran dedicación. Entre las clases más interesantes que frecuenté se contaban las de literatura inglesa profesadas por Forster; las del "Colegio de Goethe", que daba Borchardt, y las de Historia de Arte, que explicaba Pinder. Como miembro de la "Sociedad Shakespeare" conocía a casi todos los renombrados especialistas en lengua y literatura inglesa que había en Alemania. Antes de comenzar mis estudios estaba ya bastante familiarizado con aquella literatura y también con la francesa. De todos modos, acrecenté considerablemente mis conocimientos, y a través de la familia del consejero Schick y, sobre todo, de la familia Bruckmann, conocí personalidades tan interesantes como el romanista Wossler, el historiador Karl Alexander von Müller, su colega Oncken o el egiptólogo Spiegelber.

En un principio quise ser psiquiatra, y esta vocación influyó notablemente en mi vida. Quizá por tal causa fui el único que supo comprender más tarde, en Spandau, a Rudolf Hess y mantener con él excelentes relaciones.

Una de mis primeras visitas de Munich fue a la sede central del N.S.D.A.P. Me imaginaba algo gigantesco y solemne, una verdadera catedral de la revolución. Pero la realidad era muy otra.

La sede estaba situada en la Schellingstrasse, número 50, en el primer piso. El vestíbulo, pintado de blanco, aparecía cruzado por un mostrador con ventanillas. Más tarde me enteré de que aquellas ventanillas procedían de la decoración de una película sobre el robo de un Banco que el que sería luego mi suegro, Heinrich Hoffmann, había rodado conjuntamente con Stewart Webbs. Como la sede del N.S.D.A.P. se había instalado en el antiguo estudio cinematográfico de Hoffmann, se había aprovechado el mostrador.

Un joven apareció por la ventanilla y cogió mi carnet del partido. Le dije:

—Quisiera pagar mi cuota de los restantes siete meses del año.

El joven adoptó una expresión incrédula, desapareció y volvió con un caballero de aspecto honorable y gafas doradas, que efectuó inmediatamente su presentación:

—Schwarz, tesorero.

Deseaba, sin duda, ver por sus propios ojos aquel raro personaje que pagaba sus cuotas con una anticipación de siete meses.

Mi impresión general fue que allá había limpieza, orden, pero ni una brizna de impulso revolucionario. Hubiera podido ser igualmente aquella la oficina de una mutua de seguros. Además, Hitler permanecía invisible. Para el partido, yo era solamente un número: el miembro número 17.251.

En la Universidad, las cosas ocurrían diversamente.

En el patio acristalado, en torno a la estatua del "Speerträger" [8], se reunían a las once de la mañana las representaciones de las ligas estudiantiles. Predominantes por su número y estrépito que armaban eran las llamadas "ligas de batalla". Llevaban gorras redondas de colores, echadas hacia atrás, bandas cruzadas encima de chaquetas y camisas y las cicatrices de la "mensur" [9] cruzaban sus jóvenes rostros. En contraste, los efectivos de los estudiantes nacionalsocialistas eran bastante humildes. Unos llevaban pantalones de montar y "breeches"; los restantes una pequeña cruz gamada en el ojal. Entre éstos me contaba yo.

Entre los estudiantes reinaba bastante agitación.

En Prusia, sede de la mayor parte de las Universidades y escuelas técnicas, había estallado un conflicto abierto entre el estudiantado y el Gobierno. Su origen estribaba en el problema de que la gran organización de todos los estudiantes, denominada "Estudiantado Alemán", siguiera formando una unidad con los colegas de Austria. Las organizaciones estudiantiles austríacas eran fuertemente antisemitas. No admitían un solo judío y exigían

drásticas limitaciones al número de estudiantes hebreos en la Universidad. Por ello, el ministro de Cultura de Prusia, Becker, había puesto un ultimátum a la organización "Estudiantado Alemán": o rompían sus vínculos con los austríacos o perderían en Prusia el reconocimiento estatal y el derecho de recaudar sesenta *pfenning* por estudiante cuando se hacían efectivas las matrículas semestrales. La organización estudiantil veía en la exigencia un ataque a los ideales pangermánicos y el derecho a la autoadministración estudiantil.

En realidad, el ministro prusiano de Cultura no estaba en contra de los ideales pangermánicos ni contra la administración propia de los estudiantes. Lo que no podía admitir era que el antisemitismo se contagiara desde Austria a las instituciones culturales prusianas.

Se aproximaba una prueba de fuerza. A finales de 1927, los estudiantes de Prusia tenían que votar sobre la nueva regulación estudiantil de Becker. La mayor parte de los estudiantes no reconocía el verdadero problema y estaba decidida a luchar contra el ministro, tanto en el interior como en el exterior de Prusia. Y entre los envalentonados estudiantes se contaba, asimismo, la mayoría de los profesores de tendencia conservadora.

Como es natural, yo estaba contra Becker. La exigencia de los estudiantes austríacos de que se estableciera un *numerus clausus* para los judíos me parecía justa. El veinticinco por ciento de los estudiantes de la Universidad de Viena eran judíos, y su número aumentaba de día en día. Este crecimiento tenía una causa bien sencilla: Polonia, Hungría y Rumania habían establecido, en nombre de su revigorizada conciencia nacional, el *numerus clausus* en sus Universidades para las minorías religiosas y nacionales. La medida había afectado, sobre todo, a los alemanes y judíos de aquellos países, que se vieron obligados a limitar el número de estudiantes que enviaban a la enseñanza superior. Y así, miles de estudiantes alemanes, pero también judíos de expresión germana, se habían visto obligados a abandonar las universidades de Varsovia, Cracovia, Lemberg, Budapest y Bucarest. La mayor parte se

dirigieron a Viena y Berlín. Las escuelas superiores de aquellas ciudades estaban repletas.

—¿Y qué dice Hitler a eso? — pregunté a mis correligionarios nacionalsocialistas.

Hubo una sucesión de rostros perplejos. Ninguno, ni siquiera el jefe del grupo de la Universidad de Munich, Alfons Weber, había hablado una sola vez con Hitler. Le conocían tan sólo por haberle visto en las reuniones.

En el otoño de 1927, me disponía a estudiar segundo curso en Munich y no había tropezado una sola vez con Hitler. En noviembre tenían que ser elegidos los comités generales estudiantiles (A.S.T.A., siglas de "Allgemeine Studenten Ausschüsse). La Liga Estudiantil Nacionalsocialista había representado hasta aquel momento un papel de muy escasa importancia. La máxima influencia en los medios universitarios la ejercía el "Waffenring", que era la organización de las llamadas "ligas de batalla". En el sur de Alemania compartía el poder con las asociaciones católicas estudiantiles.

Pensé que aquello tenía que cambiar. Pero solamente podría variar en el caso de que Hitler se interesara personalmente por la lucha electoral de los estudiantes. La casualidad acudió en mi ayuda.

A mediados de noviembre vi a Hitler mientras paseaba con su enorme perro pastor por la Maximilianstrasse. Se detenía ante los escaparates y parecía disponer de mucho tiempo. Atravesé la calle y me acerqué a él. Me reconoció, me saludó afectuosamente, me preguntó cuánto tiempo llevaba en Munich y me reprochó que no hubiera ido a verle. Le dije lo que pensaba.

—Hablaemos mejor en mi casa — dijo.

Vivía en Thiersstrasse, número 41. Era una vivienda de alquiler, con una escalera bastante empinada. En el primer piso, Hitler abrió una puerta. Vi una placa blanca con el apellido "Reichard".

El vestíbulo estaba oscuro. De un canapé se levantó un hombre delgado y con los ojos salientes. Miró hacia el teléfono, que estaba

sobre la mesita, y dijo:

—No ha llamado nadie.

Era Julius Schaub, el *factótum* de Hitler. Más tarde, como ayudante y *obergruppenführer* de las S.S., obligó muchas veces a que generales y jefes de Estado guardaran turno para ver a su dueño.

El gabinete de trabajo de Hitler era largo y estaba ventilado solamente por una ventana que daba a un patio interior. Una de las paredes aparecía casi enteramente cubierta por una estantería con volúmenes de la colección Soennecken, y enfrente había una estufa de hierro colado. Hitler me dijo:

—No se quite el abrigo, pues todavía no han encendido la estufa.

Mientras encargaba a su patrona que nos sirviera el té, me entretuve en echar una mirada a los lomos de los libros. Eran casi todos obras históricas: la historia del siglo XIX, de Treitschke; la totalidad de Ranke; obras de ciencia militar; de náutica, y algunos volúmenes de enseñanzas y arquitectura.

Rogué a Hitler que hablara en una gran reunión de estudiantes. Pareció vacilar:

—No sé...

Se veía claramente que no le entusiasmaba la idea.

Le informé entonces sobre la situación de la Liga Nacional-socialista de Estudiantes. Y le dije que estaríamos condenados a ser siempre un pequeño grupo si dejaba que los dirigentes del movimiento estudiantil quedaran situados a la izquierda.

—¿Sabe usted? — me dijo Hitler con su característico acento —. No creo que nos sea posible ganar para nuestra causa más del diez por ciento de la juventud universitaria; un diez por ciento apenas de la "inteligencia"...

—Soy de otra opinión — opuse —. Podemos ganar en un par de años la mayoría de la juventud universitaria en el caso de que sea usted mismo quien les hable.

A la vista de mi decisión, rectificó:

—Bien; haga una propuesta práctica.

Le propuse la sala de fiestas de la "Hofbrauhaus" como centro de reunión.

—Le garantizo que se llenará hasta el último hueco.

—Pero no de estudiantes — dijo Hitler —. Allá van tropes de turistas, pero no sus universitarios.

Le prometí que solamente entregaría invitaciones contra la presentación del carnet estudiantil. Me miró con bastante escepticismo y luego asintió:

—Bien: inténtelo. No puedo prometerle que acudiré. Comprenderá que en Munich no puedo arriesgarme a tomar la palabra ante una sala medio vacía. Pero estaré aquí, en mi casa. Si me llama usted para decirme que la sala está llena, acudiré. De otra manera tendrá que buscar una excusa y salir como pueda del atolladero.

El 21 de noviembre de 1927, a las ocho, tenía que comenzar el acto. Dos horas antes, la sala estaba completamente repleta. Y a las siete y media, la asistencia era tanta que los estudiantes habían trepado inclusive encima de las estufas de mampostería. Llamé a Hitler. No le quedaba más remedio que acudir, pero lo cierto es que no parecía entusiasmarle demasiado.

La asamblea estudiantil se diferenció esencialmente en su aspecto externo de las restantes reuniones del partido que se celebraban en la "Bürgerbraukellen" o la "Loewenbrau". En éstas, media hora antes de comenzar interpretaba ya marchas militares la banda "Krug". Cuando Hitler hacía su entrada, se tocaba la "Badenweiller Marsch", y luego efectuaban su solemne ingreso las banderas. Nosotros renunciábamos a este ceremonial, de tal manera que al llegar Hitler reinaba solamente un silencio expectante. Me había dado detalles técnicos muy precisos: no tenía que haber pupitre para el orador en el escenario, sino un bajo podio, de tal manera que tuviera la asamblea ante sí. Una mesa también baja le serviría para colocar sus notas. Preparaba todos sus discursos mediante anotaciones muy breves en ocho o diez cuartillas, sobre las que lanzaba de vez en cuando una mirada. Una botella de agua mineral y un vaso estaban preparados sobre la mesa. La máxima preocupación de Hitler era no aparecer como un profesor disertante

o como un orador cualquiera. Las gentes tenían que comprobar que hablaba con desenvoltura, al hilo de sus pensamientos. Porque Hitler no solamente deseaba que le escucharan, sino asimismo que le vieran. Para él, los gestos tenían una importancia tan fundamental como la voz.

Hitler se preocupaba asimismo de la manera con que se abrían los actos en que tomaba parte. Unas palabras de quien los presidía servía para que la atención se centrara en él. Así es que procedí a citar una frase de Goethe: "Cada gran idea, que penetra en el mundo como un evangelio, es un escándalo para el pueblo pedante y anquilosado y una necedad para quien tenga una formación superficial." Y añadí:

—Tiene la palabra Adolfo Hitler.

Comenzó a hablar en voz baja, casi vacilante. Esto le ayudó a conseguir un éxito inicial entre los que le oían por primera vez y habían esperado un estrépito revolucionario. Con su tono consiguió que se hiciera silencio y obligó a la concurrencia a prestar oído.

Frecuentemente pregunta ahora la juventud: ¿Por qué gritaba tanto Hitler?

Han oído en la radio o por televisión fragmentos de sus discursos en los congresos del partido o los pronunciados en el Reichstag o en el "Sportpalast" y resulta para ellos inconcebible que sus padres se dejaran ganar por aquel griterío. No cabe duda de que todo orador tiene sus momentos de crispación y que escucharlos, excluidos de su contexto, llega a poner enfermo. Solamente sería posible comprender el efecto que los discursos de Hitler causaban sobre sus auditorios si se siguieran en toda su línea retórica e ideológica.

¿Era Hitler un orador genial?

Muchos científicos y críticos, expertos conocedores de la retórica, contestan negativamente. Pero es que ellos miden a Hitler con idéntico rasero que a los oradores clásicos y comparan épocas que no son en absoluto comparables. Los grandes hombres que han entrado en la Historia por su arte oratorio no eran, en ninguno de los

casos, oradores de masas. Ni Martin Lutero, ni César, Napoleón, Fichte o Bismarck.

Hitler descubrió sus cualidades oratorias en los acantonamientos y cuarteles del frente occidental durante la guerra 1914-18. Tras la derrota, el cabo Hitler fue adscrito en 1919 a unos grupos propagandísticos destinados a influenciar en sentido antibolchevique al ejército que iba disolviéndose.

Aquel mismo año 1919, un agente de la policía política de Munich redactó el siguiente informe sobre una reunión del "Deutschen Arbeitspartei" <sup>[10]</sup> celebrada en la cervecería "Eberlbraukeller": "El primer orador, señor Hitler, se extendió de manera maestra en su tema «Brest-Litowsk». Cabe considerarlo como un orador de choque y mucho efecto sobre la masa."

En la "Eberlbraukeller" habló Hitler ante trescientas personas. Pero como el número de auditores fue creciendo cada vez más, se hizo preciso alquilar salas cada vez mayores: la "Loewenbraukeller", la "Hofbrauhaus", la "Festsaal", la "Buergerbraukeller" y finalmente, el lugar más espacioso de Munich, el Circo Krone, con sus 4.000 localidades. Ya en el año 1922 habló Hitler en la "Koeningsplatz" a veinte mil personas y sin instalación de altavoces.

En 1922, la embajada U.S.A. en Berlín envió a su agregado militar, *captain* Smitch, a Munich, para ver a Hitler. Informó lo siguiente: "Llega a ser siniestra la capacidad de Hitler para influenciar una asamblea. En los discursos personales se metamorfosea como un orador lleno de fuerza, impulsado por un vigor fanático que causa el máximo efecto sobre los auditores neutrales."

Y el periodista vienes Karl Tschuppik escribió en 1927, tras un discurso de Hitler en el Circo Krone: "Entre tantos tartamudos de hoy en día, Hitler es un orador."

De todos los oradores de masas que se destacaron entre 1919 y 1933 — desde los del partido nacional alemán a los comunistas —, no había uno solo a quien fuera posible dominar a las masas con su palabra, como lo hacía Adolfo Hitler.

¿Cómo lo conseguía? Lo explicaré en términos bien sencillos: su principio reposado daba a los auditores la impresión de que aquel hombre meditaba lo que decía. La primera media hora, dedicada casi siempre a la exposición de antecedentes históricos, servía para que la gente tuviera la convicción de que aquel hombre conocía la historia y de que sus conceptos no eran producto de un día. Hitler tenía el gusto por las palabras complicadas y ello servía para que su auditorio llegara a la conclusión de que se trataba de un hombre de mucha formación. Poco a poco, conforme abordaba problemas actuales, iba aumentando el tono de su voz. Tenía gran capacidad para modularla, según se dedicara a acusar enemigos y estadistas, a insultarles o ridiculizarles. Y sus auditores se decían que aquel hombre tenía razón.

Tras este primer tercio del discurso, que duraba alrededor de media hora, se producía la primera salva de aplausos. Aquello servía para aumentar la inspiración de Hitler. Su temperamento se desbordaba entonces en apariencia, transformándose su discurso en cascadas de elocuentes frases. Pero era solamente en apariencia, pues lo cierto es que mantenía un férreo dominio de sí mismo. Y así, de pronto, cortaba los aplausos con un gesto de la mano y reanudaba, otra vez en tono reposado y quedo, el discurso donde había quedado interrumpido. Estas subidas desde el *pianissimo* al *fortissimo* y *furioso* se repetían muchas veces en el transcurso del discurso. En cada ocasión progresaba, cada vez más aprisa, hacia la inmediata cima, y así, de una a otra, completaba la hora y media, que era el tiempo que duraban sus discursos.

En mi primera reunión estudiantil abordó el tema "El camino hacia el pan y la libertad". Los conceptos fundamentales fueron idénticos a los contenidos en todos sus discursos. A saber:

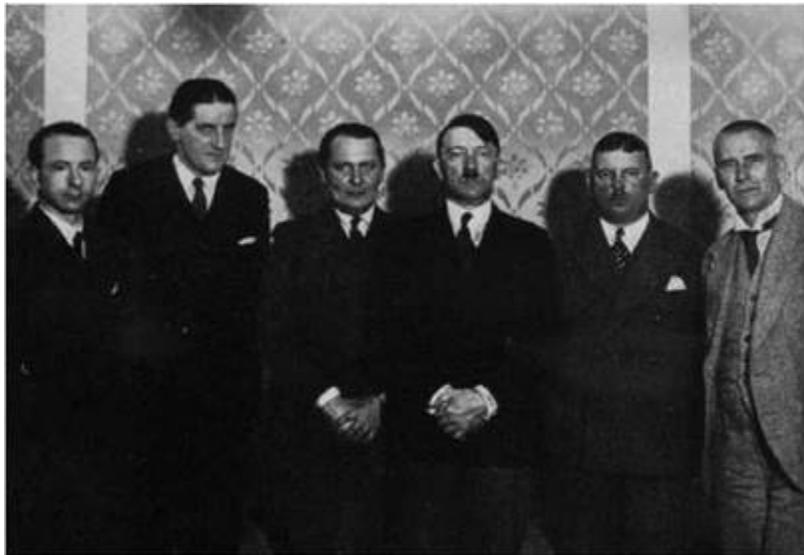
1. ° La guerra mundial de 1914-1918 fue el resultado de una conspiración mundial para aniquilar al Reich.
2. ° La guerra no se perdió militarmente, sino a causa de una traidora puñalada <sup>[11]</sup> por la espalda alentada por elementos criminales.

3. ° El dictado de Versalles era el instrumento de las potencias vencedoras para perpetuar la dominación del Reich alemán y esclavizar al pueblo germano.

4. ° La República de Weimar estaba regida por los mismos elementos criminales judíos y marxistas que habían asestado la puñalada por la espalda. No se sentían instrumentos responsables del pueblo alemán, sino que eran factores, comprados, de las grandes finanzas judías.

5. ° La desvalorización del dinero y consiguiente empobrecimiento de la clase media no era consecuencia natural de la guerra, sino de la traición y la incapacidad de los "traidores de noviembre".

6. ° Si el pueblo alemán recobraba la conciencia de sus deberes y objetivos, si los trabajadores se sacudían el dominio de sus explotadores marxistas y judíos, si contrarrestaban el veneno de la lucha de clases y renegaban del lema: "Nunca más guerra", estando dispuestos en todos sus estratos a la lucha libertadora..., en tal caso, volvería a haber pan y libertad para todos los alemanes.



**Ilustración 1. Hitler rodeado de sus compañeros de la campaña electoral de 1932**



**Ilustración 2. La famosa «Casa Parda», en Munich, sede del Partido Nacionalsocialista**

Durante veintiún años de reclusión medité cómo fue posible arrastrar a un pueblo culto con conceptos tan elementales. Y llegué así a la conclusión de que Hitler no hizo más que expresar lo que pensaba una buena parte de la burguesía alemana. Cuando recuerdo mi propia juventud en el reposado Weimar, cuando evoco los hombres que fueron mis modelos y mis maestros, tengo la absoluta convicción de que ni uno solo dudaba de la culpabilidad bélica de las potencias vencedoras y la "puñalada por la espalda". Pensaban, por tanto, exactamente igual que Hitler.

No necesitaba éste despertar, por tanto, la conciencia de la incapacidad para liquidar la derrota de 1918 y la inclinación a buscar chivos expiatorios. Ello estaba latente en casi todos los alemanes. Pero Hitler señaló a los culpables: los judíos, la república de judíos.

Claro que el antisemitismo le resultó de más difícil difusión entre el pueblo alemán que las consignas nacionalistas. Es evidente que los sentimientos antisemitas estaban bastante difusos. Mucho antes de Hitler habían sido exaltados por el movimiento socialcristiano del predicador de la corte, Stoecker, en Berlín, y el burgomaestre

vienes, Karl Lueger. Pero excesos antisemitas de palabra y hecho, como los provocados en Francia por el proceso Dreyfus, no se había producido en la Alemania imperial. El propio Bismarck se entendió muy bien con su banquero y amigo personal, Bleichroeder, y Guillermo II distinguió a hombres como Albert Ballin, creador de la H.A.P.A.G.; Albert Einstein, Paul Ehrlich, Bruno Walter y Max Reinhardt — por no citar sino algunos —, a los que se hubiera podido silenciar por ser judíos.

A los ilustrados burgueses, aunque fueran de pensamiento antisemita, les parecía excesivo el odio a los judíos que Hitler profesaba. En cuanto al proletariado, lo cierto era que en sus luchas por una jornada más breve, unas mejores tarifas de trabajo y los seguros esenciales, no tenían que entenderse con capitalistas judíos de carácter internacional, sino la mayor parte de las veces con empresarios de raza aria.

Mucho más fácil resultó inducir a la clase media — artesanos, pequeños rentistas y pequeños industriales — contra los judíos. Económicamente, eran ellos las víctimas propiciatorias de la inflación y la segunda revolución técnica iniciada después de la guerra. Las grandes concentraciones industriales afectaban cada vez con mayor vigor los pequeños negocios familiares. Era lógico, pues, que aquellas gentes comprendieran cada vez menos lo que ocurría y contemplaran, confundidos, a quienes les hacían la competencia con el mayor éxito. Y si éstos eran judíos, el temor a quedar barridos económicamente se convertía con facilidad en odio racial.

En idéntica situación se encontraba la mayoría de los estudiantes. Las escuelas superiores estaban repletas y las oposiciones para los puestos y posiciones en las carreras universitarias eran mucho más rigurosas que antes. Cuando los estudiantes calculaban que los judíos, que solamente constituían el 0'9 por ciento de la población alemana, ocupaban el 10 por ciento de los puestos en la medicina y la abogacía, la exasperación crecía considerablemente. Y así, nosotros, los estudiantes nacionalsocialistas, exigíamos, al igual que nuestros compañeros

austríacos, un *numerus clausus* para los judíos en las Universidades. Esto significaba que su proporción no tenía que ser superior al 0'9 por ciento.

Al mismo tiempo, protestábamos contra el *numerus clausus* en las Universidades polacas, húngaras y rumanas, porque estaba allí netamente dirigido contra las minorías alemanas.

Era evidente que Adolfo Hitler había infravalorado su capacidad para influir en los universitarios. La reunión de la "Hofbrauhaus", a la que había acudido con tanta desgana, resultó un éxito. El orador tuvo conciencia de ello antes de terminar su discurso y procedió en consecuencia.

Así es que terminó con una alusión a su *putsch* del 9 de noviembre, y elevando el tono de voz, concluyó así:

—Si en vez de seguir viviendo encerrado en sus viejas tradiciones, el estudiantado se hubiera integrado con treinta mil de sus componentes en las filas del movimiento nacionalsocialista, no se vería obligado a defender en la actualidad sus propias posiciones. Bajo el paso del ejército alemán de liberación constituido por las legiones universitarias y los batallones de trabajadores, unidos en una sola acción, habría surgido un nuevo Reich, que abarcaría a todos los alemanes y salvaría la sagrada sangre del pueblo.

Con estas palabras, Hitler se retiró del estrado. Tras estrecharme con ambas manos mi diestra, se puso el *trenchcoat* que le tendía su *factótum* Schaub y abandonó el salón.

De todos modos, el discurso de Hitler no ejerció el menor efecto sobre las elecciones estudiantiles. Los estudiantes nacionalsocialistas obtuvimos un total de 400 votos, contra 2.500 del "Studentische Waffenring" y 2.300 del "Katholische Stentenschaft".

Durante bastantes semanas no volví a oír hablar de Hitler. Pero seguía necesítandole, ya que era mi deseo explotar en lo posible el éxito obtenido por su primer discurso dirigido a los estudiantes. A pesar de ello, no me fue posible saber dónde estaba. Acudí a las oficinas del partido, en la "Schellingstrasse". —Puedo considerarme

satisfecho si consigo enviarle cada quince días la correspondencia recibida — me dijo su secretario particular, Rudolf Hess, mientras me llevaba al despacho de Hitler.

Era una habitación espaciosa, con una mesa de escritorio colocada en sentido diagonal, una alfombra y dos sillones. Detrás de la mesa colgaba el retrato de Bismarck pintado por Lenbach. El asiento situado debajo estaba vacío y, en general, la impresión del despacho era que se utilizaba muy poco. Es curioso que esta misma impresión me la dieron luego todos los despachos de Hitler, tanto en su propio domicilio, como en la "Casa Parda" y en la Cancillería del Reich. Jamás le vi trabajar sentado tras una mesa de escritorio, que eran para él como meros decorados. Jamás tuvo tampoco un horario de trabajo.

—Si quiere encontrar a Hitler, vaya después de las tres al Café Heck — me aconsejó Hess.

Era aquél el centro diario de una tertulia formada por antiguos compañeros del partido, artistas, periodistas y algún que otro muniqués excéntrico. Los problemas más candentes se discutían en aquella mesa. Consideré aquello como algo inaguantable y jamás acudí a aquel café.

A principios de febrero del año 1928 me llamó la señora Elsa Bruckmann, esposa del conocido editor de Munich.

—Tenemos esta noche unos cuantos invitados. Puede usted también venir, si lo desea.

En los salones de los Bruckmann se daba cita la flor y nata de la ciudad. A mí me invitaban en calidad de sobrino de Friedrich von Schirach, ya que mi tío, coronel y maestro compositor, mantuvo hasta su muerte una excelente amistad con la familia Bruckmann.

"Unos cuantos invitados" podía significar, tratándose de la casa de los Bruckmann, tanto diez o quince personas, como ochenta o ciento veinte. El salón de una de las más bellas mansiones de Munich — Karolinenplatz, número 5, en el Obelisco — tenía capacidad para toda aquella concurrencia sin que hubiera que desplazar una silla o un sillón. Con sus espléndidos muebles, sus

cuadros y gobelinos, sus estatuas antiguas y sus valiosos jarrones, constituía un marco singular y único para el trato social. No se servía otra cosa que una taza de té y un pisco-labis, pues se consideraba, con razón, que lo que allá tenía máxima importancia eran las conversaciones.

La señora Elsa Bruckmann se interesaba por los seres humanos tanto como por el arte, la filosofía, la historia y la política. Su pasión era llevar a su salón personas de las que creía que tenían que decirse algo entre sí.

Y allá es donde volví a encontrar a Adolfo Hitler. Sabía que desde hacía años entraba y salía en aquella casa. A su lado reconocí a Karl Alexander von Müller, profesor de Historia en la Universidad de Munich, con quien conversaba animadamente.

En cierta manera, hay que considerar al profesor Karl Alexander von Müller como el descubridor del Adolfo Hitler político. En 1919, el profesor había dado unas conferencias a los soldados destinados a hacer propaganda anticomunista en los cuarteles. Entre los asistentes se encontraba el cabo Hitler, que chocó al profesor por su celo y sus aptitudes. Fue así el profesor quien advirtió de ello al superior de Hitler, capitán Mayr.

Yo no sabía nada de aquello cuando vi a ambos hombres en el salón de la casa Bruckmann. Me acerqué a ellos y supe que conversaban sobre la política del entonces ministro del Exterior, Gustav Stressemann.

Stressemann, que durante la guerra había defendido una política de conquista, recorrió luego su camino de Damasco, y se señaló, como tarea principal, el entendimiento con las potencias vencedoras. En el tratado de Locarno reconoció las fronteras occidentales marcadas por el de Versalles y se aceptaron las violentas alteraciones sufridas por los límites orientales. En 1926, Alemania fue admitida en la Sociedad de Naciones. Con ello creía Stressemann haber logrado las premisas necesarias para la paulatina dulcificación de las más drásticas obligaciones del Tratado de Versalles.

Los partidos de la derecha, y sobre todo Hitler, atacaban violentamente a Stressemann por su política. En vez de un entendimiento con Francia, Hitler preconizaba una alianza con Italia, que históricamente debía considerar a Francia su enemiga hereditaria, al igual que Alemania. Y para lograr la amistad italiana, exigía Hitler que Alemania garantizara la frontera del Brennero. Austríacos y alemanes, entre ellos el "Deutsche Volkspartei" o partido populista de Stressemann, le acusaban de traición al Tirol del Sur e incluso llegó a decirse que había sido sobornado por Mussolini. En numerosos procesos por calumnia, Hitler rechazó esta acusación.

Sin embargo, allá, en el salón — y posteriormente en círculos restringidos también —, hablaba Hitler con gran respeto de Stressemann. Incluso en los años 1935 y 1936, en torno a la mesa de la Cancillería del Reich, le oí decir que Stressemann había sido el mayor experto en política exterior que había tenido Alemania desde Bismarck.

Semejantes contradicciones entre lo que Hitler expresaba privadamente y la política que practicaba, no eran raras. Contribuyeron en mucha parte a sembrar confusiones entre sus colaboradores e interlocutores, así como incluso entre estadistas extranjeros, diplomáticos y periodistas. También a mí me confundieron muchas veces, puesto que nunca reconoció que sus palabras más duras obedecían solamente a propaganda y táctica.

El profesor Von Müller se entendía a las mil maravillas con Hitler. Y no dejó de causarme gran impresión ver a mi jefe político reconocido por el profesor universitario.

Aproveché aquel encuentro privado con Hitler para tratar de interesarle nuevamente por el problema estudiantil. Estaba convencido de que el movimiento hitleriano podía ganar a la mayoría de los estudiantes en la totalidad de Alemania. Precisamente, había ocurrido, a primeros de diciembre de 1927, un acontecimiento que consideraba de primordial importancia en tal sentido. En el conflicto que oponía a las escuelas superiores de Prusia al ministro de Cultura, Becker, los estudiantes habían

proclamado, por abrumadora mayoría, su antisemitismo. En ningún otro estrato del pueblo podía encontrarse, por tanto, una más neta tendencia hacia el nacionalsocialismo.

Hitler seguía escéptico.

—No se engañe usted, Schirach. Nunca renunciarán las corporaciones estudiantiles a sus festines, sus duelos y sus gorros para ponerse la camisa parda.

—No es necesario que renuncien — objeté por mi parte —. Pueden conservar sus costumbres. Lo esencial es que sus votos sean nacionalsocialistas.

Esta tesis me valió ponerme en contra de mis camaradas de la "Liga Estudiantil Nacionalsocialista". Estaban convencidos, al igual que Hitler, que las universidades solamente podrían conquistarse en lucha contra las demás asociaciones de estudiantes. Un pacto con algunas de éstas aparecía a sus ojos como una traición. En su opinión, todas las corporaciones estudiantiles, con sus usos, sus tradiciones y sus costumbres, no eran más que encarnación del más despreciable oscurantismo de clase.

En el fondo, mi opinión era igual que la de ellos. Pero consideraba como prácticamente inviable conseguir que los estudiantes renunciaran a sus viejas tradiciones. Mi intención era seguir el otro camino: penetrar en las corporaciones y ganarlas desde dentro.

Traté de explicárselo a Hitler mientras le acompañaba a través de un Munich nevado, al regreso del salón de los Bruckmann. Cuando nos despedimos, en el portal de su casa, en la "Thiersstrasse", me prometió hablar en el congreso de mandos de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" que tenía que celebrarse en Leipzig.

—Hasta entonces, volveré a pensar en todo ello, Schirach — me dijo.

Llegó el 19 de febrero de 1928.

El estado mayor de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" discutía desde hacía cuatro días, en el Hotel "Sachsenhof", de

Leipzig, sobre la táctica y la estrategia de la lucha en las Universidades. Mis ideas al respecto no habían encontrado buen clima. Wilhem Tempel, fundador y jefe de la "Liga", evidenció aquella mala acogida en una propuesta primera: nada de doble afiliación de los estudiantes en otras asociaciones y lucha contra las prácticas del duelo y otras tradiciones bárbaras del estudiantado.

La tarde siguiente apareció Hitler en el "Sachsenhof" y habló sobre el tema "Estudiantes y política". Y apenas hubo hablado un cuarto de hora, supimos que todo lo propuesto el día anterior tenía que abandonarse. No había que luchar, por tanto, contra las "pintorescas asociaciones tradicionales", pues eran "nuestras aliadas naturales".

Hubo las naturales irritaciones y las discusiones en voz baja. Pero Hitler consiguió convencer.

Durante el viaje de regreso en el rápido nocturno Leipzig-Munich, mis compañeros de esta última ciudad me ofrecieron la jefatura del grupo universitario nacionalsocialista muniqués. Acepté bajo la condición de que trabajarían conmigo en pro de la nueva línea.

Medio año más tarde, encontré otra vez a Wilhem Tempel, que estaba preparándose para el examen final de carrera. ¿Quién tenía que ser jefe nacional de los estudiantes nacionalsocialistas?

Hitler dijo:

—Lo más sencillo es que lo sea Schirach.

Rudolf Hess tuvo escrúpulos. Consideraba que con mis veinte años, era demasiado joven para aquel puesto. En una carta circular ordenó a los grupos universitarios nacionalsocialistas que propusieran un nuevo jefe nacional. La mayoría volvió a votarme a mí y Hitler confirmó la elección. Aquella fue la primera y única vez que un nacionalsocialista entró por elección en una jefatura del partido.

Ocurrió el 20 de julio de 1928.

Me encontré convertido así, a los veintiún años, en jefe nacional de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas", el primero de los grandes movimientos universitarios. Me encontraba en el tercer

curso y hasta entonces había alternado alegremente el estudio con la política. Pero pronto comenzaron las dificultades. La jefatura nacional de la "Liga" fue trasladada desde Leipzig a Munich. Alquilé un piso espacioso, en la "Schillingstrasse", no lejos de la sede central del NSDAP. Una de las habitaciones fue destinada a la jefatura nacional de la Liga de Estudiantes. Las piezas más valiosas de nuestro inventario eran dos máquinas de escribir viejas y las cuotas afluían con mucha parsimonia. El tesorero del NSDAP no nos entregaba nada y nunca había dinero en caja. Cuando teníamos que enviar circulares, me veía obligado a comprar de mi bolsillo el papel, el papel de copia y hasta sufragar el franqueo.

A pesar de ello, la política se me subió a la cabeza. Tanto fue así que llegué a temer por mis estudios y se lo comuniqué a Hitler un día.

Me puso la mano sobre el hombro y me dijo:

—Schirach; estudiará usted en mi casa.

Y así, el hombre a quien yo consideraba el mayor político desde Bismarck y el único revolucionario que había tenido Alemania, me convirtió en su discípulo. A partir de aquel momento no resultó tan fácil como antes encontrarme en las clases de la Universidad.

En algunas ocasiones, el destino humano da un brusco sesgo y exige la elección entre dos caminos. Visto desde el presente, me parece que semejante sesgo del destino fue para mí el gran viaje que emprendí en el otoño de 1928. Durante las vacaciones efectué un desplazamiento de dos meses de duración a Estados Unidos. En Filadelfia y Nueva York visitamos a nuestros parientes. Aprendí a conocer el poder del dinero y la antigua cultura de las grandes familias, pero también la fabulosa cursilería en los palacios de algunos nuevos ricos. Me maravillaron también las perfecciones técnicas con que los americanos se hacían ya más fácil la existencia: triturador de basuras, calefacción con mando lejano, vagones pullman y servicio perfecto en los hoteles. En el piso veinticuatro de un rascacielos que se elevaba sobre Manhattan, mantuve una decisiva conversación con mi tío, el banquero de Wall Street, Alfred Norris.

Mi tío tenía a la sazón 66 años y me imponía el optimismo con que consideraba las ilimitadas posibilidades económicas de América. No se cansaba de responder a todas las preguntas que le hacía y finalmente me dijo:

—¿Por qué no te quedas aquí, Baldur? Podrías entrar inmediatamente en mi empresa.

No dejaba de ser una proposición halagüeña para un joven de veintidós años. Estaba seguro, además, de que en el caso de decírselo a mi madre, le habría dado un vuelco el corazón, pues desde hacía mucho tiempo quería que uno de nosotros se estableciera en Estados Unidos.

No respondí a la pregunta de mi tío y le informé, por contra, de mi trabajo con Hitler. No se dio por vencido:

—También la carrera política se te presenta aquí abierta. En quince años puedes llegar a ser senador o ministro. Dudo que tu Hitler pueda ofrecerte tanto.

Pese a todo, rechacé los ofrecimientos. Aunque me sentía vinculado a la tradición americana de mi familia, no podía decidirme a permanecer para siempre en América. Y a las dos semanas justas de aquella conversación regresaba a Alemania. Volvía al lado de Hitler.

Hasta entonces solamente le había conocido en los salones y las asambleas. A partir de noviembre de 1928 aprendí a conocerle también en el interior de un círculo bastante más restringido.

Otra vez volvían a estar en puertas las elecciones universitarias. Convencí a Hitler para que dirigiera la palabra a los estudiantes en Erlangen y me llevó en su propio automóvil.

Puntualmente se detuvo su "Mercedes-Compresor" ante mi vivienda en el barrio de Schwabing. Hitler estaba sentado junto al chófer. Llevaba su habitual "trenchcoat" y una gorra automovilista de cuero.

Parecían gustarle las grandes velocidades. No sabía conducir, pero se comprobaba en seguida que estaba familiarizado con los automóviles. Conocía los diferentes modelos y conocía todo cuanto

había que saber sobre válvulas, transmisión, suspensión y dirección, así como sobre tiempos del motor y características de la conducción.



## V

Entre los acompañantes de Hitler, quien me causó mayor impresión fue el chófer Julius Schreck. Era un hombre robusto, con ojos muy perspicaces y carácter cordial, cuyo rostro tenía una cierta semejanza con el de Hitler. Cierto que era algo pendenciero y hubiera destripado a quien se hubiera atrevido a amenazar a su dueño, pero no por ello era su naturaleza servil y por su parte Hitler le correspondía con un afecto sincero. Por otra parte, Schreck era uno de los mejores conductores que he visto ante el volante. Condujo a Hitler durante centenares de kilómetros sin sufrir un accidente, ni tan siquiera una avería.

Julius Schaub era un tipo enteramente diverso. Los antiguos luchadores, sus amigos, se burlaban de él porque hacía las veces de ayuda de cámara. En la Maximilianstrasse, de Munich, podía vérselo planchando muchas veces los pantalones de Hitler. Schaub era de estatura mediana y no se le notaba que había sido uno de los luchadores más encarnizados de aquellos grupos de choque de Hitler que fueron una especie de célula embrionaria de las S.S. Estuvo como soldado en el frente y allá se le helaron los dedos de los pies, pero jamás demostró que cojeara al andar. Más tarde, Hitler le hizo su ayudante personal y le ascendió al rango de "Obergruppenführer" de las S.S. La trayectoria llevó a Julius Schaub a situaciones para las que no estaba preparado.

Conocí entonces también a Rudolf Hess. Su condición de voluntario en la guerra, de oficial de primera línea y piloto de caza, me maravillaban. Su encarcelamiento con Hitler en la fortaleza de Landsberg le prestaba a mis ojos un nimbo de revolucionario. Pensaba, además, que si Hitler lo hubiera nombrado su secretario particular debía ser, sin duda, por causa de sus especiales dotes de inteligencia y habilidad.

Sin embargo, el trato inmediato me obligaría a hacer las oportunas correcciones a la falsa imagen. Hess habitaba en un pequeño piso en el "Barstei", que era entonces uno de los barrios más modernos de Munich. La señora Use Hess era culta, inteligente

y también muy hábil. En unión de su marido, habían dejado listo para la imprenta el manuscrito del *Mein Kampf*.

Pero en las muchas conversaciones que sostuve con Hess no advertí para nada su espíritu revolucionario. He de advertir que toda conversación con él era difícil, por no decir imposible. Sus temas favoritos eran la medicina natural, el yoga y la alimentación Vegetariana. Resultaba para mí completamente incomprensible cómo un estrecho colaborador de Hitler, de treinta y cuatro años de edad, podía preocuparse tan intensamente de su salud. Cuanto más fui conociendo a Hess mayormente le consideraba como uno de aquellos "herborizadores" sobre los que Hitler había vertido en el *Mein Kampf* toda su ironía.

Hess solamente parecía ser feliz cuando se encontraba al lado de Hitler. Sus facciones se hacían más abiertas y cada palabra que Hitler pronunciaba parecía ser un gran alivio para él. Pero con todo, su carácter sombrío no cambiaba esencialmente y permanecía solitario y hermético casi siempre.

Ni en sueños me hubiera atrevido a pensar entonces que un día llegaría Hitler a nombrarle "suplente del Führer" y ministro del Reich.

Entre la opinión pública y también entre la mayor parte de los camaradas del partido, Hess seguía siendo hasta entonces un desconocido. De pronto, apareció como el preconizado sucesor de Hitler. Su interesante aspecto y su silencio le prestaban el halo de una especie de caballero del santo grial de las ideas puras, algo así como la personificación de una última instancia en cuanto se refería a la pureza y la rectitud.

En realidad, Hitler no le había considerado nunca su sucesor, ni en el partido, ni mucho menos en el Estado. En una de las primeras sesiones del gabinete del Reich, Hess propuso, según me explicó el entonces ministro del Exterior, Von Neurath, que se aplicara la pena de muerte al delito de adulterio. Hitler le interrumpió inmediatamente, y desde entonces Hess fue también allá un gran silencioso.

La sede de Rudolf Hess en la Wilhemstrasse berlinesa, número 5, frente al Ministerio de Asuntos Exteriores, vino a ser en cierta

manera un gobierno paralelo del partido. Allá se planteaba un caos de competencias: departamentos del partido contra ministerios y también los unos contra los otros. Hitler actuaba de acuerdo con el lema "divide et impera" e impulsaba a los posibles competidores a combatir entre sí. Hess era uno de los principales peones de aquella partida.

En enero de 1936, cuando tuve un tropiezo con Hess acerca de las juventudes hitlerianas, Hitler me confió en una conversación entre él y yo:

—Hess es el mayor error de mi vida. No quiero destituirle, pero no será mi sucesor.

Esta decisión se hizo pública el 1 de septiembre de 1939, primer día de la guerra. En su discurso en el Reichstag, Hitler designó como sucesor, en el caso de que le llegara la muerte, a Hermann Goering, y solamente nombró a Hess en segundo lugar.

Éste vino a adquirir así una importancia solamente simbólica, pues Hitler quiso de esta manera reforzar la posición del partido como fuerza dirigente.

Desde hacía largo tiempo, la influencia política de Hess era prácticamente nula. Tenía conciencia de ello y se iba replegando sobre sí mismo. La mayor parte de las veces se enterraba en su villa, en Munich-Harlaching, donde practicaba mucho el deporte y daba satisfacción a sus aficiones por la medicina natural y la astrología. Actuaba cada vez con menor frecuencia como orador y solamente en las circunstancias de especial solemnidad se le podía ver al lado de Hitler. El puesto de secretario privado y sombra permanente de Hitler se lo había dejado a su solícito adjunto Martin Bormann, que llegó así a ejercer activamente el puesto que para Rudolf Hess solamente había representado un título: suplente del Führer.

Quizá como protesta por aquella silenciosa degradación efectuó Hess, en mayo de 1941, su enigmático vuelo a Inglaterra. Fue políticamente la acción de un quijote. Hitler se apresuró a declararle enfermo de mente y Winston Churchill corroboró esta opinión. Hess se convirtió así en un enigma psiquiátrico y tal siguió siendo en

Nuremberg y Spandau. Me costó años de intensos esfuerzos entreabrir las conchas en las que se encerraba, igual que una ostra. Cuando lo conseguí, desaparecieron los espasmos del estómago que le atormentaban y de los que se venía quejando desde hacía mucho tiempo. En realidad, seguía siendo en el fondo el mismo tipo original que yo había conocido en 1925 como secretario de Hitler.

El 1 de octubre de 1966 comenzó para Hess un castigo al que no había sido condenado en Nuremberg. Hasta aquel instante había tenido posibilidad de mantener contacto con sus compañeros de reclusión. A partir de entonces se quedó completamente solo.

Sé positivamente que un sanitario o un carcelero le vigilaban día y noche para impedir un intento de suicidio. Tal situación afecta enormemente a un hombre que ha cumplido ya los setenta y tres años, y cuya constitución anímica no puede soportar las circunstancias en que se desarrolla su existencia.

Pero volvamos al año 1928.

En el viaje a Erlangen nos detuvimos en Eichstätt. Me vi obligado a visitar, en compañía de Hitler, las obras de arte arquitectónicas de la antigua ciudad episcopal. Me hizo reparar, con una especie de orgullo de propietario, en numerosos detalles. Cuando hablaba de arquitectura se encontraba a sus anchas y aprovechaba cuantas ocasiones le deparaban sus recorridos por Alemania para admirar un castillo especialmente hermoso o una antigua iglesia.

Hitler acostumbraba a llevar siempre una correalátigo para perros, aunque muchas veces no le acompañara el hermoso can de que era propietario. Curioso como todos los jóvenes, le hablé de ello mientras nos dirigíamos a una posada situada en los bosques inmediatos a Eichstätt para tomar una taza de té.

—Es un recuerdo de la señora Bechstein — me dijo —. Ya sabe usted que en casa de los Bechstein soy como un hijo. La señora Bechstein me regaló mi primer perro lobo y también este látigo.

Con ello no respondió, en realidad, a mi pregunta. Lo que yo quería saber era si Hitler se sentía amenazado y si el látigo que llevaba tan ostentosamente era la respuesta al político

socialdemócrata Grezinski, que tras el *putsch* de Munich había exigido: "¡Habría que echar a ese tipo, a latigazos, de Alemania!"

No tardé en hablar del tema con la señora Bruckmann. Rechazó la versión de que el látigo fuera regalo de la señora Bechstein y dijo que se lo había obsequiado ella misma. Investigaciones más precisas dieron el siguiente resultado: Hitler no tenía un solo látigo, sino tres. Uno, con puño macizo, que podía servir como "rompecabezas", era obsequio de la señora Helene Bechstein. El segundo, con empuñadura de plata, se lo había regalado la señora Bruckmann, y a éstos había que añadir el grueso látigo de piel de hipopótamo con que le había obsequiado la señora Buchner, ama de llaves de Platterhof, en Obersalzberg.

Cuando llegó el momento de tomar el té, no daba crédito a mis ojos al ver que Hitler llenaba la taza de terrones hasta el punto de que apenas podía verterse la infusión. Se la tomó a grandes sorbos y se comió, además, dos o tres pedazos de pastel de crema. Al darse cuenta de mi mirada, miró la taza, sonrió y dijo:

—La verdad es que no debería comer tanto, pues voy a engordar demasiado. ¡Pero es que me gustan tanto los dulces!

Y mientras decía esto, se sirvió un nuevo pedazo de pastel.

Todavía era Hitler entonces capaz de ironizar sobre sí mismo. Desgraciadamente, perdería pronto esta cualidad; en cuanto el "Führerkult" <sup>[12]</sup> adquirió formas míticas. Pero en 1928, cuando efectuamos el viaje a Erlangen, nadie decía "Mi Führer", si se exceptúa Rudolf Hess. Los demás le llamábamos "Herr Hitler" y cuando él no estaba delante, le dábamos el nombre de "Jefe".









**Ilustración 3. El partido Nacionalsocialista celebra la conquista del poder durante la noche del 30 de enero de 1933**



**Ilustración 4. Von Schirach, en su discurso a las Juventudes Hitlerianas en el Congreso de Nuremberg, detras Hitler y Hess**



## VI

El discurso que Hitler dirigió a los estudiantes en Erlangen significó un paso adelante en el camino del éxito. A raíz de las elecciones universitarias de 1928 se tradujo en un resultado positivo para la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas que nadie se hubiera atrevido a sospechar. En Erlangen, donde Hitler había hablado por vez primera, obtuvimos un aumento de un treinta y dos por ciento de los votos; en Greifswald y Würzburg, un veinte respectivamente; en Jena un dieciocho; en la Escuela Técnica Superior de Braunzweig, un quince; en la Escuela Técnica Superior de Munich, un trece con trece y en la Universidad múniquesa, un diez. A decir verdad, Hitler no había considerado jamás que fuera posible semejante resultado. Representaba el primer triunfo político del nacionalsocialismo desde la nueva fundación del partido, en febrero de 1925.

## 13

Apenas se habían extinguido, tras el discurso de Hitler, los ecos de la "Deutschlandlied" cuando nos encontramos sentados otra vez en el automóvil para dirigirnos a toda velocidad a Nuremberg. Desde Eichstát, Schaub nos había reservado habitaciones en "Deutscher Hof", el hotel habitual de Hitler. Allá esperaba nuestra llegada Julius Streicher, el *gauleiter* de Franconia.

Todavía estaba presente en mi mente el penoso papel hecho en la "Markplatz" de Weimar durante la jornada del Congreso Nacional. Por otra parte, desde que cursaba mis estudios en Munich no había día en que la prensa dejara de informar de un nuevo escándalo de Streicher en Nuremberg. Streicher llevaba desde su semanario "Der Stürmer" una feroz campaña antisemita basada, sobre todo, en la publicación de historias sobre la vida privada de los ciudadanos judíos. Y así, cada asunto turbio en el que se hallara mezclado un hebreo era convertido por el "Stürmer" de Streicher en un estrepitoso escándalo.

Hitler le saludó efusivamente, vi que le trataba con mucho respeto y comprendí entonces, por vez primera, lo que significaba, en el NSDAP, tener una fuerza propia. Ya en 1919, Streicher había organizado un poderoso movimiento, el grupo de Franconia del "Deutschen Sozialistischen Partei", poniéndose en 1922 a las órdenes de Hitler. Cuando el NSDAP se disolvió tras el *putsch* de Munich, Streicher mantuvo la unión con sus grupos y tras la nueva fundación, en 1925, sobrepasó en importancia su "gau" la tradicional fortaleza de Munich-Alta Baviera. Desde Franconia aflúan la mayor parte de las cuotas en las cajas del tesorero del NSDAP y cuando Hitler hablaba en Nuremberg, conseguía reunir Streicher un auditorio mucho mayor que cualquier otro *gauleiter* en alguna de las grandes ciudades.

Hitler correspondía a todo aquello dando a Streicher manos libres en su "gau". El éxito que éste obtenía le abonaba en su creencia de que el odio antisemita era un medio seguro de ganar a las masas. A decir verdad, el terreno estaba especialmente abonado en Franconia. Los pequeños campesinos del país, así como los artesanos y titulares de negocios de ámbito familiar, sufrían las consecuencias económicas de la postguerra. Y así, al igual que en tiempos pasados se había hecho a los judíos responsables de las hambres y las catástrofes naturales, se cargó ahora con las culpas de la miseria económica a los comerciantes hebreos de ganado, grano y lúpulo.

Streicher estuvo casi siempre favorecido por una justicia visiblemente complaciente. En 1926 compareció ante el tribunal de Nuremberg por haber publicado en "Der Stürmer" el siguiente poema:

*¡Fuera, judío, márchate,  
Huye de los«gau» alemanes,  
Si quieres  
seguir viendo  
a tu patria  
todavía  
viviente!*

El tribunal consideró que "provocar una alarma entre los judíos no podía considerarse materia punible." Solamente en instancia superior fue condenado Streicher a una multa irrisoria.

Poco después, el *gauleiter* de Franconia me visitó en Munich. Yo había escrito un ciclo poemático con el título "La cruz del Gólgota". Se había publicado un fragmento y Streicher quería editar el ciclo entero en la "Stürmer Verlag" <sup>[13]</sup> <sup>[14]</sup>.

Vacilé bastante porque la vecindad no me gustaba. Streicher, sin duda para convencerme, me aseguró que él era un cristiano creyente. Pero según su convicción, Cristo había sido un ario a quien los judíos habían llevado por ello a la cruz.

A pesar de ello no se publicó el ciclo poemático. Algún tiempo después visité a Streicher en Nuremberg. Su vivienda era típicamente pequeño burguesa y el ama de casa, una mujer apesadumbrada, que parecía sufrir bastante por el hecho de que su marido hubiera cambiado su puesto de maestro de escuela por el de "Führer" de Franconia. Streicher, que se había vanagloriado en su propia publicación, de sus historias de mujeres, no tardó en cambiar aquella primera esposa por otra más joven.

Se mostró entonces amable y paternal. Como culminación de la visita, me vi obligado a aceptar una de sus acuarelas. Fue una sorpresa para mí. El exasperado antisemita se revelaba como un apasionado pintor dominguero, sencillo aficionado, aunque no inhábil. Sus cuadros aparecían trabajados con bastante delicadeza.

Sin embargo, su ser más íntimo no se me revelaría hasta bastantes años después. Un día me llamó con urgencia el jefe comarcal de las Juventudes Hitlerianas de Nuremberg, Gugel.

—Hace poco me ha llamado Streicher. Me ha dicho que tiene que recorrer en bicicleta los contornos y me ha solicitado dos muchachas de la B.d.M. <sup>[15]</sup>, con pantalones de gimnasia y con bicicleta...

Como es lógico, Gugel no satisfizo la petición de Streicher. Yo sospechaba que éste padecía una serie de extravíos de carácter grave. Su afición por los detalles pornográficos, sus descripciones

sádicas de los delitos contra la moralidad cometidos por los judíos no venían a ser, en definitiva, más que exteriorizaciones de sus ensueños y fantasías enfermizas.

Poco después del episodio relatado, fue destituido. Ocurrió a principios de 1940 y Hess me reveló uno de los motivos: Streicher, contra quien estaban en curso investigaciones por numerosas irregularidades administrativas y excesos de tipo sexual, convocó en la jefatura del "gau" de Nuremberg a sus colaboradores y les dijo: "Tenéis que hacerme una ofrenda." Y acto seguido, les obligó a dejar encima de la mesa las alianzas, las cadenas de reloj y cuanto de oro llevaban consigo. Este oro fue fundido y un profesor de la escuela de arte de Nuremberg hizo con el metal una valiosa arqueta destinada a la amante de Streicher, una actriz.

Tras el escándalo, la cadena de irregularidades, arbitrariedades y rapiñas cometidas por Streicher llegó a su final. Pero a pesar de ello, el "Stürmer" siguió apareciendo.

Muchos años más tarde volví a ver a Julius Streicher en Nuremberg, en la cárcel de los criminales de guerra. Convertido en una verdadera ruina humana, apenas le era posible dar las vueltas diarias por el patio de la prisión.

## VII

He repetido muchas veces que fui un partidario convencido de Hitler. Me sentí, por tanto, orgulloso de haber conseguido un gran éxito en el campo estudiantil. El triunfo significaba todo para Hitler. Éste fue, sin duda, uno de los motivos de que se destacara entonces en primer término una de las más cambiantes figuras del nacionalsocialismo: el doctor Joseph Goebbels.

Desde hacía tres años, Goebbels y yo éramos buenos conocidos. Había visto por vez primera su nombre en la publicación quincenal "N-S. Briefe" <sup>[16]</sup>, que los hermanos Gregor y Otto Strasser editaban en Elberfeld. En un tiempo en que el nacionalsocialismo era casi por entero un asunto bávaro, la publicación "N-S. Briefe" representaban un elemento de difusión para el partido en la Alemania septentrional. La publicación tenía,

por otra parte, un nivel superior a las de Munich y otros lugares, ya que el tono era más comedido y sus textos acentuaban la palabra "socialismo". La pluma mejor cortada correspondía a un cierto "Doctor G.", que luego llegó a *gauleiter* de Renania- Norte.

Los "gau" de la Alemania septentrional y occidental se hallaban entonces en oposición a Hitler y la dirección muniquesa del partido. Como él mismo se encontraba afectado por la prohibición de pronunciar discursos, Hitler había hecho responsable de la organización del partido en aquellas regiones al farmacéutico Gregor Strasser. A decir verdad, para los nacionalsocialistas del norte de Alemania, el programa de Hitler resultaba demasiado vago y difuso. Creían que para ganar a las masas trabajadoras necesitaban palabras claramente socialistas. Y para acentuar el carácter socialista del NSDAP, exigían que el partido, conjuntamente con socialdemócratas y comunistas, se pronunciara por la expropiación sin indemnización de los bienes pertenecientes a las antiguas familias principescas.

En una reunión de mandos celebrada en Bamberg, en febrero de 1926, quiso el ala que mandaba Strasser imponer su programa. De acuerdo con el mismo, Hitler tenía que ser relevado de su cargo y pasar a ser regido el partido por una junta de *gauleiter* presidida por el propio Gregor Strasser.

Sin embargo, la oposición de los nacionalsocialistas de la Alemania septentrional contra el "Papa de Munich" y su "pandilla", no tardó en fracasar. Hitler la combatió con incansables discursos y el único que hubiera podido oponer una elocuencia por lo menos tan convincente como la suya, guardó silencio. Éste no era otro que el doctor Joseph Goebbels.

Mi camarada de Weimar, doctor Hans Severus Ziegler, vivió la asamblea de mandos de Bamberg. Me describió a Goebbels como un hombre peligroso y posiblemente comunista encubierto. Por ello quise conocer personalmente a aquel "Dr. G.", que estaba ya calificado como uno de los más eficaces oradores del partido y el 24 de marzo de 1926 estaba esperándolo en la estación de Weimar.

Del expreso descendió un personaje de baja estatura, que llevaba un "trenchcoat" claro, que destacaba mayormente un rostro delgado y ascético en el que brillaban unos ojos ardientes y oscuros. Pensé que aquél tenía que ser.

Le cogí el maletín. Al descender del andén me di cuenta de que cojeaba intensamente. Su andar era lento y calzaba un zapato ortopédico en el pie derecho. Más tarde supe que tenía, desde su nacimiento, una pierna más corta que otra.

Llevé a Goebbels al hotel "Chemnitz". Me dijo que quería aspirar el aire de Weimar y atravesamos la ciudad, envuelta en las primeras sombras de la noche. Fue él quien llevó la mayor parte de la conversación con su voz melodiosa e impregnada de acento renano. Como estábamos en Weimar, el tema de la conversación versó sobre Goethe. Le confié la sorpresa experimentada cuando Hitler había comparado los poemas de Goethe con los de su amigo Dietrich Eckart.

Goebbels se echó a reír:

—Goethe como poeta es algo sobre lo que no cabe discusión. Sobre Goethe como político pueden tenerse diversas opiniones.

Le pregunté entonces si también acusaba a Goethe de haberse mantenido pasivo en las luchas liberadoras.

Dijo algo así:

—Era un canalla que mientras escribía poemas olvidaba a su pueblo oprimido.

Experimenté una impresión de desagrado ante estas palabras y él se dio cuenta. Así es que dijo:

—Pero dejemos esas cosas. Hablemos mejor de nosotros. A mi entender, ha nacido usted tan poco dotado para la política como yo mismo. Nuestros intereses son otros. Pero las calamidades de nuestro pueblo nos impulsan a la acción política.

Goebbels había leído poemas míos y dijo que los encontraba buenos. Degusté sus alabanzas como si fuera miel. Y a partir de aquel momento, vi en Goebbels, que entonces tenía veintiocho años, es decir, diez más que yo,

<sup>17</sup> una especie de alma gemela a la que me dispuse inmediatamente a admirar.

Muy pronto consiguió Hitler separar a Goebbels del frente de los alemanes septentrionales y ganarlo para la causa propia.

Así, a los siete meses de nuestro primer encuentro, fue nombrado *gauleiter* de Berlín. Yo me fui a Munich a proseguir mis estudios. Nos veíamos cuando Goebbels tenía algo que hacer en la jefatura nacional o cuando yo le visitaba en Berlín.

Por cierto que tuve entonces el presentimiento de que su posición en favor de Hitler había sido dictada más por la oportunidad que por la convicción. Tanto en lo espiritual como en lo político, armonizaban fundamentalmente muy poco.

Claro que él nunca lo exteriorizaba, sino que encubría las discrepancias con reproches contra la dirección del partido, en Munich.

—Contésteme, señor Von Schirach: ¿se puede dirigir un partido desde Munich e imaginarse que va a conquistarse toda Alemania? Eso realmente puede hacerse desde Berlín. Quien tiene Berlín, tiene Alemania.

Quizás hubiera podido Goebbels constituir, en unión de los hermanos Strasser, un contrapeso de Hitler en Berlín. Pero lo impidieron las numerosas antipatías y enemistades. Gregor Strasser no podía perdonar al que un día había sido su más joven hombre de confianza, que se hubiera puesto al lado de Hitler. Así es que en el seno del NSDAP del norte de Alemania, Goebbels aparecía a la sazón como una especie de Judas. Tanto era así, que en una de las publicaciones de la "Kampf Verlag" de Strasser, apareció en la primavera de 1927 un artículo titulado: "Consecuencias de las mezclas raciales". En un párrafo se leía:

"Es sabido que la mezcla de razas lleva a una desarmonía del espíritu. Si aceptamos el papel rector del espíritu, esta inarmonía se reflejará asimismo en lo físico. Y el equilibrio corporal quedará afectado, bien por enfermedades, bien por defectos congénitos."

Aquello solamente podía referirse a Goebbels y él lo entendió sin duda, así también, puesto que a partir de aquel momento comenzó una guerra sin cuartel contra los hermanos Strasser.

La consecuencia fue que Goebbels se acercó cada vez más a Hitler. Había reconocido, por otra parte, que a su intelecto y su facultad oratoria le faltaba algo que Hitler poseía en considerable grado: capacidad de transmisión a los demás. Así es que por mucho que afectara a su orgullo, Goebbels tuvo que resignarse a ser pregonero de una voluntad superior: la del "Führer". Y de Hitler acabó Goebbels por aprender que la masa no puede ganarse nunca con argumentos, sino mediante un incansable martilleo de palabras.

Sobre el hirviente asfalto berlinés, Goebbels puso en práctica la fórmula con pleno éxito. Cuando llegó al puesto de *gauleiter*, el NSDAP berlinés era un grupo de escasa importancia y fragmentado por las contradicciones internas, al que los partidos de izquierda ignoraban y del que no querían saber nada los burgueses de la derecha. Goebbels provocó a los comunistas mediante concentraciones y marchas por los barrios rojos y a los burgueses, por medio de manifestaciones antisemitas en la Kurfürstendamm. Así es que pronto se dio a conocer. El periódico comunista *Rote Fahne* <sup>[17]</sup> le calificó de "bandido mayor de Berlín". Pero el calificativo no solamente no pareció preocupar a Goebbels, sino que se lo apropió para acrecentar su propia propaganda.

Para el 2 de julio de 1929 les fue anunciada a los habitantes de Hamburgo una gran manifestación que se celebraría en el "Sagebielschen Salen". "Hablará el bandido mayor de Berlín, doctor Goebbels." Debajo aparecía, impreso en caracteres mucho menores, mi propio nombre. Yo había experimentado siempre un gran miedo al público y por vez primera me veía obligado a hablar a una concentración de cinco mil personas. No es extraño, por tanto, que estuviera convencido de que se produciría algún incidente. Al lado de Goebbels, entré en la repleta sala.

—Ya verá usted cómo resulta más fácil hablar cuando más personas escuchan — me dijo Goebbels para darme ánimo. Tenía

razón. A los pocos minutos, yo era la tranquilidad misma. Hablé durante tres cuartos de hora. Y los cinco mil oyentes me escucharon con el máximo interés y sin dejarse ganar por el sueño, tal como yo había temido.

Goebbels me estrechó la mano en señal de reconocimiento. Me había "emancipado", como acostumbran a decir los actores. Pero mi discurso no era sino el prólogo a la aparición del propio Goebbels. Por los altavoces sonó una voz:

—Habla el "bandido mayor de Berlín", nuestro camarada, el *gauleiter* doctor Joseph Goebbels.

Goebbels se adelantó hacia la tribuna de los oradores. Llevaba una chaqueta de alpaca que brillaba a la luz de los proyectores. La multitud guardaba un silencio expectante.

Goebbels habló del más candente problema del año 1929, del "Plan Young".

Se trataba de las reparaciones impuestas a Alemania por el tratado de Versalles. En la primavera de 1929, una comisión de expertos bajo la presidencia del financiero americano Owen Young había establecido el montante de las reparaciones y trazado un plan para hacerlas efectivas. De acuerdo con éste, Alemania tendría que pagar

anualmente y durante un plazo de cincuenta y nueve años un tributo de dos mil millones de marcos a las potencias vencedoras. Estas entregas estaban previstas hasta 1988.

Era una enorme cantidad, que pesaría sobre la nación durante dos generaciones. El presidente del Banco del Reich, doctor Schacht, había dado por bueno el dictamen de la comisión de expertos y estaba dispuesto a firmar el acuerdo. Por su parte, el ministro del Exterior, Stressemann, reconoció que el Plan Young ofrecía algunas ventajas respecto a los anteriores acuerdos: los plazos anuales eran menores en un tercio que los anteriores. Como contrapartida, se comenzaría en 1929 la evacuación de Renania por las tropas de ocupación y terminaría el control ejercido por los aliados sobre la economía alemana.

Goebbels comenzó así su discurso del 2 de julio de 1929:

El pueblo alemán ha recorrido las estaciones de su Gólgota y ahora se dispone el verdugo a clavarlo en la cruz...

Describió aquel Gólgota:

—Los héroes del frente, enteramente desoídos, creían en que recogerían su histórico pago. Pero la esperanza de una vida hermosa y digna, tal como habían prometido los asesinos de noviembre, se vino abajo con el Dictado de Versalles. Este Dictado significó la continuación de la guerra. Un pueblo que se había desarmado a sí mismo no podía esperar otra cosa. El trabajo alemán y el pueblo alemán tenían que ser excluidos del conjunto internacional. Como no se quería expresar de una manera abierta esta voluntad de exclusión, se encontró el recurso de la culpabilidad bélica. Tal falsedad es el eje del tratado de Versalles y su reconocimiento, el principio de ejecución de su política...

Esto dijo Goebbels, quien tres años más tarde, tras la conquista del poder, admitió:

—Jamás leí del Plan Young más que el epígrafe. Pero mi intuición lo consideró desde el principio totalmente inadmisibles.

Recuerdo con bastante precisión el coloquio que siguió al discurso.

Pidió la palabra un joven mutilado de guerra, socialdemócrata y miembro de la "Deutschen Friedensgesellschaft" <sup>18</sup>. Dijo así:

—Perdí una pierna en Verdún. Desde entonces sé lo que es la guerra, como odio de razas, como crimen contra la Humanidad. Un hombre es un hombre, sea cristiano o judío.

Goebbels repuso:

—Amigo mío; estoy seguro de que no hay nadie en la sala que no sienta respeto ante el hecho de que haya ofrendado una pierna a la patria. Pero no es su pierna de palo lo que sale a debate, sino su modo de pensar. Y usted, dejando aparte su hecho de guerra, demuestra ser un cobarde si no tiene valor de ir a expresar sus pensamientos allá donde resulta peligroso: en los territorios ocupados, ante las bayonetas de los franceses. ¿Judío o cristiano? Sí; es usted un renegado. Y cuando veo sus ojos azules y su cabello rubio, no puedo por menos que decir: siento en el alma verte en tales compañías.

Aquello pudo decirlo en Hamburgo, ante mil quinientos alemanes un hombre que ni siquiera había sido soldado. La multitud le aclamó. Nadie salió en ayuda del solitario de la pata de palo.

Apenas vuelto a Munich, me esperaba una nueva sorpresa. En las columnas anunciadoras se veían pegados grandes carteles rojos con esta inscripción: "¡Abajo la esclavitud Young!" El NSDAP preparaba una cadena de mítines. En todas las grandes salas de la ciudad tenían que hablar los siguientes oradores: Adolfo Hitler, Gregor Strasser, el doctor Goebbels, Alfred Rosenberg, Baldur von Schirach y otros. Llamé a la jefatura del partido.

—No podéis hacerme eso. No tengo idea de lo que es el Plan Young.

Al otro lado del hilo estaba el jefe interino de Propaganda, Heinrich Himmler, que era ya a la sazón "Reichsführer" de las S.S. y a quien en el partido apodaban "el apacible Heinrich".

—El jefe lo ha ordenado así — dijo Himmler —. No es posible cambiar nada del programa.

Elevé mis protestas hasta Hitler:

—Usted ya sabe que no tengo facilidad oratoria.

Hitler dijo:

—Goebbels me ha llamado. Es de otra opinión. Ahora está usted arriba, Schirach.

Aquella cadena de mítines venía a constituir la mayor acción de propaganda nacionalsocialista hasta entonces efectuada. De pronto, hubo dinero para los carteles, para los folletos y los desplazamientos.

El enigma tuvo pronto su solución: en Berlín se había constituido un "Comité pro demandas del pueblo alemán", enteramente dirigido contra el Plan Young. Su presidente era el consejero Hugenberg, antiguo director de la Casa Krupp y posteriormente propietario de la editorial Scherl, accionista de numerosos periódicos de provincias, propietario de una gran agencia de noticias y miembro del Consejo de Administración de la sociedad <sup>[18]</sup> cinematográfica U.F.A. El segundo personaje influyente en dicho comité era Franz Seldte, fabricante de licores y aguardiente de Magdeburgo y jefe federal de los "Cascos de acero", la liga de ex combatientes; para el tercer puesto fue nombrado Adolfo Hitler.

Muchos dirigentes nacionalsocialistas veían con malos ojos aquella coalición. Hugenberg se nos aparecía a muchos como la personificación de la reacción, del nacionalismo más retrógrado y polvoriento. ¿Qué podíamos tener en común con él quienes nos considerábamos un partido obrero?

Hitler se encargó de barrer todas aquellas desconfianzas.

Hugenberg aportaba fondos a las cajas destinadas a la propaganda y se había comprometido a publicar en sus periódicos amplias informaciones sobre las asambleas nacionalsocialistas. De aquella manera, los lectores del *Berliner Lokal-Anzeiger*, del *Nachtausgabe* y los suscriptores de todos los periódicos de provincias cuyo accionista era el consejero Hugenberg, se enterarían a la hora del desayuno de lo que Adolfo Hitler, Goebbels y Strasser habían dicho la noche anterior. Lo que hasta entonces solamente habían leído un par de millares de abonados de la prensa

nacionalsocialista, se difundiría en ediciones que alcanzaban los millones de ejemplares.

El "Comité pro demandas del pueblo alemán" presentó una "Ley de la libertad", proyecto de ley contra la esclavización del pueblo alemán. Según el párrafo número 4, los firmantes del Plan Young y sus plenipotenciarios tenían que ser condenados como traidores a la patria. Estaba proyectado que el pueblo alemán se pronunciara en un referéndum popular sobre este proyecto de ley.

El 29 de septiembre de 1929 comenzaron a evacuar los franceses las regiones renanas todavía ocupadas por sus tropas. El día 3 de octubre falleció Gustav Stresseman. El 22 de diciembre se celebró el referéndum sobre el Plan Young. Tan sólo 5'8 millones de electores (un 13'8 por ciento) aprobaron la "Ley de la libertad". A pesar de la intensa propaganda, el "Frente Unido Nacional" sufrió un considerable descalabro. Pero en la derrota no nos incluíamos los nacionalsocialistas. La propaganda anti Young nos había deparado nada menos que 68.000 nuevos miembros del partido, la mayor parte pertenecientes con anterioridad a los "nacionales". En cuanto a las elecciones universitarias 1929-30, la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas ganó un treinta por ciento de todos los votos.

Escribí lo siguiente en el *Akademischen Beobachter*: "Este gigantesco triunfo nos muestra de nuevo en qué grado se anticipa el estudiante a los imperativos de su tiempo. Estamos convencidos de que el rumbo espiritual tomado por nosotros es aquel al que obliga la época. Hubo un momento en que existía la probabilidad de aniquilar al movimiento nacionalsocialista: de haber cortado hace años la cabeza a los jefes y dirigentes del NSDAP, no habría hoy partido. Pero esta oportunidad no se aprovechó. Así es que no queda a las autoridades otro recurso que soportar con paciencia lo inevitable y aguardar hasta que llegue el momento de la solución legal."

Grandes palabras éstas, escritas por un joven de veinte años. Pero es muy posible que se hubieran quedado en vacía profecía de no haber sacudido una gran catástrofe Alemania y el mundo entero. El 24 de octubre de 1929, el llamado "viernes negro", se hundió la

bolsa de Nueva York. Los cursos bolsísticos, fiados en los ilimitados medios de la economía mundial, se hundieron de la noche a la mañana en un barrizal sin fondo. Caudales de muchos millones se volatizaron en la nada. El derrumbamiento de la bolsa de Nueva York desencadenó la crisis económica mundial y ésta a su vez provocó el hundimiento del mercado internacional de créditos. En el conjunto de la economía alemana, el impacto fue especialmente grave, puesto que la reconstrucción se efectuaba primordialmente con fondos exteriores. Millares de millones en créditos a corto plazo fueron cancelados de la noche a la mañana y los efectos de la medida se dejaron sentir en el conjunto de la economía: la exportación se hizo menor, la producción descendió en el transcurso de un año en un 18 por ciento y el número de los parados se elevó, a finales de 1930, al número de 4'4 millones.

Todos los partidos alemanes hubieran debido hacer frente de una manera conjunta a la difícil situación. Pero el gobierno de la "gran coalición" se desintegró por causa de un problema mínimo: si las cuotas al seguro de paro tenían que elevarse del 3'5 al 4 por ciento del salario. Como en el Reichstag, con más de una docena de partidos, era imposible formar una mayoría, nombró Hindenburg al católico Brüning para el puesto de canciller de un gabinete minoritario que solamente podía gobernar con ayuda de las leyes de excepción. Fue aquella la primera declaración implícita de la bancarrota democrática y resultó su beneficiario, uno solo: Adolfo Hitler.



## VIII

*30 de julio de 1930*

Desde hacía horas aguardaba en el hotel "Deustches Haus" una llamada desde Casa Wachenfeld, en Obersalzberg. Tenía que hablar con Hitler. A mi lado estaba sentado un caballero de unos cuarenta años, que no dejaba de lanzar las más estrepitosas maldiciones contra nuestro jefe. Se trataba del "Oberste S.A. Führer" <sup>[19]</sup> Franz Pfeffer von Salomón, a quien para abreviar se le acostumbraba a llamar "Osaf". El antiguo oficial y ex jefe del "Freikorps" <sup>[20]</sup> no acertaba a comprender que Hitler se retirara a las montañas mientras el partido ardía por los cuatro costados.

Especialmente grave era la crisis en las S.A. Uno de cada dos de los 60.000 hombres que componían sus efectivos estaban sin trabajo. Muchos no sabían de qué vivir, dejando aparte el hecho de que hubieran tenido que comprarse de su propio bolsillo la camisa parda, las botas y sufragarse también los gastos de desplazamiento. Hitler, por contra, había adquirido por un millón y medio de marcos el Palacio Barlow, en la Brienner Strasse, de Munich. La transformación del palacio en "Casa Parda" costaría otro millón y cada camarada del partido — el NSDAP había crecido entretanto en unos 250.000 miembros — tenía que hacer efectiva una cuota especial de 2'50 marcos destinada a los trabajos.

—Mis hombres no se dejarán arrastrar mucho más tiempo por toda esa megalomanía — exclamaba, fuera de sí, Pfeffer von Salomón.

El Reichstag había sido, a todas éstas, disuelto y la nueva consulta tenía que celebrarse el 14 de septiembre. Goebbels había augurado "unas elecciones como los bonzos de los partidos no habían visto todavía." Para mantener su ascendencia entre los jefes de las Secciones de Asalto exigía "Osaf" que la candidatura nacional estuviera al menos compuesta por la mitad de candidatos procedentes de las S.A.

Finalmente, el miércoles 1 de agosto, recibió Hitler a "Osaf". Me vi obligado a esperar en el antedespacho. La discusión entre Pfeffer y Hitler se desarrolló a voces. Una hora más tarde, salió el primero, pálido como una hoja de papel. Hitler, por contra, no mostraba la mínima huella de agitación. Solicité mil marcos para hacer frente a unos pagos de urgencia y tres minutos más tarde tenía el talón firmado por Hitler en el bolsillo. Pfeffer me llevó en su automóvil a Munich.

—De todas las S.A. ha elegido solamente cinco como candidatos — comentó.

Poco después, Pfaffer era depuesto y el propio Hitler asumía, como cabeza del partido, la jefatura conjunta de las S.A. y las S.S.

Una buena parte de las S.A. berlinesas se rebelaron, pura y abiertamente, contra aquellas medidas. Ocuparon la nueva sede del "gau" en la Hademannstrasse y dieron rienda suelta a su irritación contra los "bonzos" devastándola de arriba abajo. Los que permanecían fieles tuvieron que llamar en su ayuda a la policía para que les protegiera. Entretanto, el *gauleiter*, doctor Goebbels, se encontraba en Silesia, efectuando un recorrido electoral.

Hitler cogió el avión y se plantó en Berlín. Con un escuadrón de S.S. penetró en los locales de las S.A. Fue acogido con hostilidad y muchos antiguos luchadores le volvieron ostentosamente la espalda mientras hablaba. Hitler exhortó a las S.A. no perder los nervios, ya que el movimiento se hallaba en plena trayectoria de ascenso al poder. Para contentar a los protestatarios elevó la cuota del partido en veinte "pfennig" destinados enteramente a las S.A. en concepto de gratificación y les prometió asistencia jurídica gratuita cuando fueran detenidos en una refriega callejera o mientras ejercían la protección de un acto. De esta manera, se consiguió pacificar algo los ánimos.

Catorce días más tarde, el 14 de septiembre de 1930 se convertía el NSDAP, con sus 6'4 millones de votos y sus 107 puestos en el Reichstag, en el segundo partido de Alemania. Dos años habían bastado para multiplicar por ocho el número de sus votos. Los camaradas del partido se sentían transportados por el

vértigo del triunfo, pero con ello no contribuían más que a aumentar no poco la confusión reinante. Los ciento siete camisas pardas del Reichstag creyeron que había llegado el momento de hacer realidad el programa nacionalsocialista. El 15 de octubre, la fracción presentó, bajo el mando de su jefe doctor Frick, su primera propuesta de ley en la nueva Cámara: limitación del tipo de descuento en un cinco por ciento, exigiendo, además de ello, la nacionalización de la gran banca.

Hitler no parecía, por contra, tener una gran prisa. Un año antes había encontrado finalmente patrocinadores en los círculos de la industria pesada. Había negociado su apoyo contra el reconocimiento del orden económico vigente: nada de planes o economía estatal; libre concurrencia e ilimitada autoridad de los empresarios en los negocios. Sus financiadores le quitaron de la cabeza la planificada nacionalización de la gran banca y la fracción parlamentaria se sometió a la voluntad superior de Hitler y cambió el proyecto de ley.

Fue entonces cuando el presidente del partido, Adolfo Hitler, se convirtió en "Führer". Hitler consideraba el programa del partido, que databa de 1920 y que en su momento había declarado solemnemente como intangible, como un cepo que le tuviera atrapado. Había rechazado hacía largo tiempo como ilusoria la pretensión de que el partido obrero nacionalsocialista pudiera interferir el movimiento marxista de masas y creía que las oportunidades del NSDAP no estaban entre los proletarios, sino entre las amargadas gentes de negocios, artesanos, funcionarios y campesinos. Estos afluían en masa al partido y su anhelo no era una revolución socialista, sino "Libertad y pan".

Cuando el movimiento era todavía muy pequeño, Hitler me había dicho con frecuencia: "Temo el día en que vengan las multitudes a nosotros." Y yo sabía la razón: para cada uno de los dirigentes que conocía, el programa del partido era diferente: para Gregor Strasser, socialista; para Alfred Rosenberg, de carácter mítico; para Hermann Goering y algunos otros, cristiano en cierto modo. Unos querían un Estado clasista, otros una monarquía; los de aquí deseaban que el

Tercer Reich tuviera una estructura federalista y los de allá, que fuera rígidamente centralista. Unos maldecían en Prusia, los otros en la diversidad de las distintas estirpes alemanas. De esta manera, cada nacionalsocialista tenía prácticamente su nacionalsocialismo. Para el nuevo movimiento de masas aumentaba así, de día en día, el riesgo de la fragmentación.

Hitler conocía aquel peligro. Así es que precisó:

—El nacionalsocialismo es un concepto del mundo y no un programa. Nuestro objetivo es ahora conquistar el poder y luego, veremos.

De acuerdo con ello, redujo los discutidos 25 puntos del programa del partido a un par de frases hechas sobre las que no cabían diferencias de opinión entre los alemanes "nacionales": "la guerra mundial 1914-18 había sido organizada por las potencias occidentales para aniquilar a la Alemania ascendente"; "los judíos eran nuestra desventura." "El sistema parlamentario era impotente." "El servicio a la comunidad empieza con el servicio propio."

Con palabras como estas, Hitler obtuvo el triunfo en las elecciones para el "Reichstag" del 14 de septiembre de 1929. Y como nada es tan triunfal como la propia victoria, apareció a partir de aquel momento como el hombre que había tenido razón. Había tenido razón el hombre llamado Adolfo Hitler, pero no su partido ni su programa.

Claro que todo ello terminó por provocar la división de los ánimos en el seno del NSDAP.

Los llamados "programáticos" — entre ellos, numerosos diputados nacionalsocialistas bajo el mando de Gregor Strasser — consideraban a Hitler como un orador y un propagandista genial, como un heraldo, pero no le otorgaban gran valía como político. Además, era un "apátrida", por lo que no podía votar ni ser elegido en Alemania, ni consiguientemente tampoco ocupar cargo ministerial alguno. En cuanto hubiera "tocado a rebato" y conseguido la mayoría para un gobierno o una coalición, tendría que

desaparecer por el escotillón y dejar el campo libre a los "programáticos" del NSDAP.

Lo cierto sin embargo es que cada vez era mayor el número de alemanes que creían en el "heraldo". Veían en él al hombre fuerte, capaz de mandar al diablo a aquellos siniestros "fantasmas parlamentarios" y sobre todo, de procurar a todos los alemanes "Libertad y pan".

El día 13 de enero de 1931, Hitler inauguró la "Casa Parda" en la Brienner Strasse. Con anterioridad, me había hablado largamente de sus proyectos arquitectónicos; quería conseguir un estilo neoclásico y la "Casa Parda" tenía que ser el ejemplo y modelo para todas las construcciones futuras. Confieso que en el momento de la inauguración experimenté un cierto desencanto: la "Casa Parda" con sus escaleras de mármol y sus largas alfombras de tonalidades pastel me pareció, en definitiva, una mezcla de vestíbulo de hotel y motonave de lujo.

## 21

Hitler nos llevó a la "Senatorensaal" , la pieza más destacada de la central del partido.

—Aquí celebrará sus sesiones el consejo de nuestro movimiento y tomará las decisiones más trascendentales — anunció.

Me quedé en la "Senatorensaal", con él y su antiguo amigo Hermann Esser, cuando los restantes invitados se hubieron alejado. Hitler se asomó a la ventana y su mirada se fijó en la Nunciatura, que estaba al otro lado de la calle. Dijo así:

—No discuto al Papa de Roma su infalibilidad en cuestiones de la fe. Y a mí nadie puede discutirme que entiendo de política más que cualquier otro hombre en el mundo. Por ello, proclamo para mí y mis sucesores el dogma de la infalibilidad política.

Pronto dominó en la "Casa Parda" un estado de ánimo candente. Desde Berlín llegaban noticias sobre una próxima nueva rebelión de los S.A. Se decía que a su frente estaba el "Oberste-S. A. Führer

Ost" <sup>[21]</sup> <sup>[22]</sup>Walter Stennes y también circulaba el rumor de que el doctor Goebbels había tomado aquella vez posición con los rebeldes, contra Hitler.

Por lo que a mí respecta, las noticias sobre la prevista revuelta de Berlín me interesaron sólo relativamente. Porque también en el seno de la "Liga de Estudiantes" se preparaba en aquellos momentos una acción subversiva. Y la acción subversiva estaba dirigida precisamente contra mí. Desde que en 1928, con mis veinte años, me había hecho cargo de la jefatura nacional, no habían dejado de producirse complicaciones con bastante frecuencia. Capitaneaban la oposición contra mí unos cuantos universitarios de mayor edad, que, a decir verdad, sabían bastante más que yo de política universitaria. Su aspiración era hacer de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" el cuerpo de dirigentes espirituales y doctrinales del partido. Yo veía, por contra, en la organización estudiantil la tropa de choque de la revolución nacionalsocialista. Así es que los jefes de la oposición solicitaban mi destitución pura y simple.

El día 31 de marzo recibió Hitler a mis adversarios, doctor Anrich, de Tubinga, y Reinhard Sunkel, de Berlín. Bajo la impresión de la amenazadora acción de Goebbels y las S.A. de la Alemania oriental, Hitler les acogió a gritos:

—¡Siempre estos malditos intelectuales! ¡Cada vez que en Alemania aparece un hombre grande, los enanos le salen al paso!

Y acto seguido, les amenazó con la expulsión del partido en el caso de que no volvieran a ponerse a mis órdenes.

Inmediatamente después de estos hechos, Hitler se dirigió a Weimar. Estaba convocada allá una reunión secreta de mandos, a la que también se había citado a Goebbels. Éste aseguró a Hitler que no tenía absolutamente nada que ver con la prevista revuelta y expresó su deseo de trasladarse inmediatamente a Berlín para poner orden en la situación. Pero Hitler no parecía fiarse demasiado de él y le mantuvo a su lado. Declaró destituido a Stennes y nombró a Hermann Goering "comisario político del Alto Este".

Stennes contraatacó y ocupó con sus S.A. la redacción del periódico de Goebbels, *Der Angriff*, publicando un vibrante llamamiento:

"Munich ha olvidado que los S.A. han constituido siempre la vanguardia del partido, con su capacidad para el sacrificio. Se ha construido la "Casa Parda", que ha costado millones, mientras los hombres de las S.A. carecen de un céntimo para poner suelas a sus desgastadas botas. Las S.A. han efectuado millares de acciones por orden del partido, en el Reich, en las regiones y los municipios. Pero hoy se cree que las S.A. han cumplido ya y se las desprecia; hoy se las considera el alma perversa que sigue hablando del traicionado programa del partido... Bandera en alto, las filas apretadas, las S.A. marchan <sup>[23]</sup>. Stennes asume el mando."

Hitler no se atrevió a ir aquella vez a Berlín. Acompañado por Goebbels, regresó a Munich. En una gran concentración celebrada en el Circo Krone, los efectivos del partido le reiteraron su adhesión. Hitler confiaba con que aquella demostración tuviera su efecto a distancia. Y así fue, efectivamente: al cabo de unos días, Stennes perdió la partida. Poco después le enviaron como consejero militar a China.

En la "Liga de Estudiantes" proseguía, empero, la revuelta. El frente anti-Schirach obtuvo un poderoso aliado en el dirigente Gregor Strasser, bajo cuya jefatura se hallaba la entera organización del partido. La "Liga" era la única sección que escapaba a su autoridad, pues estaba puesta directamente bajo la de Hitler. Así es que me vi mezclado en la lucha secreta que enfrentaba a Strasser y Hitler. Un grupo de jefes de las diferentes secciones universitarias se segregó de la "Liga" para ponerse bajo las órdenes de las jefaturas locales, es decir, de Strasser. Comisionados de éste, provistos de veintitrés firmas falsificadas de otros tantos jefes de sección se desplazaron de Universidad en Universidad, dando la impresión de que la totalidad de la organización estudiantil estaba en abierta rebeldía contra mí.

Fui a ver a Hitler para decirle que estaba dispuesto a ceder a todas aquellas presiones. Se puso a gritar:

—¡No somos un club parlamentario en el que se dimite cuando se quiere! En el caso de que no le destituya personalmente, permanecerá usted en su puesto. Convoque inmediatamente a los mandos.

Cincuenta mandos de la "Liga" procedentes de toda Alemania esperaban el 2 de mayo en la sala de actos de la "Casa Parda" a que Hitler les dirigiera la palabra.

Hitler acudió. Le presenté a los mandos estudiantiles reunidos, convencido de que aquélla sería la última vez que hacía algo semejante.

Comenzó su discurso:

—Cuando se fundó la liga estudiantil no se hizo para crear un grupo intelectual, sino para conseguir, a través de la misma, mandos para nuestro movimiento de masas. El camarada Von Schirach supo entenderlo así. En tiempo de depresión y atonía general aportó un considerable impulso al movimiento. Este movimiento que marcha hacia adelante...

Y luego siguió hablando Hitler sobre su tema favorito: el "Führerprinzip" <sup>[24]</sup>.

—Se dice de mí que soy un heraldo, un buen orador, pero no un organizador. Me considero capaz de juzgar unas cosas mejor que otras y creo necesario defenderme contra la estrechez de este concepto. Esta es mi enfermedad y tiene que ser admitida tal cual es. Renuncio a manifestaciones de fidelidad, que no tienen en definitiva valor alguno para mí. Solamente deseo disciplina. No aspiro a afecto alguno, se puede, inclusive, sentir odio hacia mí, pero la organización tiene que seguir manteniéndose intacta...

Hoy, treinta y seis años después, me recorre todavía por la espalda un escalofrío cuando releo este discurso de Hitler, que data del año 1931 y que permaneció inédito. ¡Qué soberbia tenía aquel hombre! Pero entonces me hallaba fascinado por la aparente

sinceridad de Hitler, por su fanatismo, y a mis propios camaradas — amigos y enemigos — no les ocurría otra cosa.

Como colofón, se volvió Hitler directamente a mi oponente, Reinhard Sunkel, de Berlín:

—Estoy al lado de Schirach con toda mi autoridad. No tengo otro colaborador más fiel y más constante que este joven camarada. Me dejaría mejor cortar en pedazos que dejar a Schirach en el atolladero. Vuelvo a ser ahora el veterano del frente, que cuida de sus camaradas y les protege con riesgo de su propia muerte.

Hoy en día se denominaría un "lavado de cerebro" lo ocurrido el 2 de mayo de 1931 en la sala de actos de la "Casa Parda". Los dirigentes de la oposición terminaron por retirar, una a una, todas las acusaciones que habían hecho contra mí.

A partir de aquel instante me sentí vinculado con mucha mayor fuerza a Hitler y obligado a poner a contribución todas mis energías para su triunfo. Empecé una lucha radical en todas las Universidades y el resultado fue enteramente satisfactorio. Conseguí así la primera mayoría absoluta para Hitler. Pero, antes, fui encarcelado por primera vez.



## IX

En la explanada ante la Universidad de Colonia estaban reunidos unos cientos de estudiantes. Era la mañana del 2 de julio de 1931. A las 10.15 comenzaban las lecciones en la mayor parte de las clases. Un cuarto de hora antes, había hecho yo desfilar ante los soportales a los estudiantes nacionalsocialistas de Colonia, reforzados por miembros de las S.A. Iban de paisano, pues en Prusia seguía vigente la prohibición de uniforme para todas las formaciones políticas.

Quienes deseaban acudir a clase trataban de ocultarse entre la multitud. Los transeúntes contemplaban curiosamente el bullicio. Desde hacía bastantes días, los periódicos aparecían llenos de informaciones sobre los disturbios estudiantiles ocurridos en las ciudades universitarias alemanas. El 27 de junio se habían producido en la Universidad de Berlín fuertes choques entre nacionalistas y comunistas. ¿Iría a estallar también en Colonia un levantamiento de los estudiantes?

Las calles se llenaron de gente. Subí al punto más alto de la escalinata y comencé mi discurso, que no tardó en desembocar en un alboroto.

—¡Compañeros! El rector de esta Universidad ha prohibido a vosotros y a vuestros profesores la protesta contra el tratado de Versalles el día 28 de junio, día en que se cumple el décimosegundo aniversario de aquella vergüenza. Ha hecho su prohibición con el insólito fundamento de que semejante protesta no era compatible con la dignidad de los estudiantes alemanes y la disciplina académica. ¿Es indigno, es muestra de indisciplina que jóvenes alemanes, en unión de sus dignísimos profesores, protesten contra una vergüenza nacional? Pero no terminan ahí los absurdos: Su Magnificencia, el rector de esta Universidad, no ha promulgado la prohibición por decisión propia, sino que lo ha hecho al dictado del canciller del Reich, Heinrich Brüning. El canciller de las leyes de excepción no considera conveniente de que aquí en el Rhin se

pongan de manifiesto verdades que pueden resultar desagradables para Francia...

Mientras pronunciaba estas últimas palabras vi que aparecían policías en ambas direcciones de la Claudiusstrasse. No tardaron en ordenar a los curiosos que siguieran circulando. La respuesta fueron silbidos y muestras de descontento.

No me dejé amilanar y seguí hablando sobre la tensa situación política. Año y medio de crisis económica había llevado a Europa, y en especial a Alemania, al borde de la bancarrota. Para evitar el derrumbamiento total, el presidente norteamericano, Herbert Hoover, había propuesto una moratoria en el pago de las cifras de reparaciones. Francia, sin embargo, exigía de Alemania unas "muestras de paz" muy singulares: aplazamiento de la construcción de un nuevo crucero acorazado y disolución de las ligas paramilitares de carácter nacionalista, entre las que se incluían los "cascos de acero" y las S.A. Nosotros, los nacionalsocialistas, veíamos en la moratoria de Hoover tan sólo un recurso para mantener con vida al gabinete Brüning. Y nosotros deseábamos todo lo contrario: la caída de Brüning, la disolución del Reichstag y la convocatoria de unas nuevas elecciones que nos darían el poder absoluto. Para ello había organizado en todas las Universidades asambleas y manifestaciones. Y para ello me desplazaba de Universidad en Universidad atizando los disturbios.

El ministro de Cultura de Prusia, Adolf Grimme (S.P.D.), amenazó con medidas más severas: control del carnet escolar al acceso de la Universidad para mantener a raya a los "alborotadores enemigos de la escuela superior"; expulsión de los estudiantes levantiscos y envió ante el juez de urgencia de los elementos provocadores.

Yo era jefe nacional de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas", pero no estudiante matriculado. La policía no me había dado tiempo para ello. Un camarada de Colonia me acababa de prestar su carnet escolar para que pudiera atravesar el control establecido en el acceso de la Universidad. La escalinata desde donde hablaba era territorio académico y, según un derecho

antiquísimo, la autoridad no tenía allá poder alguno. Pero, por otra parte, las reuniones al aire libre estaban prohibidas según la "ley especial del presidente del Reich para la represión de los desórdenes políticos" promulgada el 28 de marzo de 1931. ¿Se atrevería la policía a actuar contra nuestra manifestación?

Es posible que semejante tensión me hiciera hablar con alguna rapidez mayor que anteriormente. El caso es que antes de lo previsto, terminé mi discurso y solamente pude exclamar: "Por nuestra querida patria y el Führer de todos los alemanes, Adolfo Hitler: *Sieg Heil!*" [25]. Luego se cantó la "Deutschlandlied" y los brazos se alzaron en saludo hitleriano. En aquel preciso momento estalló un tumulto. Algunos estudiantes, que eran miembros de las corporaciones, mantuvieron ostentosamente sus gorras puestas. Se intercambiaron golpes e insultos y dos vehículos de la policía llegaron a toda velocidad. Descendieron los agentes y se desplegaron con rapidez. Pensé que si caía en sus manos tenía que dar por descontado muchos meses de reclusión, pues me considerarían el cabecilla de todo aquel alboroto. Era aquel un "lujo" que no podía permitirme, puesto que el 15 de julio iba a comenzar en Graz el XIX Congreso Estudiantil, donde yo pensaba acrecentar nuestra influencia.

Los estudiantes se retiraban hacia el edificio universitario para huir de las porras de goma de la policía. Un amigo de Colonia echó sobre mí su impermeable y me dijo: "¡Escóndete!"

Levanté la capucha y conseguí atravesar inadvertido la cadena de "Schupo" [26]. No reparé, sin embargo, en que una mujer me seguía. Y cuando pasaba ante un grupo de oficiales de la policía, exclamó: "¡Cogedle! ¡Éste es el instigador!" La mujer era agente de la brigada criminal.

Un coche celular me trasladó a la Jefatura de Policía y desde allá, tras el interrogatorio, a la cárcel denominada "Klingelpütz". En la planta baja, el celador que me acompañaba señaló la puerta de una celda y dijo:

—Ahí pasó Pitter Kurten, anoche, su última horita.

El asesino sexual de Dusseldorf, convicto y confeso de nueve delitos, había sido ejecutado allá, en "Klingelpütz", la mañana del 2 de julio de 1931, con la guillotina.

Mi condición de detenido político no me valió mejor trato que los reclusos comunes. Los ocho días que tuve que esperar mi proceso se me hicieron una eternidad.

El 10 de julio se vio mi caso ante un tribunal de urgencia. El fiscal pidió cuatro meses de arresto por quebrantamiento de una de las leyes de excepción promulgadas por el presidente del Reich. El tribunal me condenó finalmente a tres meses. Interpuse apelación y me fue levantada la orden de arresto.

Ante el Palacio de Justicia me aguardaba una gran multitud. El *gauleiter* de Renania, doctor Robert Ley, había movilizado a millares de camaradas para darme la bienvenida. Lanzaban repetidamente el grito de "Heil" y cantaban la "Horst-Wessel-Lied" <sup>[27]</sup> como si acabaran de liberarme de una reclusión de años. Correspondía, en efecto, a nuestros servicios de propaganda dar la categoría de mártir a todo el que había trabado conocimiento con "las mazmorras del sistema".

Aquel mismo mes afrontó la república de Weimar su más grave crisis. Dos meses antes, el establecimiento bancario austríaco "Osterreichische Kredit-Anstalt" se había venido abajo.

Aquella catástrofe financiera ocurrida en el país vecino provocó en Alemania un gran pánico entre la clientela de los bancos. Las ventanillas fueron objeto de un auténtico asalto y tanto las reservas auríferas como las divisas entraron en un rápido proceso de agotamiento. El 13 de julio, el "Darmstädter und Nationalbank" de Berlín, uno de los cuatro grandes establecimientos bancarios alemanes, tuvo que suspender sus pagos. Catorce días más tarde, el "Dresdner Bank" le siguió. El Gobierno ordenó "fiesta bancaria", los sueldos de los empleados y funcionarios solamente pudieron hacerse efectivos a plazos y se impuso el ahorro forzoso de divisas. Quien deseaba viajar al extranjero tenía que depositar cien marcos en la aduana.

Sobre Alemania parecía planear el buitre de la bancarrota. Y la "oposición nacional" triunfaba. La catástrofe tenía que acelerar nuestra victoria. No tratábamos de conocer las profundas motivaciones económicas de la crisis, puesto que para nosotros aparecían bien claramente los culpables: el capital judío internacional y los políticos vergonzantes del Gobierno Brüning. Cada vez era mayor el número de gentes hambrientas y desengañadas que creían en nuestras palabras, y cada vez mayor también el número de gentes pertenecientes a capas burguesas y formadas que ponían sus esperanzas en Adolfo Hitler.

Por mi parte, estaba decidido a aprovechar enteramente las circunstancias.

Llegó así el 21 de julio de 1931.

En la Universidad de Graz celebraba sus sesiones desde hacía una semana la "Deutsche Studentenschaft" <sup>[28]</sup>, que agrupaba a todas las asociaciones estudiantiles del territorio del Reich, Austria, Dantzig y País de los Sudetes. Hasta entonces, habían llevado la voz cantante en aquella asociación, que agrupaba a unos 130.000 estudiantes alemanes y austríacos, las corporaciones tradicionales, que eran asimismo las que designaban a sus representantes. Tras haber obtenido en las elecciones estudiantiles del año 1929-30 un treinta por ciento de todos los votos, era mi deseo conseguir en Graz, y por medio de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas", un triunfo que fuera al mismo tiempo una de las más clamorosas manifestaciones. Llevaba las negociaciones y contactos con los demás grupos nuestro ponente para la política universitaria, Walter Lienau, estudiante de ciencias agrarias, un frisón sólido y antiguo miembro de las corporaciones estudiantiles.

Cuando me encontré con él en la estación de Graz, me saludó con una expresión desolada:

—Lo veo muy mal, Baldur.

En el seno de las corporaciones era evidente la oposición a la politización del estudiantado. Los tumultos provocados últimamente por la "Liga" inquietaban, sobre todo, a los caballeros que ocupaban

funciones estatales. Y de ellos dependían económicamente los activos estudiantes de las corporaciones.

Lienau propuso, a la vista de ello, mantenernos reservados y aplazar para el cabo de un año la "toma del poder" en la "Deutschen Studentenschaft".

Pero yo era de otra opinión:

—No tenemos tiempo, Walter. Ahora se nos presenta la mejor ocasión para hacernos con la dirección de la asociación estudiantil.

—¿Y quién tiene que conseguirla? — preguntó Lienau.

—Tú, como es natural — respondí. Y añadí, cuando vi sus vacilaciones —: Tomo la responsabilidad para mí. Tú tienes que presentarte a elección.

La razón de mi optimismo era que en casi todas las representaciones de las corporaciones tenían asiento los nacionalsocialistas. Aquel era el éxito de nuestra política llevada a cabo a lo largo de tres años y cuyos frutos tenían que comenzar a recogerse.

Durante toda la noche se discutió y se negoció en las bodegas de Graz. Durante todo el día siguiente se debatieron aquellas cosas en el aula de la Universidad. A medianoche se celebró la votación: Walter Lienau fue elegido primer representante de la "Deutschen Studentenschaft", y otros puestos clave fueron a parar igualmente a manos de representantes de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas".

Llamé aquella misma noche a Hitler, que se encontraba en su domicilio de Munich. Primero se quedó sin palabras y luego dijo:

—No sabe usted, Schirach, lo que representará para mí poder decir en las próximas negociaciones: la mayoría de la joven inteligencia está detrás de mí.

Tras el triunfo de Graz conseguimos imponernos en todas las Universidades alemanas. En las siguientes elecciones universitarias, la "Liga" obtuvo entre el 50 y el 65 por ciento de los votos. Es decir, la mayoría absoluta. A partir de entonces, las juntas de autoadministración de los estudiantes estuvieron formadas tan sólo

por nacionalsocialistas. Ello quiere decir que influimos totalmente en la vida estudiantil de aquellos años difíciles. La cifra de parados se elevaba en toda Alemania a cuatro millones y medio, y más de un cincuenta por ciento de los estudiantes no recibían de sus casas más que de cincuenta a sesenta y cinco marcos mensualmente.

La familia de editores Bruckmann, célebres en Munich, se habían trasladado desde la Karolinenplatz al número 10 de la Leopoldstrasse, un bulevar del barrio Schwabing. En su propia casa, los Bruckmann me habían cedido una vivienda de tres habitaciones.

—Aquí se siente uno bien — dijo Hitler mientras contemplaba mi nueva vivienda el día 14 de octubre de 1931, a raíz de una visita que me hizo.

Hitler había llegado de Berlín, donde Hindenburg acababa de recibirle por vez primera. Había puesto muchas esperanzas en aquella conversación, pero el contacto resultó, a la postre, un fracaso absoluto. Hitler parecía cansado y desanimado.

—Respeto al viejo — dijo —. Pero la verdad es que no comprende nada de cuanto está ocurriendo. Para él sigo siendo un cabo bohemio y un elemento refractario al orden. Me pone al mismo nivel que Thálmann...

El ensueño de Hitler de llegar al poder mediante una coalición entre el N.S.D.A.P., los nacionales alemanes y el Zentrum, se había desvanecido. Ello hizo que demostrara un renovado interés por los problemas internos del partido, y aproveché la oportunidad para hablarle de mis planes. La política universitaria era como una cuerda que llevara siempre puesta al cuello. Habíamos triunfado y ahora quería hacer algo nuevo.

Desde hacía dos años mantenía estrecho contacto con numerosos grupos de las Juventudes Hitlerianas. Aquella juventud era entonces algo así como una quinta rueda en el vehículo del partido. En rigor, la Juventud Hitleriana dependía del jefe supremo de las S.A. Es decir, del propio Hitler. Pero lo cierto es que Hitler tenía muy pocos contactos con los jóvenes. Como carecían del derecho de voto, dejaban de tener importancia alguna para él. Tampoco los restantes mandos del partido sabían qué hacer con

aquella masa de 35.000 muchachos y muchachas. Algunos grupos llevaban una existencia muy propia, como "Wandervogel" <sup>[29]</sup> o exploradores. Otros formaban una especie de S.A. juvenil y eran mandados por gentes que no tenían la menor idea de lo que tenía que ser un jefe de juventudes.

A pesar de su fatiga, Hitler me escuchó con interés.

—Ya le diré algo, Schirach — añadió al final.

Catorce días después, me nombró jefe nacional de las juventudes, incluido en el mando superior de las S.A. En tal concepto, dependía de mí la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas", la Juventud Hitleriana y la "Liga de Alumnos Nacionalsocialistas". Las categorías del mando eran estas: en lo alto, Adolfo Hitler como jefe supremo de las S.A. (Oberster S.A. Führer, OSAF); luego, como jefe de operaciones de las S.A., el capitán Ernst Roehm, y debajo, como jefe del sector juvenil, seguía yo con el rango de "Gruppenführer" (hasta entonces, el grado más alto después del jefe de operaciones). A pesar de mi rango inferior, Roehm no se inmiscuía en mi trabajo. Sin embargo, la dependencia terminó pronto, puesto que al efectuarse mi nombramiento como consejero del NSDAP, en el año 1932, dejé de depender de la jefatura de operaciones de las S.A. y quedé situado en un plano equivalente al de Roehm.

Poco antes efectué a éste una visita en su vivienda del barrio de Schwabing, en la Herzogstrasse, para discutir las particularidades de mi nueva tarea. Era soltero y vivía con su madre y su hermana. Hombre corpulento, de rostro ancho y lleno de cicatrices, era el único amigo al que Hitler tuteaba y que a su vez tuteaba a Hitler. Se conocían desde 1919. Roehm era a la sazón oficial del estado mayor bávaro y Hitler estaba a sus órdenes en calidad de propagandista y orador. Fue expulsado de la Reichswehr por suministros ilegales de armas a Hitler en 1923, y, tras la condena en el proceso de Munich, éste le dio plenos poderes para la reorganización de las S.A. y los destacamentos de defensa. Goering le nombró entonces comandante interino de las S.A. Como no se

había levantado la prohibición contra el partido y las propias S.A., Roehm denominó "Frontbann" a las fuerzas por él reorganizadas. Su patrono y protector fue el general Ludendorff. Pero nueve meses más tarde, en la primavera de 1925, al fundarse de nuevo el N.S.D.A.P. y reorganizarse las S.A., se planteó el dilema sobre si estas últimas tenían que organizarse como liga paramilitar al igual que las que entonces abundaban en Alemania o como tropa de lucha política. Hubo una desavenencia entre Hitler y Roehm. En 1928 el capitán aceptó un ofrecimiento del Gobierno boliviano para organizar el ejército según modelo alemán. Se convirtió así en jefe de estado mayor de las fuerzas armadas de aquel país. Pero en 1930, y a raíz de la destitución del entonces "Osaf", Pfeffer von Salomón, y la represión de la subversión de las S.A., Hitler le llamó de nuevo a Alemania.



## X

Un par de centenares de estudiantes nacionalsocialistas se reunieron en la sala de fiestas del hotel "Union" de Munich para celebrar las solemnidades navideñas. Se había invitado a Hitler y las altas jerarquías del partido, aunque sin prever tan siquiera lejanamente que el "jefe" aparecería. De pronto, le encontramos entre nosotros, mostrándose tan divertido como no le habíamos visto jamás. En el tono de su voz hubo una mezcla de orgullo y ternura al efectuar la presentación:

—Mi sobrina, la señorita Raubal.

La muchacha que estaba al lado de Hitler era de estatura mediana, bien formada, con el pelo moreno levemente ondulado y alegres ojos de color castaño. Un rubor confuso teñía sus redondas mejillas cuando penetró en la sala y comprobó la sorpresa que su aparición provocaba. También yo quedé sorprendido, no por la belleza de la muchacha, sino por la presencia de una mujer joven junto a Hitler en un acto público como era aquél.

Había oído hablar anteriormente de ella y sabía que Angela Raubal, llamada Geli, de veinte años de edad, era la hija de la hermanastra de Hitler. Tres años antes (en 1925) había traído a la madre y luego a la hija desde Viena, donde se hallaban. Su hermanastra, la viuda Raubal, le hacía los trabajos caseros en "Casa Wachenfeld", en Obersalzberg, mientras la sobrina tomaba clases de canto en Munich. "Tío Alf" se había ofrecido a cuidar de los estudios de Geli, tras haber interrumpido ella la carrera de medicina que cursaba en Viena por causa de su poca predisposición para las clases de anatomía.

Aunque el detalle ha sido luego objeto de discusión, puedo asegurar que ella llamaba a Hitler "tío Alf". Lo oí claramente aquella noche, en la fiesta navideña. Nos hallábamos sentados a las mesas, cubiertas por blancos manteles, al resplandor de las velas; Adolfo Hitler estaba a su izquierda y yo a su derecha. Ella le llamaba con voz clara y alegre "tío Alf". Recuerdo que me sorprendió, aunque no sabría decir a ciencia cierta por qué. Él charlaba con ella

animadamente, le cogía la mano y sonreía constantemente. A las once en punto se levantó y abandonó en compañía de Geli la fiesta, que se hizo a partir de aquel instante bastante más aburrida. Tuve la impresión de que ella se habría quedado de buena gana bastante más tiempo.

En los círculos munitenses del partido se habló pronto de todo aquello: Hitler experimentaba hacia su sobrina unos sentimientos que no eran los estrictamente familiares. Pero los cantaradas del partido hacían sus comentarios en voz muy baja, como si intuyeran que Hitler no estaba dispuesto a admitir bromas en aquel asunto.

El primero en tener conciencia de aquella intuición fue su chófer, Emil Maurice, que llevaba largos años a su servicio y había sido uno de los primeros miembros de las S.S. Fue despedido sin contemplaciones por haberse atrevido a ir a buscar a Geli a la habitación de la pensión donde ella vivía, en el Jardín Inglés.

La segunda víctima fue el *gauleiter* Munder, de Wurtemberg. Recibió una destitución fulminante por haber comentado que el jefe del partido llevaba a pasear a su sobrina en el "Mercedes-Kompressor" y los dos iban de compras a los comercios más caros de la Maximilianstrasse.

En los dos años y medio siguientes tuve con frecuencia oportunidad de habituarme a aquella desigual pareja. Nos veíamos en los conciertos de la Filarmónica o en la Ópera. Y cuando iba a Obersalzberg a visitar a Hitler, encontraba también muchas veces a Geli allá. Supe por Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, que había tenido que acompañar muchas veces a éste y Geli en los paseos que hacían al lago Chiem. Hitler parecía gustar de aquellos paseos, en especial cuando Geli le acompañaba. Y cuando en el otoño de 1929 alquiló una nueva vivienda en el número 16 de la Prinzregentenplatz, llevó allá a su ama de llaves... y a Geli.

Muy pronto estuvieron acostumbrados a la presencia de Geli todos cuantos trataban habitualmente con Hitler. Lo cierto es que preferíamos que estuviera presente, puesto que en tal caso no se entregaba Hitler casi nunca a aquellas penosas escenas, con interminables monólogos y tremendas acusaciones, con que

obsequiaba, no solamente a los adversarios políticos, sino también a los amigos y colaboradores. La presencia de Geli parecía obrar sobre su carácter efectos benéficos. Por su parte, ella era sencilla, espontánea y muy femenina.

Algo tengo que confesar: nunca me interrogué entonces sobre las relaciones entre Geli y su tío, veinte años mayor que ella. Para mí, Hitler era un ídolo político, un hombre que desde una tribuna podía provocar el entusiasmo de millares de personas. La vida privada de aquel hombre no me interesaba, y si algo vi o escuché, no lo tomé entonces en consideración.

Heinrich Hoffmann me contó más tarde que Hitler le había confesado su amor por Geli. Pero no podía casarse, porque sus partidarios esperaban de él que se entregara por entero al pueblo, sin limitaciones ni reparos, sin obligaciones familiares. Heinrich Hoffmann me habló, asimismo, sobre los celos exagerados que Hitler sentía: ningún hombre podía acercarse a la muchacha y ella tenía que darle cuenta estricta de su tiempo cuando salía para algo. Fue precisa toda la fuerza de convicción y la diplomacia de Hoffmann para que Hitler permitiera a su sobrina asistir a una fiesta de carnaval. Aquello debió ser hacia 1930.

Hitler quiso de pronto demostrar lo generoso que era y ordenó que acudiera el modista Ingo Schröder con una selección de disfraces. Geli escogió para ella un traje hindú, pero su tío consideró que era demasiado atrevido. Adquirió para ella un vestido de noche; un vestido caro para lo que se acostumbraba entonces. Así ataviada podía asistir Geli al distinguido y acreditado "bal paré" que se celebraba en el "Deutschen Theater". Heinrich Hoffmann y Max Adam, director de la editorial del partido, fueron designados para acompañarla.

¿La amaba Hitler? Con toda seguridad, la admiraba y la reverenciaba, mientras ella, por su parte, se sentía halagada de que aquel hombre, cuya sola presencia provocaba el entusiasmo de las multitudes, buscara su compañía. A este halago sacrificó durante cuatro años su libertad, quizá su felicidad como esposa, y finalmente, su propia vida.

En la mañana del día 18 de septiembre de 1931, Angela Raubal fue hallada muerta en su habitación. A su lado, en el sofá, apareció una de las pistolas de Hitler.

Éste se había ido el día anterior a Nuremberg, donde quería asistir a algunas concentraciones electorales. Hess llamó inmediatamente al hotel "Deustcher Hof", pero Hitler se había marchado ya. Un "botones" del hotel fue rápidamente enviado en un taxi con el recado de que Hitler regresara inmediatamente y desde Nuremberg llamara a Hess. Éste le dijo por teléfono que Geli había sufrido un accidente. Cuando Hitler llegó a su domicilio, en la Prinzregentenplatz, de Munich, el cuerpo había sido ya trasladado al instituto médico legal.

Las indagaciones de la policía dieron como resultado saber que Geli había estado un día antes de la marcha de Hitler en Obersalzberg. Hitler la llamó telefónicamente y ella regresó. Cenaron juntos. El ama de llaves de Hitler, señora Winter, oyó una discusión, pero no entendió de lo que se trataba. Poco después llegó Heinrich Hoffmann, que iba a buscar a Hitler para salir hacia Nuremberg. Los dos hombres estaban ya en escalera, cuando Geli les dijo adiós desde la puerta. Hitler volvió sobre sus pasos, mientras Hoffmann continuaba su camino. Poco después, Hitler se reunió con él.

El ama de llaves, señora Winter, declaró que Geli parecía muy excitada y que Hitler había tratado, en vano, de calmarla. Cuando se hubo marchado, dijo Geli a la señora Winter:

—La verdad es que no me entiendo ya con tío Alf.

Tras la noticia de la muerte de Geli, Hitler estuvo a punto de caer en la más absoluta desesperación. El chófer Julius Sehreck, sucesor de Emil Maurice, se vio precisado a llevarse, por orden del directorio del partido, la caja de pistolas que Hitler tenía siempre en su domicilio. Durante dos días y dos noches, Strasser, Goering y Hess no dejaron un solo instante de hacerle compañía.

El lunes, 21 de septiembre, los periódicos dieron la noticia del "suicidio en casa de Hitler". Su mayor preocupación estribaba en

que sus enemigos trataran de sacar algún provecho político de aquella tragedia. Pero, a decir verdad, la prensa apenas aprovechó de manera sensacionalista lo ocurrido. Geli fue enterrada en Viena. Los días que precedieron al entierro, Hitler se encerró en la villa que a orillas del lago Teger tenía el impresor Adolf Müller, en cuyos talleres se imprimía el *Voelkischen Beobachter* [30]. Heinrich Hoffmann le acompañaba. La noche siguiente al entierro visitaron la tumba, en el "Zentralfriedhof" de Viena. En su condición de apátrida, Hitler solamente pudo entrar en Austria mediante un visado especial.

Para el círculo íntimo que rodeaba a Hitler, el suicidio de Geli siguió siendo un enigma. Solamente Heinrich Hoffmann sabía que a ella le unía gran amistad con un joven médico vienes, del que acaso estaba también enamorada. Claro que ello no era por sí solo razón bastante para que Geli se quitara la vida. Desde hacía dos años era mayor de edad y nadie podía oponerse legalmente a su voluntad. Sin embargo, en el amor de Hitler hacia su sobrina debía haber algo tan acongojante, que ella consideraba su vida en común tan insoportable como una ruptura.

¿ Hubiera variado la trayectoria de Hitler y con ella el destino de todos nosotros en el caso de que hubiera podido efectuar un matrimonio feliz? Puedo asegurar en el momento presente que nunca amó a otra mujer como a Geli Raubal. Pero no soy de la opinión de que un matrimonio con aquella muchacha o, en general, un matrimonio de Hitler, hubiera variado las cosas. Quien le conoció debe rechazar como absurda la hipótesis de que una mujer hubiera podido influir en él, bien llamándose Geli Raubal o, más tarde, Eva Braun. Tengo la opinión de que en sus relaciones con las mujeres, Hitler experimentaba a un tiempo una gran tensión erótica y una fuerte inhibición sexual. Y quizás un análisis de su ansia de poder, su fanatismo y su demoníaco furor destructivo nos llevaría a la conclusión de que no estaba en situación de hacer la felicidad de la mujer a la que amaba.

Hitler gastaba bastante más dinero que el que ganaba. Hasta 1929 había vivido modestamente en dos habitaciones amuebladas de la casa número 41 de la Thiersstrasse. Pagaba empero por Casa Wachenfeld, en Obersalzberg, cien marcos mensuales de alquiler. Cuidaba, además, de su hermanastra y, hasta el suicidio, de su sobrina, a la que consentía todos los caprichos. Recorría con su "Mercedes-Compresor", uno de los vehículos más caros en aquel tiempo, unos cien mil kilómetros por año, disponía de un chófer propio y una guardia de corps, y le gustaban los mejores hoteles. Todo eso costaba mucho dinero.

En las historias de aquel período se habla profusamente de financiadores secretos procedentes del mundo de la gran industria y las altas finanzas. Lo cierto es que entre 1924 y 1929, Hitler no disponía de aquellos fondos. Hasta 1929, el partido tuvo que vivir exclusivamente de la contribución que mediante las cuotas hacían sus miembros. La cuota mensual era de un marco, del que veinte *pfennig* correspondían a la jefatura central de Munich. Los 100.000 miembros del partido (a finales de 1928) significaban así 240.000 marcos anuales. Los empleados y unos pocos jefes del partido y las S.A. percibían unos modestos sueldos (por ejemplo, el *gauleiter* de Berlín, doctor Goebbels, doscientos marcos), y a pesar de ello, la mayor parte de los ingresos se empleaban en gastos de personal y alquileres. El resto estaba destinado a la lucha electoral.

Hitler no percibía sueldo alguno del partido. Oficialmente, sus medios de vida eran los derechos que producía su libro *Mein Kampf* y el pago de los artículos editoriales que publicaba en el *Voelkischen Beobachter*. En los momentos en que la tirada era cada vez mayor, cobraba unos ochocientos marcos por artículo. La editorial del partido pertenecía al N.S.D.A.P. y Hitler era su consejero principal. Max Amann, que había sido sargento mayor en la misma compañía que Hitler durante la guerra, dirigía la editorial de acuerdo con unas orientaciones estrictamente comerciales. Los miembros de las S.A. y las S.S. venían a ser una especie de promotores gratuitos de las publicaciones, y en aquella época, Hitler daba más valor a una suscripción al *Voelkischen Beobachter* que a un alta en el partido.

Los ingresos obtenidos por Hitler como escritor son conocidos gracias a las declaraciones de impuestos:

1925 — 19.842 marcos

1926 — 15.903 marcos

1927 — 11.494 marcos

1929 — 15.448 marcos

Frente a estos impuestos, los gastos eran casi el doble. Para justificarlos, declaró ante la oficina de finanzas que había solicitado préstamos bancarios hasta cubrir la diferencia y solicitó la exención de impuestos para los intereses de la deuda. Luchó con el fisco por la deducción de los costes de su propaganda hasta mucho después de llegar a canciller del Reich. Y finalmente, en 1934, fue promulgada la disposición por la que se condonaba la deuda de 405.494 marcos que el canciller del Reich tenía con el fisco.

Quien vivió tan cerca de Hitler como yo mismo, sabe que las declaraciones de impuestos antes transcritas eran, sin ningún género de dudas, falsas. Ciertamente es que ganó y gastó más dinero. Pero no menos cierto que carecía entonces de financiadores secretos. Él era su propio "manager".

Porque Hitler resultaba una atracción para muchos que no eran nacionalsocialistas. Se acudía a sus discursos como podía hacerse a un número de variedades. Así es que se exigieron localidades de entrada, se vendieron folletos y publicaciones del partido y por doquier aparecían las huchas para efectuar cuestaciones entre los asistentes. Los fondos así recogidos ascendían en ocasiones a bastantes miles de marcos. Hitler no exigía honorarios como orador, sino solamente el pago de los gastos. El importe no se calculaba según los justificantes y desembolsos, sino sobre el beneficio real dejado por la asamblea. Hitler no se ocupaba personalmente de todo aquello, sino que delegaba a su *factótum* y "mariscal de viajes"

[31] Julius Schaub para que tratara con los dirigentes del "gau" o la jefatura comarcal. La desmedida actividad del N.S.D.A.P. — donde otros partidos organizaban una reunión, nosotros hacíamos cinco — tenía, por tanto, unos motivos financieros también. Por mi parte,

financié también la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" y la Juventud Hitleriana mediante la fórmula de las asambleas.

Para Hitler fue el año 1928 muy flojo, tanto desde el punto político como financiero. Me pareció entonces adivinar que se había resignado enteramente a ello y consideraba el movimiento tan sólo como base para una vida independiente.

El mismo Hitler, que en las asambleas o ante las formaciones de las S.A. repetía constantemente que la victoria estaba al alcance de la mano, decía media hora más tarde en conversación privada:

—Precisarán todavía veinte años o cien antes de que nuestra idea triunfe. Precisaré que mueran los que actualmente creen en la idea. ¿Pero qué significa, en definitiva, una persona en el desarrollo de un pueblo, en el desarrollo de la Humanidad? Traté entonces de perpetuar estas opiniones mías en unos versos:

*Puede ser que las columnas aquí presentes,  
Que estas pardas columnas sin fin,  
Se rompan, se disuelvan,  
arrastradas por los  
vientos Puede ser, puede  
ser...*

*Permaneceré fiel, abandonado por todos,  
Llevaré la bandera, solo,  
Mi boca aparentará  
pronunciar locas palabras  
Pero solamente conmigo  
se arriará esta bandera  
Que será orgullosa  
mortaja del caído.*

En aquel tiempo de su depresión trabé conocimiento con otro rasgo predominante del carácter de Hitler: su hipocondría. Se creía enfermo de cáncer y estaba seguro de que moriría joven. Mientras estaba sentado acostumbraba a mover el cuerpo arriba y abajo. Al principio creí que aquellos movimientos exteriorizaban una gran tensión nerviosa. Pero un día me confió que le asaltaban con frecuencia grandes dolores en el diafragma y la región gástrica.

Durante mucho tiempo, la señora Elsa Bruckmann se esforzó en llevarle al médico. Hitler tenía un terror pánico a dejarse reconocer. Como todos los hipocondríacos, prefería permanecer en la incertidumbre sobre sus dolores, reales o imaginarios.

No hay que creer por ello que Hitler fuera un ser débil. En su vivienda de la Thierstrasse vi un día colgado de la pared un extensor y me dijo que cada mañana hacía ejercicios con aquel aparato. Los músculos de sus brazos y sus pectorales aparecían, por tanto, fortalecidos y duros. De todos modos, era aquél el único deporte que practicaba. No sabía nadar, ni esquiar, ni tan siquiera bailar.

Aquello hubiera debido hacérmelo un tanto sospechoso a mi joven naturaleza de entonces. Un hombre que reclamaba para la juventud alemana el culto del cuerpo y la máxima capacidad física y que no dominaba por sí mismo ninguna de las actividades deportivas susceptibles de apasionar a los jóvenes, habría tenido que resultar necesariamente sospechoso. Pero lo cierto es que es ésta una reflexión hecha muy *a posteriori*, ya que a la sazón no aplicaba las proporciones normales para medir a Hitler. i

La señora Bruckmann consiguió finalmente llevarle al médico. Le reconoció el doctor Schweningen, hijo del médico de cámara de Bismarck. Dejarse tratar por él no lo consideró Hitler inferior a su dignidad.

El doctor Schweningen no encontró ningún síntoma peligroso, sino tan sólo una irritación crónica de la mucosa gástrica. Le dijo:

—Si deja de comer dulces y permanece alejado durante una temporada de cuanto sea carne, el estómago volverá a normalizarse.

Hitler se atuvo estrictamente a la dieta recomendada. Al cabo de unos tres meses, sus dolores habían desaparecido. Aquello fue a principios de 1929. Desde entonces, siguió siendo vegetariano, si bien no consiguió frenar su inclinación hacia los pasteles.



## XII

La "Schellingstrasse", en Munich, al borde del barrio Schwabing, es tan gris y desangelada como otras muchas calles de las grandes ciudades del mundo. Pero para mí fue algo así como el eje en torno al cual dio una vuelta mi existencia. En el número 50 de la "Schellingstrasse" radicaba la jefatura nacional del N.S.D.A.P.; en el 39, la redacción e imprenta del *Volksischen Beobdchter*; en el número 29, las oficinas de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" y, al mismo tiempo, mi vivienda, y en el 62, la "Osteria Bavaria", el restaurante favorito de Hitler.

En la "Schellingstrasse" encontré también a la mujer que pronto representaría un papel principal en mi existencia. Tenía a la sazón unos diecisiete años. Era un tipo de muchacha muy elegante: cabello de color castaño cortado a la chico, un maquillaje desacostumbrado para lo que entonces se llevaba, un pullover y una falda estrecha y corta, medias de seda y zapatos de tacón muy alto. A primera vista la tomé por francesa. La mayor parte de las veces sacaba a pasear un perro "boxer", y confieso que hice lo imposible por trabar conocimiento con ella. La consideraba la muchacha más bonita que había visto en Munich.

Un día, me encontraba sentado en mi lugar habitual, en la cristalera del café "Universität". Vi de pronto a un "boxer" que corría por la calle arrastrando su correa. Pensé rápidamente: "Éste es el perro de la francesita."

Salí corriendo, sin pagar la consumición, y conseguí coger al perro. Llevaba en el collar una placa con la dirección: "Hoffmann. Schnorrstrasse, 9". La calle pertenecía también al barrio de Schwabing y estaba muy cerca. Llamé y abrieron la puerta. Ante mí apareció la muchacha de la "Schellingstrasse". El perro se desasíó de mí y penetró en el interior del piso. Antes de que pudiera pronunciar palabra, la muchacha me dio las gracias y cerró.

Unas semanas más tarde, estando contemplando los escaparates del anticuario Von Kitsinger, en la propia "Schellingstrasse", cuando alguien me dijo a mi espalda:

—¡Saludos, señor Schirach!

Me volví. Detrás de mí se hallaba un caballero algo rechoncho, de hombros poderosos y ojos claros, con mirada algo taimada. Le conocía desde el día en que había ido por vez primera con Hitler, a Erlangen. Era Heinrich Hoffmann, su fotógrafo. Sabía que Hoffmann acompañaba a Hitler en todos sus viajes y que era un invitado frecuente de la familia. El "Jefe"<sup>1</sup> gustaba de su compañía, pues era un conversador animado y brillante.

Cuando estaba saludándome, vi detrás de él a la muchacha con el "boxer". Trataba de componer una expresión de aburrimiento.

—¿Quiere, por favor, presentármela? — le pedí a Hoffmann.

Se volvió a medias y distraídamente hacia la muchacha y dijo:

—¡Ah! Ésta es Henny, mi hija...

Ocurrió aquello poco antes del Congreso Nacional de Nuremberg, del año 1929.

—Venga y verá usted su foto — me invitó Hoffmann. Su estudio estaba muy cerca, en la Amalienstrasse, número 25, encima del café "Grössenwahn", que Ibsen había hecho famoso. Hoffmann estaba encargado de la edición de tarjetas con la fotografía de todos los jefes del nacionalsocialismo. Me mostró aquel día la foto que se convertiría en "la postal de Schirach". En ella se me veía acompañado por el diplomático italiano Santoni, a quien había invitado al Congreso del partido como primer observador fascista asistente al mismo.

En la sección de postales de Hoffmann me llamó la atención una rubia, joven y de muy buena figura. Llevaba una bata blanca, de cuello cerrado como las de los médicos y ajustada con un cinturón.

—Ésta es Eva Braun, la encargada de las expediciones — dijo Hoffmann. Fue aquélla la primera vez que oí aquel nombre. Eva Braun siguió encargándose de la expedición de postales incluso después de ser la amante del canciller del Reich. Hitler se hacía informar regularmente sobre cuáles postales eran objeto de mayor demanda, y venía a ser aquel una especie de "Gallup-Poll", con el que comprobaba la marcha de la popularidad de sus colaboradores.

Heinrich Hoffmann, hijo de un fotógrafo de Regensburg, había crecido prácticamente con la cámara. Aprendió con los fotógrafos de corte de Darmstadt y Bad Homburg — punto de cita de los príncipes europeos antes de la primera guerra mundial — cómo había que fotografiar a las testas coronadas. Algunas de las más famosas fotografías de Guillermo II eran obra de Hoffmann; había obtenido asimismo placas del último zar ruso, Nicolás; del tenor del siglo, Enrico Caruso, y de Richard Strauss. Pero no se dio por satisfecho con las fotografías de "pose", entonces corrientes, y fue uno de los primeros fotógrafos que consiguió instantáneas con la pesada cámara de placas, y sus fotografías se publicaron en todas las revistas ilustradas de Europa. Fue fotógrafo de moda y sociedad en París y en Londres, la mano derecha de E. O. Hoppé, el fotógrafo más famoso del mundo a la sazón.

Una vez reconocido como maestro de la fotografía de galería, de prensa y de publicidad, Heinrich Hoffmann se estableció, tras sus años transhumantes, en Munich. El 1 de agosto de 1914 fotografió la multitud que en la Feldherrnhalle saludaba jubilosamente la movilización. Diecinueve años más tarde encontramos, con auxilio de la lupa, al joven Adolfo Hitler entre la masa y no menos enfervorizado que toda ella.

En 1919, Hoffmann penetró, con un brazal rojo, en el cuartel general del consejo general de Munich para perpetuar el primer soviet organizado en territorio alemán. Y en 1922, cuando Adolfo Hitler se dio a conocer al mundo con sus discursos y sus desfiles, una agencia norteamericana ofreció al fotógrafo de Munich nada menos que mil dólares por la imagen de aquel hombre salvaje de Baviera.

Hoffmann pensó que podía ganarse con facilidad el precio excepcional. Vivía en el barrio de Schwabing y uno de sus mejores amigos y compañeros de tertulia era el escritor Dietrich Eckart, mecenas y paternal amigo de Adolfo Hitler. Fue el propio Eckart quien le dijo que Hitler no se dejaba fotografiar. La negativa no venía a ser más que una astucia con fondo político: en tanto las gentes

oyeran hablar de Hitler, pero no supieran el aspecto que tenía, se verían obligadas a acudir a sus asambleas y actos para satisfacer su curiosidad. Así es que acudían en masa. A tanto llegó la intriga sobre el aspecto de Hitler, que la revista satírica *Simplicissimus* organizó entre sus dibujantes un concurso titulado así: "¿Cómo es Hitler?"

Ninguno de los caricaturistas pudo suministrar una imagen de Hitler, puesto que los guardias de corps velaban para que ningún fotógrafo o dibujante se acercara a él. Una agencia norteamericana ofreció finalmente 20.000 dólares por los derechos en exclusiva de una fotografía de Hitler. Pero éste rechazó la oferta. Fue Dietrich Eckart quien se encargó de comunicar que acaso Hitler entrara en tratos por 30.000 dólares, ya que necesitaba aquel dinero para organizar las S.A., que iban a ser su ejército revolucionario.

Hoffmann había fotografiado a emperadores y reyes y consideró la exigencia de Hitler como manifestación de un megalómano. Además, Hitler podía considerarse como una "personalidad histórica", por lo que carecía de derechos sobre su propia fotografía. Y finalmente, Hoffmann se hallaba en la mejor posición para "disparar" su cámara sobre Hitler, ya que su estudio se hallaba situado entonces frente a la redacción del *Voetkischen Beobachter*. Un día vio al automóvil de Hitler estacionado ante la redacción. Hoffmann cogió su cámara "Nettel" de 13 por 18 y enfocó la puerta de la casa. Cuando Hitler abandonó el edificio, después de varias horas, disparó Hoffmann la fotografía que tenía que valerle de mil a veinte mil dólares. Pero en aquel mismo instante le cogieron por la espalda, inmovilizándole. Los guardias de corps de Hitler le arrancaron la máquina, quitaron la placa y la estrellaron contra el pavimento. Hoffmann protestó a gritos, pero Hitler no le honró con una sola mirada mientras se alejaba presurosamente.

Poco después contrajo matrimonio Hermann Esser. Era a la sazón uno de los/amigos más íntimos de Hitler y también el amigo y protegido de Heinrich Hoffmann. La joven pareja, que disponía de muy poco dinero, rogó al fotógrafo que les permitiera celebrar el banquete nupcial en su domicilio de Schwabing.

Testigo e invitado de honor a la boda fue Adolfo Hitler. Reconoció en el anfitrión al fotógrafo a quien habían maltratado en la Schellingstrasse sus guardias de corps y se apresuró a presentar sus disculpas.

—No quiero dejarme fotografiar antes de haber conseguido algún resultado político. Pero le prometo a usted que cuando llegue el momento, será el primero en sacarme una fotografía. Lo que me molesta es que traten de conseguir una instantánea mía por sorpresa.

Comenzó el banquete nupcial. Cuando sirvieron el café, Hoffmann rogó al invitado de honor que le acompañara a su despacho y una vez allá, le entregó un negativo y su correspondiente copia, donde aparecía Hitler.

Éste quedó desconcertado. Era una fotografía suya, tomada secretamente por Hoffmann durante la comida. La placa había sido revelada con toda presteza y obtenido su positivo.

—Algo flojo — dijo Hitler.

Hoffmann puso el clisé al trasluz.

—De todos modos, suficientemente intenso como para cobrar veinte mil dólares...

Y mientras pronunciaba estas palabras, rompió el negativo ante los ojos de Hitler. Así es como comenzó, en 1922, la amistad entre ambos.

El fotógrafo, enteramente apolítico, pareció hipotecarse enteramente al revolucionario de carrera. En casa de Hoffmann encontró Hitler lo que había dejado de conocer desde los dieciocho años: una vida de familia. Para los hijos de Hoffmann, Henriette y Heinrich, jr. — que tenían a la sazón, diez y seis años, respectivamente — se convirtió el "señor Hitler" en el ideal amigo de la familia, casi en un segundo padre.

Cuando Hitler reparó un día en que Henriette leía todavía, a los diez años, libros excesivamente infantiles, le regaló "Los días más hermosos de la Antigüedad clásica", de Schwab. También llevó un día consigo un libro sobre las excavaciones de Troya efectuadas por Schliemann y le fue explicando las ilustraciones. Cuando Henny le

confesó que la música la aburría y que se "fumaba" las clases de piano con mucha frecuencia, tecleó con dos dedos los motivos de "El anillo de los Nibelungos" y le fue explicando el desarrollo de la ópera. Hitler ayudó también a la muchacha a hacer gimnasia en las dos argollas que colgaban en el pasillo y los domingos por la mañana la llevaba a las proyecciones de films culturales o la acompañaba a los museos de Munich. Se preocupó también de que Henny tuviera sus primeros esquís y con ocasión de su confirmación, le regaló una raqueta de tenis. Cuando falleció, en 1928, la señora Hoffmann, Hitler acudió con los niños de la mano a la tumba de la madre.

En la primavera de 1930, regresé tras un viaje algo dilatado a las oficinas de la "Liga de Estudiantes

## 32

Nacionalsocialistas". Acababa de efectuarse la impresión de *Die Bewegung* periódico de la "Liga". En la oficina, tres muchachas escribían direcciones en las fajas de envío. Me sorprendí al reconocer a una de ellas, a Henny Hoffmann. Resultaba que había descubierto súbitamente su simpatía hacia la "Liga", ofreciéndose como auxiliar de oficina.

Una vez pagados los portes de la revista, no quedaba mucho en la caja, pero suficiente para pasteles, nata y café. ¡Invitación para la señorita Hoffmann! Al atardecer llevamos los periódicos a correos y luego nos fuimos todos a bailar.

Bailé solamente con Henny Hoffmann, de la que me había enamorado totalmente. Tuve ocasión de comprobar asimismo que por mi parte no le era indiferente.

Pocos días después de aquella velada, recibí una inesperada visita en mi habitación de la Schellingstrasse número 29.

—Dos caballeros desean hablar con usted — me anunció mi patrona.

Los visitantes tenían en la mano las multicolores gorras estudiantiles. Sobre los chalecos de sus correctos temos cruzaban unas estrechas bandas con los colores verde, blanco y rojo. Permanecieron en la puerta, dieron un taconazo y el que parecía mayor de los tres, dijo:

—Vengo como representante de la venerada corporación Franconia y tengo el honor de preguntarle si acepta el desafío de esta corporación.

Se trataba del desafío para un duelo. No me sorprendió, pues sabía de qué se trataba: la corporación Franconia había insultado a un miembro de la jefatura nacional del NSDAP. Yo había exigido de la corporación que se disculpara por aquel exceso. La palabra "exceso" había bastado a aquellos caballeros para que se sintieran insultados. Y un insulto solamente podía borrarse, en opinión de los estudiantes, con sangre.

Aquellas corporaciones estudiantiles acostumbraban a batirse a sable y tanto el duelo como todo el ceremonial que le rodeaba, aparecía a mis ojos como enteramente ridículo. Pero como jefe nacional de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" no podía dejar que me "pellizcaran". Las ligas estudiantiles de combate era la parte más activa del estudiantado. Tanto ellas como sus "protectores" eran acaso potenciales votantes del nacionalsocialismo. Así es que acepté, contra mis convicciones, las reglas de la "prueba de armas", tal como la corporación las estipulaba.

—Acepto el desafío — dije a los enviados de la corporación Franconia. Y para quitar a aquellos caballeros la alegría de verme bajo la hoja de su sable, añadí:

—Pero solamente a pistola.

Era desacostumbrado, pero mis visitantes no se permitieron un solo gesto de desaprobación. Me rogaron que nombrara un representante con el que se discutiría el lugar y momento del duelo. Así lo hice. Volvieron a entrechocar los talones de mis visitantes, seguidos de una cortés inclinación y una solemne despedida.

En las oficinas de la "Liga" provocó el anuncio del duelo un gran revuelo. Las muchachas fueron las más afectadas y no reparé, por cierto en que nuestra más reciente auxiliar, la señorita Hoffmann, había desaparecido súbitamente.

Con su bicicleta, Henny se dirigió al número 16 de la "Prinzregentenplatz", donde Hitler tenía su nueva vivienda. Para ella estaba siempre visible. La recibió en seguida y Henny le explicó que iba a batirme en duelo.

Hitler se encolerizó. Rechazaba los duelos. A lo largo de muchas conversaciones había conseguido convencerle de que no teníamos que oponernos a los duelos si queríamos ganar para nosotros a la juventud universitaria. Pero en aquellos instantes olvidó todo aquello y redactó inmediatamente la siguiente orden circular: "Queda prohibido a todos los miembros del NSDAP y sus secciones tomar parte en duelos, así como ser testigos o representantes de las partes que eventualmente deseen enfrentarse. Firmado: Adolfo Hitler."

Trató de tranquilizar a Henny al tiempo que le entregaba el papel.

—Lleve esto personalmente al señor Rosenberg, en el *Voelkischen Beobachter*. Tiene que aparecer en la próxima edición.

Henny volvió en bicicleta a la "Schellingstrasse". Alfred Rosenberg, un alemán báltico, que era redactor jefe del periódico, frunció el ceño al leer la orden de Hitler. En primer lugar, porque era contrario al expeditivo método de las órdenes circulares. En segundo, porque se sentía solidario, como antiguo miembro de las corporaciones estudiantiles, del código de honor de éstas. Pero obedeció, escribió con lápiz rojo la anotación "Componer urgentemente" y dio el papel a la imprenta.

Henny regresó triunfante a las oficinas y me dijo:

—¡El Führer lo ha prohibido!

En aquel instante sentí deseos de asesinarla. Estaba en juego la posición que con tanto trabajo había yo adquirido entre el estudiantado. [\[32\]](#)

Corrí al *Voelkischen Beobachter* y descendí inmediatamente a la imprenta. Hablar con Rosenberg carecía de sentido, puesto que como redactor jefe debía atenerse a las órdenes de Hitler.

Conocía a todos los operarios, pues había compuesto e impreso allá mi *Akademischer Beobachter* durante más de un año. Casi todos eran socialdemócratas y mientras confeccionaban el diario de Hitler, se burlaban en voz alta y sin recato de su contenido o lo discutían con los redactores. A pesar de ello, componían e imprimían aquella publicación para ellos tan odiada, tan pulcra y correctamente como hubieran hecho con otro impreso.

Encontré la forma donde habían ajustado la prohibición de los duelos firmada por Hitler. Procurando no ser visto, quité las líneas y las cambié por una noticia de la misma dimensión que hallé en la forma correspondiente a la página de la derecha. Nadie se dio cuenta de ello.

Hitler fue presa de un ataque de ira cuando abrió al día siguiente su periódico, en Nuremberg. Llamó urgentemente por teléfono a Rosenberg, le acusó de haber permitido un sabotaje en la imprenta y ordenó al director de la editora, Max Amann, que abriera una investigación para poner en claro lo ocurrido. El antiguo sargento mayor removi6 de pies a cabeza redacción y talleres. Cuando supe lo ocurrido, acudí a Rosenberg y me reconocí culpable.

Me miró con asombro y dijo solamente:

—Ya verá cómo se las arregla con el jefe.

Por vez primera me tocó experimentar una de las cóleras de Hitler.

—¡Debería expulsarle inmediatamente del partido! — exclamó—. Pero como no ha sido usted soldado, no sabe en realidad lo que es una orden.

Aquello me impresionó vivamente. Hasta entonces, Hitler había respetado mis opiniones, dejándose convencer con frecuencia y sin inmiscuirse jamás en mi labor. Con la orden de prohibición de duelos había arriesgado, de golpe y porrazo, el prestigio del NSDAP entre los medios estudiantiles. Estaba en peligro lo que tan pacientemente

había ido construyendo en el transcurso de dos años. Así es que pensé que no era yo el equivocado, sino él.

Se lo dije en cuanto me dejó hablar. Le señalé que en las elecciones universitarias de 1929-30, el treinta por ciento de los 100.000 estudiantes había emitido un voto nacionalsocialista. Sus resultados habían representado el mayor éxito político del NSDAP desde 1925, año en que se había vuelto a fundar el partido en la "Bürgerbráukeller".

Hitler medía a pasos su despacho, arriba y abajo, pero no me interrumpió. Cuando hube terminado de hablar, se fue a la ventana y me volvió la espalda. Luego dio la vuelta de pronto y sonrió:

—Ha tenido usted otra vez suerte, Schirach. Como sabe, en el ejército austríaco se ganaba la condecoración de María Teresa cuando se desobedecía una orden pero se ganaba con ello una batalla. Esta vez ha ganado usted, pero en la próxima le irá la cabeza.

El conflicto había quedado así resuelto. Podía marcharme. Cuando estaba en la puerta, Hitler me llamó para decirme:

—De todos modos, encuentro magnífico el comportamiento de la señorita Hoffmann en este asunto.

—No soy de la misma opinión.

—Tenga en cuenta la razón de que la muchacha viniera corriendo a verme — dijo Hitler —. Temía por su vida.

Poco después me comprometí en matrimonio con Henny Hoffmann. Hermann Goering y su primera mujer, Karin, se la llevaron a pasar una larga temporada en Berlín. Henny vivió en casa de los Goering, en la "Badeschen Strasse", en Wilmersdorf y en casa de mi hermana Rosalind, que era a la sazón una de las primeras cantantes de la Ópera del Estado, en la capital.

En cuanto al asunto del duelo, terminó también por arreglarse. La corporación que me había desafiado no quiso admitir la pistola como arma y retiró el reto. De todos modos, la cosa tuvo para mí una consecuencia. Alguien puso sobre aviso a la fiscalía de Munich y fui condenado a seis meses de arresto por quebrantar el artículo

201 del Código mediante "la aceptación del desafío para celebrar un duelo con armas mortíferas".

Claro que a fin de cuentas no tuve que cumplir la pena.



## XIII

Henriette Hoffmann y yo nos casamos el 31 de marzo de 1932. Desde el registro civil más antiguo de Munich en el "Alter Peter", nos dirigimos en unión de nuestros testigos, Adolfo Hitler y Ernst Roehm, al domicilio del primero, donde nos esperaba el banquete de bodas. En el tercer piso de aquel edificio que había sido, a finales de siglo, una mansión señorial y tras haber franqueado una puerta donde aparecía la placa que decía "Adolfo Hitler", se penetraba a través de un largo y oscuro corredor en la vivienda de nueve habitaciones alquilada por Hitler. Los muebles del comedor eran convencionales y de las paredes colgaban cuadros de Grützner y el profesor Lówith, que era además el único pintor judío que Hitler no solamente valoraba, sino que llegaba inclusive a venerar.

En aquella casa reinaba el orden. El ambiente era sólidamente burgués, sin que dejara traslucir el menor atisbo revolucionario. Un fabricante acomodado o un comerciante hubiera podido vivir así.

Nuestro banquete de bodas fue para el ama de llaves de Hitler, señora Winter, una extraordinaria ocasión de demostrar su dominio en el arte culinario. Hitler contempló con menosprecio el gigantesco asado de buey y comentó:

—¡Ay de vosotros, comedores de carne!

Por su parte, comió solamente "spaghetti" con salsa de tomate y una manzana.

En una enorme mesa habían colocado los regalos de boda. Entre ellos se encontraba el libro de visitantes para nuestra nueva vivienda, en la Konigstrasse, junto al Jardín Inglés. Hitler había escrito la primera anotación: "En el cambio de una época. Adolfo Hitler".

Porque lo cierto era que estábamos convencidos todos aquellos días en que iba a producirse un cambio en nuestra época. En las elecciones para presidente del Reich, celebradas el 13 de marzo, más de once millones de electores se habían pronunciado por Hitler. Representaban el treinta por ciento de todos los votantes. Hitler

había quedado detrás de Hindenburg (49'6 por ciento) pero delante del líder comunista Ernst Thálmann y el jefe de los "cascos de acero", Duesterberg.

Muchos nacionalsocialistas creían en el triunfo de Hitler y el resultado les había desengañado. Pero el propio Hitler consideró como un sólido triunfo haber conseguido el treinta por ciento de los sufragios. Nos habíamos convertido así en el partido más fuerte.

A pesar de su victoria, Hindenburg no consiguió la mayoría absoluta, por lo que hubo que repetir la consulta el día 10 de abril. La oposición nacional tuvo que pronunciarse entonces entre Hindenburg, de ochenta y cuatro años y Hitler, de cuarenta y dos. Hindenburg había dejado, por su parte, de ser el candidato de los partidos de la derecha para pasar a serlo del "Zentrum", de los demócratas y el SPD.

Nuestras conversaciones en la mesa del banquete nupcial tuvieron la política como tema preferente. Hitler explicó los gigantescos preparativos que estaban haciéndose para la lucha electoral. Había alquilado un trimotor, con su entera tripulación, a la "Lufthansa" y de esta manera quería dirigir diariamente la palabra en cinco actos diarios. Pero no consiguió llevar adelante sus planes. Como las masas obreras solamente podían movilizarse por la noche, hubiera tenido que desplazarse en horas nocturnas y los vuelos sin visibilidad y con aquel tiempo, no eran entonces factibles en ninguna parte del mundo. Además, Hitler temía que su estómago no resistiera tantos y repetidos vuelos.

Hitler levantó la mesa y nos llevó a su sala de estar. La señora Winter sirvió champaña y para él una limonada. Los invitados nos desearon felicidades a Henny y a mí, pasando luego a hablar nuevamente de política. A pesar de los grandes preparativos, Hitler estaba convencido de que en las segundas elecciones no llegaría tampoco a la presidencia del Reich.

—El anciano volverá a ganar — dijo —. Pero conseguiremos un par de millones de votos más y además Hindenburg tampoco vivirá eternamente.

Dos horas más tarde había terminado la fiesta. Mi mujer y yo queríamos emprender todavía de día nuestro corto viaje de bodas: un par de jornadas de esquí en el Tirol. Hitler nos acompañó hasta la puerta. Como despedida, nos dijo que iría a visitarnos si le quedaba tiempo. Y entregó a Henny una tarjeta para nuestra cocinera, Anny. Decía así: "Consumo todo cuanto la naturaleza me ofrece voluntariamente: fruta, verdura y grasa vegetal. Le ruego que no me sirva lo que los animales no ofrecen por su voluntad: carne, leche y quesos. De los animales, tan sólo acepto los huevos que la gallina nos brinda."

El regalo de boda de Hitler se hizo esperar un poco: fue "Lux", un hermoso perro pastor que había obtenido el primer premio en la exposición de Berlín. Estaban adiestrándolo todavía. Cuando fuimos a buscarlo, cuatro semanas más tarde, se reveló como un tremendo problema para la casa de un jefe nazi. "Lux" saltaba enfurecido cada vez que un visitante hacía el saludo hitleriano. Había sido objeto de tan riguroso adiestramiento que veía un adversario en cada persona que levantaba el brazo ante él.



**Ilustración 5. Hitler seguido de Von Schirach, pasa revista a las  
Juventudes Hitlerianas durante el Congreso de**

## Nuremberg



**Ilustración 6. Hitler saluda la multitud congregada en el estadio de Nuremberg, en el asiento trasero Hess y Von**

## Schirach

### XIV

Estábamos casados desde hacía doce días. Con la ayuda financiera de mis padres y mi suegro, habíamos alquilado una bonita vivienda en el número 31 de la Koeniginstrasse, de Munich, junto al Jardín Inglés. Construida de acuerdo con los planos del pintor Franz von Defregger, éste había habitado allá hasta su muerte.

Hitler llamó por la tarde de aquel día, que era exactamente el 11 de abril de 1932. Recuerdo perfectamente la fecha, porque el día anterior había sido el de la elección presidencial. Dijo quería visitarnos para hablar conmigo. Corría mucha prisa, según él.

Fatigado por las muchas concentraciones electorales a las que había asistido y con las amígdalas inflamadas, estaba yo tendido en un diván mientras escuchaba por la radio los comentarios sobre los resultados electorales de la víspera. Hitler había obtenido 13'4 millones de votos y Hindenburg, 19'4. Aquel resultado había vuelto a hacer a Hindenburg el presidente del Reich. Pero Hitler había obtenido también mucho: había conseguido nada menos que una ventaja de dos millones de nuevos votos respecto a las primeras elecciones celebradas cuatro semanas antes.

Llegó hacia las ocho. Mientras se quitaba su "trenchcoat" y depositaba en el guardarropa su inseparable látigo, me dijo:

—Ha ocurrido algo desagradable, Schirach. Se trata del jefe de las milicias.

Tras la fiesta nupcial, doce días antes, Roehm se había marchado aquella misma tarde a Berlín para llevar a cabo "importantes tratos políticos". De lo que había tratado en realidad, me enteré por Hitler, que recorría arriba y abajo, presa del máximo nerviosismo, mi despacho.

Durante mucho tiempo, Roehm había sostenido un intercambio de cartas muy íntimo con el médico y psiquiatra berlinés, doctor Heimsoth, conocido como un personaje tendente al homosexualismo. La correspondencia había sido sustraída de la mesa de despacho por un ayudante y ofrecida al SPD, aunque

solamente en copias. Los originales los había conseguido comprar otra vez Roehm a través de un agente suyo, un tal doctor Bell. Hitler había creído entonces en la palabra de honor de su amigo: según éste, se trataba solamente de vulgares falsificaciones. Pero a finales de marzo habían reaparecido las fotocopias, que se encontraban en manos de un dirigente socialdemócrata. Aquélla era la razón de que Roehm hubiera salido con tanto apresuramiento hacia Berlín el día de nuestra boda. El día 1 de abril se efectuaron en el "cuartel general" del dirigente socialista los tratos para recobrar las cartas para él tan comprometedoras. Roehm no apareció con las manos vacías: el servicio de información del partido le había suministrado datos y detalles bastante picantes sobre algunos asuntos amorosos del ministro del Interior de Prusia, Cari Severing, socialdemócrata también. Los dirigentes socialistas rindieron armas en seguida y ambas partes decidieron que no publicarían el comprometedor material.

Pero Hitler no tenía confianza en aquella "paz".

—Roehm me ha engañado — dijo —. Pero es mi amigo y no puedo dejarle en la estacada. Además, es nuestro mejor hombre para las negociaciones con la Reichswehr . Claro que habrá que impedir que tenga el menor trato con la juventud, pues de otra manera perderíamos la confianza de los padres. Promulgaré una orden por la que le haré a usted el único responsable ante mí en el futuro, como jefe de las juventudes del Reich.

Dos meses más tarde — había cumplido ya los veinticinco años — me nombró Hitler miembro de la junta de mando del partido. Dimití de la jefatura de la "Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas" y pasé a ocuparme solamente de las juventudes hitlerianas.

—Voy a organizarle el movimiento juvenil mayor que haya conocido Alemania — prometí a Hitler.

La importancia de los contactos de Roehm con la Reichswehr para la conquista del poder por Hitler se demostraría muy pronto. El 13 de abril propuso el ministro del Interior de Brüning, Groener, a la firma del presidente del Reich, un "decreto de excepción para la seguridad de la autoridad del Estado". El decreto en cuestión

establecía la prohibición de las S.A. en todo el territorio del Reich. Entre bastidores, Roehm comenzó a preparar un complot contra el canciller Heinrich Brüning. Aliado de Roehm era el jefe del gabinete en el ministerio de la Reichswehr, general Kurt von Schleicher, que en aquellos turbulentos meses había llegado a convertirse en el consejero más influyente del octogenario Hindenburg. Por intermedio de Roehm se llegaron a celebrar unas conversaciones secretas entre Hitler y Schleicher.

Hitler prometió el apoyo a un nuevo "gobierno nacional bajo la presidencia del católico de derechas, Franz von Papen", con las siguientes condiciones: disolución del Reichstag, nuevas elecciones y derogación de la prohibición de las S.A.

El juego entre bastidores llevó rápidamente al éxito: el 30 de mayo, Hindenburg obligó a su canciller Brüning a que presentara la dimisión. Además de la acción conjunta de Schleicher, Hitler y Roehm, la caída de Brüning se debió, asimismo, a que algunos terratenientes de la Prusia Oriental que tenían sus propiedades junto a las muy extensas que poseía allá Hindenburg, dijeron al anciano que el canciller preparaba la expropiación de los grandes latifundios de acuerdo con un programa de reforma agraria que había trazado. A los oídos de Hindenburg sonó todo aquello con acentos tremendamente bolcheviques. <sup>[33]</sup>

El nuevo gobierno Von Papen accedió muy pronto a las exigencias de Hitler: las S.A. marcharon por las calles con sus camisas pardas y se disolvió el Reichstag, señalando la fecha del 31 de julio para la celebración de nuevas elecciones. Esta consulta electoral daría la resolución final: la absoluta mayoría para Hitler y el NSDAP.

A las elecciones precedieron las pugnas preelectorales más sangrientas de las conocidas por Alemania. Nunca habían antecedido a una consulta electoral los actos de violencia que se desencadenaron en los meses de junio y julio de 1932. Tan solo en Prusia, murieron 30 comunistas y 38 nacionalistas en el curso de trescientas veintidós luchas callejeras.

El día 31 de julio de 1932 reinaba un ambiente de victoria en la cantina de la "Casa Parda". La jefatura del partido había organizado un servicio especial telefónico para informar sobre las elecciones y las jefaturas provinciales suministraban incansablemente las cifras de los múltiples colegios electorales distribuidos por toda Alemania. Hitler aparecía repetidamente para hacer que le entregaran las cifras, mientras muchachos pertenecientes a las juventudes aseguraban con sus bicicletas el enlace entre la "Bürgerbrau" y la "Löwenbrau", donde los correligionarios de Munich se preparaban, con cerveza y marchas militares, para una conquista del poder en la que tenían la más absoluta de las seguridades.

Poco antes de la medianoche se precisó que habíamos obtenido un gran triunfo. Casi por doquier habíamos alcanzado por lo menos el doble de votos que en las elecciones para el Reichstag de 1930. ¿Pero significaría aquello una mayoría absoluta? En el gabinete de trabajo de Hitler, en la "Casa Parda", el optimismo era cada vez mayor.

Con las primeras luces del amanecer se supieron los resultados definitivos: 230 puestos del Reichstag nos pertenecían. Nunca, en toda la historia del parlamentarismo alemán, había estado tan fuertemente representado un partido en el Reichstag. Y sin embargo, faltaban setenta y cinco puestos para alcanzar la mayoría absoluta.

Tras una noche pasada enteramente en blanco, abandoné por la mañana, cansado y abatido, la "Casa Parda". Me dirigí primeramente al domicilio de mi suegro, Heinrich Hoffmann, donde encontré a Hitler. Terminaba en aquellos instante su desayuno y me saludó con una abierta sonrisa:

—¡Heil! señor diputado.

Solamente hasta aquel instante me enteré de que con mis veinticinco años, me había hecho representante en el Reichstag. Fue, efectivamente, por indicación personal suya, mi designación como candidato por parte de la junta de mando del Partido.

Después de haber desayunado, Hitler comenzó a recorrer, nerviosamente, arriba y abajo la habitación.

—Setenta y cinco puestos no nos han llevado al triunfo absoluto. Pero eso no tiene que significar interrupción alguna en nuestra trayectoria, Schirach. Roehm tiene que poner nuevamente en juego sus vinculaciones.

—Pero es usted el jefe del partido más fuerte — repuse —. Eso significa que tendría que ser nombrado canciller automáticamente.

Hitler asintió:

—Sí; pero lo considero imposible con el "Zentrum" como compañero de coalición. Quiero todo el poder ahora o no acepto nada.

Comprendí. Así como dos meses antes, el jefe Roehm en unión del general Von Schleicher, que luego pasó a ser ministro de la Reichswehr en el gabinete Von Papen, habían derribado el gobierno de Brüning, tenía que ser destronado ahora el citado Papen para que Hitler llegara a ser canciller del Reich.



## XV

El día 11 de agosto, estaba trabajando en mi casa en un manuscrito, cuando mi mujer entró precipitadamente en mi cuarto de trabajo. Acababa de llegar de casa de su padre, donde había estado de visita.

—Imagínate. Eva ha intentado suicidarse.

Conocía a Eva Braun, aquella rubia tan linda y siempre alegre, desde hacía tres años y no podía imaginarme siquiera los motivos que habían impulsado a la muchacha a buscar la muerte.

—A causa de Hitler, naturalmente — dijo Henriette, como si fuera lo más natural del mundo.

Eva Braun, hija de un catedrático de técnica industrial en Munich-Schwabing, había sido educada en el internado católico de Simbach an Im. Más tarde frecuentó la escuela de comercio en la capital bávara y en 1929 entró a prestar servicio en el negocio de fotografía de Heinrich Hoffmann. Tenía entonces diecisiete años, estaba muy bien desarrollada y sus ojos azules reflejaban una expresión candorosa.

Cuando Hitler se encontraba en Munich, acudía casi diariamente a casa de Hoffmann, pasaba revista a las nuevas fotografías y hojeaba las revistas ilustradas. Mantenía buena amistad con todas las dependientas. A la pelirroja Anni Hünnele le pagaba las clases de canto tras haber hecho que probara su voz un maestro concertador de la Ópera del Estado. Y trababa muchas veces conversación con Eva Braun, cuyo natural entre ingenuo y coqueta parecía complacerle bastante.

En ocasiones, Hitler llevaba en automóvil a Henriette y Eva Braun cuando querían ir a nadar al Ungerer Bad o a bailar en algún lado. En otras ocasiones les obsequiaba con dulces y bombones o con localidades para la ópera y el teatro. Entonces vivía todavía la sobrina de Hitler, Geli Raubal, su gran amor.

Unos meses más tarde, le contó Eva Braun a mi mujer que había introducido secretamente un papel en el bolsillo del abrigo de Hitler.

Decía así: "Siento mucho que esté tan triste. Eva."

Después de aquello, Eva fue invitada repetidamente por Hitler para dar paseos en automóvil por los alrededores de Munich. Pero nunca iban solos. Bien se unía Henriette a la partida, bien la hermosa hija del impresor del *VoDkischen Beobchter*, Müller. Nada dejaba traslucir que Eva Braun significara para Hitler algo más que una de las múltiples muchachas de las que se rodeaba del mejor grado. Pero Eva fue pronto contando que Hitler la amaba y que estaba dispuesto a casarse con ella. Nadie tomó aquello en serio... hasta el 11 de agosto de 1932.

Aquella mañana, Eva no apareció en el trabajo. Llegó, por contra, el cuñado de Heinrich Hoffmann, el cirujano doctor Platte.

Platte contó, todavía excitado, que le había llamado aquella noche Eva Braun. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, le dijo que se había disparado una pistola en el pecho. A causa de Hitler. La había abandonado y se sentía muy sola.

El doctor Platte encontró a Eva Braun en casa de sus padres — los padres estaban de viaje —, todavía con vida. La transportó a su clínica y la sometió a una operación.

En la mañana de aquel mismo día, Hitler había recibido en Obersalzberg una carta de despedida de Eva Braun. Se disponía precisamente a emprender viaje a Berlín, donde el 13 de agosto tenía que recibirle Hindenburg. En Munich interrumpió el viaje y corrió a casa de mi suegro, quien le informó de lo que le había dicho el doctor Platte.

—¿Quién podía suponer una locura semejante? — gritó Hitler —. ¡Nunca he tenido nada con esa muchacha!

Su emoción resultaba fácilmente comprensible. En el transcurso de un año, era la segunda vez que una mujer empuñaba una pistola por su causa. La primera vez, los adversarios de Hitler no habían utilizado en contra suya el asunto. ¿Se mostrarían también tan elegantes en aquella ocasión, precisamente cuando iba a llegar a ser canciller del Reich?

—¿Puede guardar silencio el médico? — preguntó Hitler.

Hoffmann aseguró que se preocuparía de ello, pero Hitler insistió en hablar personalmente con el doctor Platte.

Por la noche se entrevistaron en casa del propio Hoffmann. Hitler preguntó al médico:

—Dígame la verdad, doctor: ¿es posible que esa señorita haya simulado solamente el suicidio para atraer el interés sobre ella?

—En absoluto. El tiro estaba dirigido directamente al corazón — respondió el doctor Platte —. Es un milagro que haya sobrevivido al disparo. Hemos extraído el proyectil, que estaba alojado a pocos milímetros del corazón.

Hitler dio las gracias al doctor Platte y luego se volvió hacia mi suegro:

—Voy a preocuparme de esa criatura.

Y así es como comenzó aquella insólita relación de la que solamente se enteraría el mundo treinta años más tarde, tras el suicidio mutuo en el *bunker* de la Cancillería del Reich.

Nunca supe si Hitler había visitado a Eva Braun mientras ésta se encontraba internada todavía en la clínica.

Al día siguiente reanudó su viaje a Berlín. El 13 de agosto fue recibido por segunda vez por el anciano presidente del Reich, Hindenburg. La conversación duró solamente ocho minutos y fue dificultosa. Hindenburg no parecía dispuesto a nombrar a Hitler canciller de la nación. Quería que el jefe del partido más fuerte aceptara el puesto de vicescanciller, con Papen como jefe del Gobierno. Hitler rechazó la propuesta.

El 28 de agosto me senté en el expreso Munich-Berlín. Como el más joven diputado tenía que tomar parte en la sesión de apertura del nuevo Reichstag. Mi madre me había remitido una felicitación desde Bayreuth, con sus mejores augurios.

*"Wonderful, I always knew my son would be something one day!"* ("¡Maravilloso; siempre supe que un día mi hijo llegaría a ser alguien importante!")

Por lo que a mí respecta, mi elección como diputado me impresionaba bien poco. Mucho más importante venía a ser, a mi

entender, que por vez primera en mi vida recibiría regularmente un ingreso mensual de ochocientos marcos y que era titular, además, de un pase de libre circulación para los ferrocarriles del Reich. Hasta aquel instante no había percibido un solo penique de la caja de las Juventudes Hitlerianas y en repetidas ocasiones no había sabido cómo financiar mis numerosos desplazamientos en acto de servicio. Otra cosa me resultaba especialmente grata: la inmunidad que como parlamentario disfrutaba. La justicia seguía molestándome con el asunto del duelo de Munich y los disturbios estudiantiles de Colonia. Ahora no tenía por qué preocuparme.



## XVI

Con voz temblorosa y apenas inteligible, la presidente Clara Zetkin, de setenta y cinco años y elegida por ser el miembro de mayor edad del Reichstag, abrió la primera sesión del nuevo parlamento. Estaba casi ciega y apenas podía leer el manuscrito de su discurso. A su lado se sentaba el jefe de la fracción comunista, Torgler, y le "soplaba": "El ejército rojo no permanecerá inactivo si las masas obreras de Alemania se levantan contra el régimen de Von Papen, contra el predominio y la hegemonía de los barones y los *junker*..."

Según los "usos parlamentarios" hasta aquel momento vigentes, estas palabras hubieran tenido que desencadenar el tumulto formado por el golpear de los pupitres, los gritos y los tinteros volando por los aires, seguido de una batalla campal entre nacionalsocialistas y comunistas. Pero nos contentamos con unos cuantos gritos aislados y que fueron respondidos por los diputados comunistas con su *slogan* solicitando el "Frente Rojo". Eso fue todo.

¿Motivos de aquella desacostumbrada discreción? Hitler, que no era miembro del Reichstag, había conminado en la reunión de la fracción parlamentaria, cuyos miembros iban todos uniformados con camisa parda, para que se guardara la más estricta disciplina. Lo que él mismo había calificado de "imposible" en la mañana de las elecciones, había ocurrido: negociábamos con el Zentrum y el "Bayerischen Volkspartei" <sup>[34]</sup>. De pronto, la "cueva de charlatanes" que era el Reichstag se había convertido en algo importante en la lucha de Hitler por el poder. Con sus trescientos veintisiete puestos, el N.S.D.A.P., el Zentrum y el "Bayerischen Volkspartei" disponían de la absoluta mayoría. Una coalición pardo-negra podía derribar el Gobierno de Von Papen y conseguir del presidente del Reich una nueva disolución del Reichstag. Sin embargo, Hitler no deseaba aquella solución. Una disolución del parlamento significaba nuevas elecciones. Y una campaña electoral costaba millones. Las cajas del partido estaban vacías en aquellos momentos e incluso se había endeudado el N.S.D.A.P. por causa de las últimas elecciones.

—Pasaremos seguidamente a la elección de presidente — leyó Clara Zetkin tras haber finalizado su penoso discurso de apertura.

Aquél era el gran momento para nosotros. Nuestro candidato estaba elegido desde hacía mucho: Hermann Goering. Se sentaba en las primeras hileras de las camisas pardas, en el ala derecha, con la estrella azul de la Orden "Pour le mérite" colgando del cuello. Y así, con los votos del N.S.D.A.P., el Zentrum y el "Bayerischen Volkspartei", fue elegido presidente del Reichstag.

Aplaudimos y enronquecimos durante largos minutos con nuestros "Heil" cuando Goering, que nunca había hecho un secreto de su desprecio del parlamentarismo, se sentó en el sillón presidencial.

Por la noche, Goering invitó a la fracción a una cena fría en su domicilio. Yo conocía ya la casa de cinco habitaciones en el número 7 de la Badenschen Strasse y no dejó de sorprenderme que pensara reunir \_allá a doscientas treinta personas.

Pero iba a llevarme una sorpresa.

Había conocido a Hermann Goering en 1929. Participamos juntos en una reunión celebrada en Würzburg y en la que hablamos ambos. Nos alojamos en casa del médico, cuyo nombre he olvidado lamentablemente. Me dirigí a Goering con el tratamiento de "mi capitán". Durante la cena quise tratar con él de la reunión y lo que en ella pensábamos decir. Pero Goering rechazó mi proposición y dijo:

—Todavía no sé lo que luego diré. Lo pienso cuando estoy ante el público. Comamos ahora tranquilamente, que es lo más importante, y luego nos beberemos unas copas de champaña. Ya verá usted lo bien que se halla después.

Entonces no era ya Goering el apuesto y radiante héroe que había encantado a la gran actriz Käthe Dorsch. Su cuerpo comenzaba a adquirir unas dimensiones respetables, y, como muy pronto tuve ocasión de enterarme, ello no se debía tan sólo a su apetito, que era considerable. Poco antes de la reunión desapareció en su habitación, al parecer para ponerse una camisa parda limpia.

Nuestra anfitriona se quedó contemplándome con expresión interrogativa.

—¿Sabe usted lo que hace ahí dentro?

Ni siquiera me imaginaba dónde quería ir a parar.

—Este hombre es morfinómano.

Cuando vio la expresión de mi rostro me explicó que ella misma había sido una apasionada de la morfina durante años. Poco antes de su boda, su marido la había librado del hábito.

—Yo estaba entonces tan abotargada como Goering.

Olvidé muy pronto lo que me había dicho la esposa del médico de Würzburg. Y en los años siguientes, cuando estuve al lado de Goering, en su papel de comisionado de Hitler en Berlín, luego como ministro presidente de Prusia, como ministro del Aire y finalmente como mariscal del Reich, no volví a oír, hasta el otoño de 1945, nada sobre su morfinomanía.

En los años 1930-31, antes de nuestro matrimonio, Henriette había estado muchos meses invitada en el hogar berlinés de Goering. Fui a hacerle algunas visitas al número 7 de la Badenschen Strasse. Entonces vivía todavía la primera esposa de Goering, la sueca Karin, apellidada Von Fock, de soltera.

Por las noches, siempre había alguien presente. Políticos, periodistas, industriales y príncipes se reunían con los diputados nacionalsocialistas y los jerarcas del partido. Era el propio Goering quien ponía las cervezas al fresco y se ocupaba en la cocina de la mayonesa. Resultaba un espléndido anfitrión. En aquella casa, amable y acogedora, aunque no lujosa, imperaba una atmósfera de distensión.

El 31 de agosto de 1932 fue completamente diferente. El anterior piso de cinco habitaciones se había convertido, mediante las oportunas obras y el derribo de tabiques, en una vivienda de lujo que se extendía por toda la planta. En el vestíbulo, completamente alfombrado, brillaban arañas entre los pesados cortinajes. En las grandes estancias lucían lámparas góticas tan altas como una persona, que lanzaban su tamizado resplandor sobre valiosas

madonas y muebles antiguos. De las paredes colgaban cuadros valiosos. Y tras la gigantesca mesa estilo Renacimiento podía verse, bajo un dosel dorado, una antigua pieza de la estatuaria germana.

En la sala de estar, el propio Goering nos llevó ante un gobelino. En el tapiz era identificable un mapa de la Europa central con muchos puntos señalados con un bordado de color rojo.

—Éstos fueron los pueblos y castillos de mis antepasados — aclaró —. Lo que aquí ve, Schirach, corresponde al estilo de vida al que estoy acostumbrado desde mi niñez.

Entonces creí a pie juntillas en los castillos de los antepasados de Goering. Solamente en Nuremberg supe que aquella ascendencia noble no era más que producto de su imaginación. Su padre había sido funcionario. Y el castillo de Vendenstein, en las cercanías de Nuremberg, donde vivió en los años de su niñez, le había sido legado a su madre por un antiguo admirador, un banquero judío.

A pesar de los castillos que me mostró en el tapiz, me pregunté aquella noche cómo mantendría el tren de aquella vivienda. Como antiguo capitán percibía una pequeña pensión, a la que había que añadir los ochocientos marcos de su dieta como diputado. Se decía también que tenía una representación de motores de aviación. Pero, con todo, aquello no daba para tanto lujo.

Adolf Hühnlein, jefe del N.S.K.K. <sup>[35]</sup>, con quien luego entré en conversación, se cuidó de aclararme el secreto:

—Goering tiene una gran amistad con los Thyssen, que le han facilitado el dinero para esta nueva vivienda.

Entrada la noche apareció Hitler. La mayor parte de los asistentes no repararon siquiera en su presencia, puesto que se encerró con Goering, Goebbels y Roehm para celebrar una reunión. Se trataba de trazar la nueva táctica del partido en las próximas sesiones del Reichstag.













## XVII

Con gran tensión nerviosa esperaba el 12 de septiembre de 1932, aunque sin intuir por lo más remoto que aquella dramática sesión del Reichstag entraría en la historia de la república de Weimar.

Poco antes de las 15 horas tomé asiento en una de las hileras centrales del hemiciclo. Ante nosotros, en el banco del Gobierno, se sentaba el gabinete Von Papen. El canciller del Reich, enfundado en una elegante levita, sonreía a diestro y siniestro con la seguridad previa que le daba sentirse un triunfador. El orden del día, que tenía en el pupitre ante mí, constaba de un solo punto: "Debate sobre una aclaración del Gobierno del Reich". El señor Von Papen deseaba justificar sus decretos especiales del 4 y 5 de septiembre, destinados a estabilizar la economía. Daban a un millón y medio, de los seis que estaban sin trabajo, la posibilidad de no seguir siendo una carga para el Estado. Pero el peso de estas medidas recaía enteramente entre los propios trabajadores: abolición de los salarios según tarifa e interrupción de la acción sindical.

Desde su sitial de presidente dirigía Goering la sesión:

—Tiene la palabra, según el reglamento, el diputado Torgler.

Un rumor sostenido se escuchó entre la asistencia. La sensación aumentó de grado. El presidente nacionalsocialista del Reichstag había concedido la palabra al jefe de la fracción comunista en vez de hacerlo con el canciller. Vi en el banco del Gobierno al señor Von Papen, visiblemente excitado, cuchichear con el ministro del Interior, barón Von Gayl. El ministro del Exterior, Von Neurath; el ministro de Finanzas, Schwerin von Krosigk, y el ministro de Correos y Comunicaciones, Von Eltz-Rübenach, trataban de esconder el rostro y disimular su expresión. Más tarde, aquel Gobierno sería denominado "gabinete de los barones".

—Proponemos — dijo Torgler — una moción que incluya el levantamiento de los decretos de excepción. Proponemos asimismo, como segundo punto del orden del día, nuestra censura al Gobierno de hambre y miseria que preside Von Papen.

Un denso silencio unido a una extraordinaria sorpresa se extendió por las filas de los nacionalsocialistas. Los comunistas nos habían llevado a un puro dilema. No teníamos de ninguna manera la intención de derribar el Gobierno de Von Papen, pues dábamos así al presidente del Reich la ocasión de aplicar el artículo 48 de la Constitución de Weimar y disolver la asamblea. La disolución significaba nuevas elecciones. Y las elecciones costaban un dinero del que carecíamos.

—Pregunto si hay contraopinantes a la moción del diputado Torgler — inquirió Goering.

Silencio. En las primeras filas, el representante de nuestra fracción doctor Frick discutía vivamente con Gregor Strasser y el doctor Goebbels. Era fácil adivinar que no estaban unánimes sobre la reacción que había que tener ante la sorprendente moción comunista.

—Determino, por tanto — volvió a decir Goering —, que con ello...

El doctor Frick se levantó. Propuso el aplazamiento de la sesión por espacio de media hora. Quería ganar tiempo para un intercambio de opiniones entre los miembros de la fracción nacionalsocialista. Los comunistas consideraron aquello como una declaración de guerra.

—¡ Criados de Papen! ¡Socialfascistas! — gritaban detrás de nosotros mientras nos dirigíamos a la reunión de la fracción.

Goering apareció radiante en el salón. Inmediatamente fue rodeado por las jerarquías del partido. Gregor Strasser le habló con alguna excitación. Strasser deseaba evitar a cualquier precio la disolución del Reichstag porque estaba convencido en la posibilidad de un Gobierno de coalición entre el N.S.D.A.P. y el "Zentrum". Puesto que Hindenburg no deseaba, a ningún precio, ver a Hitler en el puesto de canciller, no cabía duda de que el propio Strasser hubiera sido el hombre clave en aquel Gobierno. Ello le hubiera permitido desplazar al propio Hitler. Buena parte de la fracción era

partidaria de Strasser, quien dominaba también la organización del partido.

—El Führer tiene que decidir — dijo Goering.

Hitler, que no era diputado, se encontraba en el hotel "Kaiserhof", donde fue informado del dilema planteado. El tiempo acuciaba. Hitler se dirigió en automóvil al despacho oficial de Goering, en el palacio del presidente del Reichstag, contiguo al edificio parlamentario. Allá se encontraba la jefatura de la fracción para recibir órdenes. Hitler comunicó sus instrucciones.

La media hora de aplazamiento había transcurrido ya y los diputados estábamos casi todos sentados en nuestros sitios. En el último minuto aparecieron Goering, Frick, Strasser y Goebbels. Por la expresión de sus rostros supe lo que Hitler había decidido. Frick y Strasser aparecían intensamente pálidos; Goering y Goebbels estaban radiantes. Aquello significaba que Hitler había dado una nueva consigna: con los comunistas contra Von Papen.

Pero también el señor Von Papen había aprovechado la media hora de aplazamiento. Cuando Goering volvió a abrir la sesión, a las 15 horas y 46 minutos, vi cómo el secretario de Estado, Planck, tendía al canciller una carpeta de color rojo. Hubo una inmediata reacción entre todos los asistentes. Cada uno de los parlamentarios sabía, como lo sabía todo alemán interesado por la política, qué significación había que dar a la carpeta roja en manos del canciller. Contenía el decreto del presidente del Reich disolviendo el Reichstag. Papen se había procurado el trascendental documento en la media hora de aplazamiento.

Von Papen pidió la palabra, pero Goering aparentó no haberle visto.

—Someteremos ahora a votación la moción de censura del diputado Torgler — dijo.

El canciller protestó gesticulando, esgrimiendo la carpeta roja y gritando:

—¡El reglamento! ¡El reglamento!

Goering seguía haciéndose el sordo. Nosotros saltamos, por nuestra parte, de los asientos como impulsados por resortes. Goering agitó la campanilla, gritando:

—¡Silencio, por favor! ¡La votación se da por comenzada!

—Protesto contra este acto de desprecio hacia el Gobierno — gritó Von Papen —. De acuerdo con el reglamento, pido la palabra.

—Estamos ocupados ahora en la votación — le interrumpió Goering —. Tengo que llevar a término la votación antes de decidir cualquier otra cosa.

Y dicho esto, volvió al canciller del Reich sus anchas espaldas.

Prosiguió la votación. Lentamente me dirigí hacia la urna. Pero de pronto vi cómo Von Papen se acercaba con movimientos muy rápidos a la mesa presidencial y le tendía la carpeta roja. Goering aparentó no verla. Por segunda vez, Von Papen le envió a su secretario de Estado. Pero Goering hizo que prosiguiera la votación. Con el rostro congestionado, el canciller del Reich abandonó el parlamento seguido de todo su gabinete.

Con gesto de triunfador informó poco después el propio Goering del resultado de la votación: por 512 votos contra 42, el Reichstag expresaba su censura al gabinete Von Papen. Solamente entonces abrió Goering la carpeta roja y leyó el decreto de disolución firmado por el presidente. Luego, habló brevemente para declararlo inútil, puesto que llevaba, además, la firma de un canciller que la representación popular había rechazado.

Era evidente que Goering alteraba el orden de las cosas. Según la Constitución, el Reichstag quedaba disuelto en cuanto el presidente firmaba el decreto al respecto. Por ello, el gabinete Von Papen siguió en sus funciones a pesar de su derrota parlamentaria.

Pese a todo, había que elegir un nuevo Reichstag. Aquello significaba una cuarta consulta electoral en el plazo de ocho meses y también una pesada carga económica para el partido. Se había alcanzado el máximo de nuestra popularidad entre los electores. Las últimas elecciones legislativas nos habían proporcionado sólo un aumento de 300.000 votos sobre las presidenciales. Las siguientes elecciones sólo podían representar un desgaste en el caso de que no redobláramos nuestros tambores con renovado ímpetu. Por tal

causa adquirió de pronto una gran importancia política el programado congreso de juventudes en Potsdam.



## XVIII

Había ocurrido hacía algunos meses. Tras una cena en mi domicilio de Munich, Hitler se dedicó a su actividad preferida: dibujar. Lo hacía de memoria. Ante sí tenía una de aquellas cartulinas que llevaba siempre consigo para hacer las anotaciones que iban ocurriéndosele para los discursos que tenía que pronunciar. Otras veces dibujaba en el dorso de los menús. En la mayor parte de las ocasiones salían de su lápiz cabezas masculinas y de mujer. Pero cuando miré en aquélla por encima de su hombro, reconocí el bosquejo de un emblema: un delgado cuadrilátero, con una ancha espada en su interior, la cruz gamada y las hojas de roble en su empuñadura. En el espacio libre trazó Hitler con caracteres muy destacados: "Congreso del Partido N.-S." Debajo escribió: año 1932. Pero inmediatamente tachó la cifra.

—Por desgracia no nos será posible — dijo mirándome —. Sólo cuando estemos en el poder nos permitiremos organizar nuevamente un congreso del Partido.

Aquellas palabras fueron para mí una especie de santo y seña.

—Pero organizaré para este otoño un congreso de las juventudes en Potsdam.

Hitler se manifestó bastante escéptico. Temía por las consecuencias políticas en el caso de que no acudieran suficientes participantes. Al último congreso del Partido, celebrado en Nuremberg en 1929, solamente habían asistido 35.000 camaradas. Y entre ellos se contaba a casi todos los efectivos de las Juventudes Hitlerianas: 2.000 muchachos y muchachas. Con tan reducido número no podía efectuarse ninguna concentración impresionante. Claro que, desde entonces, las Juventudes habían aumentado en 34.000 miembros. Así se lo comuniqué a Hitler, anticipando que, por lo menos la mitad, acudirían.

—Tiene usted que hablar a los jóvenes — le dije —. En cuanto se difunda, los asistentes serán muchos más.

—Es peligroso — repuso Hitler —. Si no es un éxito de número, representaría un golpe severo para mi entera política.

Así como en tiempos de la primera asamblea estudiantil había dicho: "Acudiré si está llena la sala", volvía a expresar de nuevo su preocupación por el éxito. No tenía demasiada confianza en mí y tampoco conocía a la juventud que le seguía. Luego añadió:

—La juventud no tiene dinero.

Por desgracia, no le faltaba razón. En aquellos tiempos, las Juventudes Hitlerianas se componían de un 69 por ciento de obreros jóvenes; de un 12 de escolares y de un 10 de aprendices de comercio y empleados. Casi la mitad de los muchachos y muchachas estaba sin trabajo o eran hijos de padres parados.

—El dinero no tiene importancia — le dije —. Autofinanciamos nuestro congreso juvenil.

Conocía el entusiasmo de mis juventudes mejor que aquel cuyo nombre llevaban, y estaba seguro de poder llevar adelante las cosas. Desde mi nombramiento como jefe nacional de las juventudes había procurado mantenerme firme en mi labor. No solamente hablé en concentraciones de masas y organicé reuniones de funcionarios, sino que transcurrí muchas veladas en los centros de las H.J. <sup>[36]</sup>. En centros en parte instalados en habitaciones traseras de las casas de estudiantes; en parte en bodegas y sótanos que los propios jóvenes se arreglaban y hacían habitables. Sabía los esfuerzos que todo aquello costaba y conocía lo fuerte que la camaradería era entre ellos. Y asimismo conocía, después de largas discusiones y conversaciones con sus elementos de base, el espíritu de sacrificio y servicio que les animaba.

Por ello creía saber la manera de proceder a la financiación del congreso juvenil. Para anunciar su organización no quería editar solamente un modelo de cartel como solía hacerse, sino reproducirlo a tamaño postal y también en el formato de un supersello. También planeaba copiarlo en distintivos que pudieran prenderse en la solapa. Las Juventudes Hitlerianas procederían a la venta de los sellos, las postales y los emblemas. La mitad del beneficio neto lo emplearía la jefatura nacional en la instalación de

un gran campamento y con la otra mitad se pagarían los gastos de desplazamiento y alimentación.

Para efectuar el llamamiento de las juventudes a la concentración de Potsdam y editar las postales, los sellos y los emblemas necesitaba, sobre todo, un dibujo dotado de la suficiente fuerza. Fui al pintor y dibujante más calificado a la sazón en aquellos menesteres, el profesor Ludwig Hohlwein, de Munich. Me pidió por el dibujo nada menos que mil marcos. Era una suma elevadísima para nuestros ingresos. Pero me daba igual: quería tener lo mejor de lo mejor.

Nos pusimos en seguida de acuerdo sobre lo que tenía que ser. El profesor Hohlwein me trazó un bosquejo que desde el primer momento juzgué excelente. En primer término aparecía un joven hitleriano, radiante, con su camisa parda. En segundo, las banderas de las HJ. y un águila.

Para las insignias utilicé el bosquejo que el propio Hitler había trazado en mi propia casa con vistas al próximo Congreso del Partido. Cambié la inscripción "Congreso Nacional del Partido N.-S. 1932" por la de "Congreso Nacional de las Juventudes Hitlerianas. 1932". Entregué el dibujo para que me hicieran las insignias y de esta

manera el propio Hitler colaboró, sin saberlo, en la financiación del Congreso Nacional de las Juventudes.

Jóvenes y muchachas se entregaron con gran pasión a la venta: en la calle — a pesar de estar prohibido —, en las reuniones del Partido, en el seno de las familias, en las escuelas y los lugares de trabajo. Una postal costaba veinte pfennig; una hoja con veinte sellos, un marco, y otro marco, un emblema que fijar en la solapa. Muy pronto, los sellos aparecieron pegados en las paredes callejeras, en las mesas y los bancos escolares, en las ventanas y en las cartas. Incluso sectores juveniles que hasta aquel instante no habían tenido nada en común con las Juventudes Hitlerianas, se sintieron fascinados por las multicolores viñetas y las pegaron de una manera masiva. Nos vimos obligados a hacer más ediciones y

pronto ingresaron en nuestras oficinas centrales de Munich las primeras liquidaciones de los voluntarios vendedores.

Tuve que hablar con Hitler. Fui citado la noche del 11 de septiembre de 1932 en su cuartel general berlinés, en el hotel "Kaiserhof". Aquel hotel había sido construido en tiempos de Bismarck con destino a la nobleza rural que acostumbraba a pasar la temporada de invierno en la capital del Reich. Su ambiente y su atmósfera parecían respirar tanto el estilo como el polvo de aquellos días.

Hitler ocupaba un apartamento entero en el primer piso: alcoba con baño, una habitación para sus ayudantes y salón. El salón era una estancia que abarcaba la esquina del edificio y desde su ventana occidental alcanzaba a verse la cancillería del Reich, directamente sobre la Wilhemsplatz. Sólo cien metros separaban a Hitler del poder. Pero aquellos cien metros resultaban difíciles de cubrir, pues Hitler se había comprometido a alcanzarlo por métodos democráticos y legales. Los franceses le llamaban irónicamente por ello "Adolphe Légalité". En su lucha por el poder, el "Kaiserhof" adquirió, por tanto, una importancia estratégica. Era una baza favorable en la guerra de nervios contra el Gobierno. Porque también para el canciller venía a ser aquella distancia que separaba la cancillería del hotel tan significativa como para Hitler, aunque a la inversa.

Por mi parte, casi siempre que iba a Berlín acudía al "Kaiserhof". No sólo a causa de Hitler. También mi suegro, Hoffmann, uno de sus más fieles seguidores, tenía desde hacía años unas habitaciones en el cuarto piso.

Pero en aquella ocasión me dirigí directamente al "jefe". Mostré a Hitler el cartel dibujado por el profesor Hohlwein. Se mostró entusiasmado. En vista de su entusiasmo, me atreví a sacar un estuche y ofrecérselo:

—La Juventud Hitleriana tiene un pequeño regalo para usted.

Abrió el estuche. En su interior apareció, sobre terciopelo oscuro, una reproducción de la insignia en plata.

No pudo evitar un respingo:

—¡Éste es mi bosquejo para el emblema del próximo Congreso del Partido! — exclamó.

Siguió una larga discusión. Le comuniqué a Hitler el gran éxito de la venta.

Hitler me escuchó en silencio. Creo que hasta llegó a perdonarme que hubiera utilizado el emblema por él ideado. Pero seguía desconfiando del éxito de la empresa.

—Schirach, Schirach; me ha metido usted en algo de dudoso resultado. Mucho me temo que todo sea al final un gran fracaso...

Pero mi confianza era ilimitada.



## XIX

El 1 de octubre de 1932 fue domingo. En el aeródromo de Potsdam se levantaba una auténtica ciudad de lona. 50.000 muchachos y muchachas podían encontrar allá acomodo.

¿Pero acudirían? Al mediodía, Hitler me llamó a nuestra oficina de Potsdam. Estaba en Berlín, en casa del doctor Goebbels, en la Kaiserdamm.

—¿Qué aspecto tiene eso, Schirach? — me preguntó.

A pesar de mi buena voluntad no me resultó posible darle una respuesta precisa. Estaba anunciada la llegada a la estación de Potsdam de unos cuantos trenes especiales de las Juventudes Hitlerianas, que irían haciendo su entrada en el transcurso de la tarde. Pero la mayoría de los asistentes llegarían en camiones y no tenía la menor idea de cuál podía ser su cifra exacta.

Se habían presentado, además, algunas dificultades. Desde Munich me había avisado mi suegro, Heinrich Hoffmann, que las autoridades escolares habían prohibido que se hicieran novillos para asistir al congreso juvenil. La policía había detenido los camiones y hecho descender a los escolares. El Gobierno de Sajonia había prohibido sin previo aviso el desplazamiento de efectivos juveniles uniformados. En el último minuto, todo podía venirse abajo. Hitler lo sabía, lógicamente, tan bien como yo. Me comunicó personalmente que experimentaba el máximo temor sobre el número de asistentes.

—Permaneceré aquí, en casa de Goebbels, hasta que me informe de que el estadio de Potsdam está lleno. De otra manera, no hablaré ni haré acto de presencia.

Al anochecer llegaron los trenes especiales completamente repletos. En las carreteras de acceso se agolpaban las columnas de camiones: altavoces, marchas, toques de trompeta, bandas... todo contribuía a formar un estrépito infernal. El encargado de la organización, Karl Nabersberg, pronto no supo dónde tenía la cabeza. Grupos cuya presencia no estaba prevista llegaban a la ciudad de lona, y otros, que habían avisado con anticipación, no encontraban lugar donde alojarse. Tuvieron que improvisarse

lugares de recepción en salas de hospedajes, en naves de fábricas vacías y granjas de los alrededores. Para preparar las 40.000 comidas se recurrió a un menú un poco especial: salchicha de carnero con sémola. Y mientras seguían llegando los camiones y los trenes, comenzó la marcha para la concentración nocturna en el estadio.

Llamé a casa de Goebbels para transmitir a Hitler la seguridad en el éxito. Pero encontré a la señora Goebbels sola.

—El Führer se ha marchado con mi marido — dijo —. Tiene que esperarles a las diez, en Michendorf, en la Leipziger Chaussee, para informarles si todo está dispuesto.

A las diez me encontraba en la Leipziger Chaussee. Desde lejos reconocí el coche de Hitler en el aluvión de las columnas que llegaban. El vehículo se detuvo y Hitler descendió.

—Hemos estado dando vueltas durante dos horas por las carreteras y visto tantos camiones con jóvenes que estamos seguros de su éxito, Schirach.

Me invitó a subir a su lado. Los últimos cien metros hasta el estadio tuvimos que hacerlos a marcha lentísima. A la entrada, el jefe de la organización, Nabersberg, nos comunicó que la policía había cerrado el estadio... por estar demasiado lleno. No se trataba de ninguna triquiñuela legal. Las tribunas y el espacio interior, que normalmente tenía una capacidad de 50.000 personas, estaba ocupado por 70.000 muchachos y muchachas. Y los camiones seguían llegando sin cesar.

Millares de antorchas brillaban en la noche. Las bandas de música de las H.J. interpretaban marchas y canciones de guerra, en tanto que resonaban los tambores y los pífanos.

Me dirigí al estrado de los oradores y levanté la mano. La música enmudeció y se hizo un absoluto silencio. Presenté a Hitler con unas breves palabras.

Dije así:

—Vuestra juventud, mi Führer, está presente para tributaros con esta concentración el homenaje de su fidelidad y fe, como hasta ahora juventud alguna había tributado a un ser humano.

Una estrepitosa ovación siguió. El estadio hervía cuando Hitler se adelantó desde la oscuridad al resplandor de los proyectores que iluminaban la tribuna. Por vez primera comprobé lo intensa y sostenida que puede ser la ovación de setenta mil jóvenes. Las lágrimas asomaron a los ojos de Hitler, emocionado por la sensación experimentada en aquel momento y que posteriormente se haría ya habitual para él.

Yo creía en Hitler desde el momento mismo que le conocí, a mis diecisiete años. En los ocho transcurridos desde entonces había aprendido a admirarle. Como muchos que le conocían próximamente, veía en él a un hombre fundamentalmente bueno que tenía que forzarse a la dureza pues de otra manera no hubiera podido llevar a cabo su sobrehumana tarea. Este Hitler, tal como yo lo veía, fue el que presenté una y otra vez a la juventud con fervorosas palabras. Puede decirse así que contribuí, por íntima y profunda convicción, a forjar aquel mito del Führer, que el pueblo alemán se mostraba asimismo tan propicio a recibir. Esta veneración ilimitada y casi religiosa, a la que yo contribuí al igual que Goebbels, Goering, Hess, Ley y tantos otros, afianzó en el propio Hitler la convicción de que estaba en íntima comunión con la Providencia.

Las causas de la catástrofe alemana no hay que buscarlas solamente en lo que Hitler hizo de nosotros, sino también en lo que nosotros hicimos de él. Hitler no vino de afuera; no fue tampoco, como muchos creen hoy de él, una bestia demoníaca que se hizo con el poder. Fue el hombre a quien el propio pueblo alemán quiso y a quien hicimos todos, mediante una desmesurada veneración, dueño y señor de nuestro destino. Pues sólo puede dar un Hitler el pueblo que tiene el deseo y la voluntad de poseer un Hitler. Es entre nosotros, los alemanes, una especie de destino colectivo, prodigar a gentes con unas cualidades extraordinarias — y nadie puede discutírselas a Hitler — una veneración extralimitada que termina

por sugerirles la noción de lo sobrehumano y la absoluta infalibilidad...

Durante siete horas y media desfiló ante Hitler la juventud aquel 2 de octubre de 1932. Más de cien mil muchachos y muchachas habían acudido a Potsdam; es decir, un número tres veces superior al que constaba en los registros de nuestros miembros. La prensa enemiga escribió a la mañana siguiente acusaciones contra aquella "cruzada infantil" y nos informó sobre la cantidad de muchachitos que se habían desmayado de agotamiento, los muchos que se quedaron sin comida y el descuido en que se habían tenido las normas sanitarias en la concentración.

Antes, el propio Hitler se mostraba bastante sensible a semejantes críticas; pero en esta ocasión se limitó a rechazarlas con una sonrisa mientras me decía:

—Esta marcha de la juventud a las puertas de Berlín ha significado el golpe de muerte para el gobierno Von Papen.

Tras la disolución del parlamento impotente, el 6 de noviembre de 1932 se acudió de nuevo a las urnas y los nacionalsocialistas perdieron dos millones de votos de los catorce que tenían. Había llegado el momento de conquistar el poder. De todos modos, seguíamos siendo el partido más fuerte. Pero el sucesor de Von Papen en la cancillería no fue Hitler, sino el hasta entonces ministro de la Reichswehr, general Von Schleicher. Esto hizo que muchos profetas políticos comenzaran a calificar a Hitler como hombre muerto.

En tan crítica situación me llegó una llamada desde Berlín, concretamente desde el hotel "Kaiserhof". El ayudante de Hitler estaba al aparato.

—Venga inmediatamente a Berlín. Hitler le necesita con urgencia.

No me hizo gracia la llamada. Tenía preparada la participación en dos o tres reuniones. Quería aprovechar el éxito de Potsdam y ganar a la juventud entera para nuestra organización. Pero Hitler estaba antes en el orden de preferencias.

Cuando entré en el "Kaiserhof" le encontré tomando su té habitual en el rincón posterior, a la derecha, del vestíbulo. En la balaustrada, una orquesta de cuerda tocaba melodías vienesas. Todas las mesas próximas a Hitler estaban ocupadas, en su mayoría por viejas damas. El futuro "hombre fuerte", que esperaba en el "Kaiserhof" que el poder cayera en sus manos, se había convertido en una auténtica atracción del hotel que se levantaba simbólicamente ante la cancillería del Reich.

—Siento haberle apartado de su trabajo — me dijo Hitler como saludo —. Pero tengo que conceder entrevistas a dos periodistas americanos y Hanfstaengl está impedido.

Ernst Hanfstaengl, llamado "Putzi", se encargaba de la prensa extranjera. De origen medio americano, era el único entre los que habitualmente rodeaban a Hitler que dominaba idiomas extranjeros.

Los dos periodistas americanos a quienes hice de intérprete aquella noche en el hotel "Kaiserhof" formularon a Hitler las preguntas habituales y él les dio también las acostumbradas respuestas. Algo en este estilo:

Pregunta: "Hace usted unos discursos muy radicales, señor Hitler. ¿Derogará usted la Constitución de la República de Weimar cuando sea canciller del Reich?"

Respuesta: "También los candidatos a la presidencia hacen discursos demagógicos en su país. ¿Significa eso que alguno de ellos ha derogado la Constitución de los Estados Unidos de América?"

Era una respuesta completamente capciosa, pero los americanos parecieron satisfechos.

—¿No es un derroche de tiempo? — pregunté a Hitler —. Prácticamente, la entrevista ha sido idéntica. ¿Por qué no los ha despachado a ambos a la vez o les ha dado una conferencia de prensa?

Hitler se echó a reír.

—Cada uno de ellos me paga un dólar por palabra. Hacen así unos dos mil dólares por entrevista, es decir, unos cuatro mil dólares

en total. Con ello financio mi estancia en Berlín y los desplazamientos. La caja del Partido no puede soportar tantos gastos.

A decir verdad, la caja del Partido estaba exhausta después de la campaña electoral. Por otra parte, comenzaba a dudarse de Hitler. 400.000 miembros de las S.A., la mitad de los cuales estaba sin trabajo y tenían que alojarse en los hogares y cuarteles de la organización, propugnaban una acción revolucionaria. Y el jefe de las organizaciones del Partido, Gregor Strasser, comenzaba a tratar, a espaldas de Hitler, con el canciller Von Schleicher. El movimiento corría el riesgo de desintegración, por lo que la situación exigía rápido contraataque:

viajes, discursos, concentraciones.

A ello contribuyó la elección para la asamblea del "Land" de Lippe-Detmold.

Estas elecciones, en uno de los más pequeños *laender* alemanes, hizo las veces de "test".

"En Lippe, en Lippe, todo está en la balanza" <sup>[37]</sup>, rimó el *Berliner Lokalanzeiger*. Hitler, Goebbels, Ley, Frick y otros jefes habían hablado en Detmold, en Lemgo e incluso en los más pequeños pueblos. Resultado obtenido: el 17 por ciento de ventaja en los votos sobre los obtenidos en las elecciones para el Reichstag del pasado noviembre.

Resultaba en verdad, insólito que en semejantes circunstancias surtieran su efecto las circunstancias personales. Pero así fue. A pesar de la tensa espera de aquellos días, Hitler me había dispensado de acudir a las elecciones a causa de esperar mi mujer aquellos días nuestro primer hijo. A su entender, mi puesto estaba al lado de ella en tales instantes. Y por su parte, aprovechó la primera oportunidad de hallarse nuevamente en Munich para visitarla en la clínica.

A finales de enero de 1933 viajé en el expreso nocturno Munich-Berlín acompañando a Hitler. Llevaba un periódico en el bolsillo de su americana. Era el *Berliner Tageblatt* del 23 de enero de 1933. Me

lo tendió, señalando la primera página. Estaba subrayado un párrafo del editorial que firmaba Theodor Wolff, y leí lo siguiente:

"Cuando fueron conocidos en Nueva York los resultados electorales de Lippe, el papel alemán descendió en cuatro puntos. No porque con un desconocimiento de la geografía se considerara Lippe como una gran potencia, sino porque se prevén nuevas complicaciones en Alemania, y a la vista de los resultados de esta significativa consulta electoral, cada cual puede calcular lo que representan tales crisis para el crédito alemán en la actualidad y lo que le esperaría en el caso de que los nacionalsocialistas, sus inspiradores y asociados consiguieran obtener el triunfo en el juego."

Devolví el periódico a Hitler.

—Otra trampa judía — dijo Hitler.

—¿Qué solución tiene usted prevista para el problema judío cuando estemos en el poder? — pregunté.

Hitler hizo un gesto inconcreto con la mano.

—Ya veremos.

Para que no haya equívocos, añadiré que yo era entonces un antisemita convencido y que seguí siéndolo durante bastante tiempo. Tenía a la sazón veinticinco años y era jefe nacional de las juventudes de un partido en cuyo programa constaba: "Sólo puede ser ciudadano quien es camarada. Y sólo puede ser camarada quien tiene sangre alemana, independientemente de su confesión. Ningún judío puede ser, por tanto, camarada." La cruz gamada sobre el círculo blanco de nuestra bandera roja se había convertido desde hacía tiempo en símbolo del odio a los judíos. Y por doquier donde marchaban las S.A., resonaba el grito: "¡Despierta Alemania, muere Judá!"

Cuando hoy pienso en ello no puedo por menos que preguntarme: ¿qué razón tenía para odiar a los judíos?

A los diecisiete años había leído el libro de Henry Ford, *El judío internacional*, *Los protocolos de los Sabios de Sión*, *El manual de la cuestión judía*, de Fritsch, y *Los fundamentos del siglo XIX*, de Chamberlain, libro éste que tan profunda impresión había causado al emperador Guillermo; a ello hay que añadir el sentimiento

antisemita que latía en el seno de determinada capa social; se contaban los usuales chistes sobre judíos, incluso por los mismos judíos, pero en realidad sólo se percibía una sensación de rechazo hacia los hebreos del Este. Los de origen europeo se habían asimilado muy pronto al resto de la población. En cuanto a una posible educación antisemita en el seno familiar, lo cierto es que había ocurrido todo lo contrario. Invitado frecuente en nuestra casa de Weimar era el consejero Sachs, del ministerio prusiano de Finanzas. Era judío. Mi madre pasaba cada año unas semanas en Berlín y se alojaba allí en casa del arquitecto Dernburg. También Dernburg era judío. Estas amistades de mis progenitores sabían que mi padre era miembro del N.S.D.A.P. y que yo era un "muchacho de Hitler".

Hitler, por su parte, odiaba a los judíos. Como el historiador Momsen, a quien tanto admiraba, veía en ellos un "fermento de descomposición", un elemento desintegrador de los pueblos, y sabía transmitir esta convicción, que muchas veces se reveló propagandísticamente negativa, a las masas que le escuchaban.

Pero con todo, muy pocas personas poseían en Alemania suficiente fantasía para pensar en llevar a término el grito de guerra "¡Muerte a Judá!". Éramos entonces muchos los que no pensábamos siquiera en la posibilidad de hacer realidad semejante final. Hitler volvió a tomar la palabra:

—Caen en una deducción primaria quienes creen que voy a expulsar a todos los judíos. No les quiero en los puestos estatales. Que se queden con sus negocios y sus empresas. Pero deben desaparecer de la política y la justicia.

—¿Y nuestro programa? — pregunté —. ¿Podrán los judíos seguir siendo ciudadanos?

—Ya se verá. No piense demasiado en ello. Antes que atenernos estrictamente a un programa tenemos que conquistar el poder.

Pocos días más tarde el poder estaba ya conquistado. El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller del Reich.

Hoy sabemos que todo se desarrolló de diferente manera. De una manera mucho más terrible que lo que dejaba intuir el programa del Partido.



## XX

El 30 de enero de 1933, por la tarde, estaba yo de viaje.

Había ido a recuperar mi "Mercedes-Nürburg", que nos habían retirado por razón de deudas. Hitler se encargó de facilitarme que lo recobrará.

Atravesé Colonia con intención de dirigirme a Herford, donde tenía que hablar por la noche en una reunión. Iba vestido con nuestro atuendo a un tiempo civil y militarizado: camisa parda y una cazadora. Estaba prohibido llevar uniforme, pero de esta manera todo el que nos veía pensaba: es un nazi.

En una señal de tráfico tuve que detenerme. El policía miró hacia mí y, de pronto, me saludó. Pensé que debía haberse equivocado. Unos pocos días antes el mismo policía había estado a punto de golpearme durante una manifestación, y lo habría hecho de no haberle enseñado mi credencial de diputado. En el siguiente cruce tuve que detenerme otra vez. Y de nuevo, un policía me saludó. ¿Qué había ocurrido? Aceleré y me dirigí hacia las oficinas de las HJ. Allí me enteré de la gran noticia: Hitler era canciller del Reich.

A los seis días de la conquista del poder fui invitado por Hitler a una cena. Era nuestro primer encuentro desde su llegada a la cancillería. Se había trasladado allá desde el hotel "Kaiserhof", pero no al domicilio representativo del canciller desde los tiempos de Bismarck. Aquella residencia se hallaba ocupada a la sazón por el presidente del Reich, Von Hindenburg, pues se efectuaban trabajos de renovación en el palacio presidencial. Hitler había ocupado un conjunto residencial mucho más moderno, cual era la vivienda hasta entonces ocupada por el secretario de Estado, en la propia cancillería del Reich.

En el ascensor subí hasta el cuarto piso. Los inferiores aparecían silenciosos y a oscuras.

Hitler se adelantó hacia mí con los brazos abiertos. A pesar de la agotadora actividad de los últimos días, aparecía erguido, enérgico y seguro de sí mismo. Su capacidad no conocía límites.

—Ahora comenzamos de verdad, Schirach — me dijo —. Tenemos el poder y lo conservaremos. De aquí no me marcharé nunca.

Yo me sentía un tanto escéptico. Hitler era canciller del Reich, pero tan sólo dos de los diez miembros de su Gobierno eran nacionalsocialistas: el ministro del Interior, doctor Frick, y Hermann Goering. ministro sin cartera. De los ocho restantes, cuatro procedían del llamado "gabinete de los barones" del señor Von Papen, a quien habíamos combatido implacablemente durante meses. Pero Hitler parecía estar muy seguro.

—Tenso la confianza del viejo — dijo. Contó entonces algunos detalles de las primeras conversaciones en privado sostenidas con el presidente del Reich. Tuvo que informar a Hindenburg de sus actividades como soldado en tiempos de la guerra mundial y sus orígenes familiares. Sólo entonces pareció el mariscal convencido por la personalidad de aquel "cabo bohemio", del que durante tanto tiempo había desconfiado.

—Se trata ahora de ganar enteramente al anciano — dijo Hitler —. No tenemos que hacer ahora nada que pueda irritarle. Eso vale asimismo para usted. Tiene que ser muy prudente. Nada de enérgicos discursos, nada de acciones de castigo contra enemigos políticos; el viejo es muy susceptible a esas cosas.

Tranquilité a Hitler. Como es lógico, los jóvenes, como el partido entero, estaban todavía presos del gran entusiasmo suscitado por la llegada al poder, pero no sabía que se hubieran producido actos de violencia, por lo menos entre las juventudes. Éstas tenían ante sí otra tarea en aquellos instantes. De todas las partes de Alemania, desde las jefaturas comarcales y locales de las H.J., me informaban que millares y millares de jóvenes y muchachas se agolpaban ante las oficinas en solicitud de ingreso. Según los informes, el número debía elevarse a centenares de millares. Grupos enteros juveniles, pertenecientes a las unidades paramilitares de defensa e instrucción, se pasaban en bloque a las Juventudes Hitlerianas. Pero de todos modos, la mayor afluencia se registraba entre jóvenes que no habían pertenecido hasta aquel instante a ningún otro grupo

organizado. Hasta entonces, sus padres se lo habían prohibido. Pero como el N.S.D.A.P. había llegado al poder, los padres trataban de recobrar el tiempo perdido.

—Necesito por lo menos diez veces más mandos que antes — dije a Hitler —. Tienen que ser formados rápidamente y para eso es necesario dinero. No recibo nada del partido. ¿No podría usted librarme algo de los fondos del Estado? Digamos... 150.000 marcos...

Hitler me miró sorprendido.

—¿Cómo puede habersele ocurrido cosa semejante, Schirach? Acaban de nombrarme canciller del Reich y me incita a acudir al ministro de Finanzas a solicitarle dinero para las Juventudes Hitlerianas. No sabemos dónde acudir en busca de fondos para paliar el paro... Eso es lo que interesa en primer lugar.

Hitler se dio cuenta de mi decepción y añadió:

—Tenga usted paciencia, Schirach. Primero tenemos que ganar las próximas elecciones y luego se nos dará todo. Pero una cosa quiero decirle: nunca me mezclaré en sus actividades juveniles. Tiene usted el órgano que a mí me falta. Claro que tampoco dejaré que otros se inmiscuyan. Como es natural, podrá usted acudir a mí cuando tenga necesidad de hacerlo. Por de pronto, le invito esta noche como comensal de honor a mi mesa.

## **XXI**

El día 5 de marzo de 1933 se celebraron las elecciones para el Reichstag. De una participación electoral del 88'8 por ciento, los nacionalsocialistas tuvieron el 43'9 por ciento (17'27 millones), es decir, 288 escaños. El 21 de marzo, iniciación de la primavera, sería proclamado "Día del Levantamiento Nacional" y sería solemnemente abierto el Reichstag.

Me encontraba en el tejado de una casa situada enfrente de la iglesia de San Nicolás de Potsdam. Ante mí, muchos micrófonos. Desde las calles me llegaba el zumbido de una ingente multitud. De fachada a fachada se habían tendido guirnaldas y no había una sola que no estuviera engalanada con banderas. Banderas negro-blanco-

rojo y cruces gamadas, puesto que por una disposición del presidente del Reich fechada el 12 de marzo había dejado de ser la bandera roja-negro-oro de la República de Weimar símbolo del Reich.

La multitud agrupada ante la iglesia de San Nicolás esperaba a Hindenburg. Como la radio no disponía de suficientes locutores nacionalsocialistas, me había ofrecido para efectuar aquel reportaje. Pero mi presencia tenía otros motivos: en la iglesia de San Nicolás tenía que celebrarse, antes de los actos cívicos, uno religioso para los miembros evangélicos del Reichstag, mientras los diputados católicos asistirían a una misa en la "Pfarkirche" de Potsdam. Nunca había hecho de mi creencia evangélica un secreto, pero consideraba equivocado hacer patente en aquel día de fiesta la separación de las confesiones. Como jefe de las juventudes, me sentía tan vinculado a los miembros católicos de las mismas como a los protestantes o los ateos. Mi ocasional papel de reportero me daba la ocasión de mantenerme neutral, sin ausencias demostrativas de los actos religiosos. Así lo hicieron también Hitler y Goebbels, que en vez de asistir a los servicios religiosos, depositaron una corona en las tumbas de los S.A. caídos. Los otros jefes nacionalsocialistas asistieron a los actos religiosos, incluido el "Reichsführer" de la S.S., Heinrich Himmler.

Tuve que hablar durante quince minutos antes de que llegara Hindenburg. A decir verdad, muy pocas veces un cuarto de hora se me hizo más largo que aquél. Así es que experimenté un sentimiento de intenso alivio en cuanto vi aparecer finalmente el coche del mariscal.

Media hora más tarde, asistí en la iglesia de la Guarnición a la entrada de Hindenburg y Hitler. Al lado de la corpulenta humanidad del primero, que vestía su uniforme de mariscal de campo, Hitler aparecía insignificante con su chaqué civil. En el centro de la nave del templo, Hindenburg se detuvo y levantó su bastón de mariscal en un saludo dirigido hacia el antiguo palco imperial. Tras una silla, que se había dejado simbólicamente vacía en honor del Kaiser que vivía en su exilio holandés, se hallaba el Kronprinz de entonces, con

uniforme de general, en unión de su esposa y sus hermanos. En las gradas posteriores se agrupaban, mezclados, los generales del ejército imperial y de la Reichswehr. De las volutas barrocas pendían banderas regimentales que databan de los tiempos del viejo Federico. Como Hitler dijo en su discurso, venían a constituir "la unión entre los símbolos de la antigua grandeza y la nueva fuerza".

Quien no conocía a Hitler hubiera podido deducir, ante aquella reverencia a la tradición prusiana, de que estaba decidido a restaurar la monarquía. Las palabras de Hitler, aquel día en Potsdam, fueron un engaño plenamente consciente. Mientras se inclinaba ante Hindenburg en el panteón de Federico el Grande, tenía trazado el proyecto de ley con la que no solamente interrumpía la vigencia de la Constitución y daba al traste con el Reichstag, sino que afectaba igualmente la propia presidencia del Reich. Fue la famosa ley de poderes excepcionales. Dos días después de los actos de Potsdam, el Reichstag le daría su aprobación.

En aquellos instantes parecía dudoso que semejante aprobación pudiera conseguirse. Como se trataba de una ley que introducía prácticamente modificaciones constitucionales, se requería una mayoría de los dos tercios. La coalición gubernamental se componía de 288 nacionalsocialistas y 52 nacional alemanes. Frente a ellos aparecían 120 socialdemócratas, 92 diputados del "Zentrum" y del "Bayerische Volkspartei", 5 del "Deutscher Staatspartei" y 9 de otras pequeñas agrupaciones políticas. En total, 226. Los 81 puestos comunistas no eran válidos, de acuerdo con los decretos especiales firmados tras el incendio del Reichstag. A pesar de todo, el Gobierno carecía de la mayoría necesaria de los dos tercios. Solamente en el caso de que votaran favorablemente el "Zentrum" y el "Bayerische Volkspartei" podrían llevarse adelante las leyes de excepción y con ellas asegurar la dictadura de Hitler.

En la noche de aquella decisiva reunión del Reichstag encontré a Goering en la cancillería. Con mi ingenuidad juvenil le dije:

—Nunca conseguiremos esa ley.

—Con todo su brillo y su gloria — me respondió Goering.

—El "Zentrum" y los partidos menores no votarán favorablemente.

—Se equivoca usted — me dijo mi interlocutor —. Mañana, en la sesión, tendrá ocasión de comprobarlo.

La sesión del Reichstag del 23 de marzo de 1933 fue el suceso más trascendental entre los que significaron el fin de la democracia en Alemania. Se celebró en la Ópera Kroll, ya que el edificio del Reichstag había quedado destruido tras el incendio provocado por el holandés Van del Lubbe, el 27 de febrero.

Nosotros, los doscientos ochenta y ocho nacionalsocialistas, acudimos uniformados con nuestras camisas pardas. Las S.A. y las S.S. habían desfilado ante el edificio. Una gran multitud se hallaba allí concentrada.

Hitler razonó durante dos horas su propuesta de la ley de poderes especiales.

Tras un descanso en la sesión, habló el diputado socialdemócrata Otto Wels. Se pronunció, como es natural, contra la ley. Sus palabras fueron muy valientes, si se piensa que muchos de sus compañeros de fracción habían sido ya encarcelados y, en la calle, las masas nacionalsocialistas gritaban por sus altavoces: "Votar a favor o encargar el ataúd." Sin embargo, el discurso de protesta de Otto Wels sonó a resignación. Se percibía claramente que se trataba tan sólo de un gesto que no podía detener el curso de los acontecimientos. Sin duda alguna, intuía Wels lo que iba a producirse. El prelado Kaas por el "Zentrum", Ritter von Lex por el "Bayerische Volkspartei" y Reinhold Meier por el "Staatspartei" se pronunciaron en favor de la ley de poderes especiales. En pocos minutos dispuso Goering la votación. Resultado: 441 votos a favor y 94 adversos. En las primeras filas sonaron los compases del himno nacionalsocialista. Lo canté también, completamente entusiasmado.

Hoy sé que con la aprobación de la ley de poderes especiales dio principio un implacable destino. Cien hombres pertenecientes a unos partidos democráticos dieron su "sí" a la dictadura. Fue aquél el suicidio de la democracia. ¿Cómo podía esperarse que en la masa del pueblo, sobre todo en su juventud, siguiera alentando tan

sólo una chispa de respeto y estima hacia esa forma de gobierno, si los propios demócratas no creían en la democracia?



## XXII

Si el Partido había asumido la dirección del Estado, me parecía enteramente lógico que las Juventudes Hitlerianas asumieran, por su parte, la dirección de la entera juventud.

De los 7'5 millones de muchachos entre los diez y los diecisiete años, estaban organizados de alguna manera, a la sazón, unos 5 millones. Había unas tres mil quinientas ligas, asociaciones y agrupaciones. Sin embargo, de éstas eran muy pocas las que se dedicaban a actividades enteramente juveniles, puesto que la mayoría de los grupos no eran más que filiales y anexos de grupos y asociaciones de adultos. La excepción estaba constituida por la Juventud Obrera Socialista, parte de las asociaciones juveniles de carácter confesional, las juventudes deportivas y gimnásticas y la llamada juventud "confederada". Una "Comisión Nacional de las Ligas Juveniles Alemanas" cuidaba de ejercer cerca de las autoridades las funciones representativas de estos grupos.

Aunque semejante comisión tenía en realidad escasa influencia, no dejaba de constituir una plataforma para exigir la jefatura de las juventudes para las HJ. Yo tenía suficiente fantasía para representarme cómo tenía que ser y obrar la representación de la juventud en el Estado.

Pero tampoco era el único que me ocupaba de la juventud en aquella primavera de 1933. La Reichswehr había ya efectuado en los últimos años de la república de Weimar grandes esfuerzos para colocar a muchas asociaciones juveniles bajo la influencia de sus principales figuras y darles una formación enteramente premilitar.

Impulsor principal de tales esfuerzos era el jefe del gabinete ministerial en el ministerio de la Reichswehr, el entonces coronel Walter von Reichenau, un oficial moderno y entusiasta deportista, aunque bastante ambicioso desde el punto de vista político.

El día 4 de abril de 1933 me llegó desde Berlín la información de que el coronel Von Reichenau proyectaba el traspaso de la "Comisión Nacional de la Juventud Alemana", que hasta entonces formaba parte del ministerio del Interior, al de la Reichswehr.

Ministro del Interior era el doctor Frick, uno de nuestros correligionarios más antiguos y un correcto técnico administrativo. Sin duda se habría sentido satisfecho en el caso que la comisión se desgajara de su feudo, pues ello significaba restar al ministerio del Interior tareas que no le competían en buena ley administrativa. Y eso es lo que yo quería precisamente impedir. De igual manera que había recabado y conseguido la independencia de la Juventud Hitleriana respecto al Partido, deseaba asegurar la autonomía de la entera juventud respecto a la Reichswehr y el Estado. Mi lema era definitivo: "La juventud tenía que regir a la juventud."

Llamé al "stabsleiter" Karl Nabersberg, en Berlín:

—Tienes que ocupar mañana, con toda urgencia, la "Comisión para la Juventud Alemana".

Nabersberg organizó una columna de camiones que transportó los cincuenta hombres de la guardia de la jefatura nacional de las Juventudes. En realidad, no habría necesitado tantos efectivos, pues las dos secretarías y el administrador, Maas, no hubieran podido oponer la menor resistencia a la mínima fuerza. Hermann Maas sería ejecutado el 20 de julio de 1944 como uno de los componentes de la conjura contra Hitler.

La ocupación de las oficinas de la Comisión no fue un acto heroico. El indignado general Vogt, presidente de la Comisión, llamó al ponente del ministerio del Interior y protestó. El indignado ponente del ministerio acudió al ministro, doctor Frick. El indignado ministro me llamó a la jefatura nacional de las H.J., en Munich:

—¿Cómo ha podido mezclarse, señor Schirach, en asunto de tan clara competencia mía? Ordene inmediatamente a sus gentes que evacúen la Comisión.

—Pero querido doctor Frick — objeté. — Yo creía que estábamos haciendo una revolución...

—Le conmino...

—Como jefe nacional de una sección del Partido, solamente acepto órdenes del *Führer* — dije con toda rotundidad. — Como ministro, solamente puede hacer usted una cosa: ordenar a la

policía que dispare contra esos jóvenes berlineses. Pero tendrá que disparar, pues no se irán voluntariamente.

—Querido señor Schirach, le ruego que no me ponga usted en una situación tan tonta — imploró Frick —. Trate de imaginar lo que dirá Hindenburg cuando el general Vogt acuda a informarle.

Salí urgentemente hacia Berlín. Como primera providencia, me puse en contacto con el general Vogt. El anciano caballero se mostró al principio muy frío. Pero luego derivó nuestra conversación hacia los problemas de la juventud. Como soldado estaba lógicamente interesado en que los jóvenes llegaran preparados al servicio militar. Pero no solamente con ejercicios pre-militares, sino también mediante deportes y contacto con la naturaleza. Por tal causa, nos entendimos muy pronto y muy pronto también gané al general para el puesto de consejero de la jefatura nacional de las Juventudes Hitlerianas. Luego acudí al ministerio del Interior, donde me entrevisté con el doctor Frick. Al principio no quiso atender a razones, pero cuando le referí mi conversación con el general Vogt, se resignó a los hechos consumados.

Pocos días después asumí, como presidente de la Comisión Nacional, la del Movimiento Alemán de Albergues de Juventud. Desde 1909 y contando solamente con sus propios medios, habían construido 2.600 albergues en toda Alemania. El padre espiritual del movimiento era un antiguo *Wandervogel*, director de escuela elemental,

Richard Schirrmann, en Hilchenbach, Westfalia. Este pionero acostumbraba a inspeccionar por sí mismo toda la red de albergues, recorriéndolos con la mochila al hombro y el bastón de nudos en la mano. La crisis económica había afectado bastante al movimiento. Además de ello, afluían ahora a nosotros millares y millares de jóvenes que no habían estado en su vida en un albergue, por lo que la red resultaba insuficiente para mis planes. Hice proyectar otros albergues nuevos y mayores. El dinero para su construcción debía aportarlo en parte la propia juventud, que se aplicó a la tarea de recogerlo con la misma pasión mostrada por la Juventud Hitleriana de los primeros años hacia su pequeña organización.

Necesitaba a un hombre enérgico, que entendiera algo de economía. Me acordé de un amigo de los tiempos estudiantiles comunes, hijo de un industrial de Hamburgo. Se mostró inmediatamente dispuesto a dimitir del puesto que ocupaba en la empresa paterna y hacerse cargo de la dirección de los albergues juveniles. El pionero Schirrmann fue nombrado jefe honorífico de la HJ. y siguió siendo representante alemán en la Unión Internacional de Albergues Juveniles. Mis proyectos financieros le deslumbraron. Pero movió la cabeza con gesto reprobador cuando le mostré los planos de los nuevos albergues. A su entender, era todo demasiado grande y estaba excesivamente perfeccionado. En vez de los jergones campamentales habíamos previsto grandes y pequeños dormitorios con camas. En vez del fogón donde los grupos podían cocinar su "rancho", se habían planeado grandes cocinas con capacidad para trescientos o cuatrocientos comensales.

—Esto no son albergues de juventud, sino hoteles — dijo Schirrmann tristemente. En el fondo, el viejo "Wandervogel" tenía razón. Pero a mi entender, el tiempo del caminante romántico había terminado con la aparición de los movimientos de masas. Habíamos proyectado los nuevos albergues de juventud con las proporciones que juzgábamos adecuadas. Y cuando en la actualidad, años después, veo las largas hileras de autocares ante los Albergues de Juventud de entonces, me parece que los planeamos demasiado pequeños todavía. Claro que cuando compruebo los pocos caminantes que todavía quedan, tengo que comprender necesariamente la melancolía y la desconfianza de Schirrmann, el padre de los albergues juveniles.

A finales de abril de 1933 acudí un día a un almuerzo en la Cancillería.

Hitler me llamó aparte una vez transcurrida la comida:

—Hindenburg está prevenido contra usted. Me ha informado que la juventud no se comporta con el debido respeto hacia antiguos oficiales, maestros y sacerdotes.

Conocía los motivos de la irritación de Hindenburg, que no eran otros que mi público ataque al vicealmirante retirado Adolf von

Trotha. El almirante Von Trotha era jefe de la "Confederación Gran Alemania". A esta Confederación se había unido, poco antes, el 30 de marzo de 1933, una parte de la juventud "confederada". En total, unos 15.000 muchachos. Estas asociaciones, sobre todo la llamada "Deutscher Freischar" y la "Confederación de Exploradores Alemanes", habían desarrollado, innegablemente, una forma de cultura juvenil. Sus marchas, sus campamentos de tiendas, sus canciones y sus juegos, constituían unos métodos formativos de evidente eficacia. Por lo que atañe a sus ideales, eran tan nacionalistas como podían serlo los de las Juventudes Hitlerianas. Pero aquellas asociaciones, proporcionalmente pequeñas, se componían casi enteramente de estudiantes superiores. Se autocalificaban de *élite* y experimentaban un displicente desprecio hacia toda organización de masas. Constituían así el principal vivero de oficiales de la Reichswehr. Habían colocado a su frente al almirante Von Trotha, de sesenta y cinco años de edad, porque esperaban eludir así cualquier unificación obligada. La relación que Von Trotha mantenía con el presidente del Reich y el jefe de la Reichswehr vendría a ser así garantía de su propia posición. Contra aquello me había manifestado yo, en interés de las Juventudes Hitlerianas, atacando públicamente al almirante.

Hitler no tenía idea de todas aquellas interioridades. Pero en aquel instante pareció sospechar algo.

—¿Sabe lo que el anciano me dijo el otro día de usted?

Como es lógico, no lo sabía. Hitler repitió las palabras de Hindenburg imitando, inclusive, su voz grave.

—Ese señor Von Schirach es todavía un coronel demasiado joven. No me gusta que haga esas cosas. Habrá que llamarle al orden.

Hindenburg me confundía con mi tío, el coronel Friedrich von Schirach, que había fallecido en 1924 a la edad de 54 años. ¿Qué diría el presidente del Reich cuando se enterara de que el jefe de las juventudes, Von Schirach, no era coronel y no tenía los sesenta y dos años que él le atribuía?

—Evitaré presentárselo a usted, pues si lo hago le dará un ataque — dijo Hitler.

El problema era agudo, a pesar de todo. El 1 de mayo estaba en puertas. Por vez primera iba a celebrarse esta festividad socialista por todo el pueblo, como "Fiesta del Trabajo Nacional". Estaba previsto que en la mañana del primero de mayo, Hindenburg dirigiera la palabra a las juventudes en el "Lustgarten" berlinés. En tal circunstancia, la presentación resultaba inevitable.

—¿Qué hacemos? — preguntó Hitler.

Se me ocurrió una solución. Yo había proyectado para el 24 de junio de 1933 prender las grandes hogueras del solsticio en la cumbre de los montes alemanes. Quería encender por mí mismo la primera de aquellas hogueras en el Brocken, a cuya señal se encenderían las restantes en toda Alemania. Desde el Brocken quería hablar a toda la juventud por las emisoras.

—Trasladaremos estos actos a la noche del 1 de mayo — propuse a Hitler —. De esta manera, me podrá usted excusar ante Hindenburg y él podrá seguir indignándose por los actos del indisciplinado coronel.

Hitler encontró buena la solución. Y de esta manera fui siempre cuidadosamente ocultado a Hindenburg hasta su muerte.

Pocos meses después de la conquista del poder me dirigí con mi esposa y mi hija Angelika desde Munich a Berlín. En el número 28 de la "Bismarckstrasse", en el "Kleinen Wannsee", habíamos alquilado, a la señora Von Opel, una pequeña y encantadora villa.

Poco después de nuestra llegada se lamentó mi esposa de que cada tarde, cuando salía a pasear, la seguía un caballero elegante, de sienes plateadas. Con un "Mercedes" deportivo, pasaba varias veces ante ella y le proponía: "Hermosa señora, ¿no quiere usted dar un paseo?"

Henriette encontraba que su galanteador tenía un gran parecido con nuestro amigo de Munich, aviador y condecorado con la Orden "Pour le Mérite", Eduard Ritter von Schleich.

Cada mañana me dirigía en mi coche, desde el Wannsee por el Avus hasta la jefatura de las Juventudes, en la "Kronprinzufer". Después del primer tercio de la autopista había un aparcamiento.

Allí vi una mañana a un caballero delgado y elegante, con chaqueta de *tweed*, sombrero de fieltro y un cigarro en la boca. Mi primera impresión fue que se trataba de Ritter von Schleich. Pero al poco reconocí mi error. El hombre era el antiguo príncipe heredero, Guillermo. Se dio cuenta de que le miraba y esbozó un gesto de saludo.

A mi vuelta a casa, enseñé a mi mujer una fotografía del Kronprinz.

—Efectivamente. Ése es el hombre — dijo Henriette inmediatamente.

Durante el almuerzo en la Cancillería conté a Hitler la historia del galanteador de Henriette. Se indignó.

—Otra vez se comprueba lo que ese hombre tiene en la cabeza. No le preocupan nada más que las mujeres. Y Goering trata de convencerme de que el Kronprinz sería el jefe de Estado mejor para Alemania en caso de que el viejo Hindenburg muera.

El problema de la eventual restauración de la monarquía en el caso de fallecimiento de Hindenburg era frecuentemente planteado a la sazón por Hitler. Tras la comida me llamó aparte.

—¿Qué opina usted del príncipe Alejandro? — me preguntó.

El príncipe Alejandro de Prusia era el hijo del cuarto descendiente del Kaiser, Augusto Guillermo, llamado "Auwi". Tenía entonces veinte años y pertenecía a las Juventudes Hitlerianas. Su padre era jefe de las S.A. desde 1931 y yo había hablado bastantes veces con él a raíz de reuniones y concentraciones.

—El muchacho me gusta — dijo Hitler sin esperar respuesta —. Piense que ha aprendido incluso un oficio manual. Es herrero.

—Todos los Hohenzollern aprenden un oficio manual. Es una tradición de familia. Si quiere usted restaurar la monarquía, opino que sería mejor hacerlo en una mujer. Podría elegir a la duquesa Victoria Luisa de Braunschweig y Lüneburg o su hermana Federica.

Hitler movió negativamente la cabeza. No quería saber nada de mujeres en altos puestos de la nación.

—¿Es usted partidario así de una monarquía? — preguntó Hitler.

—Todo lo contrario — dije —. Mi opinión es que significaría una guerra civil. Los obreros soportan mucho, pero no creo que soportaran eso. Por otra parte, los bávaros querrían tener otra vez a sus Wittelbach...

Hitler no respondió. Hoy estoy convencido de que pensaba exactamente como yo y que suscitaba de vez en cuando el tema de la monarquía, solamente para conocer la opinión que al respecto tenían quienes le rodeaban.

Poco después me contó que había informado de las actividades amorosas del Kronprinz al presidente del Reich. Hindenburg no había disimulado su indignación.

—Su Alteza está comprometiendo la dignidad de la familia imperial. Yo mismo le llamaré al orden.

El inofensivo episodio con el Kronprinz como protagonista correspondió a la época de las pugnas por el poder en el interior del Partido y las intrigas, con las que tuve también que enfrentarme a raíz de mi nombramiento como jefe de Juventudes del Reich alemán. La mayor parte de las cosas llegaron a mi conocimiento por conductos indirectos, pues iba con escasa frecuencia a la Cancillería.

Las Juventudes Hitlerianas crecían como un aluvión. Yo no paraba de viajar, de tomar parte en concentraciones y marchas. Pero aquello a lo que concedía una mayor importancia era al contacto personal con los mandos de las HJ. Con frecuencia nos pasábamos toda la noche examinando problemas que nos concernían. Queríamos que se integraran en la HJ. todas las asociaciones juveniles para formar una sola organización. Soñábamos en un único movimiento juvenil alemán, independiente de los partidos y las confesiones, libre de toda vinculación. Mediante este movimiento juvenil de carácter único aspirábamos, asimismo, a conseguir la neta separación entre la juventud y las S.A. y el Partido, no en el sentido de formar una oposición, sino constituir algo singularizado, una especie de Estado de los jóvenes en el interior del Estado. Procedente de la juventud "confederada" llegaban, justo

es reconocerlo, iniciativas y ejemplos que resultaban de mucho valor para nosotros.

De ellos adoptamos, por ejemplo, los tambores y las características de las bandas de música, tan vistosas y que tanto efecto ejercían sobre la juventud.

Las vacaciones veraniegas estaban en puertas. Para aquel verano estaba previsto que acudieran a los campamentos y efectuaran viajes y desplazamientos el doble de muchachos que el año anterior. Los recién ingresados tenían una característica en común: no habían salido nunca de las faldas de su madre, no habían dormido jamás en un albergue juvenil o bajo las lonas de una tienda de campaña, ni habían hecho sus comidas o tomado parte en un fuego de campamento, como ocurría con los anteriores grupos, incluso con aquellos formados por muchachos con menos de doce años. No dejaba de experimentar por mi parte alguna desazón pensando en el momento en que aquella masa inadaptada cayera sobre los albergues juveniles, los bosques y la orilla de los lagos. Sin duda, el trance no se saldaría sin algún accidente, alguna enfermedad o algún incendio forestal. Teníamos que trazar las directrices y orientaciones, así como destacar el capítulo de prohibiciones para que el entusiasmo no desembocara en catástrofes.

Mucho más importantes eran todavía los problemas sociales. Teníamos todavía millones de parados. Pero por otra parte, muchos jóvenes trabajaban diariamente doce y catorce horas, pese a la ley sobre la jornada de ocho, ya que constituían una mano de obra barata y, por ello, siempre aceptada. Pero la extensión de sus propios horarios de trabajo les daba una mínima oportunidad de disfrutar las adecuadas horas de descanso y recreo.

Para nosotros, jefes de juventudes, constituían todos aquellos unos acuciantes problemas y nos lanzamos con ímpetu revolucionario a su solución. Di como consigna para el año 1933 la siguiente: "Por el socialismo hacia la nación." Trazamos proyectos de nuevas leyes. Pero el mecanismo del Estado era lento y premioso como siempre. Por tal causa tuvimos que actuar muchas

veces por propia iniciativa y mediante negociaciones acompañadas de una presión más o menos intensa, conseguimos en determinados sectores unas mejores condiciones de trabajo y un mayor tiempo libre para los jóvenes. Ni que decir tiene que los círculos económicos no tardaron en quejarse de intromisiones, la burocracia ministerial se sintió afectada y que incluso para nuestros propios ministros nacionalsocialistas, la Juventud Hitleriana se convirtió en una especie de pesadilla.

—Disparan contra ti desde todos los lados — me dijo mi ayudante, el capitán retirado Wilhem Kaul, el día 5 de mayo de 1933.

—Déjales que disparen — respondí.

—Frick y Roehm acudirán mañana al despacho del Führer — prosiguió Kaul —. Quieren que se establezca un Comisariado del Reich para la Juventud.

—¿Y quién será comisario?

—Von Tschamer und Osten — precisó mi interlocutor.

Quedé mudo de asombro. El "Gruppenführer" de las S.A. Hans von Tschamer und Osten había sido nombrado comisario del Reich para el Deporte por el propio Hitler con la misión de preparar el deporte alemán para la Olimpiada de 1936, que tenía que celebrarse en Berlín. Era un gran deportista, pero no había tenido nada que ver con las juventudes y su organización. Ello no quiere significar un demérito para Von Tschamer und Osten, que se reveló más tarde un excelente y preciso organizador, que parecía predestinado para llevar a efecto su misión olímpica. A tal efecto recorrió numerosos países y con sus grandes cualidades diplomáticas ganó incluso a aquellos que ya entonces dudaban en enviar a sus equipos olímpicos a la Alemania nacionalsocialista.

Lo más curioso es que aquel hombre había llegado a comisario del Reich para el Deporte a causa de un error. El telegrama en el que se le anunciaba el nombramiento para el cargo, no había ido a parar a manos del comandante Von Tschamer-Osten, sino a su hermano mayor, el "Gruppenführer" de las S.A. que poseía una

propiedad en Magdeburgo. Había sido oficial en la guerra mundial, miembro de la Guardia Montada de Sajonia y practicado diferentes deportes, aunque sin haber tenido jamás una función directiva en el campo deportivo. El error no había sido objeto de posterior rectificación. Y ahora se pretendía hacer de Von Tschamer und Osten el Comisario para la Juventud. Además del doctor Frick y de Roehm, aparecían como partidarios de la solución el ministro de la Reichswehr, Von Blomberg, y el de Propaganda, doctor Goebbels. A este frente, tan poderoso, se añadieron el ministro de Cultura de Prusia, doctor Bernhard Rust, y el recién nombrado sustituto del Führer, Rudolf Hess. Todos ellos deseaban asegurar su influencia y sus resortes sobre la juventud. Aunque sus opiniones e intereses eran contrapuestos, coincidían en un punto: un joven de veintiséis años no tenía que ser jefe de las juventudes del Reich alemán.

Aquello afectaba todos mis planes de crear una única organización juvenil, sin diferenciaciones sociales, religiosas o de cualquier otra especie, y de acuerdo con el lema: "Los jóvenes tienen que ser dirigidos por los jóvenes". En el seno de las Juventudes Hitlerianas se habían comenzado a poner en práctica aquellos principios poco antes de la conquista del poder. Por tal motivo, veía en ellas la única organización juvenil posible en un Estado nacionalsocialista. Y estaba dispuesto a lo que fuera, sin que ningún ministro o jerarca pudiera impedirlo.

Hitler me había dicho que cada vez que necesitara verle, podía acudir a la Cancillería a la hora del almuerzo sin la precisión de ser previamente anunciado. Hice uso del permiso y conseguí hablar a solas con él después de la comida.

—Me ha confiado usted la Juventud Hitleriana. Pero si las cosas siguen así, pronto tendremos una juventud de Frick, una de Blomberg, una de Roehm, de Rust, de Goebbels y de Hess.

—En absoluto — dijo Hitler —. Sigue siendo usted el responsable ante mí del movimiento juvenil. Claro que tiene que actuar siempre de acuerdo con las demás secciones y organismos.

Esto era fácil de decir, pero difícil de llevar a la práctica. Por deseo expreso de Hitler, todas las secciones del Partido, incluida la

jefatura central de las H.J., habían permanecido radicadas en Munich. Pero las decisiones políticas se tomaban en Berlín. No es de extrañar, por tanto, que muchos jefes del Partido estuvieran permanentemente sobre ruedas. El expreso nocturno Munich-Berlín se convirtió así en una especie de "Casa Parda" rodante.

No estaba dispuesto a efectuar por mucho tiempo aquellas idas y venidas y decidí establecer el cuartel general de las juventudes en Berlín. La casa número 10 de la Kronprinzufer estaba vacía y en venta. Su precio: 150.000 marcos. Un precio irrisorio para un palacio noble como aquél, pero una suma gigantesca para las exhaustas cajas de las Juventudes Hitlerianas.

En mi apuro, acudí a un jefe de la H.J., el doctor Sven Schacht, sobrino del presidente del Banco del Reich, Hjalmar Schacht. Se manifestó inmediatamente dispuesto a facilitarme una entrevista con su tío.

El presidente del Reichsbank me recibió, en unión de su sobrino, en su despacho del banco. Escuchó amablemente la exposición que hice de las necesidades económicas de las Juventudes Hitlerianas. Pareció comprender la necesidad de arrancar a los muchachos de la calle para llevarles a los hogares juveniles y la urgencia que teníamos de constituir escuelas de mandos de donde salieran los cuadros juveniles para ello.

—¿Puede usted poner a mi disposición una cantidad para la financiación de las Juventudes Hitlerianas? — le pregunté al término de mi informe.

—No — respondió el presidente del Banco del Reich.

Dicho esto, no añadió una palabra más. Quedé sorprendido. Por el propio Hitler sabía que pocos meses antes, cuando no era todavía presidente del "Reichsbank", había facilitado varios millones, procedentes de los medios industriales, para la lucha electoral del N.S.D.A.P. Desde el cargo que ocupaba debía tener, sin duda, mayor relación e influencia. No se explicaba, pues, aquella respuesta, tanto más cuanto se trataba de una cantidad relativamente pequeña. ¿Qué equivocación había yo cometido?

¿Había sido un error evocar la relación familiar y aparecer con el sobrino? ¿O había tenido aquella misma mañana alguna discusión con Hitler y se encontraba, por tal causa, tan mal dispuesto? Nunca llegué a saberlo, aunque una cosa sí supe desde aquel momento: que cuando Hjalmar Schacht decía que no, era no. Nos despidió cortésmente, pero sin que hubiéramos conseguido sacar un solo marco de su bolsillo.

Aquella fue la única vez que conversé con Schacht durante los años de mi actividad política. Volvimos a hablarnos doce años más tarde, cuando comparecimos ambos acusados ante el tribunal de crímenes de guerra de Nuremberg.

A la mañana siguiente acudí a un gran industrial a quien conocía personalmente muy bien. Le dije la cantidad exacta que necesitaba — 150.000 marcos — y su precisa finalidad. Sin decir una sola palabra, me entregó un talón por la suma solicitada.

Veinticuatro horas más tarde adquirí la casa número 10 de la Kronprinzufer y pocos días después se instalaron en ella mis más próximos colaboradores. Dejé en Munich todo el aparato administrativo y las oficinas de expedición de carnets. De esta manera obedecí las órdenes de Hitler sin dejar de tener un pie puesto en Berlín.

Aquella fue, según más tarde se evidenció, una de las decisiones más importantes tomadas para el futuro de la organización. Berlín estaba situado en una posición central y desde allí podía ejercerse mejor la jefatura y allí acudían con mucha mayor facilidad las gentes cuando había que llamarlas. En Potsdam instalamos la escuela nacional de mandos y la de mandos de la B.D.M. <sup>[38]</sup>.

El 17 de junio de 1933, Hitler me nombró jefe de las juventudes del Reich. En su decreto decía así:

"El jefe de las juventudes del Reich alemán está al frente de todas las organizaciones juveniles masculinas y femeninas, así como las secciones juveniles de las organizaciones de adultos. Para la fundación de nuevas organizaciones y asociaciones juveniles, será preciso su aprobación..."

Tenía ya el título. Pero los recursos económicos estatales no iban ligados al mismo. Tuve que seguir utilizando los medios de financiación habituales a los tiempos heroicos: postulaciones callejeras y a domicilio, venta de folletos y material propagandístico y aceptación de donativos voluntarios.

Cinco días después de mi nombramiento disolví el "Grossdeutschen Bund" <sup>[39]</sup>. Con sus 15.000 miembros era el núcleo mayor de la llamada "juventud confederada". Sus jefes habían hecho explícita profesión de fe nacionalsocialista, por lo que no alcanzaba a comprender que aquellos grupos siguieran llevando su existencia independiente. Por otra parte, un buen número de grupos pertenecientes a los "confederados" había ingresado libre y voluntariamente en nuestras filas. Solamente unos cuantos de sus miembros permanecieron alejados de nuestras filas durante toda la duración del Tercer Reich.

Ello no quiere decir que mi medida fuera bien acogida por todos. El jefe del "Grossdeutschen Bund", vicealmirante Von Trotha, no me recató su irritación durante más de un año. Transcurrido este tiempo, nos reconciamos. Más tarde, en el año 1936, fue nombrado jefe honorífico de la sección naval de las Juventudes Hitlerianas.

De todas maneras, la "Grossdeutsche Bund" fue la única organización juvenil que disolví entonces de una manera regular. En realidad, carecía de potestad estatal para ello. Bastaba, sin embargo, que la declaración de disolución fuera leída en la prensa para que la cosa quedara aceptada, Aquello podía calificarse, pura y simplemente, de *bluff*. Pero no en todos los sitios resultó la cosa tan fácil, y calculaba por ello que transcurrirían años enteros antes de que me fuera posible agrupar a todas las organizaciones juveniles en un solo movimiento.

Pero los acontecimientos se precipitarían. Primeramente ingresaron en las HJ. las secciones juveniles de las "Ligas de Defensa". Más tarde, el 26 de junio, declaró Hitler:

—Un objetivo perseguido durante catorce años ha sido alcanzado. Con la colocación bajo mis órdenes de los "Cascos de

Acero", como jefe supremo de las S.A., así como el ingreso de la "Liga Scharnhorst" en las Juventudes Hitlerianas, la unidad de las fuerzas combativas de la nación alemana puede darse por completada y finalizada. Las S.A., las S.S., los "Cascos de Acero" y las HJ. serán desde ahora y para el futuro, las únicas organizaciones que el Estado nacionalsocialista reconoce como responsables de la formación y la instrucción políticas de adultos y jóvenes.

Al mismo tiempo fue prohibido el S.P.D. <sup>[40]</sup> y los restantes partidos se disolvieron por sí mismos. La fundación de nuevos partidos estaba prohibida por la ley del 14 de julio de 1933, por lo que me dio aquella ocasión de declarar:

—Si el N.S.D.A.P. es desde ahora el único partido, las Juventudes Hitlerianas tienen que ser la única organización juvenil.

Pero todavía no se había llegado a tal punto. Todavía subsistían 18 asociaciones juveniles católicas y 19 evangélicas, con un número de miembros que se calculaba entre los 450.000 y los 800.000. Se oponían a la unificación y tal actitud encontraba apoyo en sus respectivas iglesias. Traté de socavar estas organizaciones al decretar que la educación tanto política como deportiva de los jóvenes era expresa tarea de las Juventudes Hitlerianas. Los grupos confesionales deberían limitarse, por tanto, a una actividad religiosa y de cura de almas. Prácticamente, lectura de la Biblia y actos litúrgicos. Todo lo demás — campamentos y marchas, juegos, deportes y tiro con carabinas de pequeño calibre — quedaba reservado tan sólo a las HJ. A ello había que añadir el uso de uniformes y banderas, así como de dos símbolos que entonces jugaban un gran papel, ahora apenas comprensible, en la juventud organizada: los tahalis y el puñal.

Las Juventudes Hitlerianas velaban celosamente para que tales privilegios fueran respetados por los grupos confesionales. Fueron numerosos los muchachos que cedieron a las presiones e ingresaron en las HJ. Otros siguieron defendiendo, pese a todo, el derecho a una existencia juvenil a la que estaban acostumbrados.

Llegaron así a producirse choques, en los que se arrancaron uniformes, gallardetes y tahalis. Hay que añadir que no siempre quedaron victoriosas las H J.

Pero la situación era molesta, tanto más cuanto podía ser causa de escándalo. El obispo evangélico del Reich, Müller, fue el primero en acudir a mí. Me invitó a una cena en el hotel "Esplanade", pues allá tocaba Barnabas von Geczy, a quien apreciaba muchísimo. El prelado llevaba, además de la cruz prelaticia al cuello, la Orden de la Media Luna colgada del pecho. Había obtenido esta condecoración turca por su actuación como capellán castrense en el frente de los Dardanelos, en 1916.

El obispo Müller me dijo que la juventud evangélica le había dotado de los plenos poderes reglamentarios y era su deseo que todos los muchachos y muchachas menores de 18 años que se hallaban en sus filas, ingresaran en las HJ. Quedamos muy pronto de acuerdo en las particularidades. Accedió asimismo a mi propuesta para que fuera firmado el acuerdo en mi despacho de la jefatura nacional, ante las cámaras de las actualidades cinematográficas. El acto se celebró el 19 de diciembre de 1933.

El primer año de la revolución nacionalsocialista, las Juventudes Hitlerianas habían aumentado sus efectivos de 110.000 a 2'3 millones de miembros; casi un tercio de todos los muchachos comprendidos entre los diez y los dieciocho años vestían la camisa parda.

Seis años después pregunté al arzobispo de Freiburg, Conrad Groeber:

—¿Puede usted decirme la diferencia que hay entre un movimiento gimnástico evangélico y uno católico?

El arzobispo levantó, riendo, las cejas, y, amenazándome con el dedo, dijo:

—Cuando llegue a mi edad lo comprenderá.

Desde hacía cuatro días nos sentábamos en torno a una mesa de negociaciones en la sala de conferencias del Ministerio del Interior. Tres nacionalsocialistas teníamos como interlocutores a tres obispos católicos. Se dirimía la suerte de las asociaciones juveniles católicas para dar así cumplimiento a las recomendaciones del

Concordato firmado el 20 de julio de 1933 entre el Vaticano y el Gobierno del Reich. Además del arzobispo Groeber, la Iglesia católica había destacado al obispo Berning, de Osnabrück, y Bares, de Berlín. El Gobierno del Reich estaba representado por el director general Buttman, del Ministerio del Interior; el secretario de Estado, doctor Stukkar, como representante del Ministerio de Educación, y yo, portavoz de la jefatura nacional de Juventudes.

Las negociaciones habían alcanzado un punto muerto. Los obispos querían demostrar sus sentimientos patrióticos, pero sin dejar por ello en la estacada a sus asociaciones juveniles. Conocían los conflictos de las muchachas y los muchachos. Por mi parte, estaba decidido a llevar adelante el lema de las H.J., pero tampoco cargar con la responsabilidad de que las negociaciones se rompieran.

Propuse una fórmula de compromiso: retiraría mi prohibición de pertenecer al mismo tiempo a una asociación juvenil católica y a las H.J. A cambio de ello, los obispos católicos prohibirían que los grupos católicos hicieran marchas y organizaran campamentos en el verano de 1934 y llevaran sus uniformes. Los prelados se manifestaron concordes. El 29 de junio, a medianoche, nos separamos con la mejor disposición. Al día siguiente volveríamos a reunirnos para suscribir formalmente el acuerdo.



## XXIII

Aquel día 30 de junio de 1934 sonó el teléfono muy temprano en nuestra villa del Wannsee. Al otro lado del hilo estaba el secretario de Estado, doctor Stuckart.

—Quédese en casa porque parece que en la ciudad se ha desatado el infierno. Todo el barrio del Gobierno ha sido rodeado por la Reichswehr. Se dice que ha habido un levantamiento de las S.A., pero no se sabe con precisión lo que ha ocurrido.

¿Un *putsch* de las S.A.? Consideré aquello como enteramente absurdo. Sabía que Hitler estaba en Essen, donde había ido para asistir como testigo a la boda del *gauleiter* Terboven, en tanto que el jefe del estado mayor, Roehm, estaba haciendo una cura de aguas en Bad Wiessee. ¿Quién efectuaba, en tales circunstancias, un *putsch* contra quién? Llamé a la jefatura nacional de las Juventudes. Mi ayudante pareció tan sorprendido como yo.

—Desde hace una hora que estoy colgado del teléfono — dijo —. En nuestras jefaturas regionales, todo está tranquilo. Solamente el jefe comarcal de Munich parece muy excitado. Me ha informado que el Führer había llegado súbitamente para ordenar la detención de todos los miembros de la jefatura de las S.A.

Mi primera reacción fue llamar a Goebbels y Goering. Sin duda, debían saber algo de lo que estaba ocurriendo. Pero en el último instante, colgué el auricular. Si efectivamente estaba en curso una lucha por el poder, nadie podía saber quién estaba contra quién. Para mí, lo más importante era que, como en otras ocasiones, no quedaran las H.J. mezcladas en nada.

Puse en marcha la radio. Desde todas las emisoras transmitían el programa normal. Mi ayudante y otros jefes llegaron a casa. Poco después nos llegaron, asimismo, las primeras noticias por vía telefónica: también en Berlín había habido detenciones. Pero seguíamos sin saber quiénes eran los detenidos y quiénes les habían mandado detener.

Finalmente, hacia las tres de la tarde se interrumpió de pronto la música. Leyeron un decreto de Hitler: el jefe del estado mayor de las

S.A., Ernst Roehm, era destituido y expulsado del Partido, y el "Obergruppenführer" Lutze, de Hannover, nombrado nuevo jefe de estado mayor.

Nos miramos unos a otros con aire indeciso.

Unas semanas antes había hablado con Roehm durante una comida, en su cuartel general de Berlín, Tiergarten. Causa: un jefe de las S.A. borracho había golpeado hasta extremos casi mortales a un miembro de las HJ. Quería poner en claro de una vez para siempre que los S.A. no tenían autoridad alguna sobre los jóvenes.

Me retrasé, y, cuando llegué, Roehm y su plana mayor se encontraban sentados ya a la mesa. Con gran asombro comprobé que entre las guerreras pardas aparecía también un uniforme gris de la Reichswehr. Era el jefe del gabinete ministerial del ministerio de la Reichswehr, Walter von Reichenau, que acababa de ser nombrado comandante general.

Quedé sorprendido, como he dicho. Hasta entonces, Reichswehr y S.A. venían a ser como perro y gato. Era del dominio público, por otra parte, que Roehm aspiraba al cargo de ministro de la Reichswehr. Ésta, por su parte, deseaba que las S.A. fueran asimiladas a la reserva, con lo que pasarían bajo su dominio. ¿Se habían unido de pronto ambos adversarios?

El general Von Reichenau se despidió inmediatamente después de la comida. Roehm me invitó a pasar a su salita de fumador. Un ordenanza colocó una placa en el gramófono y los sonos de la canción de lucha de las S.A. llenaron el aire. ¡Pueblo, a las armas! Roehm llevaba el compás con su mano carnosa sobre el tablero de la mesita.

—Éste es mi himno — dijo —. Lo que necesitamos es un ejército popular. Pero esos de la Bendlerstrasse no lo comprenden. Y para Adolfo, la Reichswehr es actualmente la niña de sus ojos.

—¿No van bien las cosas entre usted y Hitler? — pregunté.

—Usted ya sabe que no soy ningún ángel — dijo Roehm.

Lo sabía, efectivamente. Dos años antes, Hitler había quitado las Juventudes Hitlerianas de la autoridad del jefe de estado mayor por ser públicamente conocidas las relaciones homosexuales de Roehm.

—Soy fiel a Adolfo — dijo el aludido —. Si hoy me dijera que represento un estorbo para él, me iría de nuevo a Bolivia. Nunca podría intentar algo contra él.

Mientras pronunciaba estas palabras, Roehm me miró fijamente a los ojos. Tampoco en aquel momento vi en él a un ángel, pero sí a un hombre de honor sin reservas. Me prometió que, en el futuro, ningún miembro de las S.A. se metería a educador de los jóvenes.

—Algunas gentes opinan que ya no soy adecuada compañía para Adolfo — dijo Roehm.

Me estrechó la mano:

—Lo importante es que hemos llegado a un acuerdo. Entre nosotros, todo se ha aclarado. También aclararé las cosas con Adolfo. Es mi amigo y seguirá siéndolo.

Cuatro semanas después de esta conversación, Roehm estaba muerto, ejecutado por hombres de las S.S. en una celda de la cárcel de Munich-Stadelheim. Hitler se había opuesto al principio a que ejecutaran a su viejo amigo, pero desde hacía bastante tiempo, Hess venía poniendo de relieve ante el Führer la imposibilidad de seguir soportando el homosexual jefe de las S.A. Igual habían obrado, por su parte, Himmler y la jefatura política de la Reichswehr. Otras setenta y tres ejecuciones autorizó Hitler. Entre el más de un centenar de muertos resultantes del asunto Roehm, algunos eran los más antiguos jefes de las S.A., dos eran generales, y seguía una larga teoría de hombres considerados como enemigos del nacionalsocialismo, pero que también habían conocido la dudosa moralidad de Roehm. Pero a pesar de todo, no acertaba a comprender todo lo ocurrido aquel 30 de junio de 1934. ¿Podía haberme equivocado tan a fondo sobre Roehm?

—Todavía no puedo creer que el capitán Roehm quisiera dar un golpe de Estado — le dije a Hess algún tiempo después.

Sin decir palabra, Hess sacó un papel escrito de un cajón de su mesa y me lo tendió. Era una lista, al parecer hallada en el cuartel general de las S.A., en Berlín. En ella constaban los nombres de aquellos cuyo fusilamiento quería ordenar Roehm tras el triunfo de su golpe de Estado. Entre los nombres se hallaba el mío.

—¿Le basta eso? — preguntó Hess.

El documento parecía auténtico. Yo no tenía entonces idea de lo hábilmente que pueden falsificarse documentos políticos. El pensamiento de que Hitler podía haber ordenado la ejecución de su viejo amigo por razones de estrategia política, no se me había ocurrido, ni siquiera en sueños. Y sin embargo, la sombra de la duda no me abandonó a partir de aquel instante. En nuestro último encuentro, Roehm me había estrechado la mano con un gesto lleno de camaradería. No me entraba en la cabeza que un viejo militar como él hubiera planeado al mismo tiempo mi fusilamiento.

Tras la muerte de Roehm apareció tras las candilejas un hombre al que nunca hasta entonces había tomado muy en serio: Heinrich Himmler. Desde mi juventud conocía al humilde técnico agrícola diplomado que era.



## XXIV

Fue en casa de mi amigo Harry Liedtke, en el Scharmutzelsee, de Berlín, donde abordé por vez primera el problema de los campos de concentración. Una velada del verano de 1935 me contó Kathe Dorsch, bastante alarmada, que el dramaturgo Richard Billinger se encontraba en un campo de concentración.

Harry Liedtke, un irresistible galán de los tiempos del cine mudo, y su antigua esposa, Kathe Dorsch, una figura de los escenarios alemanes desde hacía dos décadas, habían estado conmigo poco antes en el "Deutscher Theater". Presenciamos una representación de la comedia "Stille Gäste" <sup>[41]</sup>, de Billinger, y no teníamos idea de las razones que podían haber llevado a un campo de concentración a aquel autor completamente apolítico.

Kathe Dorsch, que conocía desde hacía mucho tiempo a Hermann Goering, el presidente del consejo de ministros prusiano — que había sido en sus años mozos uno de sus más rendidos adoradores —, quería acudir a la mañana siguiente al despacho de Goering para conseguir la libertad de Billinger.

Algún tiempo después, Billinger fue puesto en libertad. Años más tarde le conocí personalmente. Pero fue durante aquella velada en el Scharmützelsee cuando hablé con Kathe Dorsch más largo y tendido sobre él. Tuve ocasión de repetir la conversación con la actriz poco después de ser puesto Billinger en libertad, y Käthe me dijo que, tras su liberación, el autor no quería hablar sobre los campos de concentración, pues se había comprometido a guardar un absoluto silencio sobre el tema. Aquel silencio y sus hipotéticas razones me preocuparon bastante a la sazón.

En aquella época yo no sabía sobre los campos de concentración otra cosa que su instalación con el visto bueno del antiguo ministro bávaro de Justicia, titular de la misma cartera en el Gobierno del Reich, doctor Gürtner. Me imaginaba entonces que la condena en un campo de concentración era más humana que la que se cumplía en la celda de una cárcel, puesto que ofrecía mayores posibilidades de movimiento. Consideraba asimismo consecuente,

sobre todo después de la aprobación de las leyes especiales, mantener a los adversarios políticos fuera de la vida pública, ya que podían causar dificultades en la erección del nuevo Estado. Como hombre joven que era, no podía imaginar siquiera que en semejantes campos pudiera ocurrir algo inhumano. Y una de las razones de que pensara así era mi completa confianza en la rectitud y el sentido jurídico del ministro de Justicia del Reich. ¿Cómo hubiera podido descargar aquel refinado jurista en otra persona, llamada concretamente Heinrich Himmler, la responsabilidad de la dirección de los campos en el caso de no tener la absoluta seguridad de que serían respetadas las normas legales que regulaban la reclusión?

Sin embargo, a pesar de que creía firmemente en lo antedicho, el silencio a que se había obligado a Billinger y la circunstancia de que un autor mimado por la burguesía austríaca y celebrado por todo el público alemán hubiera podido desaparecer durante unos meses en los campos de concentración, seguía inquietándome.

Así es que aproveché la siguiente reunión de mandos en la "Casa Parda" de Munich, celebrada el 24 de septiembre de 1935, para hablar al "Reichsführer" de las S.S., Heinrich Himmler, sobre aquel tema. Mientras conversaba con él, otros jefes de ámbito nacional se unieron a nosotros. Resultó así que de los catorce presentes, que constituían la plana mayor del Partido, ninguno había visto en su vida un campo de concentración.

—No tenemos nada que ocultar, señores míos — dijo Himmler con extraordinaria amabilidad —. Me complace en invitarle a usted y estos otros caballeros. Podemos visitar mañana el campo de concentración de Dachau y allá podrán informarse ustedes con entera libertad. Hablarán con los detenidos, y si tienen otras preguntas que formular, tanto la jefatura del campo como yo mismo responderemos gustosos a todas ellas.

A la mañana siguiente nos dirigimos a Dachau. Una columna formada por veinte automóviles descubiertos atravesó el portalón de entrada y aparcó ante el edificio de la administración. Se hallaba formada una columna de S.S. uniformados de negro, armados con

fusil. Un "Standartenführer" dio la novedad a Heinrich Himmler. De sus labios salieron unas cifras unidas a unas abreviaturas para nosotros desconocidas:

—Ochocientos PH; mil ciento diez PVH.

Himmler se apresuró a darnos las aclaraciones.

"PH" significaba "presos políticos", que se habían mostrado activos en su enemistad hacia el Estado. "PVH" auería decir "presos preventivos". Se trataba, por lo general, de dirigentes y elementos significados de los prohibidos partidos políticos, a los que de esta manera se impedía cualquier actividad adversa. Los restantes internados eran criminales, borrachos, refractarios al trabajo, etc. Un grupo especial estaba formado por doscientos judíos.

Recorrimos en grupos el campo. Una doble alambrada limitaba la enorme extensión. En cada uno de los cuatro ángulos se levantaba una torre de vigilancia de madera. Entre los barracones — que habían sido naves de una antigua fábrica de pólvora — se veían avenidas cuidadosamente trazadas y había también una gigantesca explanada para las concentraciones con dos porterías de fútbol. Todo era de grandes proporciones, de una sobriedad estricta y casi repelente, pero muy cuidado.

Una formación de detenidos pasó ante nosotros camino del trabajo. Llevaban uniformes de cutí y gorras redondas. A su izquierda marchaba un S.S., que al vernos ordenó:

—¡Fuera gorras!

Instantáneamente, las gorras desaparecieron de las cabezas.

Inspeccionamos uno de los barracones destinados a alojamiento. Literas dobles, colchones aceptables y ropa de cama limpia.

Uno de los jefes S.S. nos precedió hacia otra de las barracas, donde estaba instalada la biblioteca del campo. El detenido que hacía las funciones de bibliotecario se adelantó hacia nosotros.

Le miré enmudecido por el asombro. Durante todo el tiempo en que las HJ. dependieron de las S.A. habíamos mantenido contacto por razones de servicio. Era el antiguo ayudante y jefe de información del fusilado Roehm. Cuando trasladé a Berlín la jefatura

nacional, habíamos dejado de vernos. Jamás hubiera podido imaginar que nuestro siguiente encuentro se efectuaría en aquellas condiciones.

Nos miramos confusos. Por mi parte procuré abreviar la visita y salí del barracón. En el camino de regreso al edificio administrativo me acerqué al *Reichsleiter* Walter Buch, el juez supremo del Partido.

—¿Qué hace el conde Du Moulin en un campo de concentración? — le pregunté.

Obtuve solamente una lacónica respuesta de Buch:

—Estuvo complicado en el *putsch* de Roehm.

Mi siguiente pregunta estuvo dirigida a Himmler.

—¿Por qué no fue ejecutado el conde Du Moulin como los demás que tomaron parte en el *putsch*?

—No está aquí por causa del *putsch* de Roehm — dijo Himmler —, sino por actividades homosexuales.

Dos respuestas completamente diferentes, que me dejaron ambas completamente insatisfecho. El conde no había sido nada más que un ayudante de Roehm y, como tal, un fiel servidor de su jefe. Pero en mi fuero interno me resistía a considerarle un traidor. Estaba seguro de que tampoco era homosexual, cosa que entonces era motivo de detención.

Lo único que estaba en mi mano hacer en su favor era informarme sobre él cerca de Himmler. No sé si ello le sirvió de gran cosa, pero sí puedo atestiguar que mis preguntas desazonaron al jefe de las S.S. Sin embargo, por mi posterior experiencia como detenido, sé que el interés de alguien situado en alta posición sirve, por lo menos, para aliviar un tanto al preso del despotismo de los guardianes situados a nivel inferior.

Mucho más tarde me enteré que el conde Du Moulin había sido puesto en libertad, a finales del año 1936.

Como colofón de la visita, Himmler nos invitó al edificio de la administración. Desde el vestíbulo presenciábamos un desfile, en columna de a cuatro, con casco y fusil, de los efectivos encargados de la guardia. Los hombres desfilaron ante Himmler, que más tarde sería amo y señor de todos los campos de concentración. En

aquellos instantes, nadie hubiera sido capaz de adivinar los planes y proyectos de aquel hombre.

Por mi parte, le había visto por vez primera en el otoño de 1928. Estaba aguardando en el despacho de la jefatura nacional del N.S.D.A.P., con sede en Munich, la llegada de Rudolf Hess, a la sazón secretario de Hitler. Desde la ventana del despacho vi como abajo, en el patio, un hombre con abrigo de cuero y sombrero de fieltro, se esforzaba en poner en marcha el motor de una "Dixi".

Llovía. El hombre hacía esfuerzos para arrancar la marcha, pero sin duda se había mojado algún elemento esencial y el motor no respondía a sus apremiantes solicitudes. Vista desde la ventana, la escena parecía de secuencia de un film cómico. La secretaria, señora Scheubner-Richter, se acercó a mí.

—¡Ah! Es el señor Himmler. Si no se le pone en marcha el motor no llegará a tiempo para la cena. Se ha casado hace poco y posee fuera, en Waldtrudering, una pequeña granja con gallinas...

Por fin, su "Dixi" se puso en marcha y salió a toda velocidad del patio.

Poco después tuve que establecer contacto de servicio con Himmler. Necesitaba un orador para la campaña electoral a celebrar en las escuelas superiores. Aquello correspondía a su jurisdicción como jefe nacional de Propaganda.

Sobre su mesa de despacho estaban colocados diversos ficheros. Me miró con simpatía a través de sus gafas sin montura. Tengo que confesar que por su parte no me fue antipático, aunque sí me sorprendía su aspecto, que no concordaba con la imagen que yo me había trazado de un jefe de propaganda. Más bien parecía un tenedor de libros.

Claro que a pesar de ser jefe de propaganda, no hacía propaganda alguna. En sus ficheros tenía registrados a los mejores oradores de eme disponía el Partido. Cuando Himmler se veía obligado a hablar en cualquier reunión o concentración, se las arreglaba siempre para disponer de varias semanas para redactar los textos de su discurso, formado casi siempre por párrafos

entresacados de los pronunciados anteriormente por otros. Igual puede decirse de los textos: distribuía generosamente folletos, carteles y octavillas en cuanto terciaba la ocasión, pero no creo que redactara jamás un solo texto para aquellos instrumentos de propaganda.

Una barbilla huidiza hacía que el rostro de Himmler pareciera incompleto. Consciente, sin duda, de ello y para adquirir un aspecto más varonil, se había dejado crecer un estrecho bigotillo que sombreaba su labio superior.

Recuerdo mi sorpresa cuando poco después de mi primera entrevista con él, vi a Himmler con el uniforme de las S.S., en una reunión celebrada en la "Lowenbraukeller": camisa parda con brazal negro, pantalones de montar también negros y una gorra negra con el distintivo de una calavera.

Los efectivos de las S.S. apenas ascendían entonces a unos trescientos hombres en toda Alemania. Se había formado partiendo de los propios efectivos de la guardia personal de Hitler y estaba constituida por hombres dispuestos a toda clase de servicios, tanto durante el día como a lo largo de la noche. El pálido Himmler no cuadraba bien con los restantes componentes de aquellas unidades. Sin embargo, pronto fue nombrado "Reichsführer" con carácter interino y finalmente, el 6 de enero de 1929, ocupó la jefatura nacional de las S.S. con carácter definitivo. No acierto todavía a comprender las razones que le llevaron a aquel alto puesto, como no sea el deseo de Hitler de ver las S.S. en manos seguras y fieles. Porque lo cierto es que Himmler no respondía a ninguna de las condiciones que exigía semejante jefatura.

Aquello se demostró igualmente en la reacción que el nombramiento del nuevo "Reichsführer" provocó en los antiguos S.S. El chófer de Hitler, Julius Schreck, llamaba al agrónomo diplomado "gafudo" o "sustituto". Y no faltaron veces en que la "Dixi" de Himmler era cogida por detrás cuando el "Reichsführer" se disponía a salir de la "Schellingtrasse", de tal manera que las ruedas delanteras daban vueltas en el aire. Himmler aguantaba con inexplicable paciencia todas aquellas faltas de respeto.

En la primavera de 1929 me dirigí, aprovechando las vacaciones de Pascua, a Weimar, para efectuar una visita a mis padres. Himmler inició por la misma época sus primeros viajes de inspección como jefe nacional de las S.S. Poco antes de salir se informó sobre un hotel barato de Weimar.

—Cuando vaya a Weimar puede habitar en nuestra casa — le ofrecí.

Mi padre estaba de viaje. Himmler llegó al anochecer y cansado del viaje en ferrocarril. Se disculpó con mi madre por haber llegado sin previo aviso. Lo cierto es que mi madre estaba acostumbrada a que llevara a mis amigos y conocidos sin que mediara una previa advertencia.

Durante la cena, Himmler se llevó muy pocas veces a los labios el vaso de vino. Cuando nos retirábamos a la biblioteca, mi madre le preguntó qué deseaba beber.

—Si puedo pedirle algo, le ruego una taza de camomila — dijo —. Tengo un estómago muy delicado.

Mi madre le preguntó sobre las causas de su dolencia. Explicó que en sus tiempos de estudiante de agronomía había contraído el tifus. Desde entonces se veía obligado a utilizar una faja abdominal. El interés que mi madre demostró y en general el ambiente que se respiraba en mi casa paterna, parecieron sorprenderle agradablemente.

Como hijo de un catedrático bávaro, había crecido en un hogar económicamente limitado, aunque tampoco pudiera definirse como pobre. A partir de aquella visita, experimentó hacia mi madre un sentimiento de agradecimiento y afecto que se hizo extensivo a mi propia persona. Más tarde, fui uno de los pocos a quienes invitó del mejor grado a su casa. Quizá contribuyó esta simpatía a que mi posición no se hiciera más peligrosa cuando en 1943 caí en desgracia ante Hitler.

Entonces, en 1929, Himmler no solamente viajaba para reclutar efectivos para sus S.S., sino para allegar, asimismo, fondos con destino a aquellos grupos.

Recuerdo que tenía la dirección de un industrial radicado en la ciudad de Apolda, célebre por sus fundiciones de campanas y sus fábricas textiles, que se mostraba especialmente generoso cuando de causas nacionales se trataba.

Al día siguiente, Himmler salió en el tren de la mañana hacia Apolda. Le acompañé. Llegamos demasiado pronto y nos vimos obligados a esperar dos horas en un café hasta que llegara la hora marcada para la cita. Beneficios obtenidos: cinco marcos.

El fabricante nos recibió muy cortésmente. Durante media hora le ilustró Himmler sobre los objetivos del NSDAP y las Secciones de Defensa <sup>[42]</sup>. La verdad es que yo no había intuido en él semejante capacidad dialéctica.

—Si tales son las cosas, no quiero que se queden sin mi aportación — dijo el fabricante. Se levantó, abrió la caja y volvió con los cinco marcos, que depositó sobre la mesa.

—Creo que no me ha comprendido — dijo Himmler sin inmutarse —. Había pensado en una gran aportación.

—Lo siento — dijo el fabricante de medias con voz seca —.

No sabe usted la cantidad de gente que acude a pedirme dinero. Les doy a todos cinco marcos y la suma se hace a veces considerable.

Himmler se levantó y se despidió fríamente. Dejó sobre la mesa los cinco marcos.

Recordé vivamente aquel episodio durante el Congreso del Partido de 1934. En el vestíbulo del hotel "Deutscher Hof", de Nuremberg, vi a Himmler entre un grupo de jefes de las S.S. Lucían todos ellos uniformes impecablemente cortados y vistosas dagas les colgaban del costado. La mayor parte de ellos tenían más edad que la que era corriente en los jefes de las S.S. Reconocí a un gran industrial y banquero.

—¿Quiénes son esos? — le pregunté al ayudante de Himmler, Wolff. Supe así que se trataba del "círculo de amistades del "Reichsführer" de las S.S. Himmler facilitaba a los grandes

capitanes de la industria rangos honoríficos de las S.S., uniformes y dagas. Ellos le agradecían la concesión con abultados cheques.

Que Heinrich Himmler no era sólo diligente, sino también ambicioso, tuve ocasión de comprobarlo por vez primera en el año 1930. Yo era todavía jefe de la Liga de Estudiantes. Los estudiantes nacionalsocialistas prestaban a la sazón su servicio en las S. A., en unión de empleados y obreros.

Reparé entonces en que era cada vez mayor el número de uniformes de las S.S. en las reuniones nocturnas de las escuelas superiores. Me chocó también de que aquellos nuevos miembros de las S.S. fueran siempre los estudiantes más altos y fornidos o los que poseían un título de nobleza. Los estudiantes S.S. se sentaban siempre juntos, y si primero eran dos, eran más tarde cuatro para pasar luego a doce. Los atuendos y sus gorras negras con la calavera se distinguían perfectamente. Los estudiantes S.A. bromeaban:

—Joseph lleva un sombrero negro y se pavonea más que su hermano.

Entre los primeros que desde la Liga de Estudiantes se acercaron al grupo de Himmler se hallaba el príncipe Josias, heredero de los títulos de Waldeck y Pymont. Había sido soldado de primera línea y estudiaba en Munich.

—¡Vaya, príncipe! — exclamé un día al verle —. ¿Quién le ha metido en las S.S.?

Algo confuso, me explicó que Himmler le había hablado personalmente un día.

—Necesitamos hombres como usted — le había dicho —. Con su experiencia del frente puede usted tener un papel primordial en la organización de las S.S.

No comprendí en el primer momento de qué se trataba. ¿Para qué necesitaban las secciones de defensa un hombre con experiencia del frente? ¿Por qué ofrecía su organizador puestos dirigentes a príncipes y nobles, así como a jóvenes que alcanzaran

una estatura que les hacía especialmente aptos para miembros de la guardia?

Consideré entonces que todo aquello no se trataba más que de una extravagancia de Himmler. Había llegado a alcanzar durante la guerra mundial la graduación de alférez, pero sin haber acudido al frente. Los jefes de las S.A., casi todos antiguos oficiales de primera línea, no lo consideraban como enteramente apto. El entonces jefe supremo de las S.A., capitán Pfeffer, llegaba a calificarlo de "bastante débil".

La gran hora de Himmler sonó al producirse el motín de las S.A. del Este de Alemania, en 1931, bajo el mando del capitán Stennes. Mediante su servicio de información, el jefe berlinés de las S.S., Kurt Daluege, estaba al corriente de todas las particularidades de la conjura. Consiguió así apartar la masa de las S.A. de la influencia del jefe sublevado. "Hombres de las S.S.: vuestro honor significa fidelidad", escribió Hitler a Daluege. Al decir esto, compuso el lema que en el futuro llevarían los S.S. en las hebillas de sus cinturones: "Mi honor es la fidelidad."

A partir de 1931, Himmler se convirtió en una especie de jefe de policía del Partido. Pronto nos fue posible comprobar cómo una organización destinada inicialmente a mantener el orden y efectuar información, se iba convirtiendo en un gigantesco mecanismo. Himmler, el hombre de los ficheros, parecía ser la figura idónea para su mando. Pero no por ello aumentó su prestigio. Nos sentíamos revolucionarios, y por ello, enemigos de toda policía. Y por ello, no teníamos a la propia policía del Partido en mejor concepto que la del Estado.

A finales del año 1931-32, mi suegro me enseñó el nuevo decreto de Himmler. Era un "decreto matrimonial" para las S.S. A partir de entonces, ningún miembro de aquellas unidades podría contraer matrimonio sin permiso expreso y escrito de su "Reichsführer". Tanto la fotografía como el árbol genealógico de la novia tendrían que ser examinados por la sección de raza de las S.S., recién creada a tales efectos. Allá se investigaría si la futura

contrayente era de ascendencia aria y si su tipo físico garantizaba una descendencia nórdica.

Tanto mi novia como yo nos preguntamos cómo nosotros — ambos morenos — podríamos salvar aquel "test" racial. Pasamos revista a todos los jefes de las S.A. y las S.S. que conocíamos. Muy pocos respondían al tipo de hombre nórdico. Por supuesto, no respondía el propio Hitler y tampoco Himmler, que más parecía un maestro de escuela checo.

El "decreto matrimonial" de Himmler terminaba con estas palabras: "Las S.S. tienen la seguridad de haber dado, con esta orden, un paso de considerable importancia. Ni la incomprensión, ni la ironía o el desprecio nos afectan. El futuro nos pertenece."

La verdad es que a la sazón consideramos todo aquello como una especie de broma. Y no habríamos vacilado en reimos si alguien nos hubiera profetizado de que Heinrich Himmler y sus S.S. acabarían por convertirse en uno de los grandes instrumentos de poder del Tercer Reich.

Pero tres años después, el proceso había comenzado: Himmler era el jefe de la policía política de toda Alemania, imperaba sobre los campos de concentración y comenzaba a estructurar un fuerte poder armado.

En cierta ocasión Himmler nos invitó a mi esposa y a mí.

La casa de Himmler, en Lindenfyeh, cerca de Gmund, en la punta norte del lago Tegern, era una construcción anticuada y silenciosa, medio oculta por un bosquecillo de abetos. Un centinela de las S.S. abrió las rejas. Himmler apareció vestido de paisano, con pantalones de cuero, calcetines grises, zapatos con lengüeta y una chaqueta al estilo bávaro. Toda la decoración de la casa respiraba el mismo estilo, aunque no auténtico, sino conseguido por medios más escenográficos que otra cosa: almohadones con corazones bordados, etc. En suma: nada auténticamente bávaro, sino producto de cómo imaginan a los bávaros los alemanes del norte.

Nos sentamos ante una mesita baja. La señora Himmler era una mujer esquinada y de aspecto grave, que trataba mal a su marido.

Nunca he visto a un hombre que estuviera tan puesto bajo el yugo femenino como Himmler. Rebosaba amabilidad y cariño cuando trataba con ella; pero cuanto más amable y cariñoso se mostraba, peor trato recibía. El todopoderoso jefe de la policía y las S.S. era en su casa un cero a la izquierda que tenía que decir que sí a todo. Por ello no pude, años más tarde, ocultar mi sorpresa al enterarme en una celda de Nuremberg que el hombre había llegado a correr el riesgo de tener una amante.

La señora Himmler decía siempre "Heinrich", con tono seco, cuando se dirigía a su marido. Después de cenar se sirvió a sí mismo la habitual camomila. A mí me sirvió una copa de vino tinto. Cuando instó a su esposa para que se sirviera de lo uno o lo otro, recibió la seca respuesta: "No; no quiero nada."

Mi mujer, que sabía ser muy ingeniosa y se sentía siempre capaz de animar por sí sola una sobremesa, hizo los imposibles por mantener una conversación. Pero la señora Himmler rechazó, silenciosa, cualquier intento en dicho sentido, de tal manera que el propio Himmler, que trataba inútilmente de secundarla, acabó por estrellarse ante aquel gigantesco "iceberg".

Finalmente, hacia las diez de la noche, nos despedimos, no sin hacer la habitual invitación de correspondencia.

Dos días más tarde, Heinrich Himmler y su esposa acudieron a Kochel. Habíamos preparado comida por lo menos para seis hombres de la escolta. Pero con gran sorpresa mía, Himmler llegó sin un solo acompañante. Parecía más animado que la noche de su invitación e incluso su esposa se comportó de una manera diferente. Quizás contribuyera a ello el ambiente de Kochel. Nuestros hijos jugaban en el prado ante la casa. Himmler se entusiasmó con ellos:

—Se ve inmediatamente la raza germánica, lo nórdico.

—No somos en realidad muy nórdicos — objeté —. Aun prescindiendo de mis antepasados anglosajones, los Schirach son eslavos y procedemos concretamente de Lusacia.

—No — dijo Himmler mientras contemplaba el escudo que aparecía, en piedra, sobre la puerta —. Tiene usted una serpiente

en el escudo y ello demuestra que sus antepasados eran ya en los tiempos alto germánicos, jueces o de origen principesco.

—Siento decepcionarle — repuse —. Pero los Schirach fueron ennoblecidos hace unos ciento sesenta años por la emperatriz María Teresa. Y ella es la que hizo pintar la serpiente en el escudo. ¿Por qué? No lo sé.

Cuando nos sentamos, tras la cena, en la biblioteca, la señora Himmler llegó incluso a tomar parte en la conversación.

Al despedirnos, dijo:

—Será un placer para mí regalarles un candelabro con destino a esta hermosa casa.

Mi mujer se echó a reír cuando los Himmler hubieron desaparecido.

—¿Imaginas qué clase de candelabro será?

Unos días más tarde llegó una caja. Remitente: Heinrich Himmler. Envuelto en virutas apareció un gigantesco objeto de cerámica, que imitaba un candelabro medieval. Recordé que en la película "Los Nibelungos", de Fritz Lang, había visto algo parecido a aquello.



## XXV

Agosto de 1936. En la Cancillería del Reich, Hitler ofreció un banquete a las personalidades extranjeras presentes en Berlín con ocasión de la XI Olimpiada. El conde Henri de Baillet-Latour, de nacionalidad belga, presidente del Comité Olímpico Internacional, tuvo como pareja a mi mujer en la mesa. Henriette expresó al anciano caballero lo satisfecha que se sentía por aquella fiesta de la juventud, del amor y la paz. El conde la escuchó atentamente y luego respondió:

—Dios le conserve sus ilusiones, *madame*. En cuanto a mi opinión, es que dentro de tres años tendremos guerra.

Henriette me comunicó, alarmada, la sombría profecía de su vecino de mesa. No me sorprendió demasiado. Sin embargo, al igual que Henriette, no creía en una guerra inminente, pues me hallaba firmemente convencido de que Hitler quería la paz. De todos modos, comprendía que las Olimpiadas de Berlín despertaran en los visitantes extranjeros una cierta ansiedad.

Mucho tiempo antes de que se celebraran los Juegos había intentado por mi parte y en unión del jefe de los deportes del Reich, Hans von Tschammer und Osten, convencer a Hitler para que aquellas celebraciones deportivas que durarían dos semanas, tuvieran un aspecto lo más civil posible. Tschammer-Osten había llegado incluso a proponerle que apareciera con traje de verano. Pero Hitler se decidió por el uniforme y la tribuna de honor del Estadio Olímpico adquirió el aspecto de un arengario militar. En torno al estadio y en sus accesos aparecían formaciones de las S.A. y las S.S.

No sólo los uniformes, sino la perfecta organización impresionó a los visitantes extranjeros. El programa se cumplió con la precisión de un mecanismo de relojería y no hubo un solo fallo. La masa de los visitantes extranjeros no salían de su asombro. No faltaron así observadores advertidos, como el conde belga Baillet-Latour, capaces de la siguiente deducción: una potencia que organiza con

tanta perfección el mayor festival deportivo del mundo, no se revelaría menos perfecta en una movilización.

Estrella principal de los Juegos Olímpicos de 1936 fue el "sprinter" Jesse Owens, un americano de color. Cuando Hitler estaba presente en el estadio, acostumbraba a felicitar en su tribuna al vencedor de las pruebas. Al vencer Jesse Owens en la carrera de los cien metros, exclamó:

—Los americanos deberían avergonzarse de que los negros tengan que ganar sus medallas. No daré la mano a ese negro.

Fue inútil que Tschammer-Osten le rogara que recibiera, en interés del deporte, al héroe de los Juegos. Unas horas más tarde traté, en la Cancillería del Reich, de conseguir idéntico objetivo con argumentos políticos.

—América considerará inamistoso el trato dado a Jesse Owens — dije —. Es ciudadano americano y no somos nadie para juzgar a quien promocionan los americanos. Además, es un hombre muy cortés y educado, un estudiante en un "college".

Por segunda vez en los once años que conocía a Hitler, me habló a gritos.

—¿Cree usted que voy a fotografiarme estrechando la mano de un negro? — dijo.

Ni que decir tiene que encontré totalmente incorrecta aquella actitud; ante un problema racial, no admitía siquiera el espíritu de unión y fraternidad que informaba la Olimpiada.

Entre los invitados de honor presentes en la tribuna de Hitler en el estadio olímpico se sentaban, día tras día, dos jóvenes inglesas: las hermanas Diana y Unity Mitford. Hijas del miembro de la Cámara Alta, lord Redesdale, eran ambas fervorosas admiradoras de Hitler.

Unity Valkyrie Mitford, la más joven de ambas hermanas, había ya dicho a sus padres en 1932: "Me marché a Alemania para conocer a Hitler." Poco antes de la conquista del poder, se dirigió a Munich para estudiar allí germanística. Escribió a Hitler y no recibió respuesta. Le llamó por teléfono a su número particular, pero él no se puso nunca al aparato. Finalmente trabó conocimiento con el

peluquero de Hitler, en Munich-Bogenhausen, se hizo ondular allá sus rubios cabellos y se enteró de que Hitler almorzaba con frecuencia en un local del barrio de Schwabing, la "Ostería Bavaria". A partir de aquel instante, Unity estuvo presente allá cada mediodía y cada noche. Se sentaba en la mesa inmediata a la de Hitler, hasta que éste preguntó finalmente un día:

—¿Quién es esa imagen de Germania?

No tardó en invitar a la muchacha a que se sentara en su mesa. Se maravilló de que hubiera aprendido alemán en un período de tiempo tan corto y no dejó de sentirse orgulloso de que una damita perteneciente a las más altas clases inglesas hubiera hecho, por su causa, el viaje a Alemania. También desarrolló en presencia de la rubia Unity uno de los temas preferidos: Alemania e Inglaterra eran pueblos hermanos llamados a ser conjuntamente los dueños del mundo.

La rubia Unity viajó por toda Europa en un automóvil adornado con banderas de la cruz gamada y la Unión Jack entrelazadas, hizo propaganda en favor de Hitler y regresó a Munich para seguir estando cerca de su ídolo. Hasta poco antes de la Olimpiada, sólo conocía a Unity por los relatos de mi suegro. Cada vez que Unity volvía a aparecer por Munich, éste se veía obligado a escuchar irónicos comentarios sobre el ideal británico de belleza que tenía el Führer por parte de su empleada Eva Braun, una de las más apasionadas admiradoras de Hitler.

En julio de 1936, cuando iba a inaugurar las sesiones de un congreso de las HJ. en Weimar, recibí una urgente llamada de Hitler: me reclamaba con urgencia a Munich. Era tanta su prisa, que me mandó su avión personal con su piloto Baur. En el aeropuerto, me esperaba ya el ayudante Brückner, quien me llevó inmediatamente a la vivienda de la Prinzregentenplatz, número 16. En el domicilio de Hitler me presentaron a dos encantadoras muchachas, que no eran otras que Unity y Diana Mitford. Hitler me había hecho acudir para que hiciera las veces de intérprete y tradujera la conversación con las dos entusiastas damitas, que se efectuaría en gran parte en idioma inglés. Diana estaba separada

desde 1934 de su primer marido, el escritor Bryan Walter Guinness. Al igual que su hermana por Hitler, ella se había entusiasmado por el jefe de los fascistas ingleses, Sir Oswald Mosley. La tercera hermana Mitford había ido, por contra, a España en unión de un comunista inglés para luchar allá contra el general Franco. El apurado padre, Lord Redesdale, se esforzaba en unión de sus dos hijas fascistas, en salvar a la "oveja roja" de la familia. Y por afecto hacia Unity y Diana, el propio Hitler influyó luego sobre el nacionalista general Franco para conseguir el retorno de la más joven de las hermanas Mitford.

Tras nuestro primer encuentro en el domicilio de Hitler, volví a ver muchas veces a Unity y Diana. Consideraba a ésta como la más interesante de las dos. Poco después se casó con Sir Oswald Mosley. La ceremonia se celebró en casa del editor de Munich, Bruckmann y en la más estricta intimidad. Hitler fue testigo de la ceremonia.

A través de Diana conocí asimismo a Mosley. Apareció una mañana en el hotel "Kaiserhof".

Unos días después, Hitler me preguntó qué impresión me había causado y la opinión que tenía sobre las posibilidades de su partido en Inglaterra. Mi respuesta fue la siguiente:

—Mosley es una excelente persona, pero considero completamente imposible que los ingleses puedan inclinarse un día hacia el fascismo. En Inglaterra, cada cual tiene la oportunidad de propagar las ideas que desea. Y cada inglés puede fundar su propio movimiento político. Puede subirse en una silla en Hyde Park y tratar de conseguir adeptos para su credo. Se permite todo, pero se toma en serio muy poco. Y los fascistas de Mosley, a pesar de alcanzar efectivos de diez mil personas, son para los ingleses más una fuente de regocijo que un factor político a tener seriamente en cuenta. Para nosotros, los alemanes, tiene que ser el partido político más fuerte, el que representa el *premier*, aquel que cuente a la hora de nuestros cálculos, y no cualquier secta política que simpatice con nosotros. Nuestro interlocutor no tiene que ser *sir* Oswald Mosley, sino el gabinete británico.

Hitler me escuchó con una displicente sonrisa asomada a los labios. La veneración de las hermanas Mitford había contribuido a fortalecer en él la idea de que había dos Inglaterras: una dominada "por judíos y anquilosados parlamentarios" y otra "convencida de su parentesco de sangre con los alemanes, que un día se sacudiría la dominación judía y formaría con Alemania la gran comunidad de pueblos germánicos".

—A pocas mujeres les ha sido permitido entregarse a una tarea tan grande — dijo un día Unity Mitford ante Heinrich Hoffmann —. Por semejante ideal estaría dispuesta a dar incluso mi vida.

La ilusión de la "segunda Inglaterra" feneció al declarar Gran Bretaña la guerra a Alemania tras el ataque de Hitler a Polonia. Aquel día, Unity compareció, derrumbada, ante el *gauleiter* de Munich, Adolf Wagner. Le comunicó que era desde aquel momento una extranjera enemiga y que, por tanto, estaba encargado de velar por su seguridad. Luego añadió que a pesar de todo, podía seguir viviendo en Alemania sin ser molestada o bien regresar a Inglaterra, si así lo deseaba. Sin decir una sola palabra, Unity depositó un sobre cerrado sobre la mesa del *gauleiter* y se marchó.

Requerido por otras tareas, Wagner olvidó el sobre. No lo abrió hasta el anochecer. Contenía una fotografía dedicada a Hitler, un distintivo del Partido y una carta de despedida dirigida a Hitler. Unas horas más tarde encontraron a Unity, gravemente herida, en el Jardín Inglés. Se había querido quitar la vida con un disparo en la sien. Durante meses permaneció internada en una clínica de Munich, paralizada, hasta que por orden expresa de Hitler fue trasladada en un vagón especial de ferrocarril a Suiza, desde donde siguió viaje a Inglaterra. Poco después de la guerra aparecieron en varias publicaciones inglesas fotografías de Unity Mitford asistiendo a representaciones teatrales y otros actos sociales en Londres. Parecía completamente restablecida de la parálisis sufrida como consecuencia del disparo en la cabeza. En 1948, los periódicos dieron la noticia de su muerte.



## XXVI

El día 22 de septiembre de 1936 me encontraba sentado en el imponente despacho del Palazzo Venecia, de Roma, enfrente de Mussolini. A través de las abiertas ventanas llegaba el grito "¡Duce!", "¡Duce!", pronunciado por millares de gargantas. Media hora antes había desfilado por la plaza, ante Mussolini, una formación de 500 H.J., con banderas y música. Mussolini parecía tan entusiasmado como sus colaboradores. A su lado se encontraba Renato Ricci, jefe de las juventudes italianas. Me sentía cohibido de que tuviera que permanecer de pie mientras yo me hallaba sentado. Pero aquél era el estilo de Mussolini. Sus ministros tenían que estar de pie en su presencia y nunca estrechó la mano de ninguno de ellos.

—Tenemos que aprender de los alemanes, Ricci — dijo Mussolini. Y pronunció las siguientes palabras en alemán —: *Oordnung, Oordnung, Oordnung!*

No pude contener una sonrisa. Aquel orden de la HJ. había sido producto de dos semanas largas de intenso ejercicio. Al igual que Mussolini ponía la juventud alemana como ejemplo, ocurría que cada vez que jóvenes fascistas visitaban Alemania o en cada ocasión que un jerarca del Partido regresaba de un viaje a este país, el juicio era idéntico: "Comparada con la juventud italiana, la hitleriana es una porquería."

Por la noche, Renato Ricci dio una recepción a los alemanes. Colgó de mi pecho la medalla de comendador de la Corona, que acababa de otorgarme el rey de Italia y emperador de Etiopía. De regreso al hotel me acompañó un agregado de la embajada alemana y me aclaró que el grado era un insulto. Como jerarquía nacional del Partido tenía que haber recibido por lo menos la Gran Cruz de aquella misma orden. Me di por enterado, pero sin suponer que por causa de aquello se desenvolvería una intensa actividad entre la embajada alemana y la intendencia de la corte. A la mañana siguiente, se recibió en el hotel "Excelsior" un gran paquete dirigido a mí: era la Gran Cruz de la Orden de la Corona Italiana. Más sorprendido quedé cuando de regreso a Alemania recibí un segundo

envío, éste de la embajada italiana en Berlín: la cruz de comendador de la Orden de San Mauricio. Completamente inexperto en aquellas lides, me dirigí al servicio de protocolo del ministerio del Exterior, por lo que en mi siguiente estancia en Italia, el conde Ciano me concedió la Gran Cruz de la Orden de San Mauricio.

Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores de Italia desde junio de 1936, fue la más valiosa amistad que trabé en Italia. A raíz de mi primera estancia en Roma, me fue a buscar al hotel "Excelsior" con su automóvil y me llevó a Ostia, donde practicamos la natación. Hablábamos los dos un buen inglés, por lo que nos comprendíamos perfectamente. Nuestra comprensión mutua fue también grande en el aspecto humano. En cierta manera, éramos unas almas gemelas. Al igual que yo admiraba a Hitler, veneraba Ciano a su suegro. Y al igual que en mi caso ejercía ocasionalmente una crítica mesurada y descubría en Hitler puntos débiles, le ocurría lo mismo a Ciano con Mussolini. Nos hicimos, por todo ello, entrañables amigos. Ciano me ofreció ser su huésped cada vez que acudiera a Roma y procuré hacer con frecuencia uso de aquella invitación privada.

Mussolini gustaba departir con los visitantes alemanes fuera de las conversaciones oficiales. Tenía un gran conocimiento de las cosas alemanas, sobre todo en el orden del espíritu; posiblemente era este conocimiento mayor que el de buena parte de los jefes germanos que aprovechaban cualquier pretexto político para efectuar visitas a la soleada Italia. Por lo que a mí respecta, el Duce me puso en dificultades cuando la conversación se centró en Klopstock. Se había ocupado activamente de las obras de Klopstock y creía que este poeta era tan leído en Alemania como podía serlo Dante en Italia. Tuve que confesar a Mussolini que había leído alguna que otra oda de Klopstock, pero que nunca pude pasar del primer cántico de su "Mesías".

—Y aun este primer cántico, Excelencia, lo leí porque así me lo impuso mi maestro.

Mussolini tuvo un gesto de asombro y cambió de tema: Goethe. Un tema inagotable de conversación. El tiempo transcurrió como

impulsado por alas. Al término de la audiencia, Mussolini me preguntó cuánto tiempo pensaba permanecer en Roma. Le respondí:

—Pasado mañana tengo que marcharme.

—¿Por qué no se queda más tiempo? — preguntó.

—Me atengo a un viejo proverbio chino — respondí —. El pescado y los huéspedes hieden al tercer día.

Mussolini se echó a reír con una risa tan impetuosa y abierta como hasta entonces había escuchado en pocos hombres.

Mussolini tenía otra particularidad: era un gigante a condición de permanecer siempre sentado. Tras su mesa de despacho destacaba la poderosa cabeza y el fuerte torso. Tan pronto como se levantaba, quedaba borrada aquella impresión. Tenía unas piernas muy cortas y sus pasos apresurados resultaban más ridículos que marciales. Como mayor efecto causaba, era a caballo.

## **XXVII**

Como representante de la juventud alemana, viajé mucho por aquella época y conocí a los dictadores y jefes de numerosos países. Así al Reza Sha de Persia, al rey Carol de Rumania, al príncipe regente Pablo de Yugoslavia, al rey Ghasi en Bagdad, al regente Horthy de Hungría. En todos aquellos países me informé sobre las diferentes formas de la organización de las juventudes. Una de las cosas más interesantes que vi fue la escuela superior de educación física en Ankara y el plantel de jóvenes turcos que llevaban a la práctica las nuevas directrices de educación trazadas según los planes de reforma de Kemal Ataturk. Fue éste uno de los jefes de Estado extranjeros que mayor impresión me causó. Fue el único, asimismo, que abordó inmediatamente lo esencial para mi labor.

—Me interesa extraordinariamente el aspecto social de su movimiento juvenil — dijo —. Cuénteme lo que en ese gran país industrial que es Alemania se hace en beneficio de los obreros jóvenes.

Quería saber todas las particularidades sobre nuestros campeonatos deportivos juveniles a escala nacional e hizo

apasionados gestos de asentimiento cuando le informé de nuestros esfuerzos para conseguir un mínimo de catorce días de vacaciones para la juventud trabajadora.

En otros países visitados anteriormente, los uniformes surgían por doquier. En Turquía, todos vestían traje civil. Nadie lucía tampoco una sola condecoración. El propio Kemal Atatürk llevaba un traje oscuro cruzado, aquella tarde en que tomé café con él. Hablaba un francés fluido en un tono bajo y reposado. Fue, sin duda alguna, el dictador más sociable y amable que conocí. Y también me pareció el más inteligente.

Por aquella época ocurrió un trágico acontecimiento cuyo fondo fue silenciado estrictamente a la opinión: el último duelo, sin duda, que se celebró en Alemania.

Mi ayudante Horst Krutschinna, un prusiano oriental de aspecto muy apuesto y carácter jovial, conoció en una fiesta de sociedad a la señora Strunck, esposa del entonces muy conocido corresponsal militar del *Voelkischen Beobachter*. Roland Strunck se hallaba a la sazón de viaje por Abisinia e informaba sobre la guerra en aquel país. Un día regresó a Berlín sin previo aviso, sorprendiendo en su domicilio a su mujer en compañía de Horst Krustchinna. No creyó en las seguridades que ambos le dieron de que no había ocurrido nada que atentara a los principios matrimoniales y provocó a duelo a Krutschinna.

Roland Strunck era jefe de las S.S. Por ello se constituyó un tribunal de honor formado por jefes de las S.S. y las HJ. Lo presidió el antiguo jefe de brigada Karl Wolff. Leyó una declaración de mi ayudante en la que Krutschinna se ratificaba bajo palabra de honor en que no había tenido relación alguna de carácter íntimo con la señora Strunck. No era aquella ninguna declaración de pura fórmula para salvaguardar el honor de la señora Strunck, sino la pura verdad. Strunck escuchó, embebido en sí mismo, la lectura de la declaración. A la pregunta de si quería retirar el reto del duelo, respondió con una negativa.

Uno de sus amigos explicó más tarde que Strunck le había confiado, meses antes de su muerte, que por la noche le asaltaban

pesadillas. En una de ellas, repetida insistentemente, comparecía ante un tribunal y era condenado a muerte. El tribunal de honor fue así para él aquel de sus sueños, y ello explicaba su actitud de ensimismamiento. El tribunal decidió exigir un duelo a pistola "con intercambio de disparos hasta que uno de los dos quedara inutilizado para la lucha".

El duelo se celebró en un claro del bosque de Hohenlychen, al norte de Berlín. Como ofendido, correspondió a Strunck el primer disparo. El proyectil silbó en el oído de Krutschinna. Éste, que no era un especial tirador de pistola, levantó su arma, apretó el gatillo y alcanzó de lleno a Strunck, que se abatió mortalmente herido.

Hitler se puso fuera de sí cuando le informaron de la muerte de Richard Strunck. Los miembros del tribunal de honor quedaron bajo arresto domiciliario.

—¡Qué extraña concepción del honor es esa! — gritó Hitler —. Un jovencito seduce a una mujer, el marido se indigna y un estúpido tribunal de honor da encima permiso al jovencito para matar al marido. Estoy dispuesto a que estos excesos terminen de una vez para siempre.

Hasta entonces, los duelos habían estado oficialmente penados por el código, pero extraoficialmente tolerados como un delito de caballeros. Cuando las autoridades se enteraban de que iba a celebrarse alguno, los contendientes no eran encerrados en calabozos, sino todo lo más recluidos bajo palabra en sus casas. Pero a partir de aquel instante, semejante tolerancia terminó por completo. Hitler promulgó una orden destinada a la Wehrmacht y a todas las organizaciones del partido por la que se castigaban de forma inexorable cualquier clase de duelos. Lo más curioso es que a mi ayudante no le ocurrió nada: Hitler expresó únicamente su deseo de no volver a verle jamás. Horst Krutschinna pidió su baja de las HJ. e ingresó como jefe de personal en una gran fundición de acero.

Poco después de la guerra murió en unas circunstancias especialmente trágicas. Una chispa ardiente prendió fuego en sus ropas y Krutschinna se convirtió en una antorcha humana quemándose literalmente vivo.



**Ilustración 9. Von Schirach, gobernador de Viena**



**Ilustración 10. Robert, Richard y Klaus, los hijos de Von Schirach**





## XXVIII

El día 1 de diciembre, Hitler me llamó a mi oficina de la Kronprinzufer berlinesa.

—Felicidades, Schirach. Acabo de salir de la reunión del gabinete. Ha sido usted nombrado jefe de uno de los altos organismos del Reich.

De esta manera, mi nombramiento del 17 de junio de 1933, hecho por Hitler, fue seguido, a tres años de distancia, por el nombramiento del Gobierno.

Así terminó un período de tres años de estira y afloja en torno a la juventud alemana. La ley hecha pública al día siguiente decía así:

"Artículo 1. — Toda la juventud alemana en el interior del territorio del Reich queda encuadrada en las Juventudes Hitlerianas.

"Artículo 2. — Además de la educación en el hogar paterno y la escuela, la juventud alemana será formada por las Juventudes Hitlerianas en el espíritu nacionalsocialista de servicio al pueblo y la comunidad.

"Artículo 3. — La labor de la formación de la totalidad de la juventud alemana por las Juventudes Hitlerianas será competencia de las juventudes del N.S.D.A.P. Queda nombrado así el titular de esta jefatura "Jefe de las Juventudes del Reich". Tendrá la categoría de ministerio con sede en Berlín y estará a las órdenes directas del Führer y canciller del Reich."

Al día siguiente acudí al despacho de Hitler en la Cancillería.

—¿Está usted satisfecho? — me preguntó.

—En parte, en parte — respondí.

Tenía veintinueve años y me encontraba titular de un alto puesto, con posibilidad de tratar en plan de igualdad con ministros y secretarios de Estado sobre los problemas de la juventud. Sin aquiescencia de la jefatura nacional no podía promulgarse a partir de entonces ley ni decreto alguno que se refiriera a la juventud. Pero la verdad es que no daba ningún valor al hecho de que la entera juventud alemana fuera forzada a encuadrarse en las H.J., igual que un mal escolar llevado a clase por un policía. La HJ. tenía entonces

5'4 millones de miembros, es decir, un sesenta por ciento de los comprendidos entre los diez y los dieciocho años. Estaba firmemente convencido de que el restante cuarenta por ciento acudiría de una manera totalmente voluntaria.

En abril de 1937 me encontraba pasando unos días de descanso a orillas del Kochelsee, cuando me anunciaron la presencia del teniente coronel Erwin Rommel, procedente de Berlín. Acababa de ser nombrado oficial de enlace entre la Wehrmacht y las HJ. Lo único que yo sabía de Rommel a la sazón era que daba clases en la Escuela de Guerra de Potsdam.

Aquel oficial, de estatura media y figura corpulenta, me dio la impresión de un prusiano típico. Por ello me resultó difícil reprimir mi sorpresa cuando comenzó a hablar con un cerrado acento suave. Convinimos, tras una breve conversación, en que en la jefatura nacional de la Kronprinzenufer dispondría de un despacho con dos oficiales de ordenanza.

Rommel se quedó a cenar. Mi mujer le llamó la atención sobre la hermosa panorámica de los montes bávaros que se alcanzaba a ver desde nuestra casa. Pero Rommel no pareció apreciar la observación.

—Muchas gracias, conozco las montañas — dijo sin volver su mirada a las ventanas.

Sin saberlo, Henriette había dado a nuestro invitado una especie de consigna: Rommel había conseguido la condecoración "Pour le mérite" por la conquista de una posición de montaña en los Alpes Julianos. Habló de ello durante casi dos horas. A mí me interesó bastante su narración, pero Henriette, que experimentaba una verdadera alergia hacia todo lo militar, casi llegó a dormirse.

En mayo de 1937 efectué la presentación oficial de Rommel como enlace de la Wehrmacht a 3.000 mandos de la HJ. en un campamento montado en Weimar. En la posterior reunión con los colaboradores más íntimos, formuló Rommel un plan que me causó gran sorpresa. Opinaba que sería muy práctico utilizar los tenientes de la Wehrmacht solteros y en activo como instrumentos de las

Juventudes Hitlerianas. Los jóvenes oficiales no tenían, en rigor, nada que hacer durante los fines de semana.

No sentía por mi parte el menor recelo contra los jóvenes tenientes, y estaba seguro, además, de que las H.J. laboraban en la mejor armonía con las tropas en cada una de las guarniciones donde se había llegado a tal colaboración. Pero dudaba de que los jóvenes oficiales no tuvieran los fines de semana nada mejor que hacer que tratar de que unas hordas juveniles aprendieran a marcar el paso. Rommel opinó que bastaría ordenárselo.

Entonces se me aparecieron las cosas con toda su importancia. Ya en 1933 me había visto obligado a conjurar con el mejor de los éxitos un intento de la Reichswehr para colocar bajo órbita a las HJ. Dije, pues, a Rommel que la cosa necesitaba ser examinada y discutida antes de llegar a cualquier acuerdo en aquel sentido. Aquella misma noche, se marchó.

A la mañana siguiente volvía a estar ante mí.

—He informado al jefe del Estado Mayor del ejército. Está de acuerdo con mis propuestas. No tiene usted más que firmarlas.

Sacó un escrito de su cartera y lo colocó encima de mi mesa.

Tuve la impresión de que Rommel quería sorprender mi buena fe y no firmé. A mi entender, la instrucción premilitar era solamente una parte del programa formativo de las H.J., al lado del deporte, así como de la educación militar y del espíritu.

Rommel pareció malhumorado. Empezó luego una serie de recorridos para dirigir la palabra a los mandos de la HJ. Tema: el espíritu militar alemán. El contenido de sus conferencias era siempre el mismo: la conquista del monte Matajur por su grupo de húsares durante la guerra 1914-1918. Aunque siempre dispuestos a honrar a los héroes, los mandos más inteligentes protestaron ante mí. Además de ello, Rommel propagaba la necesidad de una instrucción premilitar intensiva que hubiera trocado a la HJ. en una especie de joven Wehrmacht. Oficiales conscientes, como el coronel general Fritsch y el general Kluge, así como otros, rechazaban aquello tanto como yo. Compartían enteramente mi pensamiento de

que los mandos juveniles podían ser oficiales, pero no los oficiales mandos juveniles.

Rommel dejó pronto de ser oficial de enlace. Entre el que fue luego mariscal de campo y yo subsistieron muchos equívocos y diferencias de opinión. Y aún hoy sigo creyendo que no entendía absolutamente nada de formación juvenil.

Era un espléndido día de verano, en el mes de julio de 1937. Salí a dar un paseo con Hitler por el jardín de la Cancillería. Le informé sobre la labor programada para las juventudes. En el transcurso de los meses siguientes deseaba enviar diez mil mandos de la HJ. a la Exposición Mundial de París. Comprobé que mientras transmitía a Hitler mi informe, se mordisqueaba las uñas. Era su gesto cuando no estaba seguro de algo. A medias nostálgico y regocijado, me dijo:

—Cuando esos muchachos hayan visto París, seguro que Berlín no volverá a gustarles.

Aquella apreciación no dejó de causarme alguna irritación, que procuré inmediatamente reprimir. Desde la conquista del poder, cada vez habían acudido a Alemania mayor número de grupos juveniles procedentes de todo el mundo. En el año 1936, nada menos que 224.000 jóvenes extranjeros habían pernoctado, individualmente y en grupos, en los albergues juveniles, en los campamentos de las HJ. y en régimen de intercambio en el seno de las familias alemanas. Pero, en cambio, solamente 3.400 miembros de las Juventudes Hitlerianas habían efectuado en el mismo espacio de tiempo un viaje al extranjero. En la práctica, era Italia el único país por el que podían viajar libremente sin provocar escándalo con sus uniformes y sus banderines. Era mi opinión de que había que hacer algo para romper aquel aislamiento de la juventud alemana.

Cuando terminé de transmitirle mi informe, comprobé que Hitler seguía mostrándose escéptico. Me dijo:

—Estoy seguro, Schirach, de que sufrirá usted una desilusión.

Pero como siempre que se trataba de asuntos juveniles, me dejó las manos enteramente libres.

A través del Ministerio de Asuntos Exteriores había establecido desde hacía algún tiempo los necesarios contactos para un

intercambio oficial de grupos juveniles, especialmente con Francia e Inglaterra. Me apoyaron en las gestiones el embajador francés en Berlín, André Francois-Poncet, y nuestro representante en París, conde Welczek. Me unía una buena amistad con Frangois-Poncet desde el momento en que me había rogado que admitiera a su hijo en las Juventudes Hitlerianas. En cuanto al conde Welczek, había sido amigo y compañero de regimiento de mi padre y le conocía desde niño; en mi casa de Weimar me había sentado muchas veces en sus rodillas. A Francois-Poncet y al conde Welczek tuve que agradecer que el presidente del consejo de ministros francés, Camille Chautemps, dirigiera un mensaje de salutación a la juventud alemana. En el mismo calificó a los jóvenes y muchachas alemanes como "los mejores embajadores de su país". El presidente Lebrun recibió a una comisión de mandos de las H. J. en su residencia de verano de Rambouillet y les dijo: "Sois la juventud más feliz del mundo". La presencia de los mandos juveniles alemanes en Francia despertó una oleada de simpatía. En París, un sacerdote católico que tenía instalado un albergue de juventud en las inmediaciones de la Gare de l'Est, lo puso a disposición de los jóvenes alemanes.

Mis esfuerzos para invitar a los grupos juveniles franceses a que recorrieran Alemania, tropezaron inmediatamente con la resistencia de socialistas y comunistas, que controlaban la mayor parte de las organizaciones de juventud. Por ello tuve la idea de dirigirme a las ligas de ex combatientes e invitar a un millar de hijos de antiguos soldados franceses de la primera Guerra Mundial a que visitaran Alemania durante el verano de 1938.

En octubre de 1937 me dirigí a París. En una recepción organizada por el comité "France-Allemagne" hablé con el dirigente de los ex combatientes, el ciego de guerra Henri Pichot, sobre mi plan. Aceptó entusiasmado la invitación.

En la noche de San Silvestre que marcó el paso del año 1937 al 1938, di en un discurso la consigna a la HJ. para la anualidad que comenzaba: "Año de la Comprensión". Y poco después aceptó igualmente el Gobierno británico nuestra invitación para cooperar en la formación de la juventud de ambos países. El primer ministro,

Neville Chamberlain, y el ministro del Exterior, *lord* Halifax, escribieron mensajes de buena voluntad destinados a la revista de las HJ., *Voluntad y Poder*.

Pero ocurrió entretanto que el redactor jefe de *Voluntad y Poder*, mi amigo Günther Kaufmann, se hizo persona poco grata a Goebbels. Había publicado un artículo en el que criticaba abiertamente la política cinematográfica del ministro de Propaganda. En el mismo se decía sin demasiados disimulos que, con frecuencia, el camino del éxito de las "estrellas" pasaba por el lecho del ministro.

Goebbels se encolerizó. Como primera medida hizo que borrarán a Kaufmann del registro de periodistas. En la práctica, significaba aquello una prohibición de que uno de mis más importantes colaboradores ejerciera su oficio. No me preocupó demasiado, pues sabía cómo solucionar aquella cuestión.

Encontraba a Goebbels diariamente, hacia las dos, en el salón de la chimenea de la Cancillería del Reich. A aquella hora se reunía allá la compañía habitual de Hitler y aguardaba a que apareciera el Führer para hacer la comida en compañía de sus más íntimos colaboradores. Mientras llegaba, se bebían unos "Cinzanos", se fumaban unos cigarrillos y se preguntaba a los ayudantes de servicio cuánto tiempo faltaba para que terminara Hitler con sus audiencias.

Aproveché aquel rato de espera para hablar con Goebbels sobre Kaufmann:

—Temo, doctor, que no causará buena impresión en Inglaterra que sea suspendido en su actividad profesional el redactor jefe de *Voluntad y Poder*, precisamente tras haber escrito los dirigentes políticos ingleses unos artículos para la revista de las HJ. Podría considerarse como una demostración contra el entendimiento germano-británico.

Los rasgos de Goebbels se endurecieron mientras escuchaba. Pero lo cierto es que Kaufmann siguió en su puesto de redactor jefe.

Tras haber inaugurado el día anterior la nueva academia de mandos de las HJ. en Braunschweig, regresé a hora temprana del día 12 de marzo de 1938 a mi despacho de Berlín. Desde un parador del camino nos llegaron intensos sonos de músicas militares. El dueño había aumentado hasta el máximo la potencia del receptor.

—Van a transmitir una noticia importantísima — nos informó. Pocos instantes después escuchamos por el altavoz el parte especial de que a primeras horas de la mañana, tropas alemanas (el 8.º Ejército) habían entrado en Austria y que acababa de formarse en Viena un Gobierno nacionalsocialista bajo la presidencia de Seyss-Inquart.

La noticia me sorprendió, exactamente igual que a la mayoría de los alemanes. En el proceso de Nuremberg no querían creerlo. Tanto los acusadores, como los jueces y hasta los propios defensores, estaban convencidos de que todo alto funcionario del N.S.D.A.P. tenía que estar necesariamente informado sobre los pasos políticos que se daban. Pero lo cierto es que ni la salida de Alemania de la Sociedad de Naciones, en 1933; ni la acción contra Roehm, en 1934; ni la restauración del servicio militar obligatorio, en 1935, así como la remilitarización de Renania en 1936, fueron acciones conocidas previamente por mí. Hitler informaba sólo a aquellos de sus más íntimos colaboradores que tenían que ver algo con ellas.

Mentiría si no añadiera que la ocupación de Austria no fue una grata sorpresa para mí. Antes de la conquista del poder había encontrado muchas veces refugio en el Tirol cuando me buscaba la justicia alemana. Conocía el pensamiento de los austríacos y sabía que la inmensa mayoría de la población era favorable al "Anschluss" con Alemania. Sin embargo, semejante decisión estaba expresamente prohibida por los tratados de Saint Germain y Versalles. Por otra parte, los gobiernos socialcristianos del canciller Dollfuss, asesinado por los nacionalsocialistas en 1934, y su sucesor Schussnigg, habían ejercido con su "Heimwehr", milicia organizada según el patrón fascista, una intensa opresión sobre sus

enemigos políticos, tanto socialistas como nacionalsocialistas. Millares habían sido internados en los llamados "campos de prevención" o encerrados en los calabozos; entre estos miles se contaban numerosos miembros de las Juventudes Hitlerianas. Incluso algunas muchachas fueron condenadas a largas penas de reclusión y unos 15.000 estudiantes de ambos sexos, expulsados de los establecimientos de enseñanza por pertenecer a las HJ. Pero todas aquellas medidas no habían conseguido hacer que cesaran en su lucha contra el régimen. De una manera regular llameaban en las montañas austríacas ardientes cruces gamadas. Cada año, jóvenes y muchachas llegaban, por peligrosos caminos alpinos, hasta Nuremberg para tomar parte en el congreso del Partido. La situación no dejaba de resultar curiosa: mientras en el interior del Reich, unos grupos juveniles de carácter confesional seguían luchando por su singularidad y contra su integración en la juventud estatal nacionalsocialista, muchachos y muchachas se pronunciaban en Austria contra la dictadura socialcristiana y luchaban por la dictadura de Hitler.

Aquel día no aguardé a que llegara orden alguna de Hitler. Una vez en Berlín tomé asiento en el primer expreso que me fue posible y en la mañana del 13 de marzo me encontraba ya en Viena. Ante la "Westbahnhof" se había congregado una gran multitud. Por doquier me era dado ver miembros de las Juventudes Hitlerianas, que tras cuatro años de ilegalidad podían lucir por vez primera su uniforme: camisa blanca, pantalones de cuero y calcetines blancos; las muchachas vestían trajes regionales.

Con los mandos masculinos y femeninos de las Juventudes Hitlerianas austríacas fundé en el "Hotel Imperial" la zona "Austria" de las H.J. Más tarde visité el antiguo cuartel general del "Frente Patriótico" socialcristiano. El edificio estaba enteramente desierto. Sobre una mesa en el vestíbulo de la entrada aparecía una bandeja de plata llena de tarjetas de visita. Habían sido depositadas allá en los últimos días de la crisis por los austríacos fieles a su gobierno y que de esta manera quisieron expresar su simpatía por el régimen de Schussnigg. Sabía que habían llegado también a Viena, Heinrich

Himmler y su adjunto Heydrich. Consideré por ello que era mucho mejor que no encontraran aquellas tarjetas allá. Las guardé en uno de los bolsillos de mi americana y más tarde, las quemé en la chimenea de la habitación de mi hotel. Más tarde me enteré de que en aquellos mismos momentos habían sido ya detenidos por las S.S. millares de "enemigos del Estado" en toda Austria y trasladados a campos de concentración.

Por la tarde del 14 de marzo presencié la entrada de Hitler en Viena. Cuando penetró en la ciudad donde había vivido en sus años jóvenes como pintor de postales y anuncios, todas las campanas sonaban. Y aún hoy me parece estar oyendo los acentos de triunfo de su voz cuando se dirigió al día siguiente desde el balcón del "Hofburg" a los cien mil vieneses que le aclamaban:

—En esta hora del pueblo alemán puedo hacer la declaración más solemne de mi vida. Como Führer y canciller de la nación alemana y el Reich, proclamo ante la historia el ingreso de mi patria en el Reich alemán...

Nadie puede imaginar hoy el vértigo con que los austríacos recibieron a Hitler. Todas las muestras de entusiasmo de que hasta entonces habíamos sido testigos, palidieron ante los altavoces del "Hofburg" vienes: "¡Un pueblo, un Reich, un Führer!"

En el "Hotel Imperial" fui testigo del recibimiento de Hitler al primado de la Iglesia católica de Austria, cardenal Innitzer. Cuando el príncipe de la Iglesia le hizo el "saludo alemán", Hitler le esbozó, con gesto involuntario, que bajara el brazo.

Pero muy pronto tuvo ocasión el cardenal de moderar su entusiasmo por el "Anschluss". En un sermón pronunciado ante una multitud de jóvenes fieles en la catedral de San Esteban, criticó la actitud anticlerical de los nacionalsocialistas austríacos. Tras el servicio divino, miles de católicos se dirigieron cantando hasta el palacio arzobispal, en la "Stephansplatz" y gritaron:

—¡Queremos ver a nuestro arzobispo!

Así como:

—¡Mándanos y obedeceremos!

El *gauleiter* y comisario del Reich, Josef Bürckel, para quien la mentalidad vienesa era algo completamente extraño, organizó a la noche siguiente una contramanifestación. El palacio arzobispal fue asaltado, el mobiliario destruido y se derribaron las cabezas de las antiguas imágenes de la Virgen y los santos situados a ambos lados de la escalinata de acceso.

Dos años más tarde, al ser yo nombrado sucesor del gobernador Bürckel en Viena, me vi obligado a recordar el incidente. La condesa española Pilar de Rivera me informó que a numerosas estatuas del palacio arzobispal les faltaba la cabeza. El cardenal no había mandado reparar los daños, para que así recordaran a todos los visitantes el vandalismo de los ateos nacionalsocialistas. Con el pretexto de inspeccionar el estado de conservación del edificio, envié al arquitecto de los servicios municipales de Viena, doctor Streiter. Era originario del mismo pueblo que Inntitzer. Y ello hizo, sin duda, de que pudiera convencer al cardenal de que permitiera la restauración, a expensas del Estado, de las mutiladas obras de arte.



## XXIX

El 9 de noviembre de 1938 nos encontrábamos reunidos en el salón del Ayuntamiento viejo de Munich, los más próximos al Führer y viejos combatientes del Partido en la velada de camaradería que se celebraba anualmente. Hacia las 21 horas apareció un emisario con un mensaje destinado a Hitler. Vi que intercambiaba rápidamente unas palabras con el doctor Goebbels, se levantaba y abandonaba el salón. Poco después nos informaba el propio Goebbels de que el secretario de legación Ernst von Rath había fallecido en París como consecuencia de sus heridas.

Dos días antes, el joven diplomático había sido objeto de un atentado en la propia embajada por parte del judío Herschel Grynszpan, expulsado de Alemania.

Fue la primera vez desde hacía largo tiempo que Goebbels hacía uso de la palabra ante los mandos del Partido. Su "romance" amoroso con la actriz checa Lida Baarova le había hecho caer en desgracia ante Hitler.

Goebbels informó que como reacción al atentado parisiense, en las provincias de Kurhessen y Magdeburgo se habían roto los escaparates de los comercios judíos e incendiado algunas sinagogas.

—He informado al Führer de ello — prosiguió Goebbels —. Ha decidido que semejantes manifestaciones no tienen que ser organizadas por el Partido. Pero de todos modos, cuando surjan espontáneamente no serán tampoco obstaculizadas.

Tras haber hablado Goebbels, me dirigí al hotel "Bayerischer Hof". En el vestíbulo estaba concentrado el cuerpo de mandos de la S.A. en torno al jefe Viktor Lutze. Al parecer, éste acababa de pronunciar un discurso. Me sorprendió ver que los "Gruppenführer" de las S.A. hacían cola ante las cabinas telefónicas. No cabía duda de que estaban impartiendo instrucciones. Por la expresión de los rostros y el nerviosismo del ambiente, parecía estar proyectándose una gran acción. Hice las correspondientes preguntas a algunos jefes de las S.A., pero me respondieron con evasivas, como si no

quisieran dar una contestación precisa. Aquello despertó mi desconfianza. No pude por menos de pensar en los acontecimientos de la primavera de 1934. Goebbels había proclamado entonces, mediante enérgicos discursos, la necesidad de la "segunda revolución", que fue luego el 30 de junio de aquel mismo año el pretexto para el baño de sangre que anegó a los principales mandos de las S.A. Goebbels se lavó posteriormente las manos, proclamando su inocencia en todo aquel asunto. ¿Era su intención impulsar de nuevo a las S.A. y su inexperto jefe Viktor Lutze a una "noche de los cuchillos largos", dirigida en esta ocasión contra los judíos?

Sea lo que sea lo que estuviera planeado, era mi intención que las HJ. se mantuvieran al margen de los acontecimientos. Aguardé hasta que estuvo libre una cabina telefónica y llamé al jefe de mi estado mayor en Berlín para comunicarle mis temores. Pronto acordamos lo que teníamos que hacer: transmitir una orden circular a todos los jefes comarcales para que la HJ. no tomara parte en ninguna acción del partido y las S.A. contra los judíos.

Aquella misma noche regresé por autovía a Berlín. En las proximidades de Nuremberg vi los primeros resplandores de los incendios y de hora en hora fueron acrecentándose los rojizos puntos en el horizonte nocturno.

Apenas llegado a Berlín, mi mujer me llamó desde Munich. Me informó con la natural excitación que en Bogenhausen habían sido destruidas y saqueadas las villas de los vecinos judíos. Henriette había dado cobijo en nuestra casa a una de aquellas familias que acababan de quedarse sin hogar. La casa de arte Bernheimer, famosa en el mundo entero, se había librado de la entera destrucción gracias a la intervención, en el último minuto, de mi padre político.

Aquella noche del 10 de noviembre había tenido efecto en toda Alemania una destrucción planificada y organizada de los comercios judíos y las sinagogas. Como expresión, un "espontáneo sentimiento antijudío" fue pretexto para otras medidas de violencia

contra la población judía de Alemania. La consigna de Goebbels había sido cumplimentada "espontáneamente" por las S.A.

Dos días más tarde fue promulgada una orden sobre una "contribución reparadora" de los judíos alemanes por valor de mil millones de marcos. Con esta orden, los judíos quedaron prácticamente excluidos de la vida económica alemana.

A pesar de que desde 1933 a 1938 habían emigrado unos 180.000 judíos, vivían en el momento de promulgarse las leyes de Nuremberg unos 700.000, a los que había que añadir un millón y medio de mestizos.

Convoqué a todos los jefes comarcales de las HJ. a una reunión especial que se celebraría en Berlín. Estaba convencido de que muchos miembros del Partido estarían tan irritados como yo contra el "progrom" antijudío, la llamada "Kristallnacht" <sup>[43]</sup> y tenía la seguridad de que aquella noche criminal constituiría el final de la carrera política para su artífice Joseph Goebbels. Se calculará, pues, mi sorpresa cuando Hitler apareció, la noche del 14 de noviembre, en el palco de honor del teatro "Schiller" de Berlín en compañía de Goebbels. Por vez primera tuve en aquel momento la sensación de que no me encontraba entre personas normales.

¿Pero qué podía hacer yo? Hubiera podido optar por el apartamiento, pero tuve la convicción de que quien podía hacerlo, tenía por lo menos que intentar salvar cuanto fuera salvable. La "Kristallnacht" me parecía como un

auténtico retroceso a los tiempos de barbarie.

Como dirigente estudiantil, había exigido a finales de los años 20 que se restringiera el acceso de los judíos a las carreras académicas para alcanzar así los porcentajes que correspondían a su proporción con el resto de la población alemana. Ya no había en Alemania profesores y estudiantes judíos. Como diputado del Reichstag había votado en 1935 por las leyes de Nuremberg, que retiraban la ciudadanía a los judíos y prohibían los casamientos entre judíos y arios. Yo era antisemita, pero creía que había una manera digna de serlo. Por ello no quería saber nada con los "progroms" de los días 9, 10 y 11 de noviembre de 1938.



**Ilustración 11. Hitler, saludando a varios miembros de las Juventudes Hitlerianas en una audiencia en la Cancillería**



**Ilustración 12. Eva Braun, junto a Hitler, en una recepción celebrada en el «Berghof»**



## XXX

Llegó el 1 de septiembre de 1939. Desde hacía varios días, los berlineses sufrían los rigores del sol. El 31 de agosto, un jueves, había sido uno de los días más calurosos del año. Sin poder resistir el calor en mis habitaciones del hotel "Kaiserhof" me trasladé al hogar internacional que las HJ. tenían instalado a orillas del Havel, en Gatow. El viernes, a una hora muy temprana, me despertó uno de mis colaboradores y me tendió un telegrama: sesión del Reichstag a las 10.

Hasta entonces no se había convocado nunca el Reichstag con tan breve margen de tiempo. Debía haber ocurrido, por tanto, algo decisivo en nuestra confrontación con Polonia. La crisis estaba planteada desde hacía varios meses, pero en los últimos días de agosto había alcanzado su punto más dramático.

El 23 de agosto, mi ayudante "Bobby" Hopken y otros miembros de la jefatura de las juventudes habían sido requeridos súbitamente para su incorporación a la Wehrmacht. Pero ni siquiera entonces creí en la inminencia de una guerra. Algo parecido había ocurrido ya en 1938 a raíz de la crisis sudeta y en marzo de 1939 con la anexión de Checoslovaquia y Memel. En todos estos casos, Hitler se había limitado a simular una inmediata disposición para la guerra. Estaba por ello convencido de que también en la presente ocasión jugaba su "bluff".

A ello me abonaba un acontecimiento de gran alcance ocurrido apenas dos días antes. Acababa de concertarse en Moscú un pacto de no agresión con la Unión Soviética. Mi suegro Heinrich Hoffmann había acompañado al ministro del Exterior, Ribbentrop, en aquel viaje. Que Hitler hubiera enviado a su fotógrafo personal y amigo al Kremlin era un gesto perfectamente estudiado. Con ello quiso, sin duda, poner de manifiesto la sinceridad de sus deseos de paz con la Unión Soviética. Hitler sabía, además, que Hoffmann era un agudo observador. Su misión fue ser, por tanto, una especie de ojo de Hitler destacado hasta el Kremlin para informarle de detalles que muchas veces pasan inadvertidos a los diplomáticos de oficio. Hitler

se interesaba especialmente por el estado de salud de Stalin. Circulaban, efectivamente, rumores de vez en cuando sobre una grave enfermedad que padecía y que le obligaba a ser sustituido, en muchos actos oficiales, por un doble.

Después de que Hoffmann hubo informado a Hitler en la Cancillería permanecí largamente sentado con mi suegro en el "Kaiserhof". Resultaba muy interesante para mí su experiencia, pero me interesaba bastante más la reacción de Hitler ante el informe de Hoffmann.

—El hombre fuma como una chimenea y bebe como un turco — dijo Hoffmann —. Su salud es excelente y así se lo he comunicado al Führer.

Hitler le había preguntado luego sobre la manera con que Stalin le dio la mano; si con apretón fuerte o flojo. Era aquel uno de los criterios que utilizaba para juzgar a la gente. También le preguntó a Hoffmann si tenía la impresión de que Stalin se mantendría fiel a una alianza con Alemania y mi suegro le respondió que no tenía la menor duda sobre ello. Durante la recepción celebrada tras la firma del tratado en el Kremlin, Stalin había levantado también su copa en honor de mi suegro.

—Nasdorowje, gran obrero fotógrafo alemán.

Para el mundo fue una sensación la firma del pacto. Para muchos camaradas del Partido, un fuerte "shock". Desde que existían Hitler y el NSDAP, era objetivo del Partido la aniquilación del marxismo y el bolchevismo. Se explica así que muchos nacionalsocialistas apenas comprendieran ya lo que estaba ocurriendo. Oí decir que tras la firma del pacto, algunos centenares de miembros del NSDAP habían arrojado distintivos en el jardín que precedía la entrada principal de la "Casa Parda" en Munich.

A mi entender, aquel pacto era una muestra de la "realpolitik" de Hitler. El antiquísimo peligro de una guerra en dos frentes quedaba así alejado y también, creía yo, conjurado el "Drang nach Osten" [44] de Alemania. Con este cambio de posiciones diplomáticas, Hitler se había situado al lado de Europa. Y a partir de entonces

podríamos crear un orden nuevo de acuerdo con las potencias occidentales.

Cuando poco antes de las 10 me senté ante mi pupitre de la tercera fila en la Ópera Kroll, sede provisional del Reichstag, estaba dispuesto a escuchar una declaración gubernamental de tonos dramáticos, ciertamente, pero no una declaración de guerra. Había escuchado, sin embargo, una proclama de Hitler a la Wehrmacht, leída por radio a tempranas horas de la mañana y también había oído noticias que hablaban de luchas en la frontera polacogermana. Pero a pesar de ello, no podía imaginarme que la guerra había estallado.

Poco después de las diez apareció Hitler, a quien acompañaba Goering. El uniforme que vestía el Führer acabó con mis ilusiones de que hubiera podido llegarse a última hora a un entendimiento con los polacos. Era de color gris de campaña. Supe lo que aquello quería decir: estamos en guerra. Cuanto Hitler dijo en su discurso de media hora de duración, zumbó en mis oídos sin penetrar en mi conciencia. Algo quedó, sin embargo: "Desde las 5'45 se dispara..." Y también: "A partir de ahora no deseo sino ser el primer soldado del Reich alemán. He vestido la guerrera que más santa y entrañable me resulta. No me la quitaré hasta la victoria... o no viviré otro final..."

Tras la sesión del Reichstag me dirigí desde la Ópera Kroll a la central de la jefatura nacional de las Juventudes, en la Kurfurstenstrasse. Justamente enfrente, en la otra acera, se hallaba el edificio de la embajada

polaca. Desde las ventanas de mi despacho vi cómo eran cargados en camiones muebles, cofres y documentos. Me volví hacia mis colaboradores y dije: —Aquí tienen su guerra. Pero no crean que será una guerra corta. Podrá durar cinco, seis o siete años...

Mis colaboradores me miraron con ojos incrédulos. Debieron tomarme por un incorregible pesimista. Tres semanas más tarde, los hechos parecieron darles razón. Polonia había sido derrotada en 21 días. Hasta aquel momento, Francia e Inglaterra no habían disparado un solo tiro contra nosotros.



## XXXI

El mediodía del 27 de septiembre de 1939 tuve ocasión, por vez primera desde la declaración de guerra, de hablar a solas con Hitler en la Cancillería del Reich.

Acababan de darle la noticia de que el comandante de Varsovia había solicitado la capitulación. Hitler estaba del mejor humor y tenía toda la razón para ello: durante cuatro semanas, una débil cobertura de treinta y dos divisiones se había opuesto en Occidente a unos efectivos de 110 divisiones francesas, a las que se añadieron las primeras divisiones del cuerpo expedicionario británico. A pesar de ello, las potencias aliadas no habían atacado. Ahora, tras el final de la campaña "blitz" contra Polonia, día y noche se desplazaban divisiones alemanas del Este al Oeste.

Mi presencia tenía como motivo discutir un problema muy personal con Hitler. Más de la mitad del cuerpo de mandos de las H.J. se habían incorporado desde el principio de la guerra a la Wehrmacht. 314 jefes de las HJ. habían caído en Polonia y yo, jefe de aquella juventud, había seguido sentado en el seguro despacho de la jefatura nacional. Rogué a Hitler que me incorporara a las filas militares.

Pero el Führer no quiso saber nada sobre aquello.

—Considero estúpido que pierda el tiempo en un cuartel. Aquí, en la patria, usted es más importante, Schirach. No olvide que sus muchachos tienen que hacer ahora muchos trabajos de los adultos que ahora han sido incorporados a la Wehrmacht. Sus palabras tuvieron el acento de una orden irrevocable. Pero no me di por vencido. Y no pasó mucho rato sin que Hitler accediera a mi solicitud.

A finales de noviembre del año 1939 visité en unión del oficial de enlace de la Wehrmacht cerca de las H.J., comandante Paul Vólckers, las unidades destacadas en la Polonia ocupada, donde muchos mandos de las Juventudes Hitlerianas servían como soldados. En Varsovia me entregaron un telegrama que decía así:

"Führer conforme con incorporación a Wehrmacht".

¿Cómo se comportaban en el Wehrmacht cuando un alto jerarca del Partido ingresaba en sus filas como recluta? El problema no estaba previsto en ninguna ordenanza. Por ello fui acogido como un recluta cualquiera al que hay primeramente que enseñar a marcar el paso, luego cubrir de estiércol y finalmente, habituar a los gritos. Para los instructores constituía el nuevo recluta origen de una gran turbación. La turbación que podía proporcionar un recluta cuyo rostro todo el mundo conocía por haber aparecido en centenares de fotografías.

El comandante Vólckers encontró una solución: fui incorporado al regimiento de instrucción de Infantería, estacionado en Bóberitz, cerca de Berlín. En aquel regimiento prestaban sus servicios los soldados ya en activo, que habían sobrepasado ya su formación militar.

A primeros de diciembre me presenté como recluta al jefe del Regimiento de Instrucción. El jefe nacional de las Juventudes se convirtió en un granadero. Mi primer jefe fue el cabo Pinkepank. Ocupamos una habitación en el antiguo poblado olímpico de Dóberitz. Y luego dio principio a mi instrucción, ya que Pinkepank tenía la "misión" especial de enseñarme el entero abecedario militar. No me ahorró absolutamente nada, tanto en el patio del cuartel como en el terreno de maniobras, ni siquiera las interjecciones habituales entonces en el trato militar.

Los restantes oficiales y suboficiales me trataban con una mezcla de preterición y respeto, que en algunos casos llegaba a aparecer como cierta compasión. Los finales de semana estaban reservados a la limpieza. Vestido con el uniforme de faena y arrodillado en los escalones de entrada trataba de sacarles el mayor brillo posible. De pronto, el sargento mayor apareció ante mí.

—Vaya a su habitación, Schirach. ¡Usted no tiene que hacer eso!

Obedecí, pero sin gustarme aquello absolutamente nada. Quería ser un soldado como los demás. Y por ello, me dirigí a los oficiales para rogarles respetuosamente que no me dieran el trato reservado a un soldado de salón.

A partir de aquel instante se establecieron unas relaciones completamente normales entre el granadero Schirach y el resto del regimiento. En los ejercicios de tiro no obtuve, ciertamente las mejores calificaciones, pero alcancé, de todas maneras, los niveles reputados como normales.

"Recién regresado de mi viaje a América, necesito hablar urgentemente contigo." Este mensaje me llegó a principios de marzo al cuartel de Dóberitz. Su remitente era Colin Ross, con quien me unía una estrecha amistad desde hacía años.

Colin Ross era a la sazón el más famoso "globetrotter" y escritor de viajes alemán. A diferencia de otros colegas de su especialidad, acostumbraba a instalarse algún tiempo y en unión de su mujer e hijos en el país sobre el que quería escribir y sólo después de trabar un profundo conocimiento del mismo, redactaba su obra. En 1932 se había establecido en Suiza. Su libro titulado "El mundo en la balanza", aparecido en 1929, me había causado gran impresión. Colin Ross profetizaba una catástrofe mundial en el caso de que las potencias "blancas" no encontraran nuevas formas de convivencia con los pueblos de color. La mayor parte de los dirigentes nacionalsocialistas miraban con malos ojos a Colin Ross, sobre todo porque en 1918, cuando era oficial prusiano, se había puesto a disposición del gobierno socialdemócrata.

No dejó, por tanto, de sorprenderme que un día, en 1933, me visitara Colin Ross en mi despacho de la jefatura nacional. Durante más de una hora conversamos de política, literatura y problemas juveniles. Aquella conversación con el escritor me fascinó más intensamente todavía que la lectura de sus libros. Finalmente, Colin Ross pasó a hablarme de la finalidad de su visita: quería establecerse definitivamente en Alemania con sus hijos, que hasta entonces habían frecuentado escuelas en diferentes partes del mundo. Consideraba que solamente en Alemania podrían recibir una instrucción adecuada.

—Pero la cosa tiene una dificultad — dijo Colin Ross —. Me perdonará usted que hasta ahora no haya pasado a tratar este

punto, ¿pero quería saber antes la clase de persona que usted era... Mi familia tiene un parentesco judío.

No vi en ello ningún impedimento para un regreso de la familia a Alemania y ayudé incluso a Colin Ross a encontrar una cómoda vivienda en Munich. Para demostrarle que no me importaba poner de relieve mi trato con él y su familia, les invité a pasar unos días en mi casa, en Kochel. Ralph Ross, su hijo mayor, de dieciséis años de edad, era uno de los muchachos más dotados que he conocido. Había escrito ya un libro titulado "De Chicago a Chunking" y demostraba seguir las huellas de su padre. Ralph ingresó, inmediatamente después de su regreso, en las Juventudes Hitlerianas.

Cuando fueron promulgadas, en septiembre de 1935, las leyes de Nuremberg e incluso los "cuarterones" de judíos excluidos de todas las secciones del NSDAP, me dirigí a Hitler. Se mostró dispuesto a hacer excepciones en el caso de las H.J. y me dijo:

—Facíltame listas de nombres de todos los jóvenes para quienes desea que se haga una excepción. Entregúemelas personalmente, sin que pasen por nadie.

Por este método, en el transcurso del año, fueron declarados millares de muchachos como arios y a ninguno de ellos les ocurrió nada hasta el término de la guerra. Claro que este par de miles de "arianizados" no significaron gran cosa al lado de los millones de judíos a los que nadie pudo o quiso ayudar.

Entre el matrimonio Ross y yo se estableció una profunda amistad. En marzo de 1939, cuando las tropas alemanas entraron en Checoslovaquia, había emprendido Colin un viaje a los EE. UU. Un año después se hallaba de regreso y quería hablar conmigo. Aprovechamos el fin de semana para encontrarnos en el hotel "Kaiserhof". Colín Ross me dijo cosas que me parecieron bastante graves. Había adquirido en su viaje por Estados Unidos la convicción de que en las elecciones presidenciales que se celebrarían en el otoño de 1940 resultaría elegido por tercera vez Franklin D. Roosevelt y que Norteamérica entraría, pronto o tarde, en la guerra.

—Tienes que informar a Hitler de todo ello — le dije.

—Lo haré del mejor grado si me procuras una audiencia.

Desde que yo era granadero, había evitado ver a Hitler. Me parecía una medida de elegancia. Pero el momento no era propicio a aquellas actitudes, por lo que aquella noche me vestí el uniforme de recluta. Luego anduve los doscientos metros que separaban el "Kaiserhof" de la Cancillería. En el bolsillo tenía la llave que abría el portal de la vieja Cancillería, en la Wilhemplatz. donde tenía mi despacho de jerarca nacional del Partido. Desde allá, una escalera conducía directamente abajo. al salón de la chimenea. Como cada mediodía y noche, esperé aquella víspera de domingo a que se congregara la habitual compañía de la que Hitler gustaba rodearse para sus comidas.

Fui saludado con efusión por los presentes. En aquella reunión prominente, la vista de un recluta no era cosa habitual. El ayudante militar de Hitler, comandante Engel, recibió con una sonrisa mi novedad y me dijo que el Führer se encontraba en la biblioteca, a solas. Hitler dio la vuelta a su sillón giratorio mientras me presentaba a él:

—Se presenta el granadero Schirach, del Regimiento de Instrucción de Doberitz.

Sonrió y se quitó con gesto apresurado las gafas que llevaba, colocándolas junto al libro que tenía ante sí.

—Ya vé, Schirach; me hago viejo y necesito gafas — dijo —. Con todo, llevo de mejor grado esta guerra con cincuenta que con sesenta años.

Se informó sobre mi estancia en Doberitz y me preguntó, con un experto conocimiento que me sorprendió, sobre las armas en que me instruía.

—Los señores franceses e ingleses no tardarán en experimentarlas.

—¿Atacaremos en el Oeste?

—Puede estar seguro de ello. Y les venceremos.

Aquel era mi momento.

—Entonces tendremos que enfrentarnos con América — dije.

Hitler se echó a reír y me miró como un viejo maestro a un alumno travieso.

—¿De dónde ha sacado tamaña tontería? No exigimos nada de América, ni América nada de nosotros. Incluso si vuelve a ser presidente el señor Roosevelt, los republicanos no le dejarán que entre en la guerra contra nosotros. Su jefe, el senador Taft, es un amigo de Alemania, así como el héroe nacional americano Charles Lindbergh y el rey de los automóviles, Henry Ford...

Yo era de otra opinión.

—En USA no hace la política el presidente de una empresa automovilística y los puntos de vista de un aviador que ha cruzado el Atlántico apenas son conocidos por la masa de la opinión. Por su parte, Taft es un importante político que tiene bastantes probabilidades de llegar a la presidencia. Pero igualmente puede no llegar a serlo jamás, porque el pueblo americano confía en los demócratas y no en los republicanos para llevar a la práctica las reformas sociales.

Hitler cogió sus gafas, las metió cuidadosamente en la funda y preguntó:

—¿Quién le ha hecho a usted partícipe de semejantes habladurías?

—Sin duda piensa usted que alguno de mis parientes americanos ha influido sobre mí — respondí —. Pues bien: mi parentesco no juega en este caso el mínimo papel. Por eso le ruego que escuche el informe de un hombre que ha vivido años enteros en América y conoce, además, el mundo entero...

—¿De quién se trata?

—De Colin Ross.

Estaba seguro de que Hitler no había leído ningún libro del escritor, pero de que conocía, por lo menos, el nombre.

Aquella misma noche fijó Hitler la fecha para su audiencia a Colin Ross: el 12 de marzo de 1940. Conversó con él durante una hora. El consejero de la legación, Hewel, del ministerio de Asuntos Exteriores y habitual representante de Ribbentrop cerca de Hitler,

tomó notas de la conversación con destino a su ministerio. Estos apuntes, a pesar de haber sido muy parcialmente transcritos para no indignar a quien se mostraba seguro de la neutralidad americana como Ribbentrop, evidenciaron la claridad con que Colin Ross habló con Hitler. Como me contó después él mismo, Colin no demostró en la conversación duda alguna de que América entraría en la guerra y de la culpa de ello la tendría, sobre todo, la persecución de los judíos en Alemania.

Al término de la conversación, Hitler había expresado el deseo de tener una segunda entrevista con Colin Ross. Pero ésta no se llevó nunca a cabo. Ross fue recibido luego algunas veces por Von Ribbentrop y creyó con sinceridad que todo lo que informaba al ministro del Exterior era puesto en conocimiento de Hitler. No puedo afirmar que Ribbentrop llegara a desaprovechar tan interesantes informaciones, pero mi largo conocimiento con el que fue ministro del Exterior me hace suponer que no era capaz de comprender en toda su extensión y gravedad el alcance de lo que Colin Ross le comunicó.

De todos modos, ni una sola vez dejó de pedir a Colin Ross que redactara un informe de cuanto acababa de decir. El ministro actuaba así de acuerdo con la vieja fórmula: cuando un hombre resulte demasiado inteligente o pueda llegar a ser en exceso peligroso para ti, ocúpale con memorándums.

Colin Ross redactó infinidad de memorándums. No le fue posible variar con ellos el curso de la historia, pero en mi opinión, cumplió el histórico servicio de haber destacado ante los ojos de Hitler todo el inmenso poder de que disponían los Estados Unidos. Dijo a Hitler, clara y rotundamente, que los americanos no se darían por satisfechos con que se les garantizara la inviolabilidad de su hemisferio. Dijo a Hitler que el pueblo americano estaba poseído por un espíritu misionero y se sentía llamado a ser juez del bien y el mal en la vieja Europa. Le dijo también que no serían las grandes potencias de aquel momento las que tendrían poder de decisión sobre el futuro, sino las potencias mundiales del mañana: América,

Rusia y como tercera, aquella que Colin Ross supo presentir ya en aquel momento: China.

Pero nadie es profeta en su tierra. Colin Ross, un alemán de ascendencia anglosajona, que había sido oficial en la primera guerra mundial y era admirado en todas partes del mundo donde se leían sus libros, no pudo hacer más de lo que le era posible.

Muy pronto se vio obligado a reconocer la esterilidad de su empeño. Pero tuvo que pasar bastante tiempo hasta que el hombre se dio por resignado. Y le resultó muy difícil ir viviendo los acontecimientos tal como él los había previsto. En los últimos años de la guerra vivía con su esposa en nuestra casa de Urfeld, en el lago Walch. Cuando los primeros tanques americanos se aproximaron el 29 de abril de 1945 al Kesselberg, Colin Ross mató a su mujer y luego se quitó la vida.



## XXXII

A mediados de abril de 1940 terminó mi período de recluta en Doberitz. Fui promovido al grado de cabo y encuadrado en el regimiento de infantería "Gran Alemania". Este regimiento, enteramente motorizado, procedía al principio casi por entero del Regimiento de Instrucción. En el curso de la guerra fue convirtiéndose en algo muy singular, dotado de su propia escuela de oficiales y fue a ser para el ejército el contrapeso de las S.S. El regimiento que cubrió Berlín, el batallón que guarnecía el cuartel general del Führer, el famoso cuerpo blindado del general Von Manteuffel; todas estas unidades pertenecían al regimiento "GD" [45]

A pesar de las semejanzas que a primera vista podían encontrarse, nuestra diferencia con la S.S. era evidente. Entre otras cosas porque no nos mandaba un "Reichsführer", sino un general. Hasso von Manteuffel.

Nuestro regimiento estaba destacado en la línea Sigfrido, en la región de la frontera germanoluxemburguesa.

Al cabo de una semana fui llamado por el jefe del regimiento, teniente coronel conde Von Schwerin. Me dijo:

—Tengo la sospecha, Schirach, de que aquí va a batirse pronto el parche. Vaya a ver a Hitler y niegúele que nuestro regimiento sea punta de lanza cuando se ataque a Francia.

La misión no dejaba de resultar singular para estar encomendada a un cabo.

Me dirigí, pues, a Berlín dotado de un salvoconducto especial, me presenté a Hitler en la Cancillería y le expuse los deseos de mi jefe. Y Hitler accedió. Parecía tener todo el plan de campaña en la memoria.

—Puede usted informar al conde Schwerin de que el regimiento será colocado en la punta de una cuña blindada. No tardaremos mucho en ponernos en marcha.

El conde Schwerin sonrió cuando le transmití el mensaje de Hitler. Había comprendido lo que en realidad quería saber: Hitler pensaba preocuparse tan poco de la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica como el Kaiser Guillermo II en 1918.

El 9 de mayo de 1940, a las cinco de la madrugada, salimos de instrucción. A los pocos kilómetros me llamó el jefe de la compañía, teniente coronel Kolb. Salí de la columna.

—Es hoy su cumpleaños — me dijo —. Muchas felicidades y váyase al acantonamiento.

Dormir es siempre uno de los más intensos deseos del soldado. En el acantonamiento, una casa de campo, me eché a dormir con la seguridad de que no me despertaría hasta la tarde. Pero mi sueño de cumpleaños duró tan solo un par de horas. Un golpe en la puerta me despertó:

—¡Arriba! ¡Alarma!

Afuera, en las calles del pueblo, rugían los motores de nuestros camiones. Diez minutos después nos hallábamos cada uno en nuestro puesto. Al amanecer del día siguiente atravesaba el regimiento "Gran Alemania" el Gran Ducado de Luxemburgo hacia Bélgica.

El regimiento fue vértice de todos los ataques decisivos de la campaña del oeste: en Sedán, en el Somme, en Dunkerque. Una noche entera permanecimos en Bergues, en el Canal de la Mancha, bajo el fuego de la artillería británica y los cañones de los barcos de guerra que cubrían la retirada del cuerpo expedicionario. A la mañana siguiente nos retiraron de aquella posición a causa de las numerosas bajas experimentadas, pero fuimos trasladados hacia el sudeste, con el objetivo de romper la línea Weygand. En aquellas agitadas semanas fui primeramente enlace de la IV Compañía, más tarde, jefe de una sección de ametralladora y tras haber sido ascendido a suboficial, alcancé finalmente el grado de teniente.

A finales de julio, cuando me hallaba en Lyon, recibí la orden de Hitler: "Preséntese inmediatamente en el Cuartel General." Nadie sabía, en la división o en el cuerpo de ejército, dónde se encontraba

por aquellas fechas el cuartel general. La plana mayor me procuró un vehículo deportivo "Triumph", recién sacado del escaparate de un comercio de automóviles de Lyon. Salí en dirección Este, informándome en todas las planas mayores de la situación del cuartel general. Pero nadie sabía darme razón. Así llegué a Berlín. Desde el aeropuerto de Tempelhof, un aparato destinado a las funciones postales del cuartel general me trasladó hasta las proximidades de Freudenstadt, en la Selva Negra. En una vagoneta ascendí por los caminos del bosque hasta Kniebis. De pronto, el bosque cesaba y en un altozano cubierto de abetos vi un gran número de *bunkers*: era el cuartel general del Führer "Tanenberg". En la explanada que había ante uno de los *bunkers* mayores, Hitler paseaba arriba y abajo en compañía de Ribbentrop.

Me quedé en segundo término. ¿Estaría relacionada la presencia del ministro del Exterior con la súbita llamada de Hitler? Ya en el año 1938, Hitler y Ribbentrop habían pensado mandarme como embajador a Estados Unidos. El cáliz había quedado entonces sin apurar y nuestra embajada en Washington seguía cubierta por un encargado de negocios. Pensé rápidamente todo aquello, al tiempo que me ratificaba en mi fuero interno en mi decisión de no llegar a ser jamás un diplomático a las órdenes de Ribbentrop.

Hitler terminó su conversación y se adelantó hacia mí con los brazos abiertos.

Hice mi presentación a la manera militar, pero él me obligó a bajar la mano al tiempo que me decía:

—Me alegra que haya salido con bien de todo. Sé que el regimiento "Gran Alemania" ha perdido en la campaña del oeste un tercio de su oficialidad y efectivos.

Aquel hombre que estaba ante mí acababa de conseguir un triunfo que nadie había creído posible en tan breve espacio de tiempo. Apenas tres meses antes yo había advertido a Hitler que América no vería inactiva nuestro ataque en Francia. ¿Habían sido infundados los temores experimentados tanto por Colin Ross como por mí? Así parecía. La fe en las condiciones militares de Hitler había alcanzado extremos indecibles.

—Se ha salido usted con la suya, Schirach — dijo, tras haberse despedido de Ribbentrop —. Pero ahora le necesito para otra tarea. Tiene que ir a Viena como comisario del Reich.

Quedé tan sorprendido que no me fue posible articular al principio una sola palabra. Tras una rápida mirada a mi rostro, Hitler prosiguió:

—La situación en Viena se ha hecho delicada. El *gauleiter* Bürckel no ha sabido ganar a los vieneses para la causa del Reich. No puedo permitirme tener una ciudad hostil en el extremo sudoriental. Tengo que mandar a Viena alguien que posea tacto psicológico y creo que es usted el hombre adecuado para tal tarea.

Conocía a Joseph Bürckel desde 1935. Era entonces *gauleiter* del Pfalz. Nos habíamos entendido siempre muy bien, sobre todo cuando se trataba de llevar a la práctica planes sociales. Se me hacía por ello desagradable escuchar críticas contra él en labios de Hitler y le dije:

—No me resulta muy satisfactorio tener que expulsar al *gauleiter* Bürckel de su puesto, mi Führer.

—Nada de eso — me tranquilizó Hitler —. Bürckel será nombrado jefe de la administración civil de ocupación de Lorena. Eso le será muy agradable, como natural del Pfalz que es. En Viena se necesita una especial sensibilidad para los problemas culturales. Por eso he pensado en usted.

—La política cultural corresponde a Goebbels — me atreví a insinuar.

—Recibirá de mí mismo todos los poderes necesarios. Será nombrado comisario del Reich para los "gau" de Viena, Alto y Bajo Danubio. Nadie podrá inmiscuirse en su labor, ni siquiera Goebbels.

—¿Y quién será mi sucesor al frente de las juventudes del Reich?

—Puede usted mismo proponérmelo, Schirach.

Me encontraba en un punto decisivo de mi carrera política. En 1928, a los veintiún años de edad, me había hecho cargo de la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas y ganado, en el transcurso de

cuatro años, la mayoría de los estudiantes para Hitler. Luego había organizado las Juventudes Hitlerianas y estructurado el mayor movimiento juvenil del mundo. Bajo el lema "La juventud tiene que ser dirigida por los jóvenes", había conseguido primeramente la autonomía de dicho movimiento del Partido y luego del propio Estado. El cuerpo de mandos de las HJ. había recibido una formación tan estricta y depurada que tenía la absoluta seguridad de que de sus filas saldrían los futuros dirigentes del Partido y del Estado. Acababa ahora de cumplir los treinta y tres años y me veía obligado a abandonar aquella labor.

—Propongo a Artur Axmann — le dije a Hitler.

Seis años menor que yo, Axmann era jefe regional y de la comisión social de la jefatura nacional de las Juventudes. A los quince años había fundado los primeros grupos de las HJ. en el barrio rojo de Wedding, en Berlín. Más tarde, antes de la conquista del poder había sido principal impulsor de las actividades sociales de las H J. Desde el principio de la guerra cumplía con sus deberes militares como soldado, habiendo conseguido rápidamente un ascenso a suboficial.

Hitler se mostró de acuerdo con la propuesta de Axmann.

—Pero de todos modos, seguirá usted siendo responsable ante mí de la juventud, con su calidad ministerial. Conservará su despacho en la cancillería y hará frecuentes desplazamientos a Berlín.

A esta conversación siguió, el 2 de agosto de 1940, el nombramiento como comisario del Reich y *gauleiter* en Viena. El mismo día fue designado Artur Axmann jefe nacional de las Juventudes del NSDAP y jefe de la juventud del Reich alemán.

No había ejercido durante mucho tiempo el cargo de *gauleiter* y Comisario del Reich cuando Hitler me rogó que fuera a visitarlo en el Berghof. Desde el automóvil vi como descendía apresuradamente la larga escalinata de la entrada para darme la bienvenida\* Llevaba, como siempre que estaba de vacaciones, su sombrero de fieltro tirolés y cogía con la mano izquierda los grises guantes de cabritilla.

Su aspecto era excelente y nada dejaba entrever, en su expresión o su persona, que Hitler estaba aquellos días ante una decisión fundamental tanto para él como para Alemania: proseguir la guerra en el Oeste con una invasión de Inglaterra o caer en el Este sobre la Unión Soviética, engañada con el pacto de no agresión.

Hitler me llevó a una de las habitaciones para huéspedes del Berghof, la llamada "habitación Blomberg". Se denominaba así por haber sido el antiguo ministro de la Guerra, mariscal de campo Von Blomberg, el primero que pernoctó en ella. La "habitación" era en realidad un apartamento formado por un gran despacho, un pequeño dormitorio y un baño. De todos modos, el baño no podía utilizarse antes de las diez de la mañana. El arquitecto de la casa había dispuesto de una manera tan genial las conducciones de agua que en una de las paredes correspondientes al dormitorio de Hitler, provocaban un zumbido en cuanto entraban en funcionamiento. Como acostumbraba a dormir hasta bien entrada la mañana, el huésped se veía obligado a permanecer sin lavar ni afeitarse hasta que el ayuda de cámara de Hitler, Linge, hacía una discreta señal: el Führer se había levantado y podía ya funcionar la conducción de agua.

A la hora de la comida acompañé a Eva Braun a la mesa. Al ofrecerle mi brazo, olfateó un momento y luego exclamó con expresión de disgusto:

—¡Huele usted a puros!

—Es posible — le respondí —. Pero no son unos puros cualquiera. Se trata de "Coronas, de "La Corona". La marca de los que fuma también Churchill.

—Sin embargo — añadió ella —, el Führer no quiere que nadie fume aquí.

—No fumo aquí, sino arriba, en mi habitación o fuera, en la terraza.

No se dio por vencida.

—Pero el Führer tampoco quiere que se fume en cualquier lugar de la casa.

—En tal caso, lo mejor sería prohibir de una vez para siempre el fumar en Alemania y cerrar todos los estancos.

Encontré tonto seguir discutiendo con la amante de Hitler sobre el tabaco y tras mi última observación guardé un obstinado silencio.

Habitualmente, Eva Braun permanecía oculta a los invitados del Berghof, sobre todo si eran éstos extranjeros. Pero cuando Hitler tenía allá a sus íntimos colaboradores, representaba del mejor grado el papel de anfitriona y él le permitía aquella pequeña satisfacción. Su consecuencia acostumbraba a ser siempre la misma: que ilustrara a la concurrencia con las nuevas habladurías y confidencias del mundo de la cinematografía. En su habitación se amontonaban las revistas de la especialidad, los programas y las fotografías. No dejaba de resultar sorprendente que la amante del hombre que hacía temblar al mundo viviera enteramente sumergida en aquel universo de ficción.

Cuando no le resultaba posible entretenerse con sus chismes cinematográficos, Eva Braun representaba el papel de aburrída y se quejaba de dolores de cabeza. Así, mientras conversaba con sus colaboradores, Hitler le cogía con frecuencia la mano, como demostración de su preocupación por ella.

Tras la comida, el Führer me llevó al amplio salón con los ventanales abiertos al famoso panorama donde acostumbraba a recibir a sus visitantes extranjeros. Estaba del mejor humor. Había departido en los días anteriores con un grupo de vieneses, especialmente artistas y aquello parecía haberle convencido de que yo había conseguido, en breve espacio de tiempo, contrarrestar la nefasta influencia dejada por Bürckel.

Observé a Hitler, que si bien Bürckel había cometido grandes faltas, especialmente en lo que se refería a la "arianización" de propiedades judías, no podía atribuírsele la entera culpa de la atmósfera hostil que se respiraba en Viena. Por otra parte, tampoco le acusaba Hitler de aquellas faltas, sino que le reprochaba pequeños detalles, a mis ojos enteramente ridículos: "Se quitó la chaqueta en el comedor del hotel "Imperial" y comió en mangas de camisa... Se sentó en traje de calle en el palco de honor de la Ópera."

—No es cierto nada de eso, mi Führer — objeté por mi parte —. Esos rumores solamente pueden haberlos difundido aquellas personas a quienes no complacía la actitud abiertamente amistosa que Bürckel mantenía hacia los obreros. Precisa solamente informarse cerca de los obreros de la fábrica de locomotoras de Floridsdorf para saber que Bürckel tenía en Viena más amigos que enemigos.

Hitler guardó silencio y se mordió las uñas. Le pregunté de quién había recibido aquellos informes sobre la actuación de mi antecesor. Y Hitler respondió, irritado:

—¡De esa *frau* Marión! Pero ahora estoy harto de todo ello y no volveré a prestar oído a su estúpida charla.

*Frau* Marión, una vienesa, era íntima amiga de Eva Braun. Estaba frecuentemente invitada al Berghof para hacer así el tiempo menos pesado a la amante de Hitler. Su tío era el general de Sanidad, doctor Arthur Zimmer. De aquella fuente había bebido Hitler sus informaciones sobre Viena. Su propósito de no seguir prestando oídos a aquella "estúpida charla" fue de corta duración. Precisamente, una de las mayores curiosidades del Tercer Reich era que sus más altas personalidades dirigentes tomaran con frecuencia decisiones de la mayor importancia guiadas solamente por rumores y opiniones estrictamente privadas.



## XXXIII

En los primeros días de octubre del año 1940 fui llamado de nuevo por Adolfo Hitler. Aquella vez me recibió en la Cancillería del Reich. Le encontré inquieto y nervioso. Tras los primeros bombardeos de Berlín y otras ciudades y los ataques de hostigamiento de algunos aviones enemigos, que se producían cada noche, habían llegado a los gobiernos provinciales, e inclusive a la Cancillería, un torrente de cartas firmadas por padres que se quejaban de que sus hijos no podían conciliar ninguna noche el sueño.

—Tenemos que evacuar a esos niños de las ciudades amenazadas, Schirach — me dijo —. Sé que está usted ocupadísimo en Viena, pero le ruego que eche también esta tarea sobre sí.

Los ataques aéreos de aquellos días eran casi inofensivos en comparación con los que hubo que sufrir a partir de 1942. Pero el hecho de que Hitler reaccionara con tanta rapidez ante las cartas de los preocupados padres y ordenara la evacuación de la población infantil de las grandes ciudades, demuestra de que ya en el otoño de 1940 se hallaba también predispuesto a admitir lo peor.

Me encontré así ante una difícil tarea. En el caso de que cometiéramos una falta en la acción evacuadora, era fácil que cundiera el pánico. Y los padres dirían: "¡Ahora nos quitan también a nuestros hijos!"

Por tal causa, una de mis primeras decisiones fue no imponer obligatoriamente la evacuación. Otra, no llamar las cosas por su nombre. Por ello le dije a Hitler:

—Como es lógico, la operación no recibirá el nombre de evacuación, sino otro menos comprometido.

Antes de la conquista del poder había yo organizado el llamado "Envío de niños al campo". Quinientos mil niños ciudadanos, que hasta entonces no se habían desplazado nunca durante las vacaciones, fueron enviados al campo durante cuatro semanas.

Propuse, pues, a Hitler, que la operación se denominara "Envío prolongado de niños al campo".

Tampoco se me ocultó desde el principio que no podríamos contar para esta acción con los albergues juveniles. Tendríamos que incautarnos de pensiones y hoteles. Pero la mayoría de aquellos inmuebles eran sólo utilizables en verano. Deberían ser acondicionados para el invierno, dotándolos de dobles ventanas, estufas, calefacción central y cocinas más grandes. Cuanto más meditaba sobre ello, mayor era el conjunto de problemas que se me planteaban. Durante toda una noche trabajé con mi colaborador Helmuth Mockel en un plan que permitiría enviar unos doscientos mil escolares con sus maestros y unos quinientos mil párvulos con sus madres a unas residencias campestres por espacio de numerosas semanas. Eran precisas tres mil seiscientas residencias, dotadas de camas, lavabos, pupitres, material escolar, medicinas, raciones alimenticias suplementarias, frutas y vitaminas...

Hitler levantó las cejas con gesto perplejo cuando le expuse, a la mañana siguiente, mi entero plan.

—Ha obrado usted como si estos bombardeos fueran a durar años enteros — dijo entre dientes. Pero en el fondo se sintió satisfecho y me preguntó cuánto costaría la financiación del plan.

—En principio necesitaremos unos dos millones de marcos diarios, así como medios de transporte en cantidad ilimitada. El ministro de Alimentación deberá poner a disposición de cada evacuado un veinte por ciento más de alimentos de los que reciben en su casa. Y además, tanto la radio como la prensa y los noticiarios cinematográficos, tendrán que trabajar de acuerdo con mis directrices para que la opinión esté informada en todo instante del alcance de esta operación.

Hitler accedió a todo. Y catorce días después salió el primer tren especial repleto de niños berlineses con destino al campo. Un año más tarde, la cifra se elevaba a 250.000, y en los siguientes fueron millones los evacuados.

Después de terminada la guerra, dos oficiales ingleses me visitaron en mi reclusión. Por sus preguntas sobre la evacuación de niños durante la guerra reconocí su identidad: eran "colegas", que habían evacuado en Inglaterra — al igual que lo hecho en Alemania — millones de niños de las amenazadas ciudades.

Tanto Henriette como yo recibíamos en Viena muchos invitados. Frecuentaban mi villa, situada en la Hohen Warte, número 52, diplomáticos y artistas. A fin de cuentas, una de las razones de que Hitler me hubiera enviado a la ciudad del Danubio era lo poco que mi antecesor Bürckel se había preocupado de las actividades culturales de la capital.

Tras el Anschluss de 1938, Viena había ido quedando relegada a la sombra de la metrópolis teatral que era Berlín. Una de mis preocupaciones fue cambiar aquel estado de cosas.

Traté de vincular estrechamente a diferentes artistas con Viena y para ello me vi precisado a dar grandes recepciones y tener con frecuencia como invitados a grandes figuras de la escena.

Pronto observamos Henriette y yo que nuestra política de "puertas abiertas" costaba más dinero que el que disponíamos. Vivíamos por encima de nuestras posibilidades. Teníamos que hacer algo. Decidí, por tanto, hablar con Martín Bormann, que ejercía la gerencia del fondo de millones llamado "Donación Adolfo Hitler para la Industria", y era igualmente administrador privado del Führer.

Había conocido a Bormann en 1928, durante un corto período de estudios en Weimar. Me encontraba con un grupo de correligionarios en el "Kaiser Café". En la puerta se detuvo un dos plazas del tipo "Opel-Frosch", del que descendió un hombre fornido y de cortas piernas. Se acercó a nuestra mesa y mis amigos me lo presentaron:

—Martín Bormann.

Había oído hablar anteriormente de él: en 1924 fue condenado a un año de reclusión por complicidad en un asesinato de la "Fema" [46] en Mecklenburgo. Bormann tenía a la sazón 23 años, era inspector de Hacienda de profesión, y desde 1927, miembro del

NSDAP. A la salida de la cárcel no volvió a ser readmitido en el cuerpo y había tenido que refugiarse en casa de su madre, en el alto Weimar. Con su pequeño "Opel-Frosch" llevaba al *gauleiter* Fritz Sauckel de asamblea en asamblea y de reunión en reunión.

Dos años después de nuestro primer encuentro volví a hallarlo en Munich. El *gauleiter* Sauckel había recomendado al camarada sin trabajo al tesorero del Partido, Franz Xaver Schwarz. En la jefatura nacional, Bormann administraba la caja de ayuda del NSDAP. Esta caja era una especie de seguro de paro para los miembros de las S.A. Bormann me saludó como a un viejo amigo y me tuteó inmediatamente. Perteneecía a la clase de tipos que procuran inmediatamente intimar con los preeminentes — y para Bormann, yo era, en mi calidad de jefe nacional de estudiantes, una personalidad — para hacer alarde de su amistad ante los demás.

Así obró igualmente con Walter Buch, jefe de la sección jurídica nacionalsocialista. Buch dio cobijo en su casa, donde vivía en compañía de sus hijas, a aquel soltero alejado de su región natal. Consecuencia: pocos meses más tarde, Bormann se había convertido en el yerno de Buch. Contrajo matrimonio con la hermosa pero muy casera Gerda Buch y Hitler fue padrino de la ceremonia.

Desde entonces, el propio Bormann ingresó en el círculo de los importantes. Pero pronto se hizo insufrible para su antiguo protector, el correcto administrador Schwarz. Éste quiso alejarlo de su lado. Se le ofreció la oportunidad en 1933, al ser nombrado Rudolf Hess sustituto del Führer y precisarse un secretario. Schwarz alabó las condiciones de su adjunto y consiguió que Hess le propusiera para cubrir su propia vacante. De esta manera, Bormann se hizo sustituto del sustituto del Führer y llegó luego a ser sombra de Hitler y su inseparable acompañante.

Los jefes nacionales no tuvimos ningún motivo al principio para quejarnos de Bormann. Todo lo contrario. Las solicitudes hechas a Hitler eran cursadas con mayor rapidez que por Hess, siempre muy tarde en sus reacciones. Bormann se mostraba asimismo como un buen amigo, capaz de defender los intereses y necesidades de los jefes del Partido cerca de Hitler, incluso con aparente olvido de

los propios. Tardé bastante en darme cuenta de sus verdaderas intenciones y reconocer su peligrosidad.

Cuando Hitler llegó a Viena con ocasión del ingreso de Bulgaria en el Pacto Tripartito, el 1 de marzo de 1941, me dirigí, todavía lleno de desconfianza, a Bormann, a quien hice partícipe de mis preocupaciones económicas.

—Ese no es ningún problema, Baldur — me dijo —. Hablaré con el Führer y obtendrás una dotación. Tienes que decirme cuánto necesitas: doscientos mil o quinientos mil marcos. La cosa irá muy de prisa.

Quedé sorprendido.

—Sólo reciben dotaciones los mariscales cuando han ganado una batalla importante — dije.

Bormann se echó a reír.

—Si supieras cuántos han recibido dotaciones sin haber pisado jamás un campo de batalla, quedarías más sorprendido todavía.

Se refería, sin duda, a gentes como el ministro de Economía Funk, que con ocasión de cumplir sus cincuenta años, había recibido del "Fondo Hitler" una dotación de 520.000 marcos. También el jefe de la Cancillería, doctor Lammers, y el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Von Ribbentrop, habían obtenido dotaciones de medio millón de marcos, respectivamente.

Sacó su libreta de notas, dispuesto a apuntar la cantidad que le dijera.

Pero lo pensé mejor y le dije:

—Es mejor que no le digas nada a Hitler. Ya me las arreglaré como pueda.

—Como quieras — dijo Bormann, volviendo a guardar su libreta.

Algún tiempo después solicité por el conducto reglamentario al ministro doctor Lammers un incremento de la cantidad que me otorgaban con destino a gastos de representación "por las necesidades especiales que requería la comisaría del Reich en Viena". Me fue concedido.

La ceremonia del primero de marzo tuvo una curiosa consecuencia. Una mañana me anunciaron en mi despacho de la "Ballhausplatz" vienesa una importante visita. Mi ayudante dijo:

—El jefe de protocolo de Asuntos Exteriores necesita verte con toda urgencia. Acaba de llegar de Berlín en un avión especial.

En la puerta apareció el altísimo barón Von Dörnberg. Había compuesto su actitud para el momento y sacando un enorme sobre de su cartera diplomática, me dijo:

—Tengo el encargo de entregarle un escrito de mi ministro.

Ni una sola sonrisa acompañó al gesto. Dörnberg tenía conciencia, sin duda, de la trascendencia de aquel instante. Cuando hube leído la carta, se me hizo difícil reprimir la carcajada. Le despedí también con mucha gravedad y dejé que el barón regresara, sin una respuesta, en su avión especial a Berlín.

Llamé luego a mi más estrecho colaborador y le leí la carta de Ribbentrop:

"Durante mi última estancia en Viena, no consideró usted necesario acudir a recibirme a la estación. Significó ello tan craso desconocimiento de mi función y mi persona, que me veo obligado a informar al Führer. Le comunico también que en tales circunstancias, Viena no podrá ser sede de otras conferencias internacionales, ya que lo hace prohibitivo su desprecio hacia el ministro de Asuntos Exteriores del Reich..."

Esta era la "importante carta" que el ministro de Asuntos Exteriores, a quien Goering acostumbraba a llamar, por su hábito de repetir los mismos argumentos que Hitler, "primer papagayo de Alemania", había enviado, por medio de uno de los más altos funcionarios de su departamento y en avión especial, a Viena. Al pensarlo, no pude por menos que mover dubitativamente la cabeza...

A la siguiente ocasión que estuve en Berlín, pregunté a Hitler si Ribbentrop le había hablado de mí.

El Führer se echó a reír.

—Sí; se quejó de usted. Pero le respondí que el comisario del Reich en Viena tendría que disponer una cama en la estación si tuviera que acudir a recibir oficialmente a cada ministro que allá acude.

Y Hitler añadió:

—Ya sé que la vanidad de Ribbentrop es a veces grotesca. Pero tenemos que soportarla. Por otra parte, aceptó sin pestañear mi respuesta, y con ello dimos el caso por terminado.

Pero como es lógico, el caso no se había terminado, ni mucho menos. Ribbentrop no podía olvidar que había acudido a saludar a mi amigo, el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia y yerno de Mussolini. Y el hecho de que no hubiera procedido igual con él, ministro de Asuntos Exteriores del Reich alemán, constituía a sus ojos un delito de lesa majestad.

Pocos días después, en la noche del 11 de mayo, fui despertado por mi ayudante, Willi Scholz. Llegaba del teatro de Josefstadt y me comunicó que había hecho detener a un acomodador. El hombre se dedicaba a explicar que Rudolf Hess había huido a Inglaterra. Scholz estaba fuera de sí:

—¡Hay que ajustar las cuentas a quienes inventan tan repugnantes rumores!

Me tocó irritarme a mi vez de que Scholz me hubiera despertado por aquella causa. El 11 de mayo era domingo, y mi propósito era aprovechar la festividad para dormir tranquilamente. Pero la tranquilidad se había esfumado. Precisamente cuando Scholz iba a marcharse, me llamó uno de los funcionarios que hacían la guardia nocturna en mi despacho; desde la cancillería del Reich habían enviado un mensaje por teletipo que debía entregarse "directamente a manos del comisario Schirach". Aquello significaba que tenía que acudir personalmente al teletipo, dar constancia de mi presencia, recibir el mensaje y responder.

Me vestí sin poder reprimir algún juramento y en unión de mi ayudante me dirigí a la Ballhausplatz. Tras haberme identificado, el teletipo comenzó a escribir. Cuando leí la primera línea, me volví a Scholz y le dije:

—Ya puedes ir a recuperar a tu acomodador de manos de la policía...

Me miró sin comprender. Añadí:

—Tenía razón. Hess ha huido, efectivamente, a Inglaterra.

La difusión de la noticia podía haber costado la cabeza al acomodador. Pues solamente podía conocer la noticia a través de las emisiones de la emisora londinense BBC que, como más tarde supe, había difundido la información del aterrizaje de Hess en Escocia, por medio de un paracaídas, en su transmisión de la última hora nocturna. En Alemania estaba prohibida la escucha de emisoras extranjeras bajo pena de muerte. También la difusión de "noticias enemigas" podía acarrear el castigo máximo. Pero el hombre debió mostrarse hábil en aquel caso, pues según mis informes, la policía le puso en libertad al día siguiente.

Aquel mismo día, 12 de mayo de 1941, lunes, informó la radio alemana a la opinión sobre la sensacional noticia: "El camarada Hess, a quien el Führer había prohibido pilotar un avión a causa de una enfermedad desde hace años progresiva, consiguió, a pesar de ello, hacerse con un aparato. El sábado pasado, 10 de mayo, partió el camarada Hess en un vuelo del que todavía no ha regresado. Una carta dejada es muestra de una dolencia mental que hace suponer que el camarada Hess era, desgraciadamente, presa de alucinaciones..."

Al día siguiente de esta nota, al parecer redactada por el propio Hitler, todos los *gauleiter* y jerarquías nacionales fueron convocados en el Berghof. Aguardamos en el gran vestíbulo con la vista panorámica. Cuando apareció Hitler, no me fue posible reprimir un sobresalto. A los tres días de la fuga de su suplente, aparecía todavía bajo los efectos del golpe. Sus ojos estaban enrojecidos. Habló con voz baja, vibrante de emoción.

De su boca supimos las particularidades de aquella historia entonces increíble. El sábado, hacia las 18'45, había ocupado Hess un "Me 110" en el aeródromo especial para "Messerschmitt" de Ausburgo. Por la noche, llegó al Berghof un grueso sobre enviado por él. Hitler lo había dejado sin abrir, suponiendo que contenía uno de los largos y premiosos informes con los que Hess acostumbraba a bombardearle. Sólo antes de retirarse a dormir, había abierto el sobre, leyendo, sorprendido, lo que su sustituto le comunicaba: que él, Hess, consideraba su deber terminar la guerra entre los pueblos

germánicamente hermanos de Inglaterra y Alemania. Visitaría para ello a su amigo en Inglaterra, el duque de Hamilton, jefe de los ex combatientes ingleses, y le solicitaría una mediación entre ambos gobiernos.

No conocía personalmente al duque de Hamilton, pero sabía que había estado en Berlín durante los Juegos Olímpicos. Y en el transcurso de una recepción que Hess dio entonces en honor de algunos visitantes extranjeros, me dijeron que se encontraba el duque. Éste declaró, empero, que no había visto nunca a Hess antes de su captura en Inglaterra.

Bien sea que hubiera conocido al duque fugazmente o que se hubiera imaginado conocerle, el caso es que Hess voló en 1941 a Inglaterra y quiso influir con su acto sobre la política mundial. Aquello no era obra de un enajenado, como Hitler quiso hacer creer a la opinión alemana. Aquello era el acto de un hombre lleno de ilusiones y poseído por una idea fija que no le abandonaba un solo instante y que fomentaba, precisamente por su insistencia, todas las utopías.



## XXXIV

Al anochecer del 21 de junio de 1941 me dirigí con el expreso nocturno a Berlín, para estar presente en mi calidad de comisario del Reich en Viena, en el partido final del campeonato alemán entre el Schalke 04 y el "Rapid Wien". Me desperté entre Praga y Dresden y puse en marcha mi radio portátil. Escuché músicas militares según los motivos de *Les Preludes*, de Franz Liszt. Luego, el locutor anunció que el doctor Goebbels iba a leer una proclama del Führer. Eran las seis y cinco. Diez minutos más tarde estaba enterado de lo ocurrido: Alemania había atacado a la Unión Soviética.

Aquello significaba una guerra en dos frentes. Es decir, lo mismo que Hitler había calificado siempre como el mayor error diplomático de la Alemania imperial. Cuando se concertó en 1939 el Pacto de no agresión, admiré a Hitler como a uno de los políticos más realistas del momento. Y en el transcurso de las últimas semanas, cuando se hacían cada vez más intensos los rumores sobre un ataque a la Unión Soviética, no vacilé en calificar de locos a todos los que se mostraban partidarios de ello.

Aquel 22 de junio de 1941, los muchachos del "Rapid" fueron vencidos por un 4 a 3 en el repleto estadio olímpico. Tengo que admitir que no presté demasiada atención al partido. Mientras se desarrollaba la lucha entre los dos equipos sobre el verde césped, desfilaban por mi mente las imágenes de los manuales de historia de mis tiempos escolares: imágenes de la "Grande Armée" de Napoleón, en su huida, descalzos y harapientos los soldados en la marcha hacia Occidente a través de la inmensidad rusa...

Me quedé en Berlín hasta el lunes por la mañana. Pero me resultó imposible recorrer los doscientos pasos que separaban el hotel "Kaiserhof" de la Cancillería del Reich, el breve camino que había hecho con tanta frecuencia en los ocho años pasados. Y no recorrí aquel camino por la sencilla razón de que no sabía qué decir a Hitler.

De nuevo, como un año antes, tras la victoria sobre Francia, vacilaba entre mi tendencia al pesimismo y las realidades que

anunciaban los partes especiales desde el Cuartel General del Führer "Guarida del Lobo". Constantemente se anunciaban nuevos triunfos de las tropas alemanas en Rusia. ¿Conseguiría Hitler una victoria relámpago, como en los casos de Polonia y Francia?

Unas semanas más tarde, a raíz de una visita que me efectuó en Viena, mi suegro me contó que le había preguntado a Hitler en el Cuartel General qué pensaba hacer con Stalin tras la victoria sobre la Unión Soviética. Según Hoffmann, el Führer le había respondido con la mayor seriedad:

—Pondré a su disposición el castillo de Klessheim, en Salzburgo. Allá podrá transcurrir el resto de su vida, aislado del mundo circundante, en calidad de alto personaje prisionero.

Desde el principio de la campaña rusa, Hitler acostumbró a pasar meses enteros en sus cuarteles generales "Guarida del lobo", en Rastenburg, en la Prusia Oriental, y "Madriguera del Lobo", en Winniza, en Ucrania. Para sus estrechos colaboradores del Partido fue haciéndose cada vez más difícil conversar a solas con él. Un hombre cuyo nombre era incluso desconocido para muchos camaradas, no se apartaba un solo instante de su lado: este hombre no era otro que Martín Bormann, jefe de la secretaría del Partido desde la huida a Inglaterra de Rudolf Hess.

Bormann estaba presente, pues, en cuantas conversaciones de carácter político y militar tenían efecto en el Cuartel General. Tomaba incansablemente notas y pronto se preocupó de que los taquígrafos anotaran cada palabra de Hitler, incluso las que pronunciaba en la mesa. Las notas resultantes eran clasificadas por materias, nombres y fechas, en grandes ficheros metálicos. De esta manera se convirtió Bormann en una especie de memoria de Hitler.

A su mesa iban a parar todas las cartas, memoriales e informes dirigidos al Führer. La mayoría de ellos no llegaban siquiera a ser conocidos por éste. Bormann buscaba en sus archivos metálicos las opiniones exteriorizadas en algún momento por Hitler sobre el tema y redactaba la respuesta de acuerdo con las mismas. Como con frecuencia había expresado Hitler opiniones contradictorias sobre un

mismo tema, Bormann escogía las más radicales y brutales. Y Hitler ratificaba siempre cuanto efectuaba su hombre de confianza.

Cuando Hoffman, a quien Hitler permitía generalmente toda clase de observaciones, expresó en una ocasión una crítica sobre Bormann, le cortó inmediatamente:

—Quiero que quede una cosa clara, Hoffmann. Y dígaselo también a su señor yerno: necesito a Bormann para ganar esta guerra. Sé que no tiene escrúpulos y que es brutal. Es igual que un toro. Pero quiero que todos sepan que quien se coloca contra Bormann, lo hace contra mí. Y que haré fusilar a cualquiera que intente algo contra él.

En el Cuartel General, los militares detestaban a Bormann. Le llamaban despectivamente "general Teletipo", porque diariamente agobiaba a los *gauleiter* y comisarios del Reich con metros y metros de órdenes del Führer. Permanecía horas enteras entre los teletipos, dictando tan pronto ante uno como en otro aparato, y cuando las servidoras no se mostraban tan activas como deseaba, las trataba a puntapiés.

Para mí, Bormann era el espíritu malo de Hitler. Goering se echó a reír cuando se lo dije un día. Él le llamaba "el personajillo", y a sus ojos era una especie de subalterno, una mezcla de secretario y mayordomo de Hitler. Tampoco Goebbels, Himmler y Ley parecieron tomarlo muy en serio al principio. Por su parte, trataba de mostrarse hacia ellos como un amigo y servidor, de quien podían aprovechar su proximidad con Hitler. Una conversación telefónica con Bormann ahorraba largos viajes y múltiples audiencias, por lo que todos, en definitiva, trataban de estar bien con él.

El "toro" Bormann trataba de ajustar en todo sus reglas de vida a las de Hitler. Como el Führer no probaba el alcohol, Bormann representaba también el papel de abstemio. Como Hitler detestaba el tabaco, Bormann no se atrevía a fumar, siquiera en la intimidad de su habitación. Se encerraba en el lavabo para aspirar un par de bocanadas. Y cuando Hitler no podía sorprenderle, sacaba de su mesa de despacho una botella de aguardiente. No sabría decir si

todo aquello permanecía ignorado por el propio Hitler. Por otra parte, Bormann representó hasta el último instante el papel de fiel copia de su jefe.

De hecho, Bormann semejaba a una de esas secretarias extraordinariamente activas que evitan a su patrón cualquier molestia y que se dejan "camelar" por los gerentes. Los gerentes eran, en este caso, los comisarios del Reich, los ministros y los *gauíeiter*, los "paladines del Führer", como éramos llamados. Y como no formábamos en realidad una "comunidad de hermanos", como Hitler gustaba imaginarse, sino unos rivales que luchaban por la influencia y el poder, el secretario, es decir, Bormann, no tardó en transformarse en uno de los hombres más poderosos del Estado.

Ser centro de las intrigas, entraba dentro de su intrigante carácter. Pero a decir verdad, hubiera tenido que poseer una gran fuerza de voluntad para no mezclarse en todo ello. Así es que se convertía con frecuencia en el *joker* de aquel juego. En definitiva, no fue solamente una creación de Hitler, sino que todos cuantos le conocimos, le soportamos y utilizamos sus servicios, contribuimos a hacerle cada vez más importante. Por ello considero históricamente falso echar todas las culpas sobre Martín Bormann.

Un día de abril de 1943, sonó el teléfono en nuestra casa vienesa, en la Hohen Warte. Lo cogió mi esposa. Al otro lado del hilo estaba Eva Braun. Le dijo que Hitler se sentiría muy satisfecho de que aceptáramos pasar los días de Pascua en el Berghof. Aquella invitación me resultó algo intempestiva. Kjiut Hamsun y su esposa habían anunciado su presencia. Desde mi juventud era lector de Hamsun y esperaba con impaciencia el encuentro. Pero la invitación de Hitler tenía preferencia, tanto más cuanto en los últimos tiempos se había hecho muy difícil verle. De todos modos, los acontecimientos posteriores confirmaron los motivos inciertos y difusos que tuve para considerar la visita al Berghof con los más encontrados sentimientos.

Cuando me envió a Viena, en agosto de 1940, Hitler me había hablado de la tradición de aqueila ciudad y la necesidad de asegurar la independendencia cultural de los vieneses. Para Goebbels, con quien

había dejado de mantener desde hacía tiempo buenas relaciones, fue aquél un duro golpe. Nunca me había perdonado que hubiera calificado de vergüenza y crimen ante los mandos de las HJ. los "progroms" antijudíos de la "Kristallnacht", cuyo promotor no había sido, en mi opinión, otro que él mismo. Nuestra vieja controversia volvió a reproducirse al quejarse Goebbels a Hitler por mi política cultural en Viena. A su entender, resultaba inadecuado interpretar en plena guerra "al ruso Tschaikowsky" y programar tanto Chekov y Shakespeare. Incluso tuvo algo que decir contra la reproducción de los cuadros de Van Gogh. De todo ello habían resultado graves confrontaciones.

El dominio que Goebbels ejercía sobre la prensa y la radio era total, pero no así su influencia en el campo cultural. Tenía que aprobar los programas de la mayor parte de los escenarios alemanes, pero los teatros y museos más importantes no dependían de él. En Berlín era Goering quien ejercía el dominio sobre el "Staatstheater"; en Hamburgo, el senador cultural; en Munich, Adolfo Hitler, y en Dresden, el *gauleiter* Mutschmann. Por si fuera poco, se veía excluido asimismo de Viena y por orden de Hitler tuvo que entregar once millones de marcos del presupuesto de su Ministerio para el arte y la cultura de aquella capital. Al principio no había demostrado ambiciones especiales respecto a Viena. Pero luego ocurrieron algunas cosas que terminaron por desquiciarle. Pues yo demostré saber emplear el dinero que Goebbels se había visto obligado a poner a mi disposición.

No era un secreto que durante años, los teatros y las empresas operísticas se habían aprovechado de la deficiente situación económica de Austria para conseguir artistas procedentes de aquella cantera. Solamente unos cuantos, como Ewald Balsler, Raoul Asían, Paula Wessely y Attila Horbiger, habían seguido fieles a Viena. Especialmente el conjunto de la Ópera, orgullo de los vieneses, había sufrido mucho por efecto de aquella emigración. Con ayuda del ponente general de Cultura, Walter Thomas, traté de restablecer la anterior situación. Concerté contratos con Furtwüngler, Knappertbusch, Clemens Krauss, Karl Bohm y una

larga serie de directores, intérpretes y cantantes. Richard Strauss volvió a su palacio de Viena con su esposa, hijo, hija política y nietos. Y al mismo tiempo, se inauguraron nuevas exposiciones de arte.

En la Ópera de Viena se ensayó la obra del moderno compositor Wagner-Regeny titulada *Johanna Bcdk*. Era un relato sobre una muchacha alemana de Transilvania atropellada por un déspota húngaro por negarse a revelar el escondrijo de un luchador por la libertad. El día del estreno llegó un telegrama del Ministerio de Propaganda del Reich: "Estreno prohibido". Motivo: la obra era antinacionalsocialista y hería los sentimientos de la aliada Hungría. Traté con el director Oskar Fritz Schuh sobre lo que podía hacerse. Decidimos cambiar el nombre de las personas y los lugares, de tal manera, que no pudieran afectar la sensibilidad de ningún húngaro. En el transcurso de veinticuatro horas tuvieron que aprender los cantantes los nuevos nombres. El estreno, efectuado el 4 de abril de 1941, provocó un escándalo teatral. Los adversarios de las modernas tendencias musicales silbaron y patearon; los partidarios, aplaudieron entusiasmados.

Dos días más tarde expuse en el "Burgtheater" mi programa cultural vienes. Aludiendo al escándalo de la Ópera, dije:

—¿Por qué no se han de producir discusiones? No queremos que reine una paz de cementerio cultural.

Considero que la garantía de la libertad artística tiene que ser una de las tareas más sugestivas del estadista responsable. Con nuestra labor artística, no tardaremos en situarnos en primera fila de las ciudades del Reich.

Los artistas vieneses se pusieron a mi lado. Y también muchos otros del resto de Alemania. Pero en cambio, el Ministerio de Propaganda y sobre todo su titular, el doctor Goebbels, vio en mí el enemigo número 1 de la cultura. Goebbels había enviado inclusive observadores al discutido estreno de *Johanna Batk* y quería convencer a Hitler con un informe de que yo promovía en Viena "patrañas atonales al estilo de la Ópera de los Cuatro Cuartos".

Al acercarse el 80 cumpleaños de Gerhardt Hauptmann me informé en Berlín sobre los homenajes que podían tributarse al mayor dramaturgo viviente de Alemania. Respuesta: ningún homenaje central y solamente honras locales. Es decir, representaciones en diversos teatros seguidas del habitual comentario en la prensa. Aquella respuesta me irritó sobre manera. Me puse en contacto con la familia Hauptmann, que residía en Agnetendorf, y les invité, como huéspedes oficiales del Reich, al palacio Palavicini, mientras en todos los teatros de prosa se representaban durante una semana las obras del dramaturgo. Hauptmann aceptó, programamos una serie de representaciones y la víspera de su cumpleaños viajé personalmente a Breslau para buscarles a él y su esposa. En unión de Richard Strauss celebramos el cumpleaños de Gerhardt Hauptmann en nuestra casa de Viena. Aquella "Semana Hauptmann" tuvo una extraordinaria resonancia, no solamente en Viena, sino en todo el Reich. También Goebbels y Hitler le dieron el valor de una manifestación. Así fue en realidad.

En enero de 1943, efectuamos en la "Kunsthalle", de Viena, la exposición "Arte joven en el Tercer Reich". A los siete días, fue clausurada por orden de Hitler. Me llamó al Berghof. Fue una entrevista protocolaria y glacial. Hitler no me ofreció asiento y él mismo permaneció de pie. Un paso detrás se hallaba Bormann. Con voz lenta y helada, como no la había escuchado en los dieciocho años que le conocía, dijo:

—Señor Von Schirach; no quiero exposiciones semejantes. Eso es sabotaje.

Bormann le tendió un ejemplar de nuestra revista de las H.J., *Voluntad y poder*. Hitler mostró la reproducción de uno de los cuadros de la exposición vienesa.

—¡Mire usted este cuadro! ¡Un perro de color verde! Y de esto ha hecho usted una tirada de un cuarto de millón. Con ello ha movilizadado a todos los bolcheviques culturales, a todos los reaccionarios, contra mí. Esto no es formación de la juventud, sino formación de la oposición.

No me dejó hablar.

—Hay que acabar con todo eso. De otra manera me veré obligado a bloquearle las subvenciones previstas para Viena.

Con aquellas palabras dio por terminada la entrevista.

¿Qué podía significar, visto lo que antecede, aquella nueva invitación para el Berghof? ¿Significaría un principio de reconciliación? ¿Volvería a quedar todo como antes? En rigor, habían sucedido muchas cosas desde 1925, año en que vi por vez primera al salvador de Alemania. En muchos aspectos, mi opinión había variado. Dudaba, y sin embargo, seguía creyendo en él. Tenía todavía la esperanza de que ganaríamos la guerra. "Triunfaremos porque tenemos que triunfar", como se decía.

El recibimiento en el Berghof fue frío. Eva Braun me saludó con la siguiente observación:

—El Führer no está muy a buenas con usted, señor Schirach, porque ha prohibido en Viena la ondulación permanente.

Le dije que la prohibición no había partido de mí, sino que había sido promulgada para toda Alemania por el ministro de Propaganda, Goebbels.

Hitler no se dejó ver momentáneamente. Aquello no tenía aire de reconciliación.

Henriette no era para él tan solo la esposa de uno de sus jerarcas. La había llevado de la mano cuando niña y era amigo de su padre. Y por ello le permitía libertades que nadie se hubiera permitido tomar.

Durante el camino hacia Berchtesgaden me había dicho que tenía intención de explicar a Hitler lo que había visto en Amsterdam. Desde las ventanas de su habitación, en el hotel "Amstel", presencié cómo eran concentradas y deportadas mujeres judías. Y un jefe de las S.S. conocido de ella le había ofrecido venderle muy barato oro y joyas procedente de los depósitos constituidos por los objetos de valor propiedad de los judíos. La voz de Henriette temblaba de indignación cuando hablaba de aquello.

—Procura contenerte — le aconsejé —. Sabes que todo eso es inevitable y que no puedes cambiar las cosas.

"No puedes cambiar las cosas..." Tal era la fórmula entonces prodigada para justificarnos ante nosotros mismos.

La concurrencia en el Berghof era numerosa, como siempre: la sombra de Hitler, Martín Bormann, con su esposa; la hermana de Eva Braun y su mejor amiga, Hertha Schneider; los ayudantes militares de Hitler, con sus esposas, y los médicos Brandt y Morell. También se hallaba presente el ministro de Armamentos, Albert Speer. Era un hombre de mi generación, arquitecto de Hitler y un organizador de primera categoría.

Cuando Hitler apareció por fin, se mostró como la cordialidad en persona. Al llegar la hora de la cena, acompañó a mi esposa a la mesa. Mi pareja fue Eva Braun. Después de cenar tomamos asiento en torno a la chimenea, en la enorme sala de estar. Alguien centró la conversación en la guerra que los partisanos nos hacían en Rusia.

El tema y el tono vivaz en que se llevó la conversación no dejó de sorprenderme. Algún tiempo antes, el jefe del XVI Ejército, mariscal Busch, había enviado a Viena a mi amigo, el auditor de guerra Gunther Kaufmann, para informarme sobre la arriesgada política que se hacía detrás de los frentes. Los militares eran de la opinión, corroborada por los mandos de la HJ. que habían combatido en Rusia, de que habíamos tenido todas las probabilidades de hacer nuestros amigos a los ucranianos. Pero lo impidió el comportamiento del regimiento que mandaba el comisario del Reich, Koch. Así es cómo los ucranianos engrosaron las filas de los partisanos, obligados por el tratamiento que nuestras fuerzas les daban.

Pregunté:

—¿No cree usted, mi Führer, que nos resultaría más útil una Ucrania independiente bajo el mando de un atamán que su sujeción a un comisariado del Reich?

La expresión en el rostro de Hitler cambió por completo.

—No hable de cosas que no le conciernen, Schirach. Esos eslavos no están en situación de autogobernarse.

El tono de su voz dio a entender que el tema no le resultaba grato. La conversación en torno a la chimenea se extinguió.

Al día siguiente, tras el almuerzo, la concurrencia se dirigió hacia la casa del té. Aquel paseo de veinte minutos correspondía al más caro ritual personal de Hitler. A la izquierda del Führer caminaba mi esposa, Henriette; a su derecha, Eva Braun.

Nadie que no haya vivido aquellos momentos puede tener idea del mortal aburrimiento que reinaba durante la hora del té que seguía al paseo. Una vez sentado en su sillón, Hitler cabeceaba alguna vez. Los presentes bajaban entonces el tono de voz y apenas si se atrevían a hablar en un susurro.

Pero en aquella ocasión fue diferente. Habíamos llevado de Viena un paquete de revistas y periódicos americanos que nos procuraba un piloto de la "Lufthansa" que volaba regularmente a Suiza.

El crujido del papel llamó la atención de Hitler.

—¿Qué es eso?

Henriette le tendió el *magazine* americano. Contenía un reportaje fotográfico sobre la construcción de buques mercantes, los llamados tipo "Liberty". Mediante su construcción acelerada y en serie querían compensar los americanos las pérdidas que en su tonelaje les producían nuestros submarinos.

Hitler miró las fotografías. Tuve que traducirle los pies. En ellos se informaba de que aquellos buques eran construidos mediante piezas prefabricadas montadas en los propios astilleros, mediante ensamblajes y apenas sin remaches.

—¡Cosas de esos mercaderes! — exclamó Hitler despectivamente —. Al menor golpe de mar los buques se partirán en dos.

La revista pasó de mano en mano. Pero nadie le concedió más que una ligera ojeada. Ni siquiera los técnicos allí presentes. Sólo Martín Bormann compuso un gesto hosco y me miró con irritación.

—Quizá de diez buques como éstos, solamente alcancen cinco o seis sus objetivos. Pero los americanos creen que pueden ganar con ellos la guerra submarina.

Hitler se echó a reír.

—¡Tonterías! Para construir un buque de semejante tonelaje se necesitan años. Claro que los Schirach son muy sensibles, como es natural, a toda propaganda americana.

Aquello quería ser una alusión a mi origen familiar.

La concurrencia guardó un denso silencio. Eva Braun bostezó discretamente y dijo que estábamos estropeando el cordial ambiente con la maldita política. Henriette llamó la atención de Hitler sobre una foto en la que aparecían mujeres durante el ensamblaje de las piezas del buque. Aquella "guerra total" a la que había convocado Goebbels en el mes de febrero parecía ser realidad entre los aliados occidentales.

Hitler apartó la revista:

—Son fotografías montadas. No creo que pueda considerarse seriamente la posibilidad de que esas elegantes americanas se rompan las esmaltadas uñas en un astillero.

Con aquellas palabras se dio por terminada la hora del té. Hitler regresó a Berghof con el automóvil y el resto lo hicimos a pie. Henriette y yo solos, aislados, como si estuviéramos bajo una campana de cristal.

Por la noche, en torno a la chimenea, el ambiente estaba más enrarecido todavía.

Mi esposa se sentaba al lado de Hitler y reparé en que movía sus manos muy nerviosamente. Le hablaba, primeramente en voz muy baja y luego en un tono más alto. El Führer parecía escuchar. Pero de pronto se puso de pie y comenzó a caminar arriba y abajo.

—¡Eso faltaba! — exclamó —. Que me venga usted con esas habladurías sentimentales. ¿Qué es lo que compadece de esas mujeres judías?

No me cupo duda alguna: a pesar de mis advertencias, Henriette le había hablado del episodio de Amsterdam.

Se hizo un silencio profundo. Podía oírse el crujir de la leña en la chimenea. Todos trataban de disimular. Solamente volvió a animarse algo la reunión cuando, cerca de la medianoche, hizo su aparición un nuevo invitado, el doctor Josef Goebbels. Con la fina percepción

que el ministro de Propaganda tenía para los humores de Hitler, comenzó a hostigarme:

—Se ha convertido usted en un medio austríaco...

—¿Qué significa el calificativo "austríaco" en esta circunstancia?  
— pregunté a mi vez —. De cuantos nos hallamos presentes, soy el único que ha nacido en Berlín. Y por cuanto sé, el *gauleiter* de Berlín es natural de Renania.

Goebbels se sintió afectado por la respuesta. Solamente comprendía las bromas cuando eran a costa de los demás. Su tono se hizo súbitamente grave:

—Pero en Viena practica una política austríaca.

Hitler decidió aprovechar la oportunidad que le ofrecían las palabras de Goebbels.

—Fue un error por mi parte enviarle a Viena. Y fue un error admitir a esos vieneses en el Gran Reich Alemán. Conozco a esas gentes por haber vivido entre ellos en mi juventud. Son enemigos de Alemania.

El rostro de Hitler traslucía el odio. No pude por menos que preguntarme si era aquél el mismo hombre que cinco años antes, en el balcón del Horfburg vienes y ante una jubilosa multitud, había declarado solemnemente: "Proclamo ante la historia la vuelta de mi patria al Reich alemán."

Traté de quitar gravedad a la conversación:

—Pero los vieneses le son fieles, mi Führer. Hitler gritó:

—No me interesa lo que piensan esas gentes. Les repudio, eso es todo.

Me levanté y dije:

—En tales circunstancias, mi Führer, le devuelvo la confianza que me ha otorgado y pongo en sus manos mi cargo.

Hitler me miró fríamente mientras decía:

—No le corresponde decidir sobre eso. Seguirá usted en el puesto que ocupa.

Se habían hecho las cuatro de la madrugada. Sin previa despedida, regresamos a Viena. Una cosa era evidente: había caído

en desgracia. A pesar de ello, permanecí en mi puesto hasta los últimos momentos.

Hoy en día, a tanta distancia de aquel de los hechos, creo haberlos comprendido con alguna claridad: en enero de 1943 había caído Stalingrado. Tras aquella catástrofe, el mariscal Von Manstein comenzó a hablar sin ambages de la posibilidad de sustraer a Hitler el alto mando de los ejércitos. Al principio, el Führer pensó deshacerse de él, pero no se atrevió a dar los pasos correspondientes para ello. En vez de emprender una acción abierta contra Von Manstein comenzó a indisponerse sistemáticamente con aquellas personas que le parecían susceptibles de ser sus sucesores, tanto en el aspecto militar como político: Goering, Rommel y yo.

El 22 de abril de 1943, dos días después de su cumpleaños, Hitler le confió a Speer en el Berghof que temía que yo hubiera caído en "las redes de la reacción vienesa" y hubiera dejado de tener "una clara concepción de los intereses del Reich".

Y como más tarde supe en Nuremberg por boca de Ribbentrop, incluso llegó Hitler a considerar en una conversación con Himmler la posibilidad de que yo compareciera ante un tribunal del pueblo.



## XXXV

El día 29 de mayo de 1944, Himmler pronunció un discurso ante los *gauleiter* y comisarios del Reich, reunidos en el Ayuntamiento de Posen. Estábamos sentados en una extensa mesa en forma de herradura. La cabecera aparecía ocupada por Bormann, con Himmler a su derecha y el doctor Goebbels a su izquierda. A su lado se sentaban los comisarios Buch y Amann. Las otras jerarquías nacionales ocupaban el resto de la mesa. Entre *gauleiter* y restantes jefes, el número ascendía a cincuenta.

Tras dar Bormann por abierta la reunión, concedió a Himmler el uso de la palabra. El "Reichsführer" de las S.S. se levantó y comenzó su discurso.

—Les ruego que escuchen lo que va a decirse aquí, pero no hablen jamás sobre ello.

Y acto seguido informó por vez primera al cuerpo de mandos del Partido lo que él denominaba "solución final del problema judío".

—La destrucción de los judíos es una tarea dura y difícil. Se nos ha planteado el problema de lo que tiene que hacerse con las mujeres y los niños. Desde el primer momento quise encontrar también una solución de este punto. No consideraba justo exterminar a unos hombres y dejar a nuestros hijos a unos posibles vengadores en la figura de los hijos de ellos... Tenía que tomarse la difícil decisión de borrar a este pueblo de la faz de la tierra... Era evidente que si no llegábamos a esta decisión, nuestros hombres sufrirían tanto moral como física\* mente...

Mientras Himmler hablaba, un denso silencio reinaba en el salón. Hablaba con tanta frialdad del aniquilamiento de hombres, mujeres y niños como un hombre de negocios podía hacerlo sobre su balance. En su discurso no dejó traslucir una sola nota de emoción, algo que denotara algún sentimiento interior. Y mientras le escuchaba, se me ocurrió pensar que Himmler nos hacía con aquella información sus verdaderos cómplices. Quienes nos sentábamos en aquel salón del Ayuntamiento de Posen éramos todos antisemitas. Entre nosotros había radicales y moderados. Pero incluso los moderados se habían

hecho, como tenían que reconocerlo ahora, cómplices de aquella acción de aniquilamiento con sus acciones antisemitas o con su participación en las deportaciones de extensos núcleos de población judía. En el fondo, la medida de nuestra culpa no era evaluable desde el punto de vista jurídico. Pero moralmente todos, incluso aquellos que ocupaban puestos no tan responsables, como era mi caso, nos hacíamos partícipes de centenares de millares de actos de crueldad cuya exposición rebasa las fronteras de lo narrable.

Bormann se levantó y cerró la sesión con estas palabras:

—Y ahora, camaradas, les ruego que me acompañen a la comida que va a servirse en el salón contiguo.

Nos sentamos silenciosos a la mesa. Cada cual evitaba mirar al vecino. Desde 1938 no se producían discusiones en las reuniones de las jerarquías nacionales y los *gauleiter*. Estaban oficialmente suprimidas. Pero, a pesar de ello, acostumbábamos a departir, a veces bastante vivamente, en círculo restringido. En 1943 comunicó el doctor Ley a todos los *gauleiter* que Hitler consideraría como delito de alta traición la reunión que agrupara a más de tres de ellos. Muchos *gauleiter* ocupaban altos grados en las S.S. ¿A quién podía uno confiarse? Estaba convencido de que tanto Hitler como Himmler se hallarían dispuestos a cortar de raíz cualquier crítica. Sabía también que tanto Bormann como Hitler deseaban tener, desde 1942, un hombre más duro y fanático en Viena y que solamente me mantenían en mi puesto por "motivos optimistas". Pero precisamente por ello creí aquellos días que mi deber estribaba en conservar a toda costa mi puesto en Viena. Me aferré a aquella idea, acaso porque con ella conseguía dar un poco de paz a mi intranquila conciencia.

Aquel mismo día regresé a Viena.

Tras haber sido nombrado en 1940, por Hitler, comisario en aquella capital, me dijo:

—Haré que los judíos abandonen Viena.

Antes del "Anschluss", habían vivido en la capital unos 200.000 judíos. En los dos años siguientes, habían tomado el camino de la emigración, por efecto de las presiones y las amenazas, unos 140.000 ciudadanos hebreos. Cuando tomé posesión de mi cargo

estaban registrados de 50.000 a 60.000 habitantes judíos todavía en la ciudad. Así se lo informé a Hitler en la Cancillería del Reich, el 2 de octubre de 1942. El Führer me precisó que los judíos de Viena serían trasladados al Este, donde se les acantonaría en zonas especialmente delimitadas.

—Pero usted no tendrá nada que ver con la realización de dicha operación — me precisó Hitler —. De ello se cuidará Himmler.

En la conversación de la Cancillería estuvo también presente el gobernador general de Polonia, ministro Hans Frank. Le pregunté cuál era el régimen de vida que seguían los judíos acantonados en Polonia. Me respondió que se les ocupaba en la construcción de carreteras, pero sobre todo como artesanos y obreros en las industrias textiles. No tenía entonces motivo alguno para dudar de las palabras del doctor Frank, que durante muchos años había sido ministro bávaro de Justicia y presidente de la Academia de Jurisprudencia.

En diciembre de 1940 fui puesto en antecedentes por el jefe de la Cancillería, doctor Lammers, que al año siguiente, en 1941, comenzaría la evacuación de los judíos de Viena.

Cuando fueron expuestas las primeras listas de traslado en los locales del servicio de transportes N.S., muchos judíos solicitaron ser excluidos de la deportación. Como es natural, sólo unos pocos consiguieron dirigirse directamente al representante de Hitler.

Llegaron hasta mí solicitudes de artistas y científicos, sobre todo, así como de gentes con relaciones y miembros de los llamados matrimonios mixtos. En algunos casos aislados hice las correspondientes excepciones, pero, en general, apenas si alcanzaron a cinco mil personas las que exceptué de las listas de traslado en los dos años siguientes. Tanta era mi confianza en el doctor Frank.

En el otoño de 1942 fueron suspendidas las deportaciones de Viena por orden del propio Himmler. Aquella suspensión carecía, en realidad, de una importancia decisiva, pues apenas si llegaban a siete mil los judíos que residían a la sazón en Viena. Casi todos

ellos estaban ocupados en la industria de armamentos y por lo tanto resultaban "insustituibles" para la economía bélica de Hitler.

Aunque personalmente no estaba de acuerdo con aquellas deportaciones en masa, las facilité en mi condición de comisario del Reich. En un discurso dirigido al Frente del Trabajo de Viena, informé el 5 de junio de 1942:

—En el otoño de este año 1942 celebraremos la fiesta de la Viena libre de judíos...

Y en un congreso juvenil internacional, el 14 de septiembre de 1942, en el que preconicé la creación de una comunidad europea en la que los pueblos pequeños tuvieran idénticos derechos que las grandes potencias, añadí:

—Si se me quisiera hacer el reproche de que he enviado millares y millares de judíos de esta ciudad, antes metrópoli de la judería en Europa, al *ghetto* oriental, respondería: considero que ello representa una contribución a la cultura europea. Y si se me dijera que cómo he podido expatriar al señor Israel Lowenstein <sup>[47]</sup> que había comprado un centenar de libros alemanes y pasaba a causa de ello por ser un intelectual, yo contestaría: para mí no representaría catástrofe alguna ser expulsado a un país extraño para constituir allá, en unión de otros miembros de mi comunidad, un núcleo donde vivir de acuerdo con las más puras líneas de mi cultura alemana...

En el proceso de Nuremberg se me acusó de que los informes semanales y mensuales del mando de las S.S. incluían también mi actividad en Viena y que en ellos se hacían constar los fusilamientos en masa efectuados en el Este. Tengo que decir que jamás leí un informe de aquéllos y que ni uno solo de mis colaboradores de Viena me dio a conocer su contenido. Tampoco los jefes de las divisiones y regimientos destacados en el frente del Este, que me visitaban durante sus estancias permisionarias en Viena, me explicaron nada sobre aquello. Cuando hoy pienso sobre todo ello me digo a mí mismo que mi obligación, como jerarca, hubiera sido procurarme la debida información. Esa fue mi culpa.

Cuando a finales de mayo de 1944 regresé a Viena desde Posen, sólo había una persona con la que me creía autorizado para hablar de lo que se había tratado en la reunión de mandos nacionales: mi amigo, el escritor Colin Ross.

Tras haberle informado del discurso de Himmler, dijo Colin:

—Tenemos que apoderarnos de la persona del Führer. El hombre está loco.

Fue solamente una frase, acaso pronunciada por Colin en un momento de excitación. Pero, en nuestro desconcierto, nos aferramos a la idea y llegamos a discutir con toda seriedad cómo podría desposeerse a Hitler mediante una acción legal o un "golpe de Estado desde arriba". Hoy podrá parecer absurdo, pero aquella noche consideramos probable tal acción. Bastaría declarar la incapacidad de Hitler tras el diagnóstico de unos psiquiatras con uniforme de la Wehrmacht y apartarle de la dirección del Estado. (Después de la guerra, me enteré que por aquella misma época, y completamente independientes uno del otro, Himmler y Goebbels habían considerado idéntica posibilidad.)

¿Pero quién estaba en disposición de dar semejante golpe de Estado? ¿Acaso el mariscal del Reich, Hermann Goering, que había caído asimismo en desgracia cerca de Hitler pero seguía siendo oficialmente su sucesor?

Unos días después de mi conversación con Colin Ross me llamó Goering a mi despacho en la Ballhausplatz. Me dijo que pasaría por Viena en un tren especial y que le complacería mucho conversar conmigo una media hora.

Llamé a mi ayudante y le dije:

—Búscame un coche. El "forzudo" está en Viena y vamos inmediatamente a verle.

Hópken, teniente coronel de la Luftwaffe, había resultado gravemente herido en Stalingrado. Desde su recuperación prestaba servicio a mi lado, en Viena. Antes de que saliera, añadí:

—No olvides que vamos a ver a tu comandante en jefe. Así es que procura ponerte un uniforme reglamentario. Aunque no sé si los

que él lleva tienen algo que ver con la Luftwaffe, pues va siempre ataviado de una manera bastante cómica. Sea como fuere, haz lo posibles por vestir reglamentariamente.

Regresó a los cinco minutos. El uniforme era correcto, así es que nos dirigimos a ver al mariscal del Reich.

No había estado hasta entonces en el tren especial de Goering, aunque sí oído bastante sobre el mismo. Era un auténtico "palacio sobre rieles", con vagones salón fastuosamente dispuestos.

Fuimos introducidos en uno de los primeros, dispuesto como una maravillosa biblioteca, con amplias estanterías repletas de libros, cómodos sillones, alfombras y una mesa escritorio.

Goering nos recibió con un atuendo no menos sorprendente. Llevaba una especie de chaquetón de cuero que más parecía un batín. Del bolsillo del pecho salía una ancha cadena de oro en cuyo extremo colgaba una esmeralda.

Hopken permaneció unos instantes inmóvil como una estatua de sal en el umbral de la biblioteca. La vista de su comandante en jefe parecía haberle petrificado.

Luego conversé a solas con Goering. Hablamos de la crítica situación en los frentes, sobre Hitler y, finalmente, sobre aquello de lo que me había enterado en Posen. Durante los largos años que nos conocíamos había aprendido a valorar a Goering como un hombre de acción. Creí, por tanto, que no me sería difícil despertar aquella ansia de actividad que siempre le había caracterizado. Le informé sobre mi conversación con Colin la noche anterior y le dije:

—Hay que hacer algo, mariscal. Es usted miembro del Consejo de Defensa del Reich y puede enviar consignas a todas las jerarquías. ¡Tiene que hacer algo!

Goering me miró con gravedad. En sus ojos había resignación al responder:

—No puedo hacer nada. Estoy tan vigilado y desconfían tanto de mí, que ni siquiera me es posible abrir la boca en las reuniones que se celebran en el Cuartel General del Führer.

Quise decir algo, pero Goering no se dejó interrumpir.

—Vea usted por ejemplo: se dice que hay cincuenta nuevos cazas disponibles. Y Hitler decide que veinticinco vayan a cualquier punto del frente, en el Este, y otros veinticinco se destinen a la defensa de Dresden, por ejemplo. Si quiero decir algo, el propio Hitler me manda callar en presencia de capitanes y comandantes, tratándome como si fuera un estúpido. Esa es la situación, querido Schirach, y no puedo hacer nada para variarla. Quizás sea demasiado leal; ahora me marcho a mi castillo de Veldenstein y allá esperaré que me vuelvan a llamar.

Había transcurrido la media hora y avisaron a Goering que el tren iba a tomar la salida. Me despedí del mariscal del Reich, del hombre que había sido el más poderoso de Alemania después de Hitler.

Al regreso a la Pallhausplatz, pareció salir Hopken de su ensimismamiento:

—Batín de cuero, cadena de oro, esmeraldas... ¿Y ése es mi comandante en jefe?



## XXXVI

Un domingo vi a Hitler por última vez. No olvidaré en mi vida aquel día: fue el 24 de febrero de 1945 en la Cancillería del Reich. Los ejércitos rusos se hallaban en el Oder, a unos ochenta kilómetros de Berlín; la región industrial de la Alta Silesia había caído intacta en sus manos; Breslau estaba cercado y la Prusia Oriental aislada. En el sudeste, Viena aparecía amenazada tras la caída de Budapest, y en el Oeste, las tropas angloamericanas esperaban, ante el Rhin, el momento de penetrar en el territorio del Reich. Estaban contados los días que faltaban para la catástrofe final. Y mientras, en todos los frentes, se libraban sangrientos combates defensivos, Hitler había convocado a las jerarquías del Partido y la nación en la Cancillería para celebrar el aniversario de la proclamación del programa nacionalsocialista. Veinticinco años antes, en la "Hofbräu" de Munich, se había proclamado: contra la servidumbre y el envilecimiento, por la libertad y el pan...

Mientras Hitler se hallaba personalmente en la Cancillería, el ministro de Estado, Hermann Esser, uno de los más veteranos camaradas del Partido, leyó en Munich aquel 24 de febrero de 1945 — tres meses antes del final de la guerra — una proclama suya cuyo final decía así:

"Cuando llegue el final de esta guerra, pondremos la victoria en las manos de la joven generación, que... es lo mejor entre lo que Alemania puede proclamar como propio. Esta es la obra de la formación nacionalsocialista y, con ello, una consecuencia de aquella proclamación de lucha efectuada hace veinticinco años en Munich... Hace veinticinco años aseguré la victoria del movimiento. Hoy profetizo — empujado, como siempre, por la fe de nuestro pueblo — la victoria final del Reich alemán".

Me hallaba junto al *gauleiter* del Bajo Danubio, doctor Jury, que había hecho conmigo el viaje desde Viena en un "Volkswagen" a través de ciudades bombardeadas y campos de ruinas. A la luz del crepúsculo habíamos atravesado la destruida Dresden. Diez días antes, aquella ciudad elegante, alegre y poseída del más fino espíritu teatral había sido convertido por efecto de los terribles bombardeos

angloamericanos en un montón de escombros bajo el que yacían cien mil cadáveres. A la derecha y a la izquierda de nosotros aparecían altísimos montones de cascotes entre los que serpenteaban unos caminos marcados por lámparas rojas por los que podía circularse. No había un solo rótulo con el nombre de las calles, por lo que tuvimos que informarnos constantemente cerca de los agentes de policía. Silenciosos y hoscos, proseguimos el viaje a Berlín.

La "Wilhemplatz" berlinesa era un campo atrincherado, y el hotel "Kaiserhof", una ruina. Tan sólo la Cancillería del Reich permanecía casi intacta. Se conservaba el gran patio de honor tras la monumental entrada de la Vosstrasse y la galería de mármol de 146 metros de longitud, así como la sala de la cúpula, la de los mosaicos y el vestíbulo de recepciones, con los gigantescos gobelinos y las águilas doradas en las paredes.

A la entrada de la Cancillería, unos oficiales de las S.S. armados con pistolas nos quitaron nuestras traíllas y cintos. Desde el atentado del 20 de julio de 1944, Hitler desconfiaba hasta de sus más veteranos camaradas.

En la sala de los Mosaicos esperamos la llegada del Führer. Éramos unos treinta. Muchos *gauleiter*, en especial pertenecientes a las provincias del Este, faltaban a aquel fantasmal llamamiento final. No habían conseguido llegar a Berlín.

Se abrió una de las enormes puertas y apareció Hitler acompañado por Bormann y Goebbels. Su aspecto era el de un hombre derrotado. Arrastraba una de sus piernas, visiblemente paralizada, sobre el suelo marmóreo. Su rostro tenía una tonalidad gris cenicienta. Con mano temblorosa nos fue saludando uno a uno. Terminado el apretón, cogía la mano derecha con su izquierda para disimular, sin duda, el temblor. Ante nosotros no se hallaba el Führer que tanta sugestión había irradiado anteriormente; ante nosotros estaba un fantasma que nos empujaba a la catástrofe final con el único objetivo de alargar un poco sus días.

Tan sólo su voz sonó firme y fuerte como antes cuando se colocó detrás de una mesita para decirnos:

—Camaradas: mi mano tiembla, pero mi corazón no. Como no tembló hace veinticinco años, cuando con un pequeño grupo de fieles, alcé mi voz para devolver a Alemania el honor y la dignidad que había perdido... Durante doce años hemos permanecido en la cumbre del poder, y si el destino quiere que dejemos de ocuparlo, podremos decir a pesar de todo: "Intentamos lo más grande para nuestro pueblo."

Aquellas palabras sonaron como un canto final, como el testimonio del ocaso que aparecía inminente. Pero Hitler parecía resistirse a admitir el colofón. De pronto, añadió:

—Pero si somos, cada uno en su puesto, valerosos hasta el máximo extremo y combatimos hasta el final, quizá pueda el destino operar un cambio.

Yo era joven todavía. Mi mano no temblaba. Pero mi corazón pareció latir en mi garganta al escuchar aquellas palabras, pues tenía clavada en la memoria la travesía nocturna de Dresden. En mi fuero interno estaba decidido a ahorrar a Viena aquella terrible suerte.

Tras su discurso, Hitler conversó con nosotros. A mí me preguntó:

—¿Resistirán los vieneses, Schirach?

Detrás de él se encontraba su sombra, Bormann, y a mi lado, el doctor Jury; el doctor Goebbels; el juez del Partido, Buch, y el *Reichsleiter* Max Ammán, que había sido sargento en la compañía de Hitler durante la Primera

Guerra Mundial. Todos me miraban con fijeza en espera de mi respuesta. Sabían que Bormann y Himmler me consideraban como un elemento inseguro que nunca podría dominar a los vieneses, fatigados por la larga guerra.

Dije:

—Los vieneses han cumplido hasta ahora con su deber y seguirán cumpliéndolo.

Esto fue todo lo que me fue posible decir, pero también lo menos que podía pronunciar, dadas las circunstancias. Y así nos despedimos por última vez: él con el convencimiento de que yo sacrificaría dos millones de vieneses para prolongar su vida; yo con la convicción de que el Reich estaba perdido desde hacía largo tiempo y

de que no precisaba ya luchar por Hitler, sino tan sólo por la conservación de una ciudad y la vida de sus habitantes.

Muy pronto se precipitaron, tras mi regreso, los acontecimientos.

Desde hacía varias semanas, la ciudad era objeto de bombardeos diarios por parte de los aliados. El 23 de marzo efectuaron los americanos su más severo ataque. Me encontraba sobre la torre de vigía, de treinta metros de altura, de la sede del *gau*, en el Galitzinberg. "Viena es una perla, pero le daré ahora el verdadero engarce", había declarado Hitler en 1938, a raíz del "Anschluss". En aquellos momentos, yo veía levantarse numerosas columnas de humo sobre la aglomeración urbana. La Ópera había ardido, así como el "Burgtheater". El Belvedere y una parte del Hofburg estaban también afectados por las bombas, por no citar millares de casas.

Cuando descendí de la torre me comunicaron que el ejército del mariscal soviético Tolbuchin había irrumpido al norte del Plattensee. Las vanguardias soviéticas se encontraban así a unos doscientos kilómetros al sudeste de Viena. El 6.º Ejército blindado de Sepp Dietrich, derrotado, se replegaba sobre la ciudad. Había comenzado la lucha final.

Conocía a Sepp Dietrich desde 1927. Yo era a la sazón estudiante en Munich. Él trabajaba como empaquetador en la editorial del Partido y pertenecía a la guardia de corps de Hitler como uno de los primeros miembros de la S.S. Era un auténtico bávaro: de hombros poderosos y cabello moreno. En la primera Guerra Mundial había sido sargento. En 1933 fue nombrado jefe de la primera unidad armada de las S.S.: el "Leibstandarte" Adolfo Hitler. Así comenzó su trayectoria ascendente hasta comandante de regimiento y, finalmente, general jefe de un cuerpo de ejército. j

Dietrich se replegó, como ha quedado dicho, sobre Viena con el resto de sus fuerzas. El primer alojamiento que tuvo, en unión de su plana mayor, fue mi casa de la Hohen Warte. Le pregunté de cuántos blindados disponía.

Dietrich respondió:

—Nos llamamos el 6.º Ejército blindado porque solamente tenemos seis blindados...

Dicho esto, comenzó a descargar su irritación contra Hitler.

—Adolfo decidió que nos aferráramos al Plattensee, a pesar de que el terreno estaba muy blando por efecto de las lluvias. Cuando los blindados tienen que echar adelante, se precisa una sólida alfombra por donde deslizarse. Pero Adolfo no quiso esperar dos días. Y así es como nuestros tanques se quedaron hundidos en el fango.

—¿Y quieres defender Viena con el resto? — pregunté.

—En el Schmarrn es donde quiero asentarme — respondió Sepp Dietrich —. El viejo desearía que resistiera allá, pero lo cierto es que solamente podré mantenerme el tiempo suficiente para que Schorner no ofrezca un flanco abierto en Checoslovaquia.

El 28 de marzo llegó a Viena Heinrich Himmler con su tren "Heinrich". Había escogido aquel nombre porque con su tendencia al misticismo se consideraba a sí mismo como la reencarnación del rey alemán Enrique I.

Desde el atentado del 20 de julio, el "Reichsführer" de las S.S. era comandante en jefe del ejército que guarnecía el territorio nacional. En el puesto de mando de Viena me otorgó a mí y a los otros *gauleiter* de la marca oriental, plenos poderes para llevar a cabo juicios sumarísimos contra personas civiles.

Mientras mecanografiaban en un despacho aquellos poderes especiales, Himmler mandó llamar al "Sturmbannführer" de las S.S., Ziereis, comandante del campo de concentración de Mauthausen, en Linz. Himmler le dijo:

—Ordeno que sean agrupados todos los judíos que efectúan trabajos forzados en la marca oriental.

Un año antes había escuchado a Himmler informar fríamente en Posen sobre el asesinato de millones de judíos. Creí que deseaba hacer partícipe del mismo destino a los últimos que seguían viviendo en Austria. Pero antes de que pudiera reaccionar, oí que le decía a Ziereis:

—Le hago personalmente responsable de que esos judíos sean concentrados de una manera razonable y de que se les presten cuidados médicos y tengan una alimentación adecuada. Esa gente es ahora mi más valioso capital.

Aquellas palabras me hicieron intuir claramente lo que estaba jugándose allá: para Himmler eran aquellos judíos moneda de cambio de un diabólico negocio. Con su ayuda quería intentar en el último minuto borrar sus culpas y ofrecerse a los aliados como interlocutor válido y sucesor de Hitler. Después de la guerra supe que había ya obrado anteriormente en dicho sentido, estableciendo, a través del conde sueco Bernadotte, contacto secreto con las potencias aliadas.

Tras haberse marchado Ziereis, entró Sepp Dietrich en unión de algunos altos oficiales, y Himmler comenzó a departir con ellos. No habían hablado mucho tiempo cuando sonó el teléfono:

—Del Cuartel General del Führer para el "Reichsführer" de las S.S. — dijo la central.

Himmler cogió el auricular.

—Sí; espero — dijo. Y cubriendo con la mano el micrófono, nos dijo en voz baja —: Es el Führer en persona.

Me encontraba al lado de Himmler y llegó a mis oídos, por última vez, la voz grave de Hitler a través del auricular:

—El 6.º Ejército blindado de las S.S. que ha causado la mayor desilusión de mi vida. Ha fracasado en el Plattensee. Ordeno, por ello, que se les prive de condecoraciones a todos los oficiales...

Vi como Heinrich Himmler palidecía. Durante todos los años que le conocía le había visto obrar siempre como instrumento fiel en las manos de Hitler. Pero en aquellos instantes supo responder:

—Mi Führer: si tengo que privar de sus condecoraciones a los oficiales y hombres del 6.º Ejército blindado de las S.S., debería ir al Plattensee y quitar a los muertos sus cruces. Más que su vida no puede ofrendar ningún S.S., mi Führer.

Himmler colgó el aparato. En aquel mismo instante, Sepp Dietrich levantó la mano hasta el cuello de su uniforme, arrancó su Cruz de Hierro con brillantes, la arrojó a un rincón y abandonó la estancia. Uno de sus ayudantes le imitó y siguió a su jefe.

Pocos días más tarde fue declarada Viena y sus alrededores zona de defensa. Éramos ya una población situada en primera línea. Y el comandante en jefe de la defensa, teniente general Von Bünau, tomó de mis manos el mando sobre la "Volkssturm" <sup>[48]</sup>, aquella última

leva de hombres comprendidos entre los dieciséis y los setenta años con la que tenía que defenderse la patria.

Hacia medio año aproximadamente, el 25 de septiembre de 1944, que Hitler había ordenado la organización de la "Volkssturm". Tanto su puesta en marcha como su mando fueron reservados a los *gauleiter*, por lo que a mí me correspondió el de la zona de la Gran Viena. Los batallones de aquella milicia fueron armados e instruidos muy sumariamente. Como yo era todavía jefe nacional del N.S.D.A.P. para la formación juvenil, prohibí en mi calidad de ello que fueran incorporados a la "Volkssturm" de la Gran Viena miembros de las HJ. En vez de ello, autoricé al jefe comarcal, Hans Lauterbacher, para que organizara un batallón propio de voluntarios con aquellos que por su edad estaban en vísperas inmediatas de la incorporación a filas. Estos muchachos fueron instruidos a fondo por oficiales con experiencia de lucha en el frente y escogidos mandos de las H.J. El batallón de las juventudes permaneció acantonado en Pressburg sin entrar en contacto con el enemigo. Cuando las fuerzas soviéticas se aproximaron a esa localidad, a finales de marzo, ordené que regresara a Viena. Tanto Lauterbacher como sus mandos subalternos se mostraron contrarios a aquella decisión: querían luchar. Pero aunque yo no tenía atribuciones sobre la "Volkssturm", seguí mandando él batallón H.J. hasta que conseguí desplazarlo a Gmunden, fuera de la zona de combates.

Sé que la mayor parte de los *gauleiter* y mandos militares pensaron como yo y obraron de manera bastante similar. A pesar de ello, muchos miembros de las H.J. perecieron en las luchas finales. Sobre todo, en el Oder, en Silesia y Berlín, atacaron con "bazookas" a los "T 34" rusos. Ninguna acción de aquellas se efectuó por orden mía. ¿Pero fue acaso efecto de la formación que bajo mis órdenes se había dado a aquella juventud la que hizo que en muchas ocasiones quisieran dar un ejemplo a los mayores? No lo creo, pero a pesar de ello me siento responsable de la muerte de aquellos muchachos.

El 6 de abril alcanzaron las vanguardias de choque soviéticas los arrabales meridionales de Viena. Las granadas estallaron sobre mi casa de la Hohen Warte. Con mi plana mayor bajé a las bodegas del Hofburg. En la noche siguiente, la ciudad fue rodeada asimismo

desde occidente. Amenazaba con quedar roto el contacto entre el 6.º Ejército blindado de las S.S. y las tropas que luchaban al norte de Viena. Sepp Dietrich decidió, por tanto, evacuar de la ciudad a la única división en disposición de luchar que quedaba en Viena: la división "Gran Alemania".

A ojos de Hitler, la evacuación de las tropas blindadas de Viena equivalía a una traición. Mediante el último enlace radiofónico ordenó a Bormann que transmitiera la siguiente orden: "El comisario Von Schirach se incorporará, con su último grado, a las tropas."

Si el representante del Reich era incorporado a las tropas en combate significaba que no tenía nada que representar. Los soviéticos habían penetrado profundamente en el centro de la ciudad cuando abandoné el Hofburg en unión de mi plana mayor. Muchas casas estaban en ruinas y sus habitantes se habían refugiado en las bodegas y subterráneos. A través de unas calles desiertas, nuestra columna se dirigió en dirección este, hacia el puente de Floridsdorfer, el único abierto sobre el Danubio.

Nos detuvimos en el barrio exterior de Flandorf, en las proximidades de Bisamberg, donde luchaba el II Cuerpo Blindado. Mi grado militar era el de teniente de la reserva. Conocía aquella zona al detalle y Dietrich me nombró por ello oficial de enlace de su plana mayor con los cuerpos y divisiones puestos bajo su mando.

El 13 de abril se dio por finalizada la batalla de Viena. En unión de las tropas combatientes nos pusimos en marcha desde Flandorf en dirección Klosterneuburg. El puesto de mando de Sepp Dietrich quedó instalado en Kilb, junto a St. Pölten. En el parque del castillo de Mang se hallaba su coche, custodiado por centinelas con ametralladoras. Allá me presenté a él. Me aclaró:

—Me he atrincherado aquí para el caso en que Adolfo quiera pedirme cuentas por no haber defendido Viena.

Por orden de Dietrich me dirigí a Gmunden, en el Traunsee, donde los miembros de la H.J. naval tenían una emisora, que resultaba en aquellos momentos un estimable instrumento de transmisión. En Gmunden escuché por radio, el 1 de mayo a las 22 horas y 36

minutos, la noticia: Adolfo Hitler había caído en la lucha en Berlín. Cuatro horas antes — como supe después — se había despedido Hitler de su piloto Baur con estas palabras:

—¡Es demasiado! Mis generales me han traicionado y vendido, mis soldados no quieren seguir luchando y yo no puedo más. Tendrían que poner en mi tumba: "Fue una víctima de sus generales".

Aquel mismo hombre nos había dicho en anterior ocasión: "Nunca fue tan fuerte la nación alemana ni estuvo tan asegurado su futuro como en los tiempos en que el viejo símbolo mágico de los pueblos germánicos ha sido en Alemania renovado emblema del Tercer Reich."

Ahora vivía el Tercer Reich sus últimos momentos.

El hombre en quien yo había creído durante largos años estaba muerto. Pero la noticia no me afectó. Había intuido aquel final cuando abandoné el 24 de febrero la Cancillería. Respiré aliviado: no habría ya órdenes insensatas de resistencia. Recordé a tal respecto que unos días antes de la muerte del Führer había captado Sepp Dietrich una orden del Führer procedente del *bunker* de la Cancillería. Decía así: "Reconquistar inmediatamente Viena."

La última orden que recibí de Sepp fue esta:

—Ve al Tirol e infórmate allá sobre los lugares que existen para la concentración de las tropas y para alojar los heridos y fugitivos de la región del Danubio.

En la noche del 1 al 2 de mayo nos pusimos en marcha en nuestro "Volkswagen" militar, que llevaba la inscripción "G.D.". Me acompañaba mi ayudante Fritz Wieshofer y el chófer Franz Rahm.

En Schwaz, a treinta kilómetros de Innsbruck, sufrimos una avería en el motor. Franz Rahm empujó el "Volkswagen" hasta un taller. Nos tendimos en nuestros sacos de dormir en una pequeña posada que regentaba la hermana de Rahm. Al día siguiente nos encontramos con que nos habían quitado el vehículo, por lo que nos vimos obligados a permanecer allá.

En el transcurso de la noche, la situación había cambiado radicalmente. En Viena se había formado un gobierno provisional. Ordenaba por radio que todos los austríacos que formaran parte de

las fuerzas armadas, se quitaran el uniforme. Los batallones de la "Volkssturm" se convirtieron en grupos de la Resistencia. Se izaron banderas blancas; la guerra había terminado. Doenitz había tomado la decisión de solicitar un armisticio. En Schwaz, el ejército en retirada se había disuelto, y unos grupos de la resistencia austríaca asumido el gobierno del Tirol. Los americanos acababan de ocupar Innsbruck.

Por mi parte, quería evitar a toda costa caer en las manos de los grupos de la Resistencia. Al anochecer del día 3 de mayo, Rahm nos buscó una habitación a mí y a mi ayudante en casa del maestro tornero Huber. Al día siguiente hicimos desaparecer nuestros uniformes y nos vestimos de paisano. A partir de aquel instante me convertí en Richard Falk, escritor, y mi acompañante en Franz Wieshofer. Lo que en un principio tenía que ser solamente una garantía para quien nos había facilitado hospedaje, se convirtió luego en permanente disfraz.

Cuando los americanos entraron en Schwaz me hallaba en la puerta del jardín. De pronto, se detuvo un *jeep*. Tres soldados de color saltaron del vehículo y se dispusieron a entrar en la casa. Les pregunté, con el característico acento del sur, qué deseaban.

Sonrieron y me creyeron cuando les aseguré en el dialecto de su tierra natal:

—En esta casa no hay nazis ni armas.

¿Pero resultaría siempre tan perfecta la estratagema? Habíamos destruido nuestros carnets y carecíamos de cualquier otro documento de identidad. Fritz Wieshofer fue quien tuvo la idea: la biblioteca popular de Schwaz había resistido sin daños el huracán de la guerra. El bibliotecario seguía ejerciendo el servicio de préstamo, como si nada hubiera ocurrido. Nos presentamos y solicitamos una tarjeta de lectores. Wieshofer, con su apellido verdadero, bastante corriente en Tirol. Yo di el de Richard Falk, escritor. Con aquellas tarjetas en el bolsillo nos sentimos bastante más seguros.

Un escritor tiene que escribir. Así es que comencé a dictar a Wieshofer una novela policíaca. Se titulaba *Los secretos de Mira hoy*. Por la noche, leíamos los capítulos a nuestra hospedera, señora

Huber. Estoy seguro de que ni siquiera entró en sospechas de que albergaba al antiguo comisario del Reich en Viena.

Escuchábamos regularmente las noticias transmitidas por la BBC desde Londres. Un día dijeron que Baldur von Schirach, antiguo jefe de las Juventudes del Reich y comisario en Viena, había muerto. Nadie me buscaba, por tanto. Y también por la BBC supe que Goering, Ley, Ribbentrop, Funk, Sauckel, Kaltenbrunner, Speer, Keitel, Jodl, Doenitz y Raeder habían sido hechos prisioneros. Al parecer, se les preparaba un gran proceso.

El 4 de junio de 1945 dijeron asimismo por radio que todos los antiguos jefes de las HJ. estaban incursos en "detención automática". La Juventud Hitleriana quedaba asimismo acusada colectivamente como una "organización criminal".

—Quita el original de la máquina — le dije a Fritz Wieshofer —. Coloca una hoja en blanco.

Wieshofer quitó el folio correspondiente al capítulo número diez de *Los secretos de Myra hoy* y yo le dicté:

"Yo, Baldur von Schirach, me entrego voluntariamente a las potencias de ocupación para responder de mis actos ante un tribunal internacional."

Firmé el escrito y le rogué a Wieshofer que lo llevara al hotel "Post", sede de la comandancia local americana.

Wieshofer tuvo que darse prisa. Eran las 19 horas, y a partir de las 20 quedaba impuesto el más rígido toque de queda en toda la zona americana de ocupación.

A las 19.30 se hallaba ya en el hotel "Post". Un capitán abrió la carta, la leyó y fue a buscar a un comandante. Éste movió la cabeza dubitativo y dijo:

—Pero "Scheirak" ha muerto...

—Hace veinte minutos estaba vivo — le dijo Wieshofer.

Poco después entraba personalmente en la misma estancia para presentarme. El comandante me miró sorprendido y me preguntó:

—*You are really Scheirack?*

—*Yes, I am Schirach* — respondí.

Los dos oficiales americanos efectuaron numerosas llamadas telefónicas. Luego llegó un *jeep* y el comandante me trasladó en persona al campo de concentración para prisioneros de guerra de Rum, en las cercanías de Innsbruck.



**Ilustración 13. El proceso de Nuremberg**



**Ilustración 14. Galería de la cárcel de Spandau, en cuyas celdas cumplieron sus condenas los jerarcas alemanes**



## XXXVII

Sin decir una sola palabra, el oficial de recepción del campo de Rum me tendió, el 6 de junio de 1945, un ejemplar del periódico del ejército *Star and Stripes*. Era atrasado de cuatro semanas y estaba en parte roto. El americano me mostró una foto: aparecía en ella Hermann Goering rodeado de altos oficiales. En el pie decía que al ser apresado, el mariscal del Reich le había dicho al general de brigada Stack:

—La guerra es como un partido de fútbol; quien pierde, da la mano a su adversario y todo puede darse por terminado.

Yo era amigo de Goering, pero aquello me pareció excesivo.

Tras el horrible baño de sangre que había representado la Segunda Guerra Mundial, era lo peor que podía decirse. Acabábamos de capitular sin condiciones, Europa estaba en ruinas y al mundo le había costado aquella guerra millones de muertos. ¿Podía decirse en tales circunstancias que no había sido todo ello más que un partido de fútbol?

En las siguientes estaciones de mi cautiverio, en Ausburgo, Wiesbaden y Oberursel, los oficiales de recepción siguieron citando cínicamente las palabras de Goering: "La guerra es como un partido de fútbol..."

En la prisión militar aliada de Nuremberg, en la Führter Strasse, detrás del Palacio de Justicia, donde los jefes del Tercer Reich todavía con vida esperaban su proceso, volví a ver a Goering. Era otro Goering, muy diferente de aquel a quien había tratado de convencer de que se opusiera a Hitler en su tren especial. El Goering que yo recordaba era grueso, constelado de condecoraciones y joyas. Ahora llevaba su guerrera de uniforme color gris claro, sin condecoración alguna. La prenda aparecía sucia y arrugada. Goering había perdido por lo menos cuarenta libras. Pero paradójicamente, su aspecto era más saludable que durante la guerra. Aquel Goering parecía un hombre nuevo.

Por el médico de la prisión, doctor Pflücker, me enteré de que el adelgazamiento era consecuencia de un tratamiento a que se había

sometido para librarse de su hábito de morfinómano (Durante la marcha sobre la Feldherrhalle, Goering había resultado gravemente herido. Se utilizó la morfina para mitigarle los dolores y, finalmente, se convirtió en un adicto.)

Tras la entrega del pliego de cargos me fue posible hablar por vez primera con él en el cuarto de ducha, donde coincidimos asimismo con el doctor Frick.

—Este proceso está dirigido a la galería — dije —. Lo más sensato sería que recusáramos en bloque el tribunal y nuestros abogados renunciaran, asimismo, en conjunto, a la defensa. Si todos nos negáramos a defendernos, podría el tribunal, ya que se trata de un consejo de guerra y de un tribunal militar, disponer una defensa obligatoria. Pero si también nos negáramos a hablar con esta defensa, podrían, naturalmente, proseguir las sesiones del proceso y leerse durante un año entero las piezas de acusaciones, así como intervenir los defensores de oficio. Podrían también condenarnos a muerte y colgarnos. Pero la sentencia no tendría ante la opinión mundial el menor valor.

Frick respondió:

—Esto no tiene nada que ver con el Derecho. Aquí estamos sometidos a la arbitrariedad y la violencia.

Goering denegó por su parte con la cabeza. —No, Schirach; eso no lo conseguiremos. No lo lograremos con estos acusadores y estos defensores.

Goering sabía que muchas cosas esperaban a los acusados. Unos querían defenderse asegurando que como oficiales no habían tenido nada que ver con el nacionalsocialismo; otros se presentaban como resistentes; otros, como simples receptores de órdenes.

Uno había caído ya bajo el peso de la acusación. El antiguo jefe del Frente del Trabajo, doctor Robert Ley, que se colgó en su celda. Había visto muchas veces durante la reclusión a aquel hombre, de baja estatura y aspecto ensimismado. Su apatía era evidente, hasta el punto de parecer indiferente a cuanto ocurría a su alrededor. Recordé que hacía años me había dicho:

—No tengo derecho a presentarme como un paladín de los germanos. Tampoco soy ningún ejemplo en la vida.

La documentación sobre su ascendencia estaba guardada en uno de los archivos de Hess porque Ley era de origen judío y se apellidaba en realidad Levi.

Goering me contó que Ley había pronunciado una conferencia en el campo de concentración de Mondorf, en Luxemburgo, donde los aliados habían reunido a los antiguos miembros del Gobierno nacionalsocialista antes de trasladarlos a Nuremb<sup>A</sup>rg. Había dicho:

—Nos equivocamos, señores míos. Los judíos están llamados a ejercer el dominio mundial. Y nosotros tenemos que ayudar a que lo consigan.

—No sé, Schirach, si fue cobardía o Ley estaba efectivamente convencido de lo que decía.

Tras su muerte, la vigilancia se hizo más severa. Los aliados temían que, de multiplicarse los suicidios, llegara a hacerse imposible el proceso. Ante cada celda montaba guardia día y noche un centinela que era relevado cada dos horas. La puerta permanecía sin cerrar. En los momentos en que el prisionero se dirigía hacia el rincón donde estaba el retrete, el vigilante entraba para impedir que aprovechara aquella circunstancia para colgarse, como Ley había hecho, con el pañuelo, de la cañería. Fueron instalados también proyectores que nos iluminaban por la noche.

Un día, cuando me conducían para hablar con mi abogado, me crucé con un preso que iba esposado a sus guardianes. No había vuelto a ver a aquel hombre desde 1941. No demostró con gesto alguno que me había reconocido. Pasó ante mí con sus largas zancadas. Por la noche pregunté al profesor Kelly, el psiquiatra jefe de la cárcel:

—¿Qué hace Hess aquí? Él se fue a Inglaterra para conseguir la paz.

La respuesta de Kelly fue esta:

—Comparecerá ante el tribunal como uno de los principales acusados. Es nuestro caso más interesante. Esta tarde, como no

estaba locuaz y aseguraba que había perdido la memoria, he traído a su antiguo amigo, el general Haushofer, a quien conoce desde sus tiempos de estudiante. No le ha reconocido o no ha querido reconocerle; en realidad, no lo sabemos exactamente. Hess es para nosotros un enigma.

Cuando Hess declaró unos meses después ante el tribunal que gozaba de perfecta memoria y que solamente había aparentado su pérdida para defenderse de preguntas indiscretas, le pregunté:

—¿Reconoció usted entonces a Haushofer?

Hess respondió:

—Resultó muy penoso para mí aparentar que no le conocía.

Director de la cárcel de Nuremberg era el coronel Andrus, sujeto repleto siempre de odio. No era en realidad un americano típico. Su origen era lituano. Diariamente nos reunía una o dos veces en el patio de la prisión para pasar lista. Tenía siempre nuevas instrucciones para nosotros. Día tras día ideaba nuevas triquiñuelas. En una ocasión preguntó si teníamos que hacer alguna objeción al trato que recibíamos. Cuando nos quejamos de la escasa alimentación, nos espetó:

—Tienen ustedes que pensar cómo les iba a las gentes en sus campos de concentración.

El doctor Schacht, antiguo presidente del Banco del Reich y ministro en el gabinete de Hitler, respondió con su conocida prontitud de reacciones:

—No tienen nada que contarme. Estuve durante años en campos de concentración. Allá me fue mucho mejor que con ustedes.

Conforme se fue acercando la fecha del proceso, los presos tuvimos mayores oportunidades de entrar en contacto unos con otros. Tanto durante el paseo circular, de media hora de duración, que hacíamos por el patio de la cárcel, como en las comidas, que efectuábamos conjuntamente, en una de las mayores celdas del Palacio de Justicia, donde se habían dispuesto múltiples mesas pequeñas, cada cual para cuatro personas. Con frecuencia me sentaba al lado de Goering, Keitel y Jodl. Observaba atentamente a

Goering. Comía con gran apetito y mantenía entre los labios una pipa de cazador de mediano tamaño, cosa que anteriormente no había visto más que en contadas ocasiones en aquel apasionado fumador de cigarros puros que él era.

Tras las sesiones vespertinas del proceso nos llevaban a pasear en el patio de la prisión.

Cojeando, se acercaba a nosotros uno al que casi todos trataban de evitar: Julius Streicher. Cuando le pregunté qué tal le iba, me respondió:

—Mal, Schirach. No me dejan dormir ninguna noche. Los guardianes construyen pequeñas horcas de las que cuelgan un muñeco y las colocan por la noche en mi ventana. Arman ruido hasta que me despierto y veo entonces un ahorcado. No me ha servido de nada quejarme; cada noche se repite lo mismo.

En uno de aquellos paseos entré en conversación con el jefe de la Gestapo, Kaltenbrunner.

—Óigame, Kaltenbrunner; en el último año de guerra entramos en conocimiento, según ha atestiguado asimismo el pliego de cargos, de que millones de judíos habían sido enviados a los campos de concentración y exterminados allá. Hasta ahora, cada uno de los acusados ha declarado que no sabía nada sobre aquello. Pero usted, Kaltenbrunner, tenía que saberlo. Por eso le colgarán igualmente. Declare afirmativamente. Usted era en definitiva el hombre que accionaba el conmutador de aquella gigantesca maquinaria de exterminio.

Kaltenbrunner respondió:

—No sé absolutamente nada sobre el exterminio de judíos.

—En tal caso, señor Káltenbrunner, no tenemos nada más que decirnos — respondí al tiempo que me volvía hacia Goering.

—Existe solamente la posibilidad de que usted, mariscal, declare como principal inculpado, quién ordenó el exterminio de judíos y quiénes fueron responsables de todo ello.

Pero Goering me objetó:

—Sabe usted, Schirach... Ocupamos todos la misma barca y tenemos todos la cuerda al cuello. Mi tarea será defender ante el tribunal la política del Führer y del Reich. Puede deducirse, por tanto, que asumiré la responsabilidad de cuanto ocurrió. Pero déjeme, por favor, en paz con los judíos muertos; con eso no tuve nada que ver.



## XXXVIII

Desde el principio del proceso, el 20 de noviembre de 1945, transcurrieron los días de acuerdo con un rígido reglamento preestablecido. Nos despertaban a las seis; un cuarto de hora más tarde, un soldado americano me llevaba bajo la vigilancia de un oficial de prisiones mi traje de paisano: camisa limpia, corbata, zapatos y tirantes, todo de pertenencia propia. Para que no intentara el suicidio con la corbata o los tirantes, el soldado no se apartaba de mi lado mientras me vestía.

Luego, como cada mañana, nos servían el desayuno: una sopa dulzona y una rebanada de pan. Más tarde nos releíamos las actas del día anterior y preparábamos las notas destinadas a los defensores. Mis guardianes me conducían luego al edificio donde tenía efecto el juicio, a través de un pasillo construido con maderos y cubierto por un tejado. Era el llamado *catwalk*, que prevenía hasta el punto de hacerlo imposible, cualquier intento de fuga por parte de un preso. En el ingreso del edificio se hacían cargo de mí dos policías militares y, tras subir en el ascensor, me sentaban prácticamente en el banco de los acusados.

Mi puesto estaba en la segunda fila. Desde hacía semanas, el cuadro que se ofrecía a nuestros ojos era idéntico; el orden era igualmente el mismo. En primera fila: Goering, Hess, Ribbentrop, Keitel, Kaltenbrunner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Funk y Schacht. Detrás: Doenitz, Raeder, Schirach, Sauckel, Jodl, Papen, Seyss-Inquart, Speer, Neurath y Fritsche. Transcurría generalmente de media a tres cuartos de hora hasta que todos los acusados eran conducidos a la sala del juicio y tomaban asiento en sus respectivos lugares. En una ocasión oí que Frank le decía a Goering:

—No se preocupe usted. No nos condenarán, y en caso que lo hagan, será únicamente por pura fórmula. Nos enviarán a una isla del Mediterráneo o a cualquier otro lugar de destierro, acaso con nuestras familias.

Desde el primer día de nuestra reclusión, no me había hecho, por mi parte, grandes ilusiones. Aquel proceso tan espectacular no

podía terminar para nosotros más que en el patíbulo. Así es que me mezclé en la conversación:

—No creo, Frank, que resulte muy serio decir eso.

Pero el mariscal del Reich se puso al lado de Frank.

—En definitiva, es posible que ni siquiera nos envíen a una isla.

Conforme fue adelantando el proceso, la mayor parte de los acusados se aferraban a las más diversas esperanzas. Yo, en cambio, consideré desde el primer día la posibilidad de la ejecución.

Una vez habían ocupado todos los acusados su respectivo lugar, se repetía diariamente idéntico ceremonial. Acusados, acusadores, defensores, intérpretes y representantes de la prensa, se ponían todos en pie. Los jueces entraban en la sala. En primer lugar, el juez *lord* Lawrence, británico, con su sustituto, el pelirrojo Norman Birkett. Seguía el alto americano, Biddle, que había sido ministro de Justicia en tiempos de Roosevelt, y John J. Parker, el sustituto de los jueces USA. Luego les tocaba el turno a los rusos y franceses. Antes de que tomaran asiento, los fiscales hacían una inclinación a los jueces.

Tras éstos aparecían las banderas de sus naciones. Eran los pabellones de las naciones victoriosas. En aquel tribunal internacional no se había dado cabida a un solo juez neutral: ni un suizo, ni un sueco, ni tan siquiera un magistrado del Tribunal Internacional de La Haya.

En el juicio de Nuremberg por crímenes de guerra hubo desde el primer momento dos figuras dominantes. Una ocupaba el lugar preminente por razón de su cargo; la otra por causa de su personalidad: míster Jackson, el fiscal principal que hablaba en nombre de Estados Unidos, y Hermann Goering, el principal inculpado.

Cuando Jackson sugirió al presidente americano someter a los jefes nazis a un proceso, tenía que designarse en Estados Unidos la presidencia del Tribunal Supremo. Con la aquiescencia de Truman, inició Jackson los preparativos del proceso. Su máxima esperanza era calificarse para el máximo puesto judicial de Estados Unidos gracias a su brillante actuación como principal acusador en

Nuremberg. Fue todo lo contrario: abandonó el proceso como un hombre derrotado. El nuevo Goering, liberado de la morfina, destruyó la carrera al americano. Fue tan intensa la agresividad de Goering y tan frecuentes sus ataques, que incluso periódicos ingleses y americanos informaron en sus titulares de primera página sobre el descalabro. De esta manera, el principal acusador americano tuvo que plegar velas antes de que Goering diera al traste con él mediante la más contundente argumentación.

Goering, a quien los psiquiatras habían valorado como el más inteligente de los acusados, se consideró desde el primer momento como el llamado a justificar ante la historia toda una política. A las acusaciones de Jackson, respondió en una ocasión:

—Hicimos historia y por tal causa no podía pretenderse que la hiciéramos de manera incruenta. De haber triunfado, el panorama sería completamente diferente.

Sin embargo, esta consideración que Goering daba a los crímenes al calificarlos como simples accidentes en toda guerra, estaba en discrepancia con mis propias convicciones, y aquella divergencia representó una de las más considerables que existían entre el mariscal y yo.

Durante las interminables sesiones del juicio, uno de los acusados tomaba notas incansablemente. Era el antiguo ministro del Exterior, Von Ribbentrop, sentado delante de mí. A Goering y a mí nos sorprendía su actividad, pero asimismo el fenomenal desconocimiento que mostraba en asuntos que habían pertenecido a su jurisdicción. Así, cuando el acusador aludió a nuestra declaración de guerra a Estados Unidos, interrumpió con visible agitación:

—¿Que yo declaré la guerra a Estados Unidos? ¡Nunca había oído nada semejante!

Entre otras cosas, se le atribuyó la muerte de un general francés prisionero de guerra. Ribbentrop se levantó y gritó:

—¡Sinvergüenzas!

Ello le valió que le fuera detallada, con particular precisión, cómo había dado orden de asesinar al prisionero de guerra y enmascarar

la muerte como si se hubiera debido a accidente. Ribbentrop adoptó la actitud de quien escuchara por vez primera aquel nombre y no supiera de qué le estaban hablando. En general, fue ésta su postura durante todo el proceso. Falto de la inteligencia necesaria para defender su política ante el tribunal, su actitud fue la de quien no comprendía siquiera la razón de encontrarse ante el tribunal.

Poco después me ocurrió con él algo que me causó una sorpresa no menor. Encontré a Ribbentrop en el ascensor que nos llevaba hasta la sala del proceso. Me preguntó:

—¿Por qué se muestra usted tan inamistoso hacia mí? ¿No sabe que le salvé la vida?

Me tocó a mí preguntar:

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Hitler quería mandarle a un campo de concentración. Yo lo impedí.

Era algo que oía por vez primera. Insistí:

—¿Cuándo ocurrió eso? —Usted escribió en 1943 una carta a Hitler en la que consideraba un particular error la guerra con América — añadió Ribbentrop —. Por ello quiso Hitler internarle en un campo de concentración y Himmler emprendió al respecto las gestiones oportunas. Casualmente entré en conocimiento de lo que se preparaba y le dije a Hitler que era poco aconsejable por razones de política exterior y que se produciría un escándalo que podíamos ahorrarnos fácilmente... Por eso me sorprende que me trate usted como a un enemigo.

El 29 de noviembre de 1945, la fiscalía americana procedió a la proyección de un film rodado por las auditorías de guerra estadounidenses durante la conquista de Alemania. Se oscureció la sala y los acusados quedamos iluminados por débiles proyectores que lanzaban su luz desde abajo. En el suelo, psiquiatras y psicólogos trataban de no perder uno solo de nuestros gestos y reacciones.

Vimos la llegada de los aliados a los campos de concentración. Ante nosotros desfilaron montones de cadáveres, hombres cubiertos de edemas producidos por el hambre, mujeres con el pelo cortado al rape y niños subalimentados. El horror y la miseria parecían saltar

desde la pantalla en imágenes que todavía me parece estar viendo. Sólo uno permaneció inmovible. Su mirada estaba clavada en el suelo: Rudolf Hess, el sustituto de Hitler. Representaba el papel del apático desinterés.

Al mediodía le dije a Goering:

—Es verdad. Ésa es toda la verdad.

Él me contradijo:

—¡Esa película es una completa falsificación!

Para muchos, aquellas palabras representaron una solución. Asintieron en silencio y se inclinaron sobre su plato de sopa. Por mi parte me fue imposible probar bocado aquel día.

El día número 108 del proceso fue llamado en calidad de testigo de la acusación, Rudolf Hoss, antiguo jefe del campo de concentración de Auschwitz. Desde la selección previa hasta el crematorio Hoss describió, con la minuciosidad de un contable, hasta el más mínimo detalle de un sistema diabólicamente perfecto con el que se había exterminado a millones de hombres, mujeres y niños. Su informe no impresionó por igual a todos los acusados. Muchos seguían huyendo de la verdad. Para ellos, Hoss no era más que un testigo de la acusación. Pero yo sabía todo aquello desde la reunión de *gauleiter* en Posen, en 1944, cuando Himmler nos hizo partícipes del conocimiento del crimen. Para mí, la declaración del jefe de Auschwitz era la pura verdad.

En las largas noches que precedieron a mi interrogatorio había tenido tiempo suficiente de meditar sobre mi vida y mis relaciones con Hitler. Había creído en un principio ciegamente en él y formado a la juventud alemana en aquella fe. De una manera instintiva, no podía dejar de pensar en aquel Congreso del Partido en Nuremberg, cuando le dije ante cien mil muchachos: "¡Hay algo más grande que usted, mi Führer, que es el amor de esta juventud a su persona." Pero ahora tenía que destruir aquel mito de Hitler, tenía que demostrar a la juventud que le había creado un falso ídolo. Y así es como me decidí a efectuar aquella declaración, que impresionó a la opinión mundial y en la que hoy me ratifico. En mi interrogatorio del 24 de mayo de 1946, dije ante el tribunal:

—Ha sido éste el mayor y más satánico genocidio de la historia del mundo. Hoss fue solamente el verdugo ejecutor. Quien ordenó las muertes fue Adolfo Hitler. Él y Himmler fueron conjuntamente los prácticos autores de este crimen que seguirá siendo para siempre una mancha vergonzosa sobre nuestra historia.

"Pero la juventud alemana es inocente de lo que Hitler hizo a los pueblos alemán y judío. Nada sabía del exterminio de los hebreos y no quiso semejante crimen.

"Es culpa mía, que asumo ante Dios y nuestra nación, haber educado a la juventud alemana en la fe en Hitler, el hombre que juzgué intachable y resultó ser un asesino de millones de seres humanos. Yo creí en Hitler; eso es todo lo que puedo decir como toda exculpación. Yo soy el solo culpable; la juventud alemana es inocente porque creció en un Estado antisemita, en el que era ley la política racista. Pero el hecho de que fuera posible un Auschwitz hace obligado el final de la política racista y del antisemitismo. Quien tras Auschwitz pueda seguir manteniéndoles, se hace asimismo culpable.

"Hitler ha muerto. No le traicioné, no tomé parte en conjura alguna contra él y cumplí hasta el último momento mis deberes como jefe de las juventudes, oficial y funcionario. Fui nacionalsocialista por convicción desde mi juventud y por tanto, antisemita también. Pero declaro que la política racista de Hitler fue un crimen, que llevó a la destrucción de cinco millones de judíos y a la vergüenza del pueblo alemán.

Hubo un silencio profundo en los bancos de los acusados. Cuando volví a tomar asiento entre Raeder y Sauckel, éste me estrechó la mano y Raeder dijo:

—¡Tiene usted toda la razón!

Goering, que aquel día no estaba presente por hallarse enfermo de gripe, leyó mi declaración en las actas de la sesión que todos los acusados recibíamos diariamente. Les comentó a los demás prisioneros:

—Considero indigna esta declaración de Schirach.

Durante catorce días no intercambiamos palabra alguna. Pero un día, poco antes de que comenzara la sesión, se volvió hacia mí y dijo:

—Enterremos todo eso, Schirach. Sé que es usted un patriota. Pero en ese punto tenemos opiniones diversas. De todos modos, no vamos a enfadarnos en estos últimos momentos, antes de que nos ahorquen.

Me alegró aquella reacción de Goering, en quien seguía viendo a un amigo. Sólo algo más tarde caí en la cuenta de lo que había dicho: "...antes de que nos ahorquen." ¿Le había impresionado también a él la declaración de Hoss? ¿Había dejado ya de creer en la isla mediterránea?



## XXXIX

El 30 de septiembre y durante la mañana del 1 de octubre de 1946 se leyeron los veredictos y se anunció que por la tarde se harían públicas las penas.

Por última vez nos hallábamos sentados los veintiún acusados en la bodega del Palacio de Justicia para efectuar la comida del mediodía. Reinaba una gran tensión. La mayor parte estábamos abatidos y nadie hablaba ya de una condena de pura fórmula. Todos mirábamos hacia los lugares de Von Papen, Fritsche y Schacht. En cada uno había una gruesa naranja. El coronel Andrus había imaginado otra de las suyas, con objeto de dar un trato especial a los tres hombres declarados inocentes de todos los cargos que se les imputaban.

Directamente desde la mesa fuimos llevados a la sala. Desde las 14'50 a las 15\*13 nos fue comunicado a cada uno de nosotros nuestra pena.

Por última vez subí al ascensor. Me acompañaban dos M.P. La puerta se cerró detrás de nosotros. Por vez postrera penetré en la sala. Me senté, solo, en el banco de los acusados. Me ajusté los auriculares en espera de la sentencia a la pena capital. No experimentaba nerviosismo alguno. El larguísimo proceso había embotado mis sentimientos. Oí: condenado a veinte años de cárcel. Me quité los auriculares, volví al ascensor y fui conducido nuevamente a mi celda. Detrás de mí, cerraron la puerta.

"Veinte años — pensé —. Veinte años. Ahora tengo treinta y nueve. Veinte años son también una condena de muerte."

Pero no me quedó mucho tiempo para pensar: Un joven oficial americano entró en la celda. Fui trasladado. En el camino hasta el piso superior me dijo:

—Keitel y Jodl han sido condenados a muerte. Eran oficiales. Cumplieron órdenes. ¿Qué será de nosotros a partir de ahora? También nosotros hemos sido formados para cumplimentar órdenes. ¿Quién puede dictaminar sobre la justicia de una orden? Cada uno de nosotros tiene, a partir de ahora, la soga al cuello.

No le respondí. En realidad, nada podía decirle, pues estaba bastante ocupado conmigo mismo.

Me encontraba en el primer piso. Mis vecinos de celda eran Raeder, Doenitz, Hess, Funks, Speer y Neurath. Nosotros siete éramos los supervivientes.

Desde que nos habían comunicado la sentencia, escuchaba todos los ruidos que sonaban afuera. Oí que pronunciaban unos nombres. Los nombres de los condenados a muerte. Luego escuché pasos. Dos veces por día daban un paseo de veinte minutos de duración los condenados a la pena capital. Lo hacían esposados a un carcelero y desde el pronunciamiento de su condena, no salían al patio.

Una noche sonaron golpes de martillo en el gimnasio. Duraron toda la noche. El centinela de la puerta me dijo:

—Pronto los colgarán. Están ya levantando las horcas.

Dejaron de sonar los martillazos. Pero subsistió la inquietud. Aquella noche me desperté de pronto. No sabía qué hora era. En toda la cárcel reinaba un silencio mortal.

A la mañana siguiente, día 16 de octubre de 1946, acudió el médico alemán de la prisión. Le miré y dije:

—Están todos muertos. Se ha cumplido la condena.

El doctor Pflucker asintió:

—Entre la 1'45 y las 2'45 han ahorcado a todos, con excepción de Goering. Se ha suicidado con cianuro. Su carcelero vio que rompía la pipa antes de irse a la cama. Poco después estaba presa de espasmos. El carcelero llamó al médico, pero era demasiado tarde.

Sigue especulándose todavía sobre quién suministró el veneno a Goering. Estoy seguro de que escondió la ampolla en su pipa de tamaño mediano, sustrayéndola así a todos los controles.

Al día siguiente de pronunciado el veredicto comenzó para los siete que luego fuimos trasladados a Spandau, el cumplimiento de la sentencia. Nos cortaron el pelo y recibimos uniformes negros de penados, cortados y confeccionados a medida por los americanos,

con botones en los que aparecía el emblema de las "starsand-stripes".

Aquella mañana, Hess, Speer y yo tuvimos a nuestro cargo la limpieza del gimnasio. Pocas horas antes habían sido ejecutados allí nuestros trece compañeros de inculpación.



**Ilustración 15. Puerta de la cárcel de Spandau**



**Ilustración 16. Von Schirach en el patio de Spandau**

## ***XL***

—Recoja usted sus cosas.

El mayor Teich, comandante americano de la prisión, entró en mi celda.

—Mañana tengo que llevarle a Berlín.

Era un día de junio de 1947, aunque no acierto a precisar con exactitud la fecha. Debió ser en la segunda mitad del mes. Tenía por

delante diecinueve años y tres meses de reclusión.

Cada uno esposado a un G.I., los siete presos fuimos conducidos al amanecer al aeropuerto de Nuremberg. Cuando el aparato levantó el vuelo, nos quitaron las esposas. También se nos permitió que habláramos unos con otros. Tras una hora y media de vuelo tomamos tierra en Berlín-Gatow. Otra vez nos esposaron a nuestro respectivo G.I. Subimos en un coche celular que había atravesado el campo hasta situarse al pie de la escalerilla misma del avión. No nos fue posible advertir dónde nos conducían. Pero cuando el coche se detuvo al cabo de unos pocos minutos, intuimos que habíamos alcanzado nuestra última estación: la cárcel aliada de Berlín-Spandau.

Como me encontraba el más cercano a la salida, tuve que saltar el primero. ¡

—¿Nombre? — me preguntó un individuo de uniforme.

—Schirach.

—*Number one*, número uno.

A partir de aquel momento no fuimos más que un número. Dejé de haber nombres. Me siguió el gran almirante Doenitz, sucesor de Hitler como presidente del Reich. Los G.I. tuvieron que ayudar a descender a Von Neurath, antiguo ministro del Exterior, que con sus setenta y cuatro años, era el de más edad entre nosotros. Fue el número tres. Le siguió Raeder, el antiguo comandante en jefe de la marina de guerra... número cuatro; Speer, el ministro de Armamento y Producción fue el número cinco y el antiguo ministro de Economía y presidente del Banco de Alemania, Funk, el número seis. Ultimo en descender, fue el sustituto del Führer, Rudolf Hess, que recibió el número siete. Fuimos conducidos luego, aisladamente, a una celda de recepción. Como yo tenía el número uno, me llamaron el primero. Tuve que desvestirme por completo y fui reconocido en el departamento sanitario por cuatro médicos, un francés, un ruso, un inglés y un americano, que me examinaron de los pies a la cabeza.

Entretanto, me cambiaron las ropas que llevaba por un equipo compuesto por camiseta, calzoncillos, calcetines de lana y unas zapatillas de paja. Aquél era el uniforme de recluso. La chaqueta y cada una de las perneras del pantalón llevaban un enorme número

en cifras árabes, pintado con pintura blanca. Poco después entré en el bloque de celdas donde viviría durante casi veinte años.

—Número uno — dijo el carcelero —. Aquí está su celda: la número trece.

Era pequeña. Cuatro pasos y medio de longitud por dos y medio de anchura. Una cama, una mesa y un W.C. con caída de agua: eso era todo.

Apenas hube tenido tiempo de verlo cuando la puerta volvió a abrirse. Tres guardianes entraron y dijeron casi al unísono y en alemán: —Inspección.

Me revisaron los bolsillos de la chaqueta y los pantalones. Luego retiraron la cama. Cada uno de ellos llevaba un pequeño bastón; uno se subió a la mesa y golpeó los barrotes que cerraban la ventana para comprobar que no estaban aserrados. Cuando abandonaron la celda, estaba patas arriba. Comencé a poner un poco de orden, pero apenas había puesto manos a la obra cuando la puerta volvió a abrirse. El director inglés entró precedido de un oficial de la prisión.

—Inspección — dijo éste.

El inglés miró a su alrededor, me miró a mí y salió de la celda. Hubo un poco de tranquilidad, pero duró apenas unos minutos. Luego entró el director americano. Tras él, el director francés. Permanecí de pie, junto a la puerta. Me dije que solamente podía entrar ya uno: el ruso. En el corredor, alguien dijo:

—El número cuatro (era Reader) tiene todavía una alianza de oro.

Finalmente llegó el director ruso. Tampoco pronunció una sola palabra. Ni siquiera me miró, sino que aparentó no verme. Apenas me había echado en la cama, cuando oí que alguien gritaba afuera:

—¡Paseo!

Los siete presos tuvimos que formar en la puerta de nuestras celdas, fuimos sometidos de nuevo a un minucioso cacheo y tras conducirnos a través de unos interminables pasillos, desembocamos

en un pequeño patio. Durante dos horas, nuestras zapatillas de paja dieron vueltas en círculo. Ante mí caminaba, inclinado, el anciano Von Neurath. Le resultaba difícil resistir tanto rato.

Volvieron a llevarnos a nuestras celdas. Siguió otro registro. Hubo que enseñar el pañuelo y volver los bolsillos de los pantalones y la chaqueta. Otra vez fue examinada minuciosamente la celda y de nuevo golpearon los barrotes de la ventana. Hasta la hora de la comida tuvimos tranquilidad. Luego se nos repartió una ración de comida no mal preparada, pero insuficiente incluso para un niño.

Los tres primeros años de nuestra reclusión pasamos hambre. Como sabíamos que tampoco se encontraba gran cosa para comer al otro lado de los muros de la cárcel, tratamos de acomodarnos a aquello. Pero a finales de 1949 habíamos llegado a tal punto que Neurath había perdido cuarenta libras de peso. Estaba tan débil que no le resultaba posible mover una carretilla en el jardín.

Un día descendió el director inglés y preguntó a uno de los guardianes:

—¿Qué les pasa a los reclusos que están sentados tan apáticamente?

—*Sir* — respondió el guardián —. Si no se les alimenta mejor habrá que enterrarlos aquí.

Una comisión médica dictaminó seguidamente que estábamos desnutridos. Tras aquella investigación llegó desde Washington la orden de alimentarnos bien. De pronto hubo grasa a nuestra disposición, pues hasta aquel instante no habíamos visto un pedazo de mantequilla. Por vez primera hubo carne decente y café verdadero. El director ruso no tardó en protestar contra la alimentación que nos daban los americanos y ordenó rebajar las raciones. Pero el director americano, comandante Miller, decidió vigilar personalmente la comida. Durante tres semanas, a las 6'45 de la mañana, a las 12, hora de la comida y a las cinco, hora de la cena, estuvo presente acompañado por un sargento americano, largo y delgado como un palo.

Durante los primeros años reinó la más estricta prohibición de que los presos conversaran entre sí. La única posibilidad de hablar con alguien era ir a buscar un libro a la celda que hacía las veces de

biblioteca. El gran almirante Raeder era bibliotecario. Nos unía una estrecha amistad. Cuando acudía a la celda, al anochecer, había siempre un centinela en la puerta. Preguntaba a Raeder sobre un libro cualquiera. Y antes de que me respondiera, inquiría rápidamente:

—¿Tiene usted noticias de su esposa? ¿Cómo le va a su hijo?

Fueron los franceses quienes consideraron la prohibición de hablar como algo inhumano y nos permitieron, antes que los demás, dirigirnos la palabra. Estoy seguro de que ninguno de los reclusos lo olvidará. Representó mucho para nosotros poder hablarnos, aunque fuera brevemente. Sobre todo cuando teníamos tantos meses de silencio tras nosotros: saber lo que hacía la mujer y los hijos de los otros reclusos, conocer lo que pensaban, lo que atormentaba en aquellos momentos su ánimo era un alivio.

Recuerdo muy bien cómo el oficial de prisiones francés, Gerthofer, cuando nos conducía para el trabajo en el huerto, dijo a los otros carceleros en alemán (el alemán era idioma de servicio en Spandau entre los aliados) lo siguiente:

—Durante los tres días que tengo servicio estará permitido hablar.

El guardián ruso protestó:

—*Njet...* eso vá contra el reglamento.

Gerthofer repuso:

—Me hago responsable.

Cuando llegamos al huerto, el ruso nos prohibió hablar unos con otros. De pronto, apareció Gerthofer y le preguntó:

—¿Tú jefe o yo?

—Tú — respondió el ruso.

—Si yo jefe, tú obedeces.

Con aquello quedó zanjado el asunto y nos fue posible hablar unos con otros. Desgraciadamente, sólo fue mientras duró el mando francés.

De una manera oficial, no se levantó la prohibición de hablar hasta que lo autorizaron los embajadores de las cuatro potencias, en 1954. Más tarde recibimos también periódicos, cuatro en total, uno por cada zona. Nos ocupábamos también mucho de los trabajos

de jardinería y en los bancales que nosotros mismos habíamos dispuesto en el patio.

Solamente uno permanecía el día entero apoyado en la pared, sin hablar ni buscar contacto con nadie. Era Rudolf Hess.

Trabajábamos ocho horas diarias. Hasta entonces no me habían interesado jamás los trabajos hortícolas. Allá se hizo obligado. Pero por lo menos, el trabajo nos reunía a todos y disfrutábamos del aire libre. Cultivábamos tomates, patatas y fresas. El primer año preparé un bancal y sembré semillas de distintas variedades florales. Cuando florecieron, el director ruso protestó:

—¡Flores prohibidas! ¡Fuera flores!

Rastrillamos la tierra y cultivamos patatas.

Al año siguiente les tocó el turno a los tomates. Llegué a tener un centenar de matas. Frecuentemente, me ayudaba en el riego el gran almirante Doenitz. Cuando abríamos la manga, exclamaba:

—¡A todo vapor!

Hablaba todavía con la jerga de la marina.

Mis tomates fueron haciéndose grandes y rojos. Hubo una cosecha enorme. Cestos llenos, que cada tarde colocaba en una carretilla para llevarlos al estercolero. Estaba prohibido que los reclusos los comieran. Los guardianes tampoco podían llevárselos a casa, pese a que lo hubieran hecho de buena gana. Así es que los tomates quedaron condenados a la destrucción. Igual le ocurrió a Raeder con sus fresas, a Doenitz con sus pepinos y a los otros con sus patatas.

Durante los primeros años nos ocupaban durante el invierno otros trabajos no menos inútiles. Día tras día teníamos que pegar de 5.000 a 6.000 bolsas que por la noche eran quemadas en la calefacción central. De igual manera y hasta el momento de la liberación, se destruían cada catorce días por orden de los directores, los diarios y libretas de anotaciones que llevábamos.

Los dos bancos que nos habíamos construido nosotros mismos, estaban situados en diferentes extremos del jardín, bastante alejados uno del otro. A uno lo llamábamos "el banco del gran

armatoste" y al otro "puente de mando del submarino". Tales nombres tenían su origen en la vieja rivalidad entre los dos grandes almirantes, Raeder y Doenitz. Esta rivalidad había nacido durante la guerra. Raeder propuso entonces que en vez de fortalecer una poderosa arma submarina, se construyeran grandes unidades navales, buques de combate y cruceros especialmente. Pero en la más decisiva fase de la contienda, los grandes armatostes se revelaron inamovibles, en tanto que el arma submarina se resintió de la falta de suficientes unidades. Raeder tuvo que marcharse y Doenitz ocupó su puesto. Mientras todos nosotros, incluido el propio Hess, nos reuníamos a conversar en ocasiones en el "gran armatoste" y en otras en el "puente del submarino", los almirantes Raeder y Doenitz seguían manteniendo sus distancias.

Por mi parte, conversaba gratamente con Raeder. Aquel hombre me impresionaba siempre con su inteligencia, su conocimiento del mundo y su convencido espíritu cristiano. Ni un solo día comenzaba para él sin la correspondiente oración.

Tras uno de nuestros inútiles trabajos, Raeder, Funk y yo nos hallábamos sentados en el "banco del armatoste". Raeder explicaba detalles de la actuación de la marina durante la segunda guerra mundial y el ataque alemán a Noruega. Dijo:

—Fue una necesidad estratégica. Yo mismo sugerí el ataque y el desembarco. La flota inglesa estaba preparada y dispuesta a hacer lo mismo que nosotros. Pero nosotros llegamos primero.

Funk le preguntó entonces:

—Diga usted, mi almirante, ¿por qué no atacaron ustedes a Inglaterra?

La respuesta de Raeder fue entonces incomprensible para mí.

—Al término de la campaña de Francia, la Marina no recibió orden alguna de ataque.

Hoy sé que Hitler alentó siempre la esperanza de un entendimiento con Londres y por ello no obstaculizó la retirada del cuerpo expedicionario, desde Dunquerque a las islas.

Raeder prosiguió:

—De todos modos, yo habría desaconsejado también una orden semejante. Nos habríamos estrellado contra la inaccesible costa

inglesa.

Hablábamos de la campaña de Rusia, cuando aventuré que habíamos roto con nuestro ataque el pacto con los rusos, que éstos no estaban dispuestos para un ataque y que sin duda, Hitler había sido falsamente informado por la "Abwehr" <sup>[49]</sup> <sup>[50]</sup> sobre los preparativos ofensivos de Rusia. Raeder me interrumpió:

—Por favor, no siga hablándome de Canaris. Nunca fue santo de mi devoción. Los de la Marina jamás tuvimos que ver con él. Tenía algo de balcánico. Hizo muchas cosas poco gratas con tal de conseguir sus fines de arribista...

Fue en las siguientes frases cuando hizo la sensacional revelación:

—El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo hay que cargarlo en la cuenta de Canaris.

—¿Cómo dice? — le interrumpí —. Yo creí que había sido algún subordinado de segunda fila...

—No — dijo Raeder —. Canaris preparó aquel asesinato y se las arregló para ser nombrado juez en el proceso. De esta manera le fue posible influenciar la investigación y conseguir que el autor, que había obrado de acuerdo con sus órdenes, saliera bien librado. Doy mi palabra sobre todo ello.

En los bancos de Spandau me enteré de muchas cosas. En una ocasión explicó Funk cómo liquidaba, en su calidad de director del "Reischbank" las deudas de los jerarcas por medio de un fondo especial.

—Goebbels acudía cada año. Se llevaba de 150.000 a 200.000 marcos. También le pagué deudas a Helldorf, presidente de la policía berlinesa, que perteneció a las gentes del 20 de julio.

—Pero Hitler me explicó personalmente que le había liquidado también sus deudas — dije.

Funk no pareció sorprenderse.

—Me enteré más tarde. Así es que cobró dos veces. Imagínate: también pagué deudas a Gisevius.

Quedé sorprendido:

—¿A ése que en Nuremberg declaró contra nosotros?

—Sí; me lo endosó Schacht. Cuando me hice cargo del Banco del Reich, me dijo: "Tengo un agente que es muy valioso para el Banco. Me transmite desde Suiza informaciones sobre problemas económicos y financieros." Me dio además una lista de agentes y tuve que hacerme cargo de todos ellos. En el banco de acusados de Nuremberg, Schacht se echó a reír tras las declaraciones de Gisevius y dijo: "Ese era mi hombre en el exterior".

Un día Raeder me llevó aparte, precisamente cuando estaba regando mi espléndido campo de tomates.

—¿Qué tiene usted con Doenitz? Ese tipo está loco.

Traté de no prestar oídos a la observación. Quien haya estado en una celda conocerá, sin duda, la psicosis de la reclusión y sabrá lo insospechadas que resultan algunas reacciones. Así es que me resultaba igualmente posible comprender a Doenitz, que me dijo durante el paseo:

—Ahora hay un presidente para la Alemania Occidental y otro para la Oriental. Y sin embargo, yo soy el único presidente legítimo de todos los alemanes.

O también comprender a Speer, que tras haber hecho una cita de un libro americano, me dijo:

—Hay tres genios llamados Albert: Albert Einstein, Albert Schweitzer y Albert Speer.

Tan sólo al cabo de una reclusión de cinco años insistió nuevamente Speer en la ilusión que ya había comenzado a alentar en Nuremberg:

—Ya verá usted: los americanos me sacarán de aquí. Me necesitan.

Pero lo cierto fue que también él tuvo que cumplir su condena de veinte años de reclusión hasta el último día.



## XLI

El primero que obtuvo la libertad fue el anciano ex ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath. Sufría una angina de pecho y sus días estaban contados. El siguiente fue el gran almirante Raeder. Apareció una mañana en los lavabos sin poder articular con claridad las palabras. Solamente le entendí:

—No sé qué me pasa. Me cuesta mucho hablar.

Supuse por ello que había sufrido un ataque. Hubo de transcurrir, sin embargo, medio año antes de que la puerta del huerto se abriera y un guardia gritara:

—¡Número cuatro!

El anciano se marchó sin despedirse. No sospechaba siquiera que le iban a poner en libertad. El gran almirante Doenitz cumplió su condena de diez años. Fue el tercero que se marchó.

Desde hacía años sufría mi amigo Funk una cistipatia. Durante meses tuvo que permanecer en su celda. Le trataba de una manera abnegada el médico francés, profesor Gerchard. Incluso tras haber sufrido un accidente de automóvil que le afectó ambas piernas, el francés se hizo trasladar a nuestro bloque de celdas para auxiliar a su paciente Funk.

Un día se hallaba éste ya mejorado y contemplaba cómo trabajábamos en el huerto, Hess, Speer y yo. Se abrió nuevamente la puerta y dijeron:

—¡Que se presente el número seis!

Atrás nos quedamos Hess, Speer y yo.

En 1949, mi esposa se separó de mí. Desde entonces me quedaron solamente mis hijos, Angelika, Klaus, Robert y Richard. A ellos tengo que agradecer, principalmente, haber resistido hasta 1966 en Spandau. Por medio de mis cartas traté de ayudarles en lo que me resultaba posible: a mi hija en su formación como pintora, al hijo mayor en sus estudios de derecho, al segundo, Robert, cuando era discípulo y se empeñaba en seguir adelante con sus estudios; y al más joven a quien sugerí los estudios de sinología.

Desde 1955, se nos permitió escribir y recibir una carta semanalmente. Unas mil doscientas palabras por carta. En aquellas trescientas que correspondían a cada hijo, me informaban sobre sus progresos y me presentaban a sus futuras esposas y mi hija, a su marido. Solamente les vi después de la boda. No acompañaron a mis hijos durante la visita mensual, sino que tuvieron que efectuarla solos. El primer contacto personal entre nosotros fue, por tanto, una conversación en la cárcel, de treinta minutos de duración y en presencia de los carceleros.

Los últimos años de Spandau fueron los más difíciles para mí. A principios de 1964 sufrí mi primera trombosis. Por vez primera sentí miedo de no poder resistir hasta el final.

Unos meses más tarde perdí la visión del ojo derecho. Inmediatamente se trasladó por vía aérea a Berlín el primer oftalmólogo del ejército inglés del Rin, teniente coronel Milne. El diagnóstico fue desprendimiento de retina. Aunque se practicó una hábil operación, no resultó posible conservar la visión. En el otoño de 1966 experimenté las primeras molestias en el ojo izquierdo. Faltaba un año para cumplir la condena y temí volver ciego al lado de mis hijos. Sentado en mi celda aguardaba la decisión de los médicos.

Aquellos días, Albert Speer se preocupó mucho de mí. Limpió mi celda y me leyó los periódicos, tratando de cumplimentar mis menores deseos hasta donde lo permitía el reglamento carcelario.

Una noche acudió también Hess a mi celda, portador del *Berliner Zeitung* de la zona oriental. Me leyó que el profesor Meyer-Schwickerath, de Essen, había descubierto un nuevo sistema de operación para los casos de desprendimiento de retina. Klaus, mi hijo mayor, se puso en contacto a petición mía con el profesor y recibió inmediatamente una respuesta afirmativa a su solicitud. Pero la situación era insólita, ya que hasta entonces ningún médico alemán había tratado a los presos de Spandau. Los embajadores aliados dieron su autorización, a propuesta del británico. En el hospital "Westend" de Berlín se efectuó un reconocimiento, tras el cual decidió el profesor Meyer-Schwickerath :

—La operación tiene que efectuarse dentro de catorce días.

En la sala de operaciones aguardaban todos los directores de Spandau, los jefes médicos de los aliados en Berlín, los intérpretes, las enfermeras y los profesores Kleeberger y Meyer-Schwickerath. Los centinelas de la policía militar se situaron en la estancia inmediata. Tras una inyección bajo el globo ocular, comenzó la intervención, que fue explicada por el profesor Meyer-Schwickerath en un fluido inglés a los presentes.

Por mi parte, escuché las explicaciones del profesor tan interesado como ellos. Sabía que en caso de fracasar aquél la operación perdería también mi visión del ojo izquierdo.

En diez minutos quedó todo listo.

Seis meses más tarde, el profesor me reconoció en Spandau. Era el primer alemán a quien se permitía la entrada en la prisión. Los cuatro directores vigilaron nuestro encuentro. Su conclusión: todo estaba perfectamente y la operación podía considerarse como un éxito. Agradecido, estreché la mano al hombre que me había salvado la vista.

Tres días más tarde se celebró la reunión de los directores: el recluso Von Schirach había estrechado la mano de un visitante, contraviniendo así el reglamento. Consecuencia: se me prohibió escribir la próxima carta a los míos. Cuando uno de los directores me lo comunicó, le objeté:

—¿Puede haber algún hombre en el mundo que dejara de estrechar la mano de quien le había devuelto la luz a sus ojos?

Pero a pesar de todo, siguió en sus trece y mis hijos se enteraron con una semana de retraso que estaba curado.

Faltaban todavía ocho meses para mi liberación. En uno de los siguientes paseos, Hess, con quien en los últimos años volvía a ligarme bastante amistad, me dijo:

—Ya ve usted, Schirach; aquí tiene usted la respuesta. A raíz de las enfermedades que ha sufrido, de sus dos operaciones en los ojos y la trombosis, pensé siempre que los aliados le pondrían en

libertad. Pero no fue sí. Le tienen aquí hasta el último día. Por ello lamento que frustraran entonces mi intento de suicidio. Sé que me tendrán encerrado hasta la muerte.

Debió ser, efectivamente, en 1960, cuando Hess trató de cortarse las venas de las muñecas con un cristal de sus gafas. Fue descubierto cuando había perdido ya mucha sangre. A raíz de aquel intento le cambiaron los cristales por otros de materia plástica y aún así, se los quitaban cada noche.

Durante diez años, Hess había vivido en Spandau en un completo aislamiento. Evitaba a los restantes reclusos y tras levantarse la prohibición de hablar, no entablaba conversación con nadie. Cuando recibíamos periódicos, los alejaba de sí porque le atolondraban, según me dijo. Durante el trabajo en el huerto permanecía apoyado en la tapia, embebido en sus pensamientos o caminaba arriba y abajo con aquel paso zanquilargo que le había advertido ya en Nuremberg. Luego, emitía unos gemidos mientras se asía a un árbol o se apoyaba en la pared. Al parecer, sufría espasmos dolorosos del estómago. A veces gemía durante horas, y por la noche había que llamar a un enfermero o un médico para que le diera una inyección que le facilitara el sueño.

Cuando todavía éramos tres los presos de Spandau, comencé a preocuparme intensivamente de él. Le conté cosas de mis hijos, lo que me habían escrito, la actualidad recién leída en los periódicos. Tanto llegué a interesarle, que comenzó a leer periódicos de nuevo. Al día siguiente, era portador de unas notas. En papel sanitario había escrito unas cuantas preguntas: ¿Quién es Dean Rusk? ¿Qué papel representa De Gaulle en la política europea? ¿Cuál ha sido el desenlace de la crisis de Cuba?

De nuevo comenzaba a interesarse por cosas y detalles de los que había estado apartado durante mucho tiempo. Solicitó en la biblioteca libros sobre economía. Leyó a todo Rópke y quiso saber cuantos detalles mejor sobre el milagro económico de Erhard. Pero cuando se trataba de revivir con él las cosas del pasado, volvía a caer en el vacío. Lo confundía todo. Había muchas cosas en la vida de Rudolf Hess de las que él no quería acordarse. Cuando le dije

que había leído en los periódicos información sobre el proceso de Auschwitz, me interrumpió:

—¡No me siga hablando! ¡Me irrita!

Lo único del pasado que seguía siendo realidad para él era el hecho de que era sustituto del Führer. Había recibido su esplendor de él. Aquello era lo único que subsistía en su ánimo, que le sostenía.

Durante meses intenté convencerle para que recibiera a su hijo. Poco antes de que me pusieran en libertad, le rogué:

—Prométame que dejará venir ahora a su hijo. Desde hace años, todos los periódicos del mundo informan de que es usted un enfermo mental. Mediante un encuentro, podrá convencerle de que no es verdad.

Me respondió:

—Considero muy por debajo de mi dignidad, recibir a mi hijo como preso.

—No piense siempre en sí mismo — le objeté.

—Mi hijo sabrá comprenderlo — dijo Hess.

El día 1 de octubre de 1966 se abrieron para los presos número 5 y número 1 — Albert Speer y yo — las puertas de la cárcel de Spandau. Rudolf Hess había tenido razón: los aliados no nos habían hecho gracia de un solo día de nuestra reclusión.

**Hess, el número 7, de setenta y tres años de edad, quedó allá.** Preso solitario en una cárcel con seiscientas celdas vacías, custodiado por cincuenta guardianes y un batallón de soldados. Pocos días antes de mi liberación, me dijo:

—**Moriré en Spandau, Schirach.** Los rusos así lo desean. No están convencidos todavía de que sólo quería la paz cuando volé a Inglaterra.

¿Tendrá razón? ¿Seguirá siendo sustituto hasta el postrer instante?

- 
- [1] Teatro de la Corte. (N. del T.)
- [2] Literalmente «aves de paso». Tomaban este nombre los estudiantes que recorrían el país a pie como excursionistas. (N. del T.)
- [3] Ejército Popular. (N. del T.)
- [4] Ejército de 100.000 hombres impuesto a Alemania por el Tratado de Versalles. (N. del T.)
- [5] El primer intento de Munich a que antes se ha hecho referencia.
- [6] Jefe de una provincia o «Gau». (N. del T.)
- [7] «En buen alemán». (N. del T.)
- [8] Estatua típica de la Universidad de Munich: «Portador de lanza».
- [9] Duelos rituales estudiantiles. (N. del T.)  
Partido Obrero Alemán. (N. del T.)
- [11] «Dolchstoss»: término muy utilizado aquellos años por la propaganda nacionalsocialista y nacionalista alemana en general. (N. del T.)
- [12] «Culto del caudillaje» en su traducción literal. (N. del T.)
- [13] Himno nacional alemán. (N. del T.)
- [14] Editorial del «Stürmer». (N. del T.)
- [15] «Bund Deutsche Mädchen»: organización femenina de las juventudes hitlerianas (N. del T.)
- [16] «Cartas nacionalsocialistas».  
Bandera roja. (N. del T.)
- [18] «Sociedad Alemana de Paz».
- [19] Jefe supremo de las Secciones de Asalto nacionalsocialistas.
- [20] Voluntarios encuadrados en unidades militares que tuvieron sobre sí la acción anticomunista en los inmediatos días de la primera postguerra.
- [21] Salón senatorial.
- [22] Jefe de las S. A. de la región Este. (N. del T.)
- [23] Primeras palabras de la «Horst Wessel Lied» o himno nacionalsocialista.
- [24] «Principio de caudillaje». (N. del T.)

- [25] Grito ritual nacionalsocialista. Algo así como: «Saludo a la victoria.»
- [26] Abreviatura popular de «Schutz polizei», es decir, guardias. (N. del T.)
- [27] Himno del Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)
- [28] «Estudiantado Alemán». (N. del T.)
- [29] Grupos juveniles excursionistas. (N. del T.)
- [30] Órgano periodístico principal del partido nacionalsocialista.
- [31] Hay aquí un juego de palabras intraducible. Viaje, en alemán, es «Reise». Al decir «Reissmarschall», la pronunciación es parecida a «Reichmarschall», que significa «mariscal del Reich». (N. del T.)
- [32] «El Movimiento». (N. del T.)
- [33] El ejército de los 100.000 hombres salido del tratado de Versalles. (N. del T.)  
Partido Popular Bávaro. (N. del T.)
- [35] Transportes del Partido. (N. del T.)
- [36] Abreviatura oficial de las Juventudes Hitlerianas.
- [37] Pareado intraducible: «In Lippe, in Lippe steht alies auf der Kip-pe.» (N. del T.)
- <sup>8</sup> Liga de Muchachas Alemanas. (N. del T.)
- [39] Liga Gran Alemania. Organización de extrema derecha, pero no nacionalsocialista. (N. del T.)
- [40] Sozialistische Partei Deutschland: partido socialdemócrata, restaurado en 1945. (N. del T.)
- [41] «Huéspedes tranquilos». (N. del T.)
- [42] Schutztaffel: es decir, SS, según la abreviatura común. (N. del T.)  
Noche de Cristal. (N. del T.)  
Marcha hacia el Este. (N. del T.)
- [45] Abreviatura de «Gross Deutschland», «Gran Alemania». (N. del T.)
- [46] Tribunal secreto. (N. del T.)
- [47] Personificación simbólica del judío. Algo así como el «Tío Sam» americano o el «John Bull» inglés.
- [48] Especie de milicia popular que no llegó a ser efectiva. (N. del T.)
- [49] Servicio de espionaje, dirigido por el almirante Canaris.
- [50] Líderes comunistas asesinados durante la época de Weimar.